V I D A S   P A R A L E L A S
T O M O   V I

P L U T A R C O

FOCIÓN - CATÓN EL MENOR - AGIS Y CLEÓMENES - TIBERIO Y GAYO GRACO - DEMÓSTENES Y CICERÓN

FOCIÓN

I.- El orador Demades, que gozó de gran poder en Atenas por gobernar a gusto de los Macedonios y de Antípatro, como se viese precisado a escribir y decir muchas cosas nada dignas de la majestad y de las costumbres de aquella república, sostenía que era merecedor de perdón, porque gobernaba los naufragios de ella. Esta expresión, aunque bastante atrevida, podría parecer verdadera si se trasladase y aplicase al gobierno de Foción. Porque en cuanto a Demades, él era verdaderamente el naufragio de la república, por haber vivido y gobernado tan indecentemente, que cuando ya era viejo decía en vituperio suyo Antípatro que a manera de sacrificio consumado no quedaba de él más que la lengua y el vientre, mientras que a la virtud de Foción, que fue puesta a prueba con el tiempo que le cupo, como con un enemigo poderoso y violento, los infortunios de la Grecia la marchitaron y deslucieron en punto a gloria. Pues no se ha de dar crédito a Sófocles, que hace apocada y débil a la virtud en estos versos:

Que de su asiento, oh rey, es conmovida

la razón del que en males es probado
aunque antes con bríos se mostrase;

y sólo se ha de dar a la fortuna tanto poder sobre los hombres justos y buenos cuanto baste a esparcir contra ellos calumnias y rumores siniestros, en lugar del honor y agradecimiento que se les debía, con detrimento del crédito y aprecio de la virtud.

II.- Parecía que los pueblos principalmente habían de mostrarse insolentes contra los buenos cuando están en prosperidad y cuando los engríen sucesos faustos y un gran poder; pero es lo contrario lo que sucede. Porque las desgracias vuelven las costumbres displicentes, mal sufridas, y propensas a la ira, y hacen el oído excesivamente delicado y muy dispuesto a irritarse con cualquiera palabra o expresión un poco viva; por la cual disposición el que reprende a los que yerran parece que les echa en cara sus infortunios, y la claridad y la franqueza pasan por desprecio; y así como la miel perjudica a los miembros heridos y llagados, de la misma manera las expresiones verdaderas y ajustadas a razón muerden e irritan a los que están en adversidad, como no sean muy benignas y conciliadoras, que es por lo que el poeta llamó grato al alma lo que es dulce, porque cede a la parte inflamada de ella y no la contraría ni se le opone. Porque también el ojo doliente se complace más con los colores oscuros y que reflejan poco la luz, y se aparta de los que son más claros y envían resplandor. Pues por el mismo término, la república, que por imprudencia ha caído en una suerte

desventurada, se pone en cierto estado de delicadeza y de temor para no poder sufrir la verdad dicha a las claras, justamente cuando más la ha menester, porque pueden los yerros llegar a punto que no tenga enmienda. Por lo mismo un gobierno que se halla en esta situación es cosa sumamente expuesta, porque pierde consigo al que le habla según su gusto, pero pierde antes al que no le adula. Por tanto, así como del Sol dicen los matemáticos que no lleva la misma carrera que el cielo, ni tampoco la contraria y enteramente opuesta, sino que usa de una marcha oblicua e inclinada, en virtud de la cual hace un giro lento, flexible y compasado, que da salud a todas las cosas y les hace tomar la temperatura que a cada una conviene, del mismo modo en materia de gobierno la autoridad demasiado tirante, que en todo repugna a los gobernados, es cruel y dura; como, por el contrario, arriesgada y puesta en precipicio la que es condescendiente con los que delinquen, que es a lo que los más propenden. Será, por tanto, saludable aquella cuidadosa administración pública que tenga alguna condescendencia con los que obedecen, que haga algo en su obsequio, pero que sepa al mismo tiempo exigir lo que conviene, siendo conducida por hombres que por lo común usen de blandura y maña y no quieran llevarlo todo despótica y violentamente. Es, empero, trabajoso y difícil en este género de administración mezclar y templar bien la autoridad con la condescendencia, lo que, si se logra, resulta un concierto más exacto y más músico que todos los números y que todas las armonías: el mismo con que se dice gobierna Dios el mundo, no usando nunca de

violencia, sino evitando con la razón y la dulzura el que se haga perceptible la necesidad.

III.- Lo dicho arriba sucedió a Catón el menor; porque tampoco éste tuvo unas costumbres suaves y gratas a la muchedumbre, ni fue la condescendencia el lado por donde floreció su gobierno, sino que, por usar de su carácter, como si gobernara en la república de Platón, y no en las heces de Rómulo, según expresión de Cicerón, sufrió repulsa en la petición del consulado; en lo que me parece tuvo la suerte de los frutos que vienen fuera de tiempo, pues así como a éstos los vemos y los admirarnos, pero no gozamos de ellos, de la misma manera la vieja usanza de Catón, empleada después de largo tiempo, cuando la conducta de los hombres estaba estragada y las costumbres perdidas, tuvo, sí, gran nombradía y gloria, pero en la práctica no fue de provecho; porque lo grande y profundo de su virtud se medía mal con los tiempos que alcanzó. No estaba su patria próxima a perecer, como lo estaba ya la de Foción, aunque sí se hallaba agitada y conmovida de grandes tempestades, y sólo con echar mano de las velas y los cables al lado de los que eran más poderosos, separado del timón y del gobierno, sostuvo una gran lucha con la fortuna, la que al cabo triunfó y le enseñoreó de la república; pero no fue sino a duras penas, con lentitud, y pasado largo tiempo; y estuvo en muy poco el que ésta no se recuperara y volviera en sí, precisamente por Catón, y por la virtud de Catón, con la que compararemos la de Foción, como de dos varones justos y aventajados en la política, sin que por esto se entienda ser nuestro intento que

se les tenga por del todo semejantes. Porque ciertamente hay diferencia de fortaleza a fortaleza, como de la de Alcibíades a la de Epaminondas; de prudencia a prudencia, como de la de Temístocles a la de Aristides; y de justicia a justicia, como de la de Numa a la de Agesilao; y con todo, las virtudes de estos dos grandes hombres llevan grabados hasta las últimas y más imperceptibles diferencias un mismo carácter, una misma forma y un mismo color de costumbres, como si con una misma medida se hubieran mezclado la humanidad con la entereza, la fortaleza con la precaución, la solicitud por los otros y la impavidez por sí mismo, el cuidado en evitar las cosas torpes y la firmeza en sostener la justicia: todo nivelado e igualado en ambos con tal exactitud, que se necesitaría de un ingenio muy delicado y exquisito, con el que, como con un instrumento muy fino, se investigasen y señalasen las diferencias.

IV.- El linaje de Catón es cosa averiguada que era ilustre, como lo diremos después; y en cuanto al de Foción, sacamos por conjeturas que no sería del todo oscuro y abatido: pues a haber sido hijo de un cucharero, como dice Idomeneo, Glaucipo hijo de Hipérides, que en su discurso recogió y profirió contra él millares de millares de picardías, no habría omitido su bajo nacimiento, ni él tampoco habría podido tener una vida tan acomodada, ni recibir una educación tan liberal, hasta el punto de haber asistido, siendo muy joven, a la escuela de Platón, y después a la de Jenócrates, en la Academia, haciéndose emulador desde el principio de los que tenían más elevados pensamientos. Pues ninguno de los

Atenienses vio fácilmente a Foción ni reír, ni lamentarse, ni lavarse en baño público, como escribió Duris, ni sacar la mano fuera de la capa en las pocas veces que usaba de ella: porque, así en los viajes como en el ejército, iba siempre descalzo y desnudo, a no ser que hiciera un frío excesivo e inaguantable, de manera que sus camaradas decían, burlándose, que era señal de un frío riguroso el ver a Foción arropado.

V.- No obstante que era de unas costumbres muy benignas y muy humanas, en su semblante parecía inaccesible y ceñudo, de manera que con dificultad se llegaban a él los que antes no le habían tratado. Por esta causa, habiendo hablado en una ocasión Cares contra su ceño, como los Atenienses se riesen, "ningún mal- les dijo- os ha hecho mi ceño, mientras que la risa de éstos ha dado mucho que llorar a la república". Por este término el lenguaje de Foción, siendo útil por las sentencias y saludables pensamientos, encerraba una concisión imperiosa, severa y algo picante: pues así como decía Zenón que el filósofo debía remojar su dicción en el juicio, a este mismo modo la dicción de Foción en pocas palabras mostraba gran sentido; y a esto parece que aludió Polieucto de Esfecia cuando dijo que Demóstenes era mejor orador, pero Foción más elocuente Porque así como la moneda a que se ha dado gran estimación pública tiene mucho valor en pequeño volumen, de la misma manera la verdadera elocuencia consiste en significar muchas cosas con pocas palabras. Así, se cuenta de Foción que en cierta ocasión, estando ya lleno el teatro, se paseaba por la escena estando

todo embebido dentro de sí mismo, y diciéndole uno de sus amigos: "Parece, oh Foción, que estás meditando", le respondió: "Sí, medito qué es lo que podré quitar del discurso que voy a pronunciar a los Atenienses." El mismo Demóstenes, que miraba con alto desprecio a los demás oradores, cuando se levantaba Foción solía decir en voz baja a sus amigos: "¡Ea! ya está ahí el hacha de mis discursos." Mas quizá esto mismo debió atribuirse a sus costumbres, puesto que una palabra sola, o una seña de un hombre de bien, tiene una fuerza y un crédito que equivale a millares de argumentos y de períodos.

VI.- Siendo todavía joven se arrimó al general Cabrias, y se ponía a su lado, sirviéndole éste de mucho para adelantar en el arte militar; mas en algunas cosas él le servía para corregir su carácter, que era desigual y arrebatado. Porque con ser Cabrias de suyo tardo y pesado, metido ya en los combates se irritaba y encendía en ira, arrojándose a los peligros temerariamente: como en Quio, que perdió la vida por ser el primero a acometer con su galera y a emprender a viva fuerza el desembarco; y siendo Foción a un tiempo prudente y activo inflamaba por una parte la detención de Cabrias y por otra contenía la prontitud inoportuna de sus ímpetus. Por esta razón, siendo Cabrias de amable y generosa índole, le miró con aprecio, y lo promovió a las comisiones y mandos, dándole a conocer a los Griegos y valiéndose de él para los encargos de mayor importancia: por el cual medio en la batalla naval de Naxo proporcionó a Foción no pequeño nombre y gloria, porque le dio el mando del ala izquierda, en

la que fue más arrebatado el combate y también se decidió con suma prontitud. Como fuese, pues, esta la primera batalla naval que la ciudad dio sola después de tomada a los Griegos, y hubiese salido victorioso, tuvo en mucho más a Cabrias, y contó ya a Foción entre sus generales. Alcanzóse esta victoria en la fiesta de los grandes misterios, y Cabrias agasajó todos los años a los Atenienses con cierta medida de vino en el día 16 del mes Boedromión.

VII.- Dícese que, después de este suceso, enviándole Cabrias a recoger las contribuciones de las islas y dándole veinte galeras, le expuso que si le enviaba a hacer la guerra necesitaba mayores fuerzas, y si a tratar con los aliados, con una tenía bastante. Marchó, pues, con sola su galera, y habiendo tratado con las ciudades y conferenciado con los que mandaban en ellas franca y sencillamente, dio la vuelta con muchas naves, enviadas por los aliados para conducir las contribuciones. Continuó siempre haciendo todo obsequio y respetando a Cabrias, no sólo durante su vida, sino aun después de muerto, interesándose por sus deudos y tomando empeño en formar a la virtud a su hijo Ctesipo; y aunque le vio medio falto y terco, no se dio con todo por vencido, sino que procuró corregirle y ocultar sus defectos; sólo se dice que una vez, incomodándole en el ejército este joven, y molestándole con preguntas y consejos intempestivos, como quien pretendía enseñarle y tomar mejores disposiciones de guerra, exclamó: “¡Oh Cabrias, Cabrias, bien te pago la amistad que me mostraste, aguantando a tu hijo!” Como viese que los que manejaban entonces los negocios públicos

se habían repartido como por suerte el mando militar y la tribuna, no haciendo unos más que hablar al pueblo y escribir, que eran Eubulo, Aristofonte, Demóstenes, Licurgo e Hipérides, y que Diopites, Menesteo, Leóstenes y Cares se enriquecían con mandar los ejércitos y hacer la guerra, formó el designio de restablecer en cuanto de él dependiese el modo de gobernar de Pericles, de Aristides y de Solón, como más completo, y que abrazaba ambos objetos. Porque cada uno de estos tres varones era, según la expresión de Arquíloco:

> Uno y otro, del dios de las batallas
> no desdeñado alumno, y con los dones
> favorecido de las doctas Musas;

y observaba, además, que la diosa Atena es a un tiempo guerrera y política, y bajo los dos aspectos es venerada. Conduciéndose de esta manera, sus disposiciones se dirigían siempre a la paz y al sosiego; mas, sin embargo, él sólo mandó de jefe en más guerras que todos los de su tiempo y aun de los anteriores, no porque se presentase para ello ni hiciese solicitudes; pero tampoco se excusaba o se retraía cuando la república lo llamaba. Porque es sabido que cuarenta y cinco veces tuvo mando, no habiéndose hallado ni una sola vez en las juntas de elección, sino siendo llamado y nombrado en su ausencia, tanto, que los de poco juicio se maravillaban de que el pueblo, siendo Foción el único que por lo común se le oponía, no diciendo ni haciendo nunca nada que pudiera complacerle, en las cosas de poca importancia hiciera caso

como por burla de los demagogos más decidores y más huecos, a la manera que los reyes gustan, después de tomar el aguamanos, de oír a los aduladores y lisonjeros, y que cuando se trataba de dar el mando, siempre sobrio y solícito, empleaba al ciudadano más severo y prudente, y que era el único o a lo menos el que más contradecía sus deseos y proyectos. Así es que, habiéndose leído un oráculo de Delfos en el que se decía que estando de acuerdo todos los demás ciudadanos uno solo pensaba de distinto modo que la ciudad, se presentó Foción y dijo que no se molestaran, porque él era el que se buscaba; pues que a él solo no le agradaba nada de cuanto hacían: y en una ocasión, como habiendo expuesto ante el pueblo su dictamen encontrase aprobación y viese que todos, uniformemente, le admitían, se volvió sus amigos diciendo: “¡Si habré yo propuesto, sin advertirlo, algún desatino!”

VIII.- Pedían los Atenienses dinero para cierto sacrificio, y prestándose los demás a darlo, interpelado Foción muchas veces, “pedid- les dijo- a esos ricos, porque yo me avergonzaría de daros a vosotros no habiéndole dado a éste”, mostrándoles al banquero Calicles. Como, sin embargo, no cesasen de clamar y gritar, les refirió esta conseja: “Un hombre tímido salió a la guerra, y habiendo oído graznar a los cuervos depuso las armas y se estuvo quieto. Volviólas a tomar, y puesto en marcha, como otra vez graznasen los cuervos, se paró, por fin, y les dijo “Vosotros graznaréis cuanto os dé la gana, pero de mí no habéis de gustar”. En otra ocasión le mandaron los Atenienses que saliera contra

los enemigos, y como no fuese de tal parecer y lo culpasen de tímido y cobarde, “Ni vosotros- dijo- me podéis hacer osado, ni yo a vosotros tímidos; pero ya nos conocemos”. En circunstancias delicadas se irritó mucho el pueblo contra él, y pidiéndole las cuentas del ejército, “Salvaos antes, les dijo, oh miserables”; y como durante la guerra los viese abatidos y cobardes, y después de la paz mostrasen osadía y gritasen contra Foción, quejándose de que les había arrebatado la victoria, “No es poca vuestra fortuna- les dijo- en tener un general que os conoce, porque si no, ya hace tiempo que os habríais perdido”. No querían litigar con los beocios por cierto territorio sin hacerles la guerra; y Foción les aconsejó que contendieran con palabras, en lo que eran superiores, y no con las armas, en lo que podían menos. Hablaba una vez al pueblo, y como no atendiesen ni quisiesen oírle, “Podréis- les dijo- violentarme a que haga lo que no quiero; pero a que contra mi parecer diga lo que no conviene, no podréis forzarme jamás”. De los oradores que se le oponían en el gobierno era uno Demóstenes; y diciéndole éste un día: “Te quitarán los Atenienses la vida, oh Foción”, le respondió: “Me la quitarán a mí si están locos y a ti si están cuerdos”. Viendo a Polieucto de Esfecia que en un día de verano aconsejaba a los Atenienses que hiciesen la guerra a Filipo, y que después, medio sofocado y bañado de sudor, porque estaba muy grueso, tomaba continuos sorbos de agua, “Estará muy bien- dijo- que decretéis la guerra por consejo de este hombre, de quien ¿qué podrá esperarse cuando se halle con la coraza y el escudo, y tenga los enemigos cerca, si ahora para deciros lo que tiene meditado está

para ahogarse?" Decíale Licurgo en una junta pública un sin fin de denuestos; añadiendo, por fin, que pidiendo a Alejandro diez de los demagogos, había aconsejado que se le entregasen, y él respondió: "Muchas cosas buenas y útiles les he aconsejado; pero no me hacen caso".

IX.- Había un tal Arquibíades, a quien se daba el mote de Laconista porque se había dejado crecer una larga barba, llevaba una mala capa a la espartana y tenía un aire tétrico y severo; en un alboroto que se movió en el Consejo, Foción apeló a éste para que le sirviera de testigo en lo que decía y lo ayudara; mas él, levantándose, no aconsejó sino lo que sabía que sería grato a los Atenienses; Foción entonces, asiéndole por la barba, "¿Pues por qué- le dijo-, oh Arquibíades, no te afeitas?" Aristogitón, el delator de las juntas públicas, estaba siempre por la guerra, e inflamaba al pueblo a emprenderla; pero cuando llegó el tiempo del alistamiento, se presentó con una muleta y con una pierna entrapajada; y apenas Foción lo vio a lo lejos, desde su escaño gritó al amanuense: "Escribe también a Aristogitón, cojo y malo". Era, por tanto, cosa de maravillarse cómo un hombre tan irritable y tan severo tenía el concepto y aun el nombre de bueno; y es que, en mi opinión, aunque difícil, no es imposible que, al modo del vino, un hombre sea al mismo tiempo dulce y picante; así como otros que son tenidos por dulces son desabridos y dañosos para los que los experimentan; y aun de Hipérides se refiere haber dicho, hablando al pueblo: "No miréis, oh Atenienses, si soy amargo, sino si lo soy de balde"; como si la muchedumbre temiera y aborreciera sólo

a los que son molestos y dañosos con su avaricia, y no estuviera peor con los que abusan del poder por desprecio y envidia o por encono y rencilla. Pues en cuanto a Foción, por enemistad jamás hizo mal a nadie, ni a nadie tuvo por contrario, y sólo en lo preciso hizo frente a los que se le oponían en lo que por bien de la patria ejecutaba, siendo en tales casos áspero, inflexible e implacable; pero, fuera de esto, en el transcurso de su vida a todos se mostró benigno, compasivo y humano, hasta venir en auxilio de los de contrario partido, si en algo faltaban, y ponerse a su lado si estaban en peligro. Reconviniéronle una vez sus amigos de que había hablado en juicio a favor de un hombre malo, y les respondió que los buenos no necesitaban de auxilio. Aristogitón, el delator, después que por sentencia fue condenado, le llamó y rogó que fuera a verle, y condescendiendo con su súplica, se encaminaba a la cárcel; más como sus amigos se lo estorbasen, "Dejadme- dijo-, simples: ¿en qué parte podríamos ver con más gusto a Aristogitón?

X.- Ello es que los aliados y los habitantes de las islas a los enviados de Atenas, cuando otro general los conducía, los miraban como enemigos, reforzaban las murallas, barreaban las puertas e introducían del campo a las poblaciones los víveres, los esclavos, las mujeres y los niños; y si el general era Foción, salían coronados a recibirlos en sus propias naves, y alegres los llevaban a sus propias casas.

XI.- Cuando Filipo, tratando de meterse en la Eubea, condujo las tropas desde la Macedonia y se dedicó a ganar

las ciudades por medio de los tiranos, Plutarco de Eretria acudió a los Atenienses, y pidiéndoles que libertaran la isla de las manos del rey de Macedonia, en que ya se hallaba, fue Foción enviado de general con pocas fuerzas, por decirse que los habitantes estaban prontos a pasarse a él; mas, habiéndolo encontrado todo lleno de traidores, todo en mala disposición, y socavado con dádivas, se vio puesto en gran peligro, y habiendo tomado un montecito, cortado con un gran barranco de la llanura de Táminas, contenía y resguardaba en él lo más aguerrido de sus tropas; dando orden a los generales respecto de los insubordinados, habladores y malos, para que no hicieran caso si los veían desertar y apartarse del campamento: "Porque aquí- les decía- no serán de provecho, sino más bien perjudiciales por su indisciplina a los que hayan de pelear, y allá detenidos, con la conciencia de este delito, gritarán menos contra mí y no me calumniarán".

XII.- Cuando se presentaron los enemigos, dio a sus tropas orden de que permanecieran inmóviles sobre las armas hasta que hubiese sacrificado; y fue largo el tiempo que se detuvo, o porque las señales no fuesen faustas o porque quisiese atraer más cerca a los enemigos. Por esta razón, recelando por entonces Plutarco cobardía y meditada tardanza, acometió con solos los estipendiarlos, lo que, visto por la caballería, ya no aguantó más tiempo, sino que se dirigió al momento contra los enemigos, saliendo desordenada y desunida del campamento. Vencidos los primeros, se desbandaron todos y Plutarco huyó. Acometieron entonces al

valladar algunos de los enemigos, y trataron de romperlo y abrirse paso, teniéndolo todo por sojuzgado. En esto, concluido ya el sacrificio, cargaron los Atenienses, y rechazaron al punto a los del campamento, destrozando a la mayor parte de ellos mientras se entregaban a la fuga alrededor de las trincheras. Foción dispuso que el grueso de sus tropas se parase, y estuviera con atención para esperar y recoger a los que al principio se habían dispersado en la fuga, y él, con los más escogidos, arremetió a los enemigos. Trabóse una reñida batalla, en la que todos pelearon valerosamente y a todo trance; pero Talo, hijo de Cineas, y Glauco, hijo de Polimedes, que estaban al lado del general, todavía sobresalieron; y no sólo éstos, sino que Cleófanes contrajo también un mérito muy singular en esta batalla: porque haciendo volver de su huída a los de a caballo, y gritándoles y clamándoles que corrieran en auxilio del general que estaba en riesgo consiguió que con su vuelta fuese más cierto el triunfo de la infantería. De resultas de esta acción arrojó a Plutarco de Eretria, y tomó a Zaretra, castillo de grande importancia, por estar situado en el punto donde la llanura termina en una estrecha faja, quedando allí la isla muy estrechada por el mar de una y otra banda. No permitió a los soldados que hiciesen cautivos a los Griegos rendidos, por temor de que los oradores de Atenas violentaran al pueblo a tomar contra ellos, por encono, alguna injusta determinación.

XIII.- Regresado Foción después de estos sucesos, muy presto echaron menos los aliados su honradez y su justificación, y muy presto conocieron también los Atenienses su

inteligencia y el grande influjo que le daban sus virtudes; porque Meloso, que fue el que después de él se encargó de los negocios, hizo tan infelizmente la guerra, que cayó vivo en poder de los enemigos. Tenía ya Filipo en aquella época concebidas grandes esperanzas en su ánimo, y habiendo pasado al Helesponto con todo su ejército, daba por supuesto tener ya en la mano al Quersoneso, a Perinto y a Bizancio. Propusiéronse los Atenienses darles auxilio, y habiendo trabajado los oradores por que Cares fuera nombrado general, enviado éste con el mando, no solamente no hizo nada que correspondiese a las fuerzas que se le dieron, sino que las ciudades no quisieron admitir la escuadra; y haciéndose a todos sospechoso, tuvo que andar de una parte a otra, siendo por sus exacciones molesto a los aliados y despreciado de sus enemigos. Irritado con esto el pueblo por los mismos oradores, se mostró disgustado, y mudó de propósito en cuanto a socorrer a los Bizantinos; pero tomando la palabra Foción, les dijo que no debían incomodarse con los aliados que mostraban desconfianza, sino con los generales que a esto les daban motivo: “Porque éstos son- añadió- los que os hacen odiosos a los mismos que sin vosotros no pueden salvarse”. Movido el pueblo con este discurso, y reformando su última determinación, decretó que el mismo Foción marchase con nuevas fuerzas al Helesponto en socorro de los aliados, lo que fue de la mayor importancia para que Bizancio se salvase. Era ya grande, en efecto, la fama de Foción, y como a esto se agregase el que León, varón entre los Bizantinos el primero en opinión de virtud, y que con Foción había trabado amistad en la Academia, empeñó por él su

palabra con la ciudad, no consintieron que acampase fuera, como quería, sino que, abriéndole las puertas, recibieron e hicieron unos mismos consigo a los Atenienses; los cuales no sólo no dieron ocasión de queja con su conducta, siendo moderados y sobrios, sino que en los combates mostraron mayor ardor y denuedo, por la misma confianza que de ellos se había hecho. De este modo Filipo, que pasaba por invencible y por hombre a quien nadie podía resistir, abandonó por entonces el Helesponto, con mengua y menosprecio, y Foción le tomó algunas naves, recobró las ciudades que había fortificado, y habiendo hecho desembarcos en diferentes puntos del país, lo taló y destruyó, hasta que, herido por los que vinieron en auxilio de los habitantes, regresó con su armada.

XIV.- Avisado secretamente por los de Mégara, temerosos de que si los Beocios lo entendían se les adelantaran a ofrecer su socorro, convocó a junta muy de mañana; y anunciando la solicitud de Mégara a los Atenienses, apenas hubieron resuelto, dio la señal con la trompeta, y haciéndoles tomar las armas marchó con ellos desde la misma junta. Recibido con sumo placer por los de Mégara, fortificó a Nisea, y tiró por medio dos ramales desde la población al puerto, juntando así la ciudad con el mar; de manera que, no dándole ya cuidado los enemigos que pudieran acometerla por tierra, quedó como incorporada con los Atenienses.

XV.- Decretada ya sin arbitrio la guerra contra Filipo, y elegidos, por estar él ausente, otros generales, luego que vol-

vió de las islas lo primero que trató de persuadir al pueblo fue que, estando Filipo inclinado a la paz, y manifestando recelar demasiado los peligros de la guerra, admitieran sus proposiciones; y como alguno de los que no hacen más que dar vueltas por la plaza y tejer calumnias se le opusiese, diciendo: “¿Y tú, oh Foción, te atreves a disuadir a los Atenienses, cuando ya están con las armas en la mano?” “Yo- les repuso-; a pesar de que sé que si hay guerra te mando yo a ti, y en la paz eres tú el que me mandas”. No los convenció, sin embargo, y como viese que prevaleció la opinión de Demóstenes de que los Atenienses llevaran la guerra bien lejos del Atica, “Amigo mío- le dijo-, no miremos dónde haremos la guerra, sino cómo venceremos: porque así es como estará la guerra lejos; mas si fuéremos vencidos, siempre tendremos toda calamidad encima”, Fueron, en efecto, vencidos; y como los que no saben más que alborotar y promover novedades llevasen a empellones a la tribuna a Caridemo, tratando de hacerlo general, los hombres de juicio y de probidad temieron, y celebrando consejo del Areópago ante el pueblo, con ruegos y con lágrimas obtuvieron, aunque a duras penas, que la república se pusiese en manos de Foción. Éste fue de opinión que debían aceptarse las condiciones benignas y humanas que propusiese Filipo; mas pasando Demades a dictar la de que la república había de tener parte en la paz común y en la junta de los Griegos, no vino en ello antes de saber cuáles serían las intenciones de Filipo respecto de los Griegos. No se siguió su dictamen, y hubo de ceder por consideración a las circunstancias, y como viese bien pronto arrepentidos a los Atenienses, por

serles preciso aprontar a Filipo galeras y caballos, temió esto misino, y les dijo: "Me opuse yo antes; mas pues que lo habéis pactado, es preciso llevarlo con paciencia y con buen ánimo, teniendo presente que nuestros mayores, mandando a veces y a veces mandados, pero ejecutando siempre lo uno y lo otro del modo que convenía, salvaron a la ciudad y a los Griegos". Muerto Filipo, no permitió que el pueblo hiciera festejos por la buena nueva, lo uno, porque parecía cosa indecente, y lo otro, porque las fuerzas que los habían batido en Queronea no se habían disminuido más que en una sola persona.

XVI.- Como Demóstenes empezase a insultar a Alejandro cuando Ya venía contra Tebas, dijo:

"Imprudente, ¿qué es lo que te impele
a irritar a un varón fiero e indomable,

y que aspira a una brillante gloria? ¿O quieres teniendo tan cerca semejante incendio, arrojar en él a la ciudad? Nosotros, aunque ellos quieran, no debemos permitir a éstos que se pierdan, y para esto es para lo que hemos admitido el mando". Destruida Tebas, como pidiese Alejandro que puestos a su disposición Demóstenes. Licurgo, Hipérides y Caridemo, la junta puso al punto los ojos en Foción, y llamado muchas veces por su nombre, se levantó, tomó por la mano a uno de sus amigos, al más íntimo que tenía, y a quien más amaba, y dijo: "Han puesto la república en tal precipicio, que yo, aun cuando alguien pidiera a este Nico-

cles, sería de dictamen que se le entregase; pues por lo que hace a mí mismo, si se tratase de que muriera por vosotros, tendríalo a grande dicha. Me compadezco- continuó- oh Atenienses, de éstos que de Tebas se han acogido a nosotros: pero básteles a los Griegos el llorar por Tebas. Más vale, pues, persuadir y rogar por unos y otros a los que tienen la superioridad que contender con ellos". El primer decreto hecho en este sentido se dice que Alejandro lo tiró luego que lo tomó en la mano, volviendo el rostro, y retirándose sin escuchar a los embajadores; pero recibió el segundo, que fue llevado por Foción, a causa de haber oído de los más ancianos de su corte que Filipo tenía de él el más alto concepto, y no sólo le dio entrada y escuchó sus súplicas, sino que recibió benignamente sus consejos, reducidos a que, si apetecía el descanso, diera de mano a la guerra, y si le inflamaba deseo de gloria, dejando a los Griegos, se encaminara contra los bárbaros. Díjole también otras muchas cosas acomodadas a su carácter y a su gusto, con las que le mudó y ablandó de manera que llegó a decir sería conveniente que los Atenienses se aplicaran a seguir el curso de los negocios, porque si le sucedía algo, a ellos les correspondía el mando; y contrayendo particularmente con Foción amistad y hospedaje, le tuvo en una estimación a la que llegaron muy pocos de los que tenía siempre a su lado. Duris refiere que, luego que llegó a denominarse grande y venció a Darío, quitó de las cartas la salutación ordinaria, excepto en las que escribía a Foción, pues con éste solo la usaba como con Antípatro; esto mismo escribió también Cares.

XVII.- Por lo que hace a presentes, es bien sabido que le envió de regalo cien talentos. Llegados que fueron a Atenas, preguntó Foción a los que conducían por qué siendo tantos los Atenienses a él solo le hacía Alejandro aquella expresión, y respondiéndoles aquellos: “Porque a ti sólo te juzga hombre recto y bueno” “¿Pues por qué no me deja- repuso Foción- serlo y parecerlo siempre?” Siguiéronle, sin embargo, a su casa, en la que no vieron más que una maravillosa sencillez, que la mujer aderezaba la comida, y que el mismo Foción, sacando por su propia mano agua del pozo, se lavaba los pies; con lo cual instaron todavía más, manifestando disgusto, y diciéndole ser cosa muy reparable que siendo amigo del rey lo pasara tan mal. Viendo entonces Foción a un pobre anciano que pasaba por la calle con una capa mugrienta, les preguntó si le reputaban peor que aquel; y diciéndole los forasteros que no los tuviese en tan mal concepto: Pues ése, les repuso, vive con menos que yo, y está contento: finalmente, si no hago uso de todo ese dinero, en vano le tendré en mi poder, y si hago uso, me desacreditaré a mí mismo, y desacreditaré al rey para con la república”. De este modo volvió a salir de Atenas aquella gran suma de dinero, haciendo ver a los Griegos ser más rico que el que la daba el que no la había menester. Incomodóse Alejandro, y volvió a escribir a Foción que no tenía por amigos a los que para nada se valían de él; mas ni aun así quiso Foción recibir el dinero y sólo pidió que pusiera en libertad a Equecrátides, a Atenodoro de Imbro y a dos Rodios. Deinarato y Espartón, presos por ciertas causas y custodiados en Sardes. Dio al punto Alejandro la libertad a éstos, y enviando a Crátero a Mace-

donia, le dio orden para que de estas cuatro ciudades de Asia, Quio, Gergeto, Milasa y Elea, diese a Foción la que escogiese, haciéndole presente que se enfadaría mucho más si no la admitía: pero Foción no la admitió, y Alejandro murió muy en breve. Muéstrase todavía en el barrio de Melita la casa de Foción, adornada con algunas planchas de bronce, siendo de todo lo demás pobre y sencilla,

XVIII.- De las mujeres con quienes estuvo casado, de la primera no ha quedado escrita otra cosa sino que era hermano suyo el escultor Cefisodoro; pero la segunda no fue menos recomendable entre los Atenienses por su honestidad y sencillez que Foción por su probidad. Así sucedió en una ocasión que, asistiendo los Atenienses al espectáculo de una nueva tragedia, el actor que tenía que salir pidió al que daba la fiesta una máscara de reina y el acompañamiento de muchas damas magníficamente puestas; y como incomodado de que no se le daba lo que pedía dejase en suspenso la función por no querer salir, Melantio, jefe de coro, echándolo al medio de un empujón, exclamó: “¿No ves a la mujer de Foción, que sale siempre con una criada sola? ¿Quieres con tus aparatos de lujo echar a perder a nuestras mujeres?” Difundida esta expresión por el teatro, fue recibida con grandes aclamaciones y aplausos. La misma mujer, mostrándole una huéspeda de Jonia sus adornos de oro, engastados en piedras, como eran arracadas y collares: “Pues mi ajuar y todo mi adorno, le contestó, es Foción, que hace veinte años es general de los Atenienses”.

XIX.- Quería el hijo de Foción contender en las Panateneas, y el padre lo puso de a pie, no para que aspirase a la victoria, sino para que, cuidando y ejercitando el cuerpo, se hiciera más útil; porque el tal joven era, por otra parte, amigo de francachelas y desarreglado. Venció, y deseando muchos festejarle con banquetes por la victoria, con los demás se excusó Foción, permitiendo a uno solo que le hiciera este obsequio; mas como al tiempo de entrar al convite viese en todo un lujoso aparato, y que para lavarse los pies se presentaban a los convidados lebrillos con vino, en que se habían desleído aromas, llamando al hijo le increpó diciéndole: ¿No contendrás, oh Foco, a tu amigo para que te eche a perder tu victoria?" Queriendo corregir enteramente en el hijo aquella estragada conducta, lo envió a Lacedemonia, y lo puso con los jóvenes que recibían la educación propia de Esparta, cosa que mortificó a los Atenienses por parecerles que Foción desdeñaba y despreciaba la crianza de Atenas. Decíale, pues, un día Demades: "Por qué no persuadimos, oh Foción, a los Atenienses que adopten el gobierno de Esparta? Pues si tú me lo dices, yo estoy pronto a escribir y sostener el decreto". A lo que le respondió: "¡Sin duda te estaría muy bien, oliendo a aromas y llevando esa púrpura, aconsejar a los Atenienses las comidas espartanas y elogiar a Licurgo!"

XX.- Escribió Alejandro dando orden de que se le enviaran cierto número de galeras; opusiéronse los oradores, y el Senado mandó que Foción expusiese su dictamen; y él les dijo: "Mi dictamen es que, o seáis más fuertes en las armas, u

os hagáis amigos de los que lo son". A Piteas, que empezaba a comparecer ante los Atenienses, y ya era hablador: "¿No callarás- le dijo- siendo todavía recién comprado para el pueblo?" Hárpalo, que había huido de Alejandro con grande cantidad de dinero, aportó desde el Asia al Atica, y la turba de los acostumbrados a sacar producto de la tribuna empezó a correr a él y a frecuentarle; y él, con darles algún cebo, los abandonó y envió a pasear, y buscó, por el contrario quien le ofreciera a Foción setecientos talentos y otra infinidad de presentes, queriendo entregarse todo a él: mas habiendo respondido Foción con aspereza que tendría Hárpalo que sentir si no cesaba de andar corrompiendo la ciudad, entonces, intimidado, se contuvo. Tuvieron junta de allí a poco los Atenienses, y vio a los que habían recibido dinero convertidos en enemigos suyos y que le acusaban para desvanecer las sospechas, y sólo Foción, que nada había admitido, al proponer lo que convenía a la república no se olvidaba de atender a su salud. Volvió con esto otra vez a querer obsequiarle; pero después de haberle rodeado y tanteado por todas partes, se desengañó de que era una fortaleza inexpugnable con el oro: pero habiéndose hecho amigo y familiar de su yerno Caricles, dio motivo a que se formara de éste mala opinión, porque era toda su confianza, y de quien para todo se valía.

XXI.- Muerta de allí a poco la ramera Pitonlea, de quien había estado enamorado Hárpalo, teniendo de ella una hija, quiso erigirle a toda costa un monumento, y dio a Caricles este encargo, que, sobre no ser en sí muy decoroso, todavía cedió en mayor vergüenza suya cuando dio acabado el se-

pulcro: porque se conserva todavía en el Hermeo, por donde vamos de la ciudad a Eleusis, y no tiene ningún primor que corresponda a los treinta talentos que se dice haber cargado Carieles a Hárpalo en la cuenta. Murió éste también de allí a poco, y la niña fue recogida por Caricles y Foción, y educada con esmero. Púsose luego a Caricles en juicio por estas cosas de Hárpalo, y habiendo rogado a Foción que le prestara su asistencia y le defendiera en el tribunal, se negó a ello, diciendo: “Yo, oh Caricles, te hice mi yerno solamente para lo que fuera justo”. Habiendo dado Asclepíades, hijo de Hiparco, a los Atenienses la primera noticia de haber muerto Alejandro, dijo Demades que no se hiciera caso, porque a ser así, debía estar ya oliendo a muerto toda la tierra; y Foción viendo al pueblo engreído e inflamado para pensar en novedades, trató de distraerle y entretenerle; pero como muchos corriesen a la tribuna, y gritasen ser cierta la noticia de Asclepíades, y que Alejandro había fallecido, “Pues si hoy es muerto- les dijo- ¿no lo será también mañana y pasado mañana y podremos, por tanto, deliberar con mayor sosiego y seguridad?”

XXII.- Después que Leóstenes impelió a la ciudad a la guerra llamada Helénica, muy contra la voluntad de Foción, le preguntó a éste, por mofa, qué había hecho de bueno en tantos años de mando; a lo que le contestó: “No poco: que los ciudadanos hayan sido enterrados en sus propios sepulcros”. Mostrábase Leóstenes muy osado y jactancioso en las juntas públicas, y Foción le dijo: “Tus discursos, oh joven, son parecidos a los cipreses, que siendo altos y elevados no

dan fruto”. Preguntándole asimismo Hipérides: “¿Cuándo aconsejarás, oh Foción, la guerra a los Atenienses?” “Cuando vea- le respondió- que los jóvenes quieren guardar disciplina, los ricos contribuir y los oradores abstenerse de robar los caudales públicos.” Como se maravillasen muchos del gran número de tropas que había juntado Leóstenes, y preguntasen a Foción qué concepto formaba de su disposición, “Me parecen muy bien- les respondió- para el estadio, pero temo una carrera larga en la guerra, no quedándole a la ciudad más fondos, más naves, ni más soldados”; y los hechos vinieron en apoyo de su modo de pensar. Porque al principio Leóstenes hizo un brillante papel, venciendo en batalla a los de Beocia y persiguiendo a Antípatro hasta encerrarle en Lamia; de cuyas resultas, llena la ciudad de grandes esperanzas, estuvieron en continuas fiestas y sacrificios por las buenas nuevas, y algunos, pareciéndoles que daban en cara a Foción con tan prósperos sucesos, le preguntaron si no quería haber ejecutado aquellas hazañas; a lo que él respondió: “Ejecutarlas, sí; pero aconsejar, lo de antes”; y sucediéndose unas a otras las agradables noticias del ejército, se refiere haber dicho: “¿Cuándo dejaremos de vencer?”

XXIII.- Mas murió Leóstenes, y los que temían que si Foción era enviado por general hiciese la paz, prepararon que en la junta tomara la palabra un hombre poco conocido, y dijese que, siendo amigo de Foción, y habiendo sido su condiscípulo, los exhortaba a que no lo expusieran y antes lo conservaran, pues que no tenían otro semejante, y enviaran a Antífilo al ejército; y como abrazasen los Atenienses este

dictamen, saliendo al frente Foción, expresó que no había ido a la escuela con semejante hombre, ni por ningún otro motivo era su amigo o su deudo; “pero desde el día, de hoy-le dijo al mismo- te hago mi amigo y mi familiar, porque has aconsejado lo que a mí me conviene”. Mas resolviendo los Atenienses marchar contra los Beocios, al principio se opuso, y haciéndole presente los amigos que le matarían si repugnaba a los Atenienses, “Injustamente- respondió-, si propongo lo que es útil; mas si me aparto de ello, con justicia”. Viendo que no cedían, sino que levantaban grande gritería, mandó anunciar a voz de pregón que los Atenienses que desde la pubertad estuviesen dentro de los sesenta años, tomasen provisión para cinco días y le siguiesen desde la misma junta. Movióse con esto grandísimo alboroto, y como los más ancianos empezasen a clamar y salirse, “No hay que incomodarse- dijo-; yo, el general, que cuento ya ochenta años, me estaré con vosotros”; y con esto les apaciguó e hizo mudar de propósito por entonces.

XXIV.- Siendo talada la parte marítima por Mición, que con gran número de macedonios y estipendiarios había desembarcado en Ramnunte, y todo lo asolaba, condujo a los Atenienses contra él. Empezaron a presentársele unos por una parte y otros por otra a querer dar disposiciones: “Debe tomarse- le decían- tal collado: la caballería ha de enviarse a aquel punto, aquí se ha de tomar posición”; lo que le hizo exclamar: “¡Por vida mía, que aquí veo muchos generales y pocos soldados!” Formado que hubo la infantería, uno se adelantó largo espacio a los demás; después, por miedo, sa-

liendo contra él un enemigo, retrocedió a la formación, y Foción le dijo: "¿No te avergüenzas, oh joven, de haber dejado dos puestos, aquel en que te colocó el general y después aquel en que tú te habías colocado?" Acometió a los enemigos, y los venció de poder a poder, con muerte de Mición y otros muchos. Al mismo tiempo derrotó en la Tesalia el ejército griego a Antípatro, después de habérsele incorporado Leonato y los Macedonios venidos del Asia, muriendo Leonato en la batalla en la que Antífilo mandó la infantería y la caballería Menón, natural de Tesalia.

XXV.- Bajó de allí a poco tiempo Crátero del Asia con grandes fuerzas, y dada nueva batalla en Cranón, fueron vencidos los Griegos, no siendo de consideración la derrota que sufrieron, ni muchos los muertos; pero, ya por desobediencia a los jefes, que eran benignos y jóvenes, y ya porque, solicitando Antípatro las ciudades, los Griegos se fueron desanimando, resultó de uno y otro que desampararon vergonzosamente la causa de la libertad. Dirigió, pues, inmediatamente Antípatro sus fuerzas contra Atenas. Demóstenes e Hipérides huyeron de la ciudad, pero Demades, que ningunos bienes tenía con que pagar las multas en que había sido condenado, siendo siete las sentencias dadas contra él por haber hecho propuestas injustas, y a quien por haber incurrido con este motivo en infamia estaba prohibido el hablar al pueblo, contanto entonces con la impunidad, escribió un decreto sobre enviar a Antípatro embajadores con plenos poderes. Concibió temor el pueblo; y llamando a Foción, a quien únicamente decía daba crédito, "Pues sí hu-

bierais creído- repuso- lo que yo os aconsejaba, no deliberaríamos ahora sobre negocios tan difíciles". Confirmóse al cabo el decreto, y fue enviado Foción a Antípatro, que estaba aposentado en el Alcázar Cadmeo y se disponía a marchar sin detención contra Atenas. Lo primero que aquel pidió fue que, sin pasar de allí, se había de firmar la paz, a lo que, como replicase Crátero no ser justo lo que Foción les proponía, queriendo que estándose allí de asiento gastaran y asolaran el país de los aliados y amigos, cuando podían aprovecharse del territorio de los enemigos, tomándole Antípatro por la mano, "Hagamos- dijo- esta gracia a Foción"; pero en cuanto a las demás condiciones, estipuló que los Atenienses habían de aceptar las que ellos dictasen, como él había obedecido en Lamia a las que dictó Leóstenes.

XXVI.- Vuelto Foción a la ciudad, como los Atenienses por necesidad hubiesen convenido en lo tratado, regresó otra vez a Tebas con otros embajadores, habiendo sido elegido para ponerse al frente de ellos el filósofo Jenócrates; porque era tal su dignidad, su opinión y su fama de virtud entre todos, que se tenía por cierto que no podía haber tanta insolencia, tanta crueldad y tanto encono en corazón humano, que con sólo ver a Jenócrates no se convirtiera en respeto y estimación hacia él; pero sucedió lo contrario, por la barbarie y perversidad de Antípatro. Empezó por no saludar siquiera a Jenócrates, habiendo abrazado a los demás: acerca de lo cual se refiere haber dicho aquel que hacía muy bien Antípatro en desairarle a él solo, cuando meditaba tratar tan injustamente a la república. Después, habiéndose puesto a

hablar, no le dejó, sino que oponiéndosele y mostrándose disgustado, le obligó a callar. Habiendo hablado Foción, respondió que habría amistad y alianza con los Atenienses, entregando a Demóstenes e Hipérides; gobernándose por las leyes patrias según el catastro; recibiendo guarnición, en Muniquia y pagando, por fin, los gastos de la guerra y una multa. Los demás embajadores aceptaron como humano el tratado, a excepción de Jenócrates, pues dijo que para esclavos los había tratado muy bien Antípatro, pero para hombres libres de un modo muy duro. Reclamó y rogó Foción sobre el artículo de la guarnición, pero se dice haber respondido Antípatro: "Nosotros, oh Foción, queremos dispensarte todo favor, menos en aquello que ha de ser para tu perdición y la nuestra". Mas otros no lo refieren así, sino que dicen haber preguntado Antípatro si, quitando él la guarnición a los Atenienses, le salía por fiador Foción de que la república guardaría el tratado y no promovería inquietudes, y que, como Foción callase y se quedase pensativo, levantóse Calimedonte Cárabo, hombre atrevido y nada republicano, y habló de esta manera: "¿Con que si éste, oh Antípatro, chochease, tú le creerás y no harás lo que tienes determinado?"

XXVII.- De este modo recibieron los Atenienses guarnición de los Macedonios, y por jefe de ella a Menilo, hombre bondadoso y afecto a Foción. La condición, con todo, pareció efecto de orgullo, y más bien demostración de poder para humillar que ocupación dictada por el estado de los negocios: habiéndola hecho todavía menos llevadera el tiempo

en que tuvo ejecución. Porque entró en Atenas el día 20 del mes Boedromión, estándose celebrando los misterios, y precisamente cuando llevan a Iaco desde la capital a Turbada, pues, la fiesta muchos se pusieron a comparar lo que iba de los antiguos prodigios a los del día: porque antes, en las grandes prosperidades de la ciudad, se habían aparecido visiones y escuchado voces místicas, con asombro y terror de los enemigos, y ahora, en la misma festividad, eran espectadores los dioses de los más insufribles males de la Grecia, y de haber llegado al último desprecio el tiempo para ellos más santo y más dulce, haciéndose principio de la época más calamitosa. Pues, en primer lugar, algunos años antes las Dodónides habían traído un oráculo que prevenía guardasen los promontorios de Ártemis para que otros no lo tomasen, y entonces, en aquellos mismos días, las fajas con que se adornan los lechos místicos, puestas en agua para lavarse, en lugar de su color purpúreo, habían sacado otro fúnebre y de luto, lo que era de tanto mayor cuidado cuanto que las de los particulares todas habían conservado su lustre. Además, a un iniciado que estaba lavando un lechoncito en lo más claro y despejado del puerto le arrebató un ballenato, y se le comió todos los miembros inferiores del cuerpo hasta el vientre: significándoles claramente el dios que, privados del territorio bajo y marítimo, conservarían el superior y de la ciudad. Y lo que es la guarnición en nada les incomodó, a causa del comandante Menilo; pero de los ciudadanos excluidos del gobierno por su pobreza, que pasaban de doce mil, los que se habían quedado sufrían una suerte muy miserable y afrentosa, y los que por lo mismo abandonando su patria habían

pasado a la Tracia, donde Antípatro les daba ciudad y tierras, parecían a los exterminados después de un sitio.

XXVIII.- La muerte de Demóstenes en la isla Calauria y la de Hipérides cerca de Cleons, de las que hemos hablado en otra parte, casi engendraron amor y deseo en los Atenienses de Alejandro y de Filipo; y lo que después, por haber muerto Antígono y haber empezado los que le mataron a mortificar y afligir a los pueblos, dijo en Frigia un rústico, que, como cavase en un campo y le preguntasen qué hacía, respondió: "Busca a Antígono"; esto mismo les ocurría decir a muchos, acordándose de que el engreimiento de aquellos reyes tenía cierta elevación, y se dejaba fácilmente doblar, y no como Antípatro, que, bajo la apariencia de un particular con lo pobre de su manto y con la sencillez de su tenor de vida, quería disimular su poder, y por lo mismo se hacía más insufrible a los que atormentaba, siendo un ruin, déspota y tirano. Con todo, Foción libró a muchos del destierro intercediendo con Antípatro, y logró para los desterrados que no fueran como los demás excluidos del todo de la Grecia, siendo trasladados más allá de los montes Ceraunios y del Ténaro, sino que habitaran en el Peloponeso, de cuyo número fue Hagnónides el Sicofanta. Con los que quedaron en la ciudad Antípatro recondujo con blandura y justicia, manteniendo en las magistraturas a los ciudadanos urbanos y dóciles; y a los inquietos e innovadores, con el mismo hecho de no emplearlos, para que no pudieran alborotar, los tuvo sujetos y los obligó a amar el campo y las labores de él. Viendo a Jenócrates pagar el tributo de extranjería, quiso

sentarle por ciudadano, pero él lo rehusó diciendo que no quería tener parte en un gobierno sobre el que había sido enviado de embajador para repugnarle.

XXIX.- Proponiendo a Foción Menilo hacerle una expresión y darle cierta cantidad de dinero, le respondió que ni él valía más que Alejandro ni la causa por que entonces se le quería agasajar era mejor que aquella por la que en aquel tiempo nada había recibido; y como Menilo instase sobre que lo admitiera para su hijo Foco, "A Foco- respondió-, si tiene juicio mudando de conducta le bastará lo que le quede de su padre: pero si sigue como ahora, no le alcanzará nada". A Antípatro, que quería valerse de él para una cosa injusta, le respondió con dureza: "No puede Antípatro valerse a un tiempo de mí como amigo y como adulador." Refiérese que Antípatro solía decir que, teniendo en Atenas dos amigos, Foción y Demades, del uno no había podido recabar nunca que recibiese nada, y al otro no había podido nunca contentarlo; y es que Foción ostentaba como una virtud la pobreza, en la que había envejecido, habiendo sido tantas veces general de los Atenienses y contando reyes entre sus amigos, y Demades hacía gala de ser rico, aun a costa de injusticias, y cometiéndolas de intento. Pues estando entonces mandado por ley en Atenas que en los coros no hubiera forasteros, o el jefe pagara mil dracmas, compuso un coro todo de extranjeros, hasta el número de ciento, y al mismo tiempo presentó en el teatro la multa de mil dracmas por cada uno. Al tiempo de casar a su hijo Demeas le dijo: "Cuando yo me casé con tu madre, ni siquiera se enteró el

vecino; pero para tu boda contribuyen reyes y poderosos.” Instaban a Foción los Atenienses para que los libertara de la guarnición, hablando para ello a Antípatro-, pero bien fuese por no tener esperanzas de conseguirlo, o bien porque viese al pueblo más moderado, prudente y subordinado por el miedo, siempre rehusó aquella legación; aunque en cuanto a los contribuciones obtuvo de Antípatro que tuviese espera y concediese plazos. Cansados, pues, recurrieron a Demades, el cual se mostró pronto, y tomando consigo al hijo llegó a la Macedonia, conducido, sin duda, por algún mal Genio, precisamente al tiempo en que, hallándose ya enfermo Antípatro, Casandro había tomado el mando, y había encontrado una carta de Demanes dirigida a Antígono al Asia, en la que le rogaba se apareciese a los Griegos y Macedonios, que estaban colgados de un hilo viejo y podrido, mordiendo de este modo a Antípatro. Así que Casandro supo que había llegado, le echó mano; y en primer lugar, presentándole muy cerca al hijo, lo hizo asesinar, de modo que el padre recibió en sus ropas la sangre, quedando manchado con aquella muerte, y después, reprendiendo a éste y llenándole de improperios sobre su ingratitud y su traición, le quitó también la vida.

XXX.- Como Antípatro, nombrado que hubo general a Polisperconte, y comandante subalterno a Casandro, hubiese fallecido, adelantándose éste y arrogándose el mando, envió prontamente a Nicanor para suceder a Menilo en la comandancia de la guarnición, con orden de posesionarse de Muniquia antes que se divulgara la muerte de Antípatro. Eje-

cutóse, pues, de esta manera; y cuando los Atenienses supieron, al cabo de breves días, que Antípatro era muerto, empezaron a quejarse y a culpar a Foción de que, habiendo tenido antes la noticia, la había reservado en obsequio de Nicanor. No hizo de esto gran caso; pero con todo, habiendo visto y hablado a Nicanor, logró que se mostrara benigno y complaciente con los Atenienses en los negocios que ocurrieron, y que entrara en ciertos obsequios y gastos, tomando a su cargo el dar al pueblo juegos y espectáculos.

XXXI.- En esto, Polisperconte, que tenía a su cargo la tutela del rey, para contraminar las disposiciones de Casandro envió una carta a los ciudadanos de Atenas, en que les decía que el Rey les volvía la democracia, siendo su voluntad que todos tuvieran parte en el gobierno según sus leyes patrias. Esto era una celada dispuesta contra Foción, porque siendo la intención de Polisperconte, como después lo manifestó con las obras, ganar para sí propio aquella ciudad, no esperaba adelantar nada si no perecía Foción, y tenía por cierto que perecería en el punto que los que habían decaído el gobierno conforme al último tratado volvieran a apoderarse de él, y que ocuparan de nuevo la tribuna los demagogos y calumniadores. Alborotados por esta causa los Atenienses, como Nicanor quisiese tratar con ellos en el Pireo, formándose consejo se presentó en él, confiando su persona a Foción. En tanto, Dercilo, general de las tropas que estaban fuera de la ciudad, se propuso echarle mano, y habiéndolo él entendido, huyó teniéndose desde luego indicios de que hostilizaría a la ciudad. Foción, a quien se hizo

cargo de haber dejado ir a Nicanor y no haberlo detenido, respondió que había confiado en Nicanor, sin temer de él ningún mal hecho, y que, aun cuando así no fuese, más quería pasar por ofendido y por burlado que por ofensor y por injusto. Esto, mirado con relación a Foción sólo como persona particular, podría tenerse por un rasgo de honradez y generosidad; pero cuando iba en ello la salud de la patria, y debía considerar que era un general y un magistrado, no sé si era reo para con sus conciudadanos de haber violado un derecho más trascendental y más antiguo. Porque no podía tampoco decirse que Foción se abstuvo de echar mano a Nicanor por miedo de meter a la ciudad en una guerra, y que pretextó la confianza y la justicia, para que, avergonzado éste, se contuviera y no ofendiera a los Atenienses; pues en realidad de verdad lo que pudo más con él fue la confianza en Nicanor, a quien ya acusaban muchos de que amenazaba al Pireo, reunía fuerzas de extranjeros en Salamina y andaba sobornando a algunos de los que habitaban en el mismo Pireo; con todo, se desentendió de estas voces, y no sólo no les dio crédito, sino que, habiéndose decretado, a propuesta de Filomelo de Lamptras, que todos los Atenienses se pusieran sobre las armas y estuvieran a las órdenes del general Foción, descuidó el cumplimiento, hasta que, pasando Nicanor sus tropas de Muniquia al Pireo, empezó a circunvalarle.

XXXII.- En vista de esto se sobresaltó Foción, y recibió un desprecio cuando quiso conducir contra Nicanor el ejército de los Atenienses. Llegó al mismo tiempo con tropas Alejandro, hijo de Polisperconte, según lo que él decía para

auxiliar contra el mismo Nicanor a los ciudadanos, pero en realidad para apoderarse, si podía, de la ciudad, que por sí misma se le venía a la mano. Porque los desterrados habían acudido a él y al punto se habían metido en la ciudad, y con los forasteros y los notados de infamia que se les agregaron se reunió una junta numerosa y desordenada, en la que, deponiendo del mando a Foción, eligieron otros generales; y a no haber sido porque, dirigiéndose Alejandro solo a hablar con Nicanor al pie de la muralla, fue visto, y porque, habiéndolo ejecutado repetidas veces, dio ocasión a que sospechasen los Atenienses, no hubiera evitado la ciudad aquel peligro. Al punto, pues, el orador Hagnónides se desencadenó contra Foción, acusándole de traidor, de lo que temerosos Calimedonte y Pericles, salieron de la ciudad; pero Foción y los amigos que permanecieron a su lado se acogieron a Polisperconte, saliendo con ellos, por consideración a Foción, Solón de Platea y Dinarco de Corinto, que pasaban por apasionados y amigos de Polisperconte; mas a causa de haber caído enfermo Dinarco se detuvieron en Elatea por bastantes días. En éstos, en virtud de un decreto defendido por Hagnónides y escrito por Arquéstrato, envió el pueblo una embajada con objeto de acusar a Foción; y unos y otros alcanzaron a un mismo tiempo a Polisperconte, que iba en compañía del rey cerca de una aldea de la Fócide, llamada Fáriges y situada junto al monte Acrurio, al que ahora dicen Gálata. Puso en ella Polisperconte un dosel de oro, y sentando debajo de él al Rey, y a su lado a los de su corte, en cuanto a Dinarco dio orden de que sobre la marcha le prendiesen y, después de darle tormento, le quitasen la vida; y a

los Atenienses les concedió permiso de hablar. Levantóse grande alboroto y gritería, acusándose unos a otros en aquella junta, y como dijese Hagnónides: "Metednos a todos en una jaula y enviadnos a que tratemos este negocio ante los Atenienses", el Rey se echó a reír; pero los Macedonios y otros forasteros que presenciaban la junta, estando de vagar, deseaban oír, y por señas rogaban a los embajadores que entablaran allí su acusación. Mas el partido era muy desigual, porque, habiendo empezado a hablar Foción, Polisperconte se le opuso muchas veces; y habiendo dado por fin un bastonazo en el suelo, aquel se detuvo y calló; y diciendo Hegemón que Polisperconte le era testigo de su amor al pueblo, como Polisperconte le respondiese enfadado: "No vengas aquí a mentir ante el Rey", levantóse éste e intentó herir a Hegemón con la lanza; pero Polisperconte le echó al punto los brazos para detenerle, y así se disolvió la junta.

XXXIII.- Rodeados por los guardias Foción y los que con él se hallaban, los demás amigos que tuvieron la suerte de no estar tan cerca, en vista de esto, o se ocultaron o huyeron, y así se salvaron. A aquellos los trajo Clito a Atenas, según decían, para ser juzgados, pero en realidad, condenados ya a morir; su conducción ofrecía un espectáculo bien triste, pues eran llevados en carros por el Ceramico al teatro; allí los tuvo reunidos Clito, hasta que los arcontes convocaron la junta, de la que no excluyeron ni a esclavo, ni a forastero, ni a hombre infame, sino que dejaron patentes a todos y a toda la tribuna y el teatro. Leyóse una carta del Rey, en la que decía que para él aquellos hombres eran trai-

dores; pero que dejaba a los Atenienses el que los juzgasen, pues que eran libres e independientes: y como en seguida les hubiese presentado Clito, los ciudadanos de probidad y virtud, al ver a Foción, se cubrieron los rostros, y bajando los ojos no podían contener las lágrimas. Hubo, sin embargo, uno que se atrevió a decir que, habiendo dejado el Rey al pueblo un juicio como aquel, correspondía que los esclavos y los extranjeros salieran de la junta. Mas no lo llevó en paciencia la muchedumbre, y como gritasen que debían ser apedreados los oligarquistas y enemigos del pueblo, ya ningún otro se resolvió a hablar a favor de Foción. Él mismo, teniendo gran trabajo y dificultad en hacerse escuchar: "¿Cómo queréis condenarme a muerte?- les dijo- ¿injusta o justamente?" y como algunos respondiesen: "Justamente". "Pues y esto, ¿cómo lo conoceréis- les replicó- si no me escucháis?" Nadie quería ya oír más; y entonces, saliendo más adelante: "Por mí- les dijo-, reconozco que he obrado mal, y me sentencio a muerte por mis actos de gobierno; pero a éstos, oh Atenienses, ¿por qué queréis quitarles la vida, no habiendo delinquido en nada?" Como a esta reconvención respondiesen muchos: "Porque son amigos tuyos", se retiró Foción, y nada más dijo; pero Hagnónides leyó un decreto que tenía escrito, según el cual el pueblo debía juzgar si entendía que habían delinquido, y los reos sufrir la pena de muerte si esta declaración les era contraria.

XXXIV.- Leído el decreto, deseaban algunos que Foción fuera atormentado antes de recibir la muerte, y daban la orden de que se trajera la rueda y se llamara a los ejecutores;

pero Hagnónides, viendo que también Clito lo repugnaba y que la cosa en sí era bárbara y abominable: "Cuando prendamos- dijo-, oh Atenienses, a ese vil hombre de Calimedonte, entonces lo atormentaremos; pero en cuanto a Foción, yo no propongo semejante cosa"; a lo que uno de los hombres honrados exclamó: "Y haces muy bien; porque si atormentamos a Foción, ¿contigo qué deberíamos hacer?" Sancionado el decreto, y dados los votos, sin que nadie se sentase, todos en pie como estaban, y aun muchos poniéndose coronas, los condenaron a muerte. Hallábanse con Foción, Nicocles, Tudipo, Hegemón y Pitocles, y se decretó también la muerte de Demetrio de Falera, de Calimedonte, de Caricles y de otros ausentes.

XXXV.- Disuelta la junta, llevaron a los sentenciados a la cárcel, y los demás, viéndose rodeados y estrechados entre los brazos de sus amigos y deudos, iban afligidos y desconsolados; pero al ver el rostro de Foción tan sereno como cuando yendo de general le acompañaban desde la junta pública, todos generalmente admiraban su imperturbabilidad y su grandeza de alma, aunque sus enemigos, al paso lo llenaban de improperios, y alguno hubo que se acercó a escupirle: de manera que él se volvió a los arcontes y les dijo: "¿No habrá quien contenga a este desvergonzado?" Como Tudipo, estando ya en la cárcel y viendo molida la cicuta, se irritase y lamentase su desgracia, mas no había motivo para que fuera comprendido en la de Foción: "¿Conque no tienes en mucho- le dijo éste-, el que con Foción mueres?". Preguntándole uno de sus amigos si encargaba algo para Foco, su

hijo: “Sí- le respondió-; le digo que no mire mal a los Atenienses”. Pidiéndole Nicocles, que era el más fiel de sus amigos, que le permitiera beber antes la pócima: “Cruel y terrible es para mí tu petición- le contestó-, pero, pues que en vida no te negué ningún favor, también te concedo éste”. Con haber bebido todos los demás, se acabó el veneno, y el ejecutor público dijo que no molería más si no se le daban doce dracmas, que era lo que costaba una poción. Pasábase el tiempo y la detención era larga; llamó, pues, Foción a uno de sus amigos, y diciendo: “¡Bueno, es que ni aun el morir lo dan de balde en Atenas!”, le encargó que pagara aquella miseria.

XXXVI.- Era el día 19 del mes Muniquión, y haciendo los caballeros una especie de procesión en honor de Zeus, unos arrojaron las coronas, otros, volviéndose a mirar las puertas de la cárcel, prorrumpieron en llanto, y a todos los que no tenían el alma pervertida por el encono o por la envidia les pareció cosa execrable el no haber esperado por aquel día y no haber conservado a la ciudad pura de una ejecución pública mientras celebraba aquella festividad. Mas los enemigos de Foción creyeron que sería incompleto su triunfo si no hacían que hasta el cadáver de Foción fuera desterrado y que no hubiera ateniense que encendiera fuego para darle sepultura; así es que no hubo entre sus amigos quien se atreviese ni siquiera a tocarle. Un tal Conopión, que por precio solía ocuparse en estas obras, tomó el cuerpo, y llevándolo más allá de Eleusis, le quemó, encendiendo el fuego en tierra de Mégara. Sobrevino allí una mujer megarense con

sus criadas, y levantando un túmulo vacío hizo las solemnes libaciones. Tomó después en su regazo los huesos, y llevándolos por la noche a su casa, abrió un hoyo junto al hogar, diciendo: “En ti, mi amado hogar, deposito estos despojos de un hombre justo, y tú lo restituirás al sepulcro paterno cuando los Atenienses hayan vuelto en su acuerdo.”

XXXVII.- No se había pasado mucho tiempo cuando los sucesos mismos hicieron ver al pueblo qué celador y guarda de la modestia y la justicia era el que había perdido. Erigióle, pues, una estatua de bronce, y a expensas del erario público dio sepultura a sus huesos. De sus acusadores, a Hagnónides los mismos Atenienses le condonaron y quitaron la vida, y a Epicuro y Demófilo, que habían huido de la ciudad, el hijo de Foción los descubrió y tomó de ellos venganza. De éste se dice que no era hombre de recomendables prendas; que, enamorado de una esclava educada en casa de un rufián, por casualidad había llegado al Liceo a tiempo en que Teodoro el Ateo formaba este argumento: “Si no es cosa torpe rescatar al amigo, tampoco, por consiguiente, a la amiga: Y si no lo es el rescatar al amado, tampoco a la amada”; y que adoptando este modo de discurrir como tan acomodado a sus deseos, había redimido a la amiga. En fin: lo ejecutado con Foción hizo a los Griegos acordarse de lo ejecutado con Sócrates, por ser este yerro muy semejante a aquel, y causa igualmente para la ciudad de grandes infortunios.

CATÓN EL MENOR

I.- El linaje de Catón adquirió lustre y gloria de Catón su bisabuelo, varón que llegó por su virtud a tener entre los Romanos el mayor concepto y poder, como dijimos en su Vida. Quedó huérfano de padres con su hermano Cepión y su hermana Porcia, teniendo, además, otra hermana de madre, llamada Servilia, y todos se mantenían y educaban en casa de Livio Druso, que era tío de su madre, y quien entonces llevaba el peso del gobierno. Porque era elocuente en el decir, sumamente moderado y sobrio, y de tanta prudencia, que no cedía en esta calidad a ninguno de los romanos. Dícese que Catón desde niño manifestó en su voz, en su semblante y en los entretenimientos pueriles, un carácter inflexible, entero y firme para todo, porque lo que emprendía lo llevaba a cabo con una resolución superior a su edad, y si era áspero y desabrido con los que le educaban, aun se irritaba más con los que querían intimidarle. Era, además, casi inmóvil para la risa, no prestándose su semblante para más que cuanto sonreírse; para la ira no era tan fácil ni pronto, pero una vez enfadado muy difícil de desenojar. Llegado el tiempo de la enseñanza, se vio que era tardo y

pesado en percibir, pero luego que percibía, de buena memoria y retención, bien que, en general, sucede que los de ingenio pronto son olvidadizos, y memoriosos los que aprenden a fuerza de trabajo y aplicación; y es que en éstos cada cosa que aprenden viene a ser como una marca impresa en el alma a fuego. Parece también que la desconfianza hacía en Catón la instrucción más trabajosa y difícil, porque el aprender es un cierto padecer, y el dejarse persuadir pronto es ordinariamente de los que no se sienten con fuerza para contradecir; así es que más fácilmente creen los mozos que los viejos, y los enfermos que los sanos, y, en general, los que dudan poco son prontos y fáciles en asentir. Con todo, se dice que Catón se dejaba persuadir de su ayo, y hacía lo que le ordenaba; pero exigiendo la razón de todo, y preguntando el por qué de cada cosa, pues el ayo era benigno y afable y de los que prefieren la razón al castigo. Su nombre era Sarpedón.

II.- Siendo todavía Catón muy niño, solicitaron los aliados de los Romanos que se les hiciera participantes de los derechos de ciudad; y Popedio Silón, buen militar y de grande reputación, teniendo amistad con Druso, pasó a hospedarse en su casa bastantes días; en los cuales, habiendo contraído familiaridad con aquellos jóvenes: “Ea- les dijo-, es menester que intercedáis con el tío para que me patrocine en mi pretensión”; y Cepión, sonriéndose, dio indicios de que venía en ello. Catón nada respondió, sino que se quedó mirándole de hito en hito con ceño, y preguntándole Popedio: “¿Y tú, niño, qué dices? ¿no estás dispuesto a auxiliar a

los huéspedes, hablando al tío como el hermano?” Como nada dijese, y con el silencio mismo y el semblante manifestase que no accedía a la petición, sacándole Popedio por una ventana como para dejarle caer, le instaba a que conviniese o lo derribaría, y al mismo tiempo, ahuecando la voz, le sacudía en el aire con ambas manos, haciendo muchas veces como que le echaba abajo. Aguantó por mucho tiempo Catón esta amenaza sereno e impávido; y Popedio, poniéndole en el suelo, dijo en voz baja a sus amigos: “¡Cuánta es la dicha de la Italia en tener este niño! Si fuera ya hombre hecho, creo que no tendríamos en la ciudad ni un solo voto.” En otra ocasión un pariente, con motivo de celebrar los días de su nacimiento, convidó a cenar a Catón y a otros niños, los cuales para hacer tiempo jugaban en una parte retirada de la casa, mezclados niños pequeños con otros mayores, y su juego era juicios, acusaciones y prisiones de los sentenciados. Uno de éstos, que era de muy buena figura, llevado a la prisión por otro más grande y encerrado en ella, empezó a llamar a Catón. Impúsose éste al punto de lo que era, y dirigiéndose a la puerta, retiró a los que se ponían delante y no le dejaban acercar, sacó al niño, y mostrando grande enojo lo llevó a su casa, adonde los demás le acompañaron.

III.- Habíase hecho ya tan célebre, que ocurrió lo siguiente: reunía e instruía Sila los mancebos de las principales familias para una carrera de caballos juvenil y sagrada, a la que llaman troya, y había nombrado dos caudillos, de los cuales los jóvenes admitieron al uno por respeto a su madre, pues era hijo de Metela, mujer de Sila; pero en cuanto al

otro, que era Sexto, sobrino de Pompeyo, no permitieron que se les pusiera al frente ni quisieron seguirle; preguntándoles Sila a quién querían, todos a una voz dijeron que a Catón, y el mismo Sexto cedió el puesto contento, y se puso a sus órdenes, dando este testimonio a su mayor mérito. Había sido Sila amigo de su padre, y algunas veces los llamaba a él y a su hermano, y les hablaba, siendo muy pocos aquellos con quienes tenía esta atención, por el envanecimiento y altanería de su majestad y su poder, y dando Sarpedón grande importancia a este favor para el honor y seguridad, llevaba a Catón con frecuencia a casa de Sila, que entonces en nada se diferenciaba de un lugar de suplicios, por la muchedumbre de los que allí eran sofocados y atormentados; cuando esto sucedía tenía Catón catorce años, viendo, pues, que se traían allí las cabezas de los varones más distinguidos de la ciudad, y que los presentes devoraban en secreto sus sollozos, preguntó al ayo por qué no había alguno que matase a aquel hombre; y respondiéndole éste: “Porque, aunque le aborrecen mucho, todavía le temen más”, le repuso al punto: “¿Pues por qué no me das a mí una espada para libertar de esclavitud a la patria quitándole de en medio?” Al oír Sarpedón estas palabras, vio que le centelleaban los ojos, y que su encendido semblante estaba lleno de ira y furor, y concibió tal miedo que de allí en adelante estuvo siempre con cuidado y en observación de que no cometiera algún arrojo. Era todavía niño pequeñito cuando, a los que le preguntaban a quién quería más, respondió que a su hermano; volvieron a preguntarle: “¿Y luego?” y la respuesta fue igualmente que a su hermano; volvieron la tercera, cuarta

y más veces, hasta que, cansados, no le preguntaron más. Después, con la edad, todavía se fortificó y creció este amor al hermano, porque ya era de veinte años, y jamás había cenado, viajado o salido a la plaza sin Cepión. Mas si éste pedía ungüentos, él no los admitía, y en todo lo relativo al cuidado de la persona era rígido y severo; así con ser Cepión objeto de maravilla por su parsimonia y moderación, reconocía que tenía este mérito si se le quería medir con los demás; "pero cuando comparo mi método de vida- decía- con el de Catón, entonces me parece que en nada me diferencio de Sipio", nombrando a uno de los que tenían fama entonces en Roma de más muelles y afeminados.

IV.- Nombrado Catón sacerdote de Apolo, mudó ya de casa; y habiendo tomado la parte que le cupo de los bienes paternales, que ascendían a ciento veinte talentos aún redujo los gastos en lo relativo a su persona. Trabó entonces amistad e íntima unión con Antípatro de Tiro, filósofo estoico, y a su lado se dedicó con especialidad a los principios y dogmas de la ética y la política, ejercitándose como inspiración para toda virtud; aunque sobre todas se inclinaba más a la justicia rígida y severa que nunca declinase a la condescendencia ni al favor. Ejercitaba la elocuencia como un instrumento para hablar a la muchedumbre, por creer que, así como en una ciudad grande hay provisiones de guerra, convenía también tener hechos preparativos en la filosofía política; pero estos preparativos no los hacía en presencia de otros, ni lo oyó nunca nadie perorar; y a uno de sus amigos que le dijo: "Se habla, oh Catón, y se murmura de tu silen-

cio" "Muy bien- le respondió-, como no se murmure de mi conducta, pues yo empezaré a hablar cuando no haya de decir nada que fuera mejor no haberlo dicho".

V.- La basílica llamada Porcia era una ofrenda por la censura de Catón el mayor; y siendo allí donde daban audiencia los tribunos de la plebe, porque una columna parecía ser de algún estorbo para las sillas de curules, habían resuelto o quitarla o trasladarla a otra parte, y éste fue el primer negocio que obligó a Catón a contra su voluntad al público; pues lo fue preciso hacerles oposición, dando al mismo tiempo una admirable prueba de su elocuencia y de su juicio. Porque su dicción no tuvo nada de juvenil ni de hinchada, sino que fue varonil, llena y concisa. Además, resplandecía en ella una gracia seductora, que hacia oír con gusto lo cortado y breve de las sentencias, y su carácter, unido con aquella gracia conciliaba a la misma severidad un placer y halago que le quitaba lo repugnante. Su voz tenía extensión, y era cual se necesitaba para alcanzar a todo un auditorio tan numeroso, pues estaba dotada de una fuerza y firmeza que nada la quebrantaba o disminuía: porque hubo ocasiones en que, habiendo hablado por un todo día, no se le notó cansancio. En ésta ganó el pleito, y se volvió otra vez a su silencio y a sus ejercicios, porque trabajaba el cuerpo en ocupaciones de fatiga, y se había acostumbrado a sufrir el calor y el frío con la cabeza descubierta, y a caminar a pie en toda estación sin llevar ningún carruaje, y yendo a caballo los amigos que con él viajaban, ora se llegaba a uno, ora a otro, haciéndoles conversación, marchando él a pie mientras los otros iban como

se deja dicho. En las enfermedades eran admirables su sufrimiento y sobriedad; así, cuando tenía calentura, se estaba enteramente solo, no dejando que entrase nadie hasta que se sentía aliviado y restablecido de su indisposición.

VI.- En los banquetes sorteaba las porciones, y aunque no le cupiese la primera, rogábanle los amigos la tomase; mas él les decía que eso no estaba bien, pues que Venus había querido otra cosa. Al principio no bebía más que una sola vez sobre cena, y se retiraba: pero con el tiempo se dio más al beber, tanto, que muchas veces le cogió la mañana, de lo que decían sus amigos haber sido la causa el gobierno y los negocios públicos: porque estando en ellos ocupado Catón todo el día, e impedido, por tanto, de tratar de las letras y la erudición, por la noche en los convites conferenciaba con los filósofos. Por lo mismo, como un tal Memio dijese en una concurrencia que Catón gastaba todas las noches en beber, le replicó Cicerón: “Pero no dices que gasta todo el día en jugar a los dados.” En general, creyendo Catón que debía tomar el camino contrario a la conducta y ocupaciones de los de su tiempo, que eran malas y necesitaban de gran reforma, como viese que la púrpura más buscada entonces por todos era la muy roja y encendida, él no la gastaba sino oscura. Muchas veces después de comer salía a la calle descalzo y sin sobrerropa, no para ganar nombre con estas novedades, sino para contraer hábito de no avergonzarse por otras cosas que las verdaderamente torpes, no haciendo ninguna cuenta de las demás que se tienen por afrentosas. Redujo a dinero la herencia que le tocó de su

primo Catón, que ascendía a cien talentos, y la dio sin réditos a los amigos que la hubiesen menester; y aun algunos obligaban al público las tierras y los esclavos del mismo Catón con su aprobación y consentimiento.

VII.- Cuando le pareció ser llegado el tiempo de contraer matrimonio, no habiéndose aún acercado a mujer alguna, trató el suyo con Lépida, que antes había estado desposada con Escipión Metelo, pero que entonces ya se hallaba libre, disueltos los esponsales por disenso de Escipión; mas, arrepentido éste antes del matrimonio, y haciendo las más vivas diligencias, la obtuvo por fin. Sintiólo vivamente Catón, e inflamado con tal desaire, intentó poner pleito; pero como los amigos lo disuadiesen, llevado del encono y de la juventud, recurrió a los Yambos, y llenó de improperios a Escipión, empleando lo amargo y picante de Arquíloco, pero dejando lo indecente y pueril. Casóse, por fin, con Atilia, hija de Sorano y ésta fue la primera con quien se unió, aunque no la única, no habiendo tenido en esta parte la feliz suerte de Lelio, el amigo de Escipión, que en el largo tiempo que vivió no conoció otra mujer que aquella con quien se casó al principio.

VIII.- Sobrevino en esto la guerra servil, llamada de Espártaco, en la que iba Gelio de general, y de la que voluntariamente quiso participar Catón, a causa de su hermano, que ejercía el cargo de tribuno militar. Y aunque no le fue dado llenar sus ideas en cuanto al ejercicio y decidida manifestación de su valor, por no haberse hecho como con-

venía aquella guerra, con todo, en las pruebas que, al lado de la cobardía y lujo de los que con él militaban, dio de disciplina y de osadía templada con prudencia, pudo conocerse que no desdecía en nada del otro Catón, su antepasado; así es que Gelio le asignó premios y distinciones honoríficas, pero él no las admitió, ni creyó le correspondían, diciendo que nada había hecho digno de tales honras. Acreditóse con esto de hombre, de otro temple que los demás, y habiéndose establecido por ley que los que pedían las magistraturas no se presentasen acompañados de nomenclatores, sólo él se sujetó a la ley al pedir el tribunado militar, cumpliendo por sí solo con el acto acostumbrado de saludar y llamar por su nombre a los ciudadanos que encontraba. Mas con estas cosas no dejaba de ser molesto aun a los mismos que le celebraban, pues cuanto más pensaban en lo laudable y excelente de sus hechos y su conducta, tanto más se sentían mortificados por la dificultad de imitarle.

IX.- Nombrado tribuno militar para la Macedonia, fue enviado a las órdenes de Rubrio, que era entonces pretor. En esta ocasión se dice que, afligiéndose y llorando su mujer, uno de los amigos de Catón, llamado Munacio, le dijo: “No te acongojes, Atilia, que a éste yo te le guardaré”, y que Catón añadió: “Ciertamente; está muy bien.” Habían hecho la primera jornada, y después de la cena dijo Catón: “Ea, Munacio, es preciso que cumplas a Atilia la promesa que le hiciste, no separándote de mí ni de día ni de noche”; y dio orden para que desde entonces se pusieran dos camas en su dormitorio, con lo que, pasando a su lado las noches, resultó

que como por juego Munacio fue guardado por Catón. Llevaba para su servicio y para hacerle compañía quince esclavos, dos libertos y cuatro amigos; y yendo éstos a caballo, él marchaba a pie, y poniéndose por veces al lado de cada uno, le seguía dando conversación. Luego que llegó al ejército, que se componía de diferentes legiones, nombrado por el general comandante de una de ellas, no tuvo por una obra grande y regia el dar pruebas de sólo su valor, que al cabo no era más que el de uno, sino que se propuso el designio de que los subordinados a él se le pareciesen; para lo cual, sin quitarles el justo temor de la autoridad, juntó con ésta la razón, según la cual les persuadía y amonestaba sobre cada cosa; y yendo esto acompañado del premio y del castigo, era difícil discernir si hizo a sus soldados más pacíficos que guerreros o más justos que valientes, tanto era lo que se mostraban de terribles a los enemigos, de benignos a los aliados, de mirados en no ofender a nadie y de ambiciosos de alabanzas. Con esto, aquello de que menos cuidó Catón fue lo que tuvo con sobras, a saber: gloria, amor, estimación colmada y la mayor afición de parte de los soldados, pues con hacer voluntariamente lo que a otros mandaba, con parecerse más en el traje, en la comida y en la marcha a éstos que a los caudillos, y con aventajarse en las costumbres, en la prudencia y seso y en la elocuencia a todos los celebrados de emperadores y generales, él solo era el que no veía el amor y estimación que creaba en los soldados hacia su persona: porque el verdadero celo por la virtud no se engendra sino por la benevolencia y aprecio del que quiere inspirarlo, y los que sin amarlos alaban y celebran a los buenos, reverencian

sí su gloria, pero no admiran, y mucho menos imitan su virtud.

X.- Habiendo sabido que Atenodoro, el llamado Cordillón, hombre de avanzada edad y muy ejercitado en la doctrina estoica, residía en Pérgamo, y que se había negado a todas las invitaciones de amistad y confianza que se le habían hecho de parte de generales y de reyes, creyó que nada adelantaría con él enviando quien le hablase y escribiéndole; por lo que, teniendo por la ley dos meses de licencia, marchó al Asia en su busca, confiado de que con sus prendas y calidades no había de salir mal en aquella adquisición. Llegado, pues, allá, entró en esta contienda, y habiéndole hecho mudar de propósito, volvió, trayéndole en su compañía al campamento, con gran satisfacción y complacencia, por haber hecho el hallazgo de una cosa de más precio y de mayor lustre que las naciones y reinos que Pompeyo y Lúculo iban entonces domando con las armas.

XI.- Todavía estaba en el ejército, cuando su hermano, que se hallaba en camino para el Asia, cayó enfermo en Eno, ciudad de la Tracia, de lo que al punto le vinieron cartas. Reinaba en el mar una gran tempestad, y no hallándose pronta ninguna nave de suficiente porte, se embarcó en un buque pequeño, en el que, no llevando en su compañía más que dos amigos y tres esclavos, se hizo a la vela desde Tesalonica. Estuvo en muy poco que no naufragase, y habiéndose salvado por una especie de prodigio, justamente llegó cuando Cepión acababa de fallecer. Este golpe parece que le

llevó con menos paciencia del que era de esperar de su filosofía, dando muestras de un profundo dolor, no sólo con derramar largo llanto y con abrazarse repetidas veces al cadáver, también con el gasto en los funerales y con las prevenciones de aromas, de ropas ricas llevadas a la hoguera y de un monumento labrado de mármoles de Paro, erigido en la plaza de Eno, que tuvo de costo ocho talentos. Hubo algunos que calumniaron esta magnificencia, comparándola con la severidad de Catón en todo lo demás, no haciéndose cargo de que en su misma entereza e inflexibilidad para los placeres, los terrores y los ruegos vergonzosos entraba mucha parte de dulzura y amabilidad. Con motivo de este duelo las ciudades y particulares poderosos le hicieron magníficos presentes en honor del muerto, de los cuales, no admitiendo dinero alguno de nadie, recibió los aromas y cosas de adorno, pagando su precio a los que las enviaban. De la herencia de Cepión, que recayó en él y en una niña, hija de éste, nada descontó en la participación por los gastos que hizo en el funeral, y sin embargo de haberse conducido y conducirse de esta manera, hubo quien escribiese que con un arnero hizo cerner y pasar las cenizas del cadáver en busca del oro que se hubiese fundido. ¡Tan cierto estaba de que podía, no menos con la pluma que con la espada, desmandarse a todo, sin estar sujeto a cuenta ni razón!

XII- Concluida la expedición y el mando de Catón, salieron acompañándole, no con plegaria y votos, lo que es común, ni con elogios, sino con lágrimas, rodeándole todos, tendiendo las ropas ante sus pies por donde pasaba y besán-

dole las manos, demostraciones éstas de que con muy pocos generales usaban los romanos de aquel tiempo. Mas como quisiese, antes de entrar en nuevos cargos de gobierno, recorrer y reconocer el Asia, haciéndose espectador de los usos, costumbres y fuerzas de cada provincia, y desease, por otra parte, complacer al gálata Deyótaro, que, movido de amistad y hospitalidad paterna, le rogaba pasara a verle, emprendió su viaje en esta forma: al amanecer mandaba delante su panadero y su cocinero al pueblo donde había de hacer mansión, y llegando éstos con tiempo y desahogo a la ciudad, si en ella no había algún amigo íntimo o algún conocido de Catón, le preparaban en la posada pública el hospedaje, sin ser molestos a nadie; sólo donde no había mesón se dirigían a las autoridades y tomaban alojamiento, contentándose con el que les señalaban. No pocas veces sucedía que, o no les creían, o no les atendían, a causa de no usar de alborotos y amenazas con las autoridades, y Catón se hallaba con que nada habían hecho; y tal vez a él mismo le miraban con desdén, y sentado tranquilamente sobre las cargas pasaba por un hombre pusilánime y tímido. En alguna ocasión hizo llamar a los magistrados y les dijo: “Infelices poned remedio en este mal modo en recibir a los huéspedes; no todos los que vengan serán Catones, embotad con el buen trato su autoridad y poder, porque no suelen desear más que un pretexto para tomarse fuerza lo que no se les da de grado”.

XIII.- En la Siria se dice haberle ocurrido una cosa graciosa porque al acercarse a Antioquía vio a la parte de afuera de la puerta un número grande de hombres que estaban

puestos en fila a uno y otro lado del camino, y, separados de ellos, aquí los jóvenes con mantos de púrpura, y allí los muchachos primorosamente vestidos. Algunos tenían ropas blancas y coronas, por ser o sacerdotes de los dioses o magistrados. Lo primero que le ocurrió a Catón fue que la ciudad le hacía el obsequio y honor aquel recibimiento, por lo que se enfadó con los de su familia, que iban delante, a causa de no haberlo impedido, y mandando a los amigos que le acompañaban que bajasen, continuaba caminando a pie con ellos. Cuando ya estuvieron cerca, el director de aquel aparato y ordenador de aquella muchedumbre, hombre ya anciano y que llevaba un bastón en la mano y corona en la cabeza, adelantándose a los demás y saliendo al encuentro a Catón, sin saludarle siquiera, le preguntó dónde habían dejado a Demetrio y cuándo llegaría. Este Demetrio había sido esclavo de Pompeyo, y entonces era obsequiado fuera de medida, puede decirse que por todos cuantos tenían relaciones y negocios con Pompeyo, a causa de que tenía mucho valimiento con él. Causóles este incidente tal risa a los amigos de Catón, que no podían contenerse aun mientras iban por medio de aquella muchedumbre; pero el mismo Catón, corrido por el pronto, sólo exclamó: "¡Miserable ciudad!" sin haber pronunciado otra palabra, aunque después solía reírse recordando y refiriendo este caso.

XIV.- Mas el mismo Pompeyo advirtió y corrigió a los que por ignorancia habían tenido tan poca consideración con Catón; pues cuando su arribo a Éfeso iba a saludar a Pompeyo, por ser de más edad, precederle mucho en auto-

ridad y gloria y estar al frente de grandes ejércitos, luego que éste le vio no se estuvo quedo, aguardando a que le encontrara sentado, sino que salió a recibirle como a persona muy distinguida, y le alargó la diestra; y sí, desde luego, al recibirle y saludarle hizo grandes elogios de su virtud, los hizo mucho mayores después de haberse retirado; de manera que todos volvieron su atención y sus respetos a Catón, admirando y reconociendo aquella mansedumbre y magnanimidad, por las que antes no habían hecho alto de él; y más que se echó de ver que aquel esmero de Pompeyo más bien nacía de veneración que de amor; y vieron claro que, aunque presente le miraba con admiración, no dejaba de holgarse de su ida. Porque a los demás jóvenes que se les presentaban tenía placer en detenerlos, manifestando deseos de gozar de su compañía y trato; pero respecto de Catón no se le advirtió este deseo, sino que, como si le estorbase para usar de su autoridad, le despidió con gusto, aunque a él solo de cuantos navegaban a Roma le recomendó sus hijos y su mujer, que, por otra parte, tenían deudo de parentesco con él. Desde aquel punto tuvo ya fama, y hubo solicitud y concurso de las ciudades para obsequiarle, y cenas y convites, en los que prevenía a sus amigos estuviesen atentos, no fuera que, sin querer, confirmaran lo que Curión había dicho acerca de él: porque éste, incomodado con la autoridad de Catón, de quien era íntimo amigo, le había preguntado si tenía ánimo después de la milicia de visitar el Asia, y como le respondiese Catón que sí, "Muy bien harás- le repuso-, porque así volverás de allá más afable y más manso"; diciéndoselo con estas mismas palabras.

XV.- El rey de Galacia, Deyótaro, siendo ya anciano, había enviado a llamar a Catón, queriendo encomendarle sus hijos y familia; y a su llegada, ofreciéndole grandes presentes y rogándole de mil maneras, lo disgustó hasta el punto de que, habiendo llegado por la tarde y hecho noche, a la tercera hora de la madrugada se marchó. Había, andado sólo una jornada hasta Pesinunte, cuando se encontró con que allí le tenían preparados mayores regalos, con cartas de Deyótaro, rogándole que los aceptase para sí, y que si a esto no se prestaba, dejara que los tomasen sus amigos, muy dignos de ser remunerados por él, para lo que sus bienes propios no alcanzaban; pero ni así condescendió Catón, aun viendo que algunos de los amigos se ablandaban y murmuraban, sino que, diciendo no haber regalo para el que falten pretextos, y que los podían participar de cuanto él tenía honestamente, volvió a enviar sus presentes a Deyótaro. Estando para encaminarse a Brindis, les pareció a los amigos que sería bueno trasladar los despojos de Cepión a otro barco; pero respondiéndoles que antes se despojaría del alma que de ellos, se hizo a la vela, y se dice que corrió en la travesía gran riesgo, cuando los otros no tuvieron contratiempo alguno.

XVI.- Restituido a Roma, pasaba el tiempo en casa con Atenodoro, o en la plaza prestando patrocinio a sus amigos. Podía ya aspirar a la cuestura; y, sin, embargo, no se presentó a pedirla hasta haber leído las leyes relativas a ella, hasta haberse informado de los inteligentes sobre cada cosa y hasta haber en cierto modo comprendido toda la esencia

de esta magistratura. Así es que, apenas fue constituido en ella, hizo una gran mudanza en los sirvientes del tesoro y en los oficiales o escribientes, porque éstos tenían siempre muy a la mano todos los asientos públicos y las leyes de la materia, y entrando continuamente magistrados nuevos, que por su inexperiencia e ignorancia necesitaban de otros ayos y maestros, no se sujetaban los escribientes a su autoridad, sino que ellos eran, en efecto, los magistrados; pero Catón, tomando con empeño estos negocios, y no teniendo sólo el nombre de magistrado, sino la capacidad, el juicio y la inteligencia, puso a los escribientes en estado de ser unos subalternos, como debían, reprendiéndolos en lo que obraban mal y enseñándolos en lo que erraban por ignorancia. Como ellos eran atrevidos, y con lisonjas procuraban ganar a los otros cuestores, hacían a Catón la guerra; mas éste, habiendo convencido al primero de ellos de infidelidad en la participación de una herencia, lo expulsó de la tesorería; y a otro le intentó causa de suplantación, a cuya defensa salió el censor Lutacio Cátulo, varón de grande autoridad por este cargo, pero más respetable todavía por su virtud, como que en justicia y modestia se aventajaba a los demás Romanos, siendo, al mismo tiempo, elogiador y amigo de Catón por su conducta. Veíase, pues, falto de justicia, y como recurriese a la conmiseración y a los ruegos, no le permitió Catón seguir por este término, sino que, insistiendo con más calor en su propósito: “Vergüenza es, oh Cátulo- le dijo-, que tú, a quien incumbe examinar y corregir las vidas de todos nosotros, te dejes seducir de nuestros dependientes”. Pronunciada por Catón esta reconvención, Cátulo le miró en aire de

no dejarle sin respuesta, pero nada dijo, sino que, fuese ira o fuese rubor, se retiró turbado e incierto. Mas el dependiente no fue condenado, porque ocurrió que los votos que le eran contrarios no excedían más que en uno a los absolutorios, y habiendo faltado al juicio por indisposición Marco Lolio, uno de los colegas de Catón, le envió a llamar Cátulo, implorando su auxilio; y habiéndose hecho llevar en litera, después de concluido el juicio, echó también voto absolutorio. Mas, sin embargo, Catón ya no volvió a emplear aquel escribiente, ni le dio salario, ni admitió en cuenta de ningún modo el voto de Lolio.

XVII.- Habiendo sujetado de este modo y hecho dóciles a los escribientes, hizo de los negocios públicos el uso que le pareció conveniente, y en poco tiempo puso la tesorería en términos de competir en respeto con el Senado; tanto, que todos decían y tenían por cierto que Catón había igualado en dignidad con el consulado la cuestura. Porque, en primer lugar, encontrando que muchos tenían deudas antiguas a favor del tesoro, y que éste debía a muchos, a un mismo tiempo hizo cesar el agravio que la república sufría y el que causaba, exigiendo a unos con rigor e irremisiblemente y pagando a otros con fidelidad y prontitud: así el pueblo le reverenciaba, viendo pagar a los que habían sido tenidos por insolventes, y que otros cobraban lo que no habían esperado. Había muchos que presentaban indebidamente documentos y alegaban decretos falsos, que antes solían tener cabida por el favor y el ruego; pero a él nada de esto se ocultó, y dudando en una ocasión si un decreto era legítimo,

aunque lo atestiguaron muchos, no les dio crédito ni concedió libramiento sin que primero compareciesen los cónsules y jurasen también. Eran muchos aquellos a quienes Sila había distribuido a razón de doce mil dracmas por dar muerte a los ciudadanos de la segunda proscripción, a los cuales todos los miraban con odio, por malvados y abominables, pero de quienes nadie se había atrevido a tomar satisfacción; mas Catón fue llamando a cada uno de los que habían recibido dinero del Tesoro público por medios injustos, y se lo hizo devolver, reconviniéndolos y echándoles en cara con enfado lo sacrílego e injusto de sus operaciones. Los así reconvenidos quedaban ya responsables de sus asesinatos, y en cierta manera condenados: llevábanlos, pues, ante los jueces, y sufrían condenaciones, con gran placer de todos, a quienes parecía que se borraba la tiranía pasada, y que veían castigado al mismo Sila.

XVIII.- Ganábase, sobre todo, el afecto de la muchedumbre su continua e infatigable vigilancia, pues ninguno de sus colegas subía al tesoro antes que Catón ni ninguno se retiraba después. No faltaba nunca ni a las juntas ni al Senado, para atender y observar a los que son fáciles en decretar por favor y condescendencia remisiones o dádivas de las deudas y contribuciones; y habiendo hecho ver el tesoro tan desembarazado y limpio de embusteros como lleno de dinero y caudales, demostró que la república podía ser rica sin ser injusta. Al principio pareció molesto y desapacible a algunos de sus colegas; pero luego se hallaron bien con él, pues hacía frente por todos a los disgustos que suelen resul-

tar de no hacer favor ni torcer el juicio en los intereses del público. Porque con él tenían excusa para con los que los importunaban y violentaban, diciéndoles que no había medio ni recurso alguno no queriendo Catón. En el último día se retiraba a su casa, seguido, puede decirse, de todos los ciudadanos, y oyó que muchos amigos y poderosos estaban instando en el tesoro, y tenían en cierta manera sitiado a Marcelo para que escribiera en los libros como deuda cierta libranza de dinero. Eran Marcelo y Catón amigos desde niños, y aquel con éste excelente cuestor, pero solo, y de por sí, condescendiente por vergüenza con los que le rogaban y muy expuesto a dejarse vencer para hacer gracias. Retrocediendo, pues, Catón inmediatamente, y encontrando que Marcelo había sido violentado a asentar la libranza, pidió las tablas, la borró a presencia de éste, que nada le dijo, y hecho esto se lo llevó del tesoro y le acompañó a su casa, sin que ni entonces ni nunca se le quejase, sino que se mantuvo siempre con él en la misma amistad y confianza. Más es, que ni aun después de cumplido el cargo de cuestor dejó el tesoro desierto de su vigilancia, pues que tenía allí criados suyos que todos los días tomaban razón de las operaciones, y él mismo, habiendo comprado por cinco talentos unos libros que contenían las cuentas de la administración de los caudales públicos desde el tiempo de Sila hasta su cuestura, los traía siempre entre manos.

XIX.- Al Senado entraba el primero y salía el último, y muchas veces, mientras llegaban los demás, se estaba sentado, leyendo en voz baja, y cubriendo el libro con la ropa.

Nunca en día de Senado salía al campo; más adelante, cuando los de la facción de Pompeyo, por ver que había de serles un estorbo para sus injustos designios, encontrándole siempre íntegro e inflexible, se propusieron entretenerle fuera en defender a sus amigos, en compromisos o en arbitrios y en otros negocios, habiendo conocido muy pronto la asechanza, se negó a todo, e hizo propósito de no atender a ninguna otra cosa cuando había Senado. Porque no habiendo entrado al manejo de los negocios públicos por deseo de gloria o por avaricia, o casual y fortuitamente, como algunos otros, sino por elección, creyendo que el tomar parte en el gobierno era propio de un buen ciudadano, llevaba la máxima de que debía trabajar más en el bien público que la abeja en sus panales; tanto, que hasta los negocios de las provincias, las resoluciones del Senado y todos los grandes sucesos tomaba empeño en que vinieran a su mano por medio de los huéspedes y amigos que tenía por todas partes. Oponiéndose en una ocasión al demagogo Clodio, que promovía e iba preparando los principios de grandes novedades, y calumniaba ante el pueblo a varios sacerdotes y sacerdotisas, entre las que corrió gran peligro Fabia Terencia, hermana de la mujer de Cicerón; a Clodio lo precisó a ausentarse de la ciudad, dejándolo confundido de vergüenza, y a Cicerón, que le daba las gracias, le dijo que éstas, no se debían sino a la república, porque por ella lo hacía y disponía todo. Adquirió con esto suma gloria, tanto, que un orador, como no tuviese contra sí en la causa más que la deposición de un solo testigo, dijo a los jueces que dar fe a un testigo solo no sería justo, aun cuando fuese Catón; y muchos, ya en las cosas

extraordinarias e increíbles, solían decir como por proverbio: "Eso no se puede creer, aunque lo diga Catón". Un ciudadano, notado de muy mala conducta y de muy dado al regalo, elogiaba un día en el Senado la sobriedad y la templanza; y levantándose Amneo: "¿Quién ha de poder sufrirle dijo- que cenando como Craso y edificando como Lúculo nos vengas a hablar como Catón?" Y, en general, a los que, siendo desarreglados e intemperantes, afectaban en sus palabras gravedad y severidad, los llamaban por burla Catones.

XX.- Incitábanle muchos a que pidiera el tribunado de la plebe; pero él no tenía por conveniente que la eficacia y actividad de esta insigne magistratura, semejante a un medicamento fuerte y poderoso, se consumiese en negocios de poca entidad; y pudiendo entonces respirar de los de gobierno, tomó consigo libros y filósofos y marchó a la Lucania, donde tenía posesiones que ofrecían una mansión deliciosa. Mas como en el camino se encontrase con acémilas, con equipajes y con esclavos, informado de que Metelo Nepote se volvía a Roma con el designio de pedir el tribunado de la plebe, se quedó parado y metido en sí por unos cuantos momentos, y luego dio orden a sus gentes de que volvieran atrás. Admiráronse los amigos de aquella novedad, y él les dijo: "¿No sabéis que Metelo, aun solo y por sí mismo, es temible, a causa de su necedad y locura, y que ahora, viniendo por disposición de Pompeyo, caerá en el gobierno a manera de rayo para trastornarlo todo? Por tanto, no es tiempo de vacaciones y recreo, sino que es menester contener a este hombre, o morir honrosamente contendiendo

por la libertad”. Con todo, a persuasión de los amigos, pasó primero a sus campos, y deteniéndose por muy pocos días, se restituyó a la ciudad. Llegó por la tarde, y a la mañana, muy temprano, bajó a la plaza para pedir el tribunado de la plebe, con el propósito de hacer frente y contener a Metelo, porque la fuerza de esta magistratura consiste más en impedir que en hacer, y así es que, aun cuando todos los demás decreten una cosa, prevalece la oposición de uno solo que no la quiera y no convenga en ello.

XXI.- Al principio fueron pocos los amigos que se pusieron de parte de Catón; pero luego que se conocieron sus designios, dentro de breve tiempo tomaron su partido los buenos ciudadanos y cuantos le habían tratado, los cuales le excitaban y animaban, diciéndole que no era un favor el que recibía, sino que él lo hacía muy grande a la patria y a los ciudadanos bien intencionados, pues que no había querido muchas veces tomar el cargo cuando lo podía haber servido sin fatiga ni contratiempo, y ahora se presentaba a solicitarlo cuando había de contender, no sin riesgo, por la libertad y la república. Dícese que, concurriendo a él muchos, conducidos precisamente de celo y de buen deseo, estuvo en inminente peligro, y sólo con gran dificultad pudo llegar a la plaza entre tanta muchedumbre. Nombrado tribuno con otros y con Metelo, viendo que los comicios consulares eran venales, increpó sobre ello al pueblo, y al concluir su discurso juró que acusaría a quien hubiera dado dinero, fuese quien fuese, exceptuando solamente a Silano, a causa del deudo que con él tenía, porque estaba casado con Servilia,

hermana de Catón, y por eso lo excluyó. Mas persiguió a Lucio Murena, que con sobornos había procurado que se le nombrase cónsul con Silano. Por una ley, el reo ponía guarda de vista al acusador, en términos que no podía encubrirse nada de lo que preparaba para seguir su acusación; y el puesto por Murena a Catón, siguiéndole y observándole, cuando vio que nada hacía con intriga, nada con injusticia, sino que seguía un camino sencillo y justo de acusación, con nobleza y humanidad, admiró tanto aquella prudencia y rectitud, que, yendo a la plaza o buscando a Catón en su casa, le preguntaba si había de dar algún paso aquel día sobre la acusación, y si le decía que no, cierto de su fidelidad se retiraba. Cuando se habló en la causa, Cicerón, que era entonces cónsul y defendía a Murena, dirigió muchas expresiones en su discurso contra los filósofos estoicos a causa de Catón, y se burló y mofó de aquellas máximas y decisiones que ellos llaman paradojas, con lo que dio bastante que reír a los jueces; y se refiere que Catón, sonriéndose, dijo a los circunstantes: “¡Ciudadanos, qué cónsul tan decidor tenemos!” Fue absuelto Murena, y no se portó con Catón como se habría portado un hombre malo o necio, sino que durante su consulado se valió de él para tomar su consejo en los más graves negocios, y en el tribunal le dio siempre muestras de honor y respeto; a lo que contribuía el mismo Catón, pues que si en la tribuna y Senado se mostraba severo y terrible, era sólo por sostener la justicia, siendo en todo lo demás sumamente benigno y humano.

XXII.- Antes de ser elegido para el tribunado de la plebe sostuvo, durante el consulado de Cicerón, la dignidad de esta magistratura en los diferentes embates que sufrió, y puso por fin el sello a las grandes y brillantes acciones del cónsul en la conjuración de Catilina; porque aunque éste, que no trataba de nada menos que de la ruina y de la absoluta subversión de la república, moviendo al mismo tiempo sediciones y guerras, a las reconvenciones de Cicerón se salió de la ciudad, Léntulo, Cetego y otros muchos con ellos se habían puesto al frente de la conspiración, y tratando a Catilina de tímido y cobarde, meditaban meter la ciudad a fuego y trastornar el imperio con las rebeliones de las provincias sublevadas y las guerras extranjeras. Descubiertos sus planes, y puesto en deliberación el asunto en el Senado, a excitación de Cicerón- como en la Vida de éste decimos-, el primero en votar, que fue Silano, expresó que, en su opinión, debían los reos ser condenados al último suplicio, y a él se adhirieron los que le fueron siguiendo, hasta César. Mas éste, que era elocuente, y que más bien quería aumentar que disminuir cualquiera mudanza y sublevación en la ciudad, como incentivo de los proyectos que estaba formando, se levantó a su vez, y manifestando sentimientos de dulzura y humanidad dijo que no podía permitir que sin juicio previo se quitara la vida de aquellos ciudadanos, y concluyó con que se les tuviera en custodia. Mudó con esto de tal modo los dictámenes del Senado, por temor al pueblo, que hasta el mismo Silano negó haber querido indicar la muerte, sino el encierro, porque para un ciudadano romano éste era el último de los males.

XXIII.- Verificada esta mudanza, e inclinándose todos a lo más suave y benigno, se levantó Catón a exponer su dictamen, y desde luego empezó a hablar con vehemencia y afectos, tratando mal a Silano por su inconstancia y mostrándose irritado contra César porque con frases populares y un discurso de afectada humanidad echaba por tierra la república, y causaba temor al Senado en cosas por las que él debía temer y darse por contento si de ellas salía inmune y sin sospecha; pues que tan a las claras y con tanto empeño sacaba de entre las manos a unos enemigos públicos, y hacía ostensión de que ninguna compasión le merecía la patria, tan poderosa y digna de amparo, aunque la veía próxima a su ruina, mientras lloraba y se lamentaba por los que no debían existir ni haber nacido, a causa de que con su muerte iban a librar a la ciudad de las mayores calamidades y peligros. Este discurso se dice ser el único que se ha conservado de Catón, por haber el cónsul Cicerón enseñado de antemano a los amanuenses que con más prontitud escribían ciertos signos que en formas muy pequeñas y breves tenían el valor de muchas letras, y haberlos distribuido con separación en diferentes puntos del salón del Senado, porque todavía no se conocían ni se habían formado los que después se llamaron *semeyógrafos,* sino que entonces por la primera vez se tuvo de ellos, según dicen, este vestigio. Prevaleció, pues, Catón, e hizo que se reformasen los dictámenes en términos que los reos fueron condenados a muerte.

XXIV.- Pues que no nos es permitido omitir ni las más pequeñas señales de la índole y las costumbres a los que nos

hemos propuesto hacer la imagen y pintura del ánimo, se dice que, en medio del grande altercado y contienda que César tenía con Catón, y cuando el Senado estaba muy atento a lo que entre ambos pasaba, le entraron a César una esquela; que excitando Catón con este motivo sospechas y haciéndolas valer, como algunos que también se conmovieron se empeñasen en que el escrito había de leerse, César alargó la esquela a Catón, que estaba inmediato, y que, leyéndola éste, como encontrase que era un billete desvergonzado de su hermana Servilia a César, con quien estaba enredada en criminales amores, se lo tiró a César, diciéndole: “Ten, borracho”; y volvió, sin más detenerse su discurso, al punto de que antes se trataba. Parece en general que a Catón le siguió la desgracia en punto a las mujeres de su familia, porque si ésta dio mucho que hablar con César, todavía fueron más bochornosos los sucesos de la otra Servilia, hermana de Catón; la cual, estando casada con Lúculo, uno de los más señalados varones de Roma, y habiendo ya tenido un niño, por su disolución fue lanzada de casa, y, lo que es más vergonzoso todavía, ni la mujer del mismo Catón, Atilia, estuvo pura y exenta de estos yerros, sino que, con haber tenido de ella dos hijos, se vio en la precisión de repudiarla por su mala conducta.

XXV.- Casóse después con Marcia, hija de Filipo, que gozó de la mejor opinión; mas hubo mucho que hablar acerca de ella; en la vida de Catón, como en un drama, esta parte es muy problemática y dudosa, siendo lo siguiente lo que pasó, según lo escribe Traseas, refiriéndose para ser

creído a Munacio, amigo y comensal de Catón. Entre los muchos apreciadores de éste, unos lo eran más a las claras y más decididamente que otros, siendo de este número Quinto Hortensio, varón de grande autoridad y de recomendable conducta. Deseando, pues, no sólo ser amigo íntimo de Catón, sino unir con deudo estrecho y en estrecha sociedad ambas casas y familias, trató de persuadirle que a Porcia, su hija, casada ya con Bíbulo, a quien había dado dos hijos, se la otorgase a él mismo en mujer, para tener en ella, como en terreno de sobresaliente calidad, una noble descendencia; pues aunque esto en la opinión de los hombres fuese repugnante y extraño, por naturaleza era honesto y político que una mujer en buena y robusta edad no tuviese su fertilidad ociosa dejándola apagarse, ni tampoco diese a luz más hijos de los que convenían, atropellando y empobreciendo con el número al que ya no los había menester; a lo que añadía que, comunicándose las sucesiones entre los varones aventajados, la virtud se extendería más, pasando a los hijos, y la república se fortificaría por medio de las multiplicadas afinidades; y si Bíbulo estaba tan bien hallado con su mujer, él se la restituiría después de haber parido, cuando ya se hubiese hecho una cosa más propia con el mismo Bíbulo y con Catón por la comunión de los hijos. Respondiéndole Catón que apreciaba mucho a Hortensio, y que vendría gustoso en contraer con él, pero que tenía por muy repugnante el que se hablara en el matrimonio de una hija dada ya a otro, mudó éste de obsequio, y no tuvo inconveniente en declararle que le pedía su propia mujer, joven todavía, para procrear hijos, cuando ya Catón tenía sucesión bastante. Y

no hay que decir que a esto se movió por saber que Catón estaba desviado de Marcia, pues suponen que se hallaba a la sazón encinta; Catón, pues, viendo este empeño y este deseo de Hortensio, no le dio repulsa, y sólo le respondió que era preciso que conviniese en ello Filipo, padre de Marcia. Pasaron a hablarle, y propuesta que fue la traslación, no vino en que se desposase de Marcia de otro modo que hallándose presente Catón y consintiendo en los desposorios. Aunque estas cosas tuvieron lugar mucho más adelante, me ha parecido anticiparlas con motivo de haber hablado de las mujeres.

XXVI.- Muerto Léntulo y sus secuaces, como César se acogiese al pueblo con motivo de la delación y acusación producida contra él en el Senado, y conmoviese y atrajese a sí todo lo viciado y corrompido de la república, concibió temor Catón, y propuso al Senado que ganara a la muchedumbre indigente y jornalera con una distribución de granos que vendría a tenerle de costa al año mil doscientos y cincuenta talentos. Desvanecióse notoriamente con esta beneficencia y largueza la tempestad que amenazaba, pero abalanzándose en este tiempo Metelo al tribunado de la plebe, congregó juntas muy tumultuosas y escribió una ley para que Pompeyo Magno viniera cuanto antes con poderosas fuerzas y con su protección salvara la ciudad, tan en peligro como durante la conjuración de Catilina. Las palabras no podían ser más modestas, pero el objeto y blanco de la ley era poner la república en manos de Pompeyo y hacerle entrega del imperio. Congregóse el Senado, y Catón no se

acaloró contra Metelo con la viveza que solía, sino que hizo algunas reflexiones con suavidad, sumisión y blandura; y por fin hasta interpuso ruegos, celebrando a la familia de los Metelos, por haber sido partidaria de los patricios; con lo que Metelo, pareciéndole que aquello era darse por vencido, se insolentó más, y manifestó despreciarle, prorrumpiendo en expresiones y amenazas llenas de orgullo y arrogancia, diciendo que lo propuesto había de hacerse, a pesar del Senado. Entonces mudó Catón de continente, de voz y de discurso, concluyendo resueltamente con que viviendo él no sucedería que Pompeyo se presentara con armas en la ciudad. Y lo que al Senado le pareció fue que ni uno ni otro se habían mantenido en los límites de la prudencia ni habían propuesto lo que a la salud de la patria convenía, por ser las miras de Metelo una locura, que en el exceso de su maldad se encaminaba a la ruina y total trastorno de la república, y el acaloramiento de Catón un entusiasmo de virtud que luchaba por la causa de lo honesto y lo justo.

XXVII.- Cuando llegó el día de haber de votar el pueblo sobre la ley, tenía Metelo dispuestos en la plaza hombres armados, forasteros, gladiadores y esclavos. Estaba también prevenida otra parte del pueblo, y no pequeña que deseaba alteraciones, esperanzada en Pompeyo; y gran número, asimismo, de los partidarios de César, que a la sazón era pretor; mientras que con Catón se condolían los principales ciudadanos, que más bien sufrían que le ayudaban. Su casa estaba toda entregada al abatimiento y al miedo, tanto, que algunos de sus amigos pasaron allí toda la noche en vela, sin tomar

alimento, inciertos de lo que harían, y la mujer y las hermanas se lamentaban y lloraban su suerte. Mas él hablaba y consolaba a todos con serenidad y sosiego; y habiendo cenado y pasado la noche en los mismos términos que acostumbraba, durmió un profundo sueño, del que fue despertado por Minucio Termo, uno de sus colegas. Bajó a la plaza acompañado de muy pocos, pero muchos le salieron al encuentro, encargándole fuera con cuidado. Cuando, deteniéndose un poco, vio el templo de los Dioscuros rodeado de armas, las gradas guardadas por gladiadores y al mismo Metelo sentado con César en lo alto, volvióse a sus amigos y les dijo: “¡Qué hombre tan osado y tan cobarde al mismo tiempo el que contra uno solo, desarmado y desnudo, ha levantado tanta gente!”; y continuó sin detenerse con Termo. Hiciéronle calle los que tenían tomadas las gradas; mas no dejaron pasar a ninguno otro, sino con mucha dificultad a Munacio al que introdujo Catón llevándole de la mano. Llegado que fue en esta disposición, tomó inmediatamente asiento, colocándose entre Metelo y César, para cortarles la conversación. Quedáronse éstos parados, y los que le eran adictos, viendo y admirando el semblante, la resolución y la intrepidez de Catón, se le llegaron de cerca, exhortando en voz alta a Catón a tener buen ánimo, y a sí mismos a estar a su lado unidos y no hacer traición a la causa de la libertad ni al que por ella se exponía a todo peligro.

XXVIII.- En esto, tomando el ministro en la mano la ley, Catón no se la dejó leer; tomóla después Metelo mismo, y al empezar a leerla le arrebató Catón el códice.

Termo, que se hallaba al frente de Metelo, como éste, que sabía la ley de memoria, se pusiese a recitarla, le tapó la boca con la mano y le obstruyó la voz, hasta que,convencido Metelo de que no podía prevalecer en aquella contienda, por ver que el pueblo cedía y permanecía inmóvil, recurrió al medio conducente, dando orden de que los hombres armados que allí cerca estaban prevenidos acudieran gritando a poner miedo. Ejecutóse así, y todos se dispersaron, permaneciendo solo Catón, al que, insultado y acometido con piedras y palos desde arriba, no abandonó aquel Murena absuelto en la causa en que éste fue su acusador, sino que, oponiendo su toga, y gritando a los que le tiraban se contuviesen, y, por último, persuadiendo al mismo Catón y tomándole entre sus brazos, lo condujo al templo de los Dioscuros. Cuando Metelo vio que la tribuna estaba desierta, y que habían huido de la plaza los que le hacían oposición, dando por supuesto que el vencimiento era suyo, mandó a la gente armada que se retirase, y con la mayor confianza se encaminó a continuar las operaciones relativas a la ley. Mas los contrarios, habiéndose rehecho prontamente de la primera turbación, volvieron a presentarse, gritando con entereza y resolución, en términos que a Metelo y los suyos les inspiraron miedo y desaliento, por creer que volvían poderosos en armas, sin examinar dónde pudieron tomarlas; y así, no quedó ninguno, sino que todos huyeron de la tribuna. Habiendo aquellos desaparecido de esta manera, se presentó otra vez Catón, celebrando la actitud del pueblo e infundiéndole aliento, con lo que la muchedumbre se propuso acabar con Metelo por todos los medios, y el

Senado, congregado en medio de aquel alboroto, puso a cargo de los cónsules que auxiliasen a Catón y resistiesen una ley que introducía en Roma la sedición y la guerra civil.

XXIX.- Por lo que hace a Metelo, todavía se conservaba resuelto e intrépido; pero viendo a los de su partido intimidados por Catón, a quien juzgaba impertérrito e invencible, bajó repentinamente a la plaza, y congregando al pueblo, trató por diferentes medios de hacer odioso a Catón, y gritando que iba a huir de la tiranía de éste y de la conjuración contra Pompeyo, de la que se arrepentiría bien pronto la ciudad, por haber injuriado a un varón tan excelente, movió al punto para el Asia, a fin de anunciarle, según decía, estos atentados. Fue, pues, grande la gloria de Catón, por haber desvanecido la grave opresión del tribunado y por haber en cierta manera triunfado en Metelo del poder de Pompeyo; aun recibió realce aquella gloria, por no haber condescendido con que el Senado notara de infamia, como lo intentaba, a Metelo, y lo despojara del tribunado, resistiéndolo e interponiendo sus ruegos. Porque para muchos era prueba de humanidad y modestia el no humillar ni insultar al enemigo después de haberle vencido a viva fuerza, y a los que pensaban con cordura les parecía oportuno y conveniente el no irritar a Pompeyo. En esto volvió Lúculo de su expedición, cuyo término y gloria parecía haberle usurpado Pompeyo, y estuvo en riesgo de no triunfar, haciéndole oposición Cayo Memio ante el pueblo, y suscitándole causas, más bien por adular en esto a Pompeyo que por propia ofensa o enemistad; pero Catón, que tenía deudo con él, porque estaba ca-

sado con su hermana Servilia, y que miraba como injusta aquella contradicción, hizo frente a Memio, siendo el blanco de muchas calumnias y acusaciones. Finalmente, a nada menos tiraba Memio que a arrojarlo de su magistratura como de una tiranía; tuvo, sin embargo, tanto poder, que obligó al mismo Memio a dejar desiertas las causas y retirarse de la contienda. Triunfó, pues, Lúculo, y todavía se unió en más estrecha amistad con Catón, teniendo en él un alcázar y antemural contra el poder de Pompeyo.

XXX.- Volvía Pompeyo Magno del ejército, y como viniese en la persuasión, al ver el aparato y ostentación con que era recibido, de que no tendría pretensión ninguna en la que fuese desatendido por los ciudadanos, envió quien solicitase que por el Senado se suspendiesen los comicios consulares, para poder interceder por Pisón luego que hubiese llegado. Prestábanse a ello los más, pero Catón, que, aunque no tenía la suspensión por una cosa de importancia, quería, sin embargo, cortar aquella tentativa y las esperanzas de Pompeyo, la contradijo, e hizo mudar al Senado de parecer, en términos que se negó. Acontecimiento que incomodó vivamente a Pompeyo; y considerando que en muchas cosas se vería desairado sí no tenía a Catón por amigo, envió a llamar a Munacio, que lo era de éste; y teniendo Catón dos sobrinas, casaderas, pidió la mayor para sí y la menor para su hijo, aunque dicen algunos que la petición no fue de sobrinas, sino de hijas de Catón. Dio parte Munacio a éste, a la mujer y a las sobrinas de lo que ocurría, y éstas mostraban complacerse en aquel lance, mirando a la grandeza y digni-

dad del pretendiente; pero Catón, sin detenerse y sin mas examen, puesto desde luego en lo que se quería: "Anda, Munacio- le dijo-, anda y manifiesta a Pompeyo que a Catón no se le gana por este lado; mas que con todo, aprecia su afecto, y en las cosas justas le dará pruebas de una amistad más leal que todos los parentescos, pero no dará prendas a la gloria de Pompeyo en daño de la patria". Incomodáronse con esta respuesta las mujeres, y los amigos de Catón la tacharon de poco atenta y orgullosa; mas, negociando de allí a poco Pompeyo el consulado para uno de sus amigos, envió caudales para ganar las tribus, siendo este soborno tan manifiesto y público, que en sus jardines se contaba el dinero. Entonces Catón dijo a las mujeres de su casa que había sido preciso tomar parte y mezclarse en aquellas indecorosas negociaciones si se hubiera unido por afinidad a Pompeyo; en lo que, convinieron ellas, diciendo que lo había pensado mejor negándose a la pretensión. Mas si se hubiera de juzgar por los sucesos, parecería que Catón había errado en no haber admitido aquella afinidad, pues que dio lugar con esto a que Pompeyo se inclinara a César e hiciera un casamiento que, reuniendo en un punto todo el poder de ambos, estuvo en muy poco que no echase por tierra el Imperio romano. El gobierno, ciertamente mudó; nada de lo cual habría sucedido probablemente si Catón, por temor de menores males de parte de Pompeyo, no hubiera desconocido que iba a acrecentar su poder para otros mayores; mas esto todavía estaba por ver.

XXXI.- Contendía en aquella sazón Lúculo contra Pompeyo por las disposiciones tomadas en el Ponto, pues quería cada uno que las suyas prevaleciesen; y como sosteniendo Catón a Lúculo, agraviado notoriamente, fuese vencido Pompeyo en el Senado, recurrió éste al medio de ganar popularidad, y propuso un repartimiento de tierras a favor de los soldados; mas también en esto se le opuso Catón, e iba a conseguir se desechase la ley, cuando Pompeyo se valió de Clodio, el más osado entonces de los tribunos de la plebe, e hizo también intervenir a César, siendo en cierta manera el mismo Catón quien dio el motivo; porque volviendo entonces César del ejército de España, quería al mismo tiempo presentarse candidato para el consulado y pedir el triunfo. Mas, según la ley, los que pedían una magistratura tenían que estar presentes, y los que habían de entrar en triunfo era preciso que esperaran de muros afuera; y él quería que por el Senado se le diera facultad de pedir el consulado por ministerio de otros. Eran muchos los que venían en ello, pero Catón lo contradijo, y habiendo comprendido que estaban dispuestos a otorgar a César aquella gracia, gastó todo el día en hablar, y de este modo dejó sin efecto la resolución del Senado. Dando, pues, César de mano al triunfo, entró en la ciudad, y ya no pensó más que en Pompeyo y en el consulado. Designado cónsul, desposó a Julia con Pompeyo, y concertados entre sí contra la república, el uno proponía leyes sobre el sorteo y repartimiento de tierras a los pobres y el otro se presentaba a defenderlas. Lúculo y Cicerón, poniéndose de acuerdo con Bíbulo, que era el otro cónsul, se esforzaban a resistir, y sobre todo Catón, que empezaba ya a

entrever que la amistad y unión de César y Pompeyo no se había hecho para nada bueno, y así, dijo expresamente que no era el repartimiento de tierras lo que temía, sino el salario que por él pedirían los que lisonjeaban a la nación con aquel cebo.

XXXII.- Con este razonamiento abrazó su opinión todo el Senado, y de los de fuera de él no pocos, indignados con el extraño proceder de César; porque cuanto los más violentos y temerarios de los tribunos proponían para adular a la muchedumbre, otro tanto ponía en ejecución, en uso de su autoridad consular, captando vergonzosa y vilmente los aplausos de la plebe. Hubieron, pues, por el recelo que esto les inspiraba, de recurrir a la fuerza; y, en primer lugar, al mismo Bíbulo, cuando bajaba a la plaza, le arrojaron encima una espuerta de porquería; después, echándose sobre sus lictores, les rompieron las fasces, y, por fin, habiéndose tirado algunos dardos, con los que muchos fueron heridos, todos los demás huyeron de la plaza corriendo, y sólo Catón, que se quedó el último, se retiraba paso entre paso, volviéndose a mirar a los ciudadanos y abominando de ellos; con lo que no sólo hicieron sancionar el repartimiento, sino que se determinó que había de jurar el Senado que, por su parte, daría fuerza a la ley y prestaría auxilio si alguno viniese contra ella, imponiendo graves penas a los que no jurasen. Juraron, pues, todos por necesidad, teniendo presente lo que le había sucedido a Metelo el mayor, que por no haber querido jurar una ley como aquella tuvo que salir desterrado de Italia, sin que el pueblo volviera por él. Por esta razón, a

Catón las mujeres de su casa le rogaron encarecidamente y con muchas lágrimas que la jurase y cediese, y lo mismo le pidieron sus amigos y allegados: pero el que más le persuadió y movió a que jurase fue Cicerón el orador, exhortándole y haciéndole ver que quizá ni siquiera es justo el pensar que uno solo deba oponerse a lo establecido por la sociedad entera, y que por descontado es necedad y locura querer perderse cuando es imposible remediar nada en lo hecho; y el último de los males, el que, haciéndolo y sufriéndolo todo por la república, la abandonase y entregase a los que querían perderla, pareciendo que se retiraba contento de los combates que por ella sostenía: "Pues si Catón- le dijo- no necesita de Roma, Roma necesita de Catón, y necesitan todos sus amigos", de los cuales decía Cicerón ser el primero; y contra quien se dirigía Clodio su enemigo, queriendo emplear en su ruina la autoridad del tribunado. Ablandado con tan poderosas razones e instancias en casa y en la plaza, se dice haberse dejado por fin vencer Catón, aunque con dificultad, y que pasó a prestar el juramento el último de todos, a excepción solamente de Favonio, uno de sus más íntimos amigos.

XXXIII.- Alentado César con estos sucesos, dio otra ley, por la que se repartió, puede decirse, toda la Campania a los pobres e indigentes, no contradiciéndola nadie, sino Catón, y a éste, César, desde la tribuna, lo condujo a la cárcel, sin que en nada cediese de su entereza; antes, por el camino iba hablando contra la ley y exhortando a los ciudadanos a que no condescendieran con los que hacían semejantes pro-

puestas. Seguíale el Senado abatido y triste, y lo mejor de la ciudad disgustado e indignado, aunque en silencio, tanto, que César no pudo menos de comprender la mala impresión que aquello producía; con todo, llevaba adelante su empeño, aguardando a que por parte de Catón se interpusiese apelación o ruego; pero convencido por fin de que éste no pensaba en hacer gestión alguna, cedió a la vergüenza y al descrédito que iba a resultarle, y bajo mano se valió de uno de los tribunos, moviéndole a que pusiera en libertad a Catón. Después que con aquellas leyes y aquellas larguezas pusieron a su devoción a la muchedumbre, decretaron a César el mando de unos y otros Ilirios, el de toda la Galia, y un ejército de cuatro legiones para cinco años, prediciéndoles Catón que ellos mismos colocaban al tirano en el alcázar con semejantes decretos. Trasladaron contra ley a Publio Clodio del estado de los patricios al de los plebeyos, y le nombraron tribuno de la plebe, y él, pactando por recompensa el destierro de Cicerón, les ofreció que en todo les complacería. Eligieron cónsules a Calpurnio Pisón, padre de la mujer de César, y a Aulo Gabinio, hombre sacado del seno de Pompeyo, que es como se explican los que tenían bien conocidas su vida y costumbres.

XXXIV.- Mas a pesar de haberse apoderado de los negocios y de haberlo todo puesto a su disposición, parte por las gracias dispensadas y parte por la fuerza, aun temían a Catón, pues que, si habían logrado superarle, había sido con gran dificultad y trabajo, y atrayéndose odio y vergüenza; porque se veía que ni aun así podían con él, lo que siempre

era duro y repugnante; y Clodio no esperaba poder sobreponerse a Cicerón si Catón se hallaba en la ciudad, maniobrando, pues, acerca de esto, lo primero que hizo, después de colocado en su magistratura, fue enviar a llamar a Catón y tenerle un discurso, en el que, reconociéndole por el más recto e íntegro de todos los Romanos, le anunció que iba a darle pruebas de este concepto en que le tenía con obras, por cuanto, habiendo muchos que aspiraban al mando de la provincia de Chipre y pedían ser destinados a ella, a él solo le consideraba digno, y con gusto le dispensaría este favor. Respondiéndole Catón que aquello más era una celada y un insulto que un favor, montó ya Clodio en cólera, y con aire desdeñoso le dijo: "Pues si no lo tienes por favor, habrás de ir contra tu voluntad"; y presentándole inmediatamente ante el pueblo, hizo sancionar por ley la misión de Catón. Para marchar no le aprestó nave, ni tropa, ni criados, sino sólo dos escribientes, de los cuales uno era un ladronzuelo malvado y el otro un cliente del mismo Clodio. Mas como todavía le pareciese que habían de darle poco que hacer Chipre y Tolomeo, le encargó además que restituyese los desterrados de Bizancio, queriendo tener lejos de sí a Catón por el más largo tiempo que fuese posible durante su tribunado.

XXXV.- Puesto en esta necesidad, exhortó a Cicerón, riendo que lo había de ser forzoso salir, a que no moviera tumulto alguno, ni envolviera de nuevo a la ciudad en las calamidades de una guerra civil; sino que se acomodara al tiempo y fuera otra vez quien salvara la patria. Para los negocios, de Chipre hizo que se adelantara uno de sus amigos,

llamado Canidio, y por su medio persuadió a Tolomeo a que sin batalla cediera, pues que no se le dejaría carecer ni de comodidades ni de honores, sino que el pueblo le daría el sacerdocio de la diosa que se venera en Pafo. En tanto él se detuvo en Rodas, tomando disposiciones y esperando la respuesta; pero al mismo tiempo Tolomeo, el rey de Egipto, por cierto enfado y disputa que tuvo con los ciudadanos, se había salido de Alejandría, y se encaminaba a Roma con el objeto de que Pompeyo y César lo sustituyeran otra vez con la correspondiente fuerza; mas queriendo hablar con Catón, lo envió a llamar, esperando que vendría a él; pero hacía la casualidad que Catón se hallaba purgado, y envió a decir a Tolomeo que si quería verle fuese adonde se hallaba. Fue, y como ni le saliese a recibir ni se levantase a su llegada, sino que le saludase como a un particular mandándole tomar asiento, esto al principio le causó sorpresa y admiración, viendo unidas con tanta popularidad y sencillez en el aparato de la casa tanta altivez y severidad de costumbres. Mas después, en la conversación, no oyó sino palabras llenas de prudencia y de franqueza, ya que al increparle y reprenderle Catón le manifestó cuánta era la dicha y sosiego que había dejado, y cuántas las humillaciones y trabajos, cuántos los obsequios y socaliñas a que se sujetaba con los poderosos de Roma, cuya codicia no bastaría a saciar el Egipto si se redujera a oro; y le aconsejó que retrocediera y volviera a la amistad con sus conciudadanos, estando él pronto a acompañarle y a contribuir a la reconciliación. Parecióle que con este discurso había vuelto a su acuerdo como de una especie de manía y enajenación, reflexionando sobre la verdad y el

juicio y prudencia de tan eminente varón; y así, se resolvió a obrar según su parecer; pero, habiéndose vuelto, a persuasión de sus amigos, no bien había puesto el pie en Roma y había llegado a llamar a la puerta de uno solo de los magistrados, cuando ya se lamentó de su desacierto en haber despreciado, no ya el consejo de un hombre, sino el oráculo de un dios.

XXXVI.- Tolomeo el de Chipre, por dicha particular de Catón, se quitó a sí mismo la vida con hierbas; y diciéndose ser muy cuantiosos los intereses que había dejado, si bien determinó marchar en persona a la restitución de los Bizantinos, a Chipre envió a su sobrino Bruto, no teniendo en Canidio bastante confianza. Mas, verificado que hubo la reconciliación de los desterrados y restablecido la concordia en Bizancio, entonces navegó para Chipre. Era grande y propiamente real la riqueza que había quedado en vajillas, mesas, pedrería y ropas de púrpura, y habiendo de venderse para reducirse a dinero, quería estar sobre todo, hacerlo todo subir al precio más alto, no dejar de intervenir en nada y llevar por sí la cuenta más exacta, sin fiar nada a las costumbres de los de la plaza, y antes mirando con sospecha a todos los dependientes,pregoneros, prepósitos de la subasta y aun a los amigos. Finalmente, hablando en particular a los postores y animando a cada uno de esta manera, vendió la mayor parte de los efectos; con lo que disgustó a los demás amigos, visto que no hacía confianza de ellos; y en el más íntimo de todos, que era Munacio, encendió un encono casi implacable; tanto, que César, para escribir un libro contra

Catón, fue esta parte la que le dio materia abundante para sus amargas invectivas.

XXXVII.- Munacio, sin embargo, escribe que su enojo no nació de la desconfianza de Catón, sino, por parte de éste, de cierto olvido y frialdad para con él, y por su parte, de celos y emulación de Canidio; porque también Munacio dio a luz un escrito sobre Catón, que fue el que principalmente siguió Traseas. Dice, pues, que él llegó el último a Chipre, donde se puso muy poco cuidado en su hospedaje; que presentándose a la puerta de la habitación de Catón, se le hizo retirar, por estar Catón ocupado en hacer unos fardos, con Canidio, y que habiéndose quejado de todo con moderación, había recibido una no moderada respuesta, a saber: que corría peligro no saliese cierta aquella máxima de Teofrasto de que el grande amor suele muchas veces ser causa de odio: “Pues que tú mismo- dijo- te disgustas de que amando mucho no se te honra tanto como crees serte debido, y si me valgo de Canidio es por su inteligencia y porque me inspira más confianza que otros, habiendo vencido conmigo desde el principio y habiéndolo experimentado muy íntegro y puro.” Estas cosas, que pasaron entre los dos solos, Catón las refirió a Canidio, y habiéndolo sabido Munacio, dejó de concurrir a cenar a casa de Catón, y de acudir a darle consejo cuando era llamado; y amenazándole Catón que le tomaría prendas, como es costumbre exigirlas de los que no obedecen, se embarcó para el regreso sin hacer caso, y se mantuvo enojado por largo tiempo. Después, habiéndole hablado Marcia, que todavía estaba unida a Catón, su-

cedió que fueron convidados a cenar por Barca, y habiendo entrado Catón el último, cuando los demás estaban sentados, preguntó dónde presentaría, y diciéndole Barca y habiendo entrado Catón el último, cuando los demás estaban sentados, preguntó dónde se sentaría y diciéndole Barca que donde gustase, recorrió el cenador con la vista, y dijo que al lado de Munacio. Pasó a donde éste estaba y se sentó junto a él; pero fuera de esto, ya ninguna otra demostración se hicieron durante la cena. Más adelante, a ruego de Marcia, le escribió Catón, diciéndole que tenía que verle, y habiendo pasado Munacio a su casa por la mañana temprano, Marcia le detuvo hasta que todas las gentes se retiraron; y entonces, entrando Catón, le echó los brazos, le saludó y le dio las mayores muestras de amistad. Hemos referido con alguna extensión estas ocurrencias, por creer que no conducen menos para manifestar la índole y las costumbres que las acciones en grande y ejecutadas en público.

XXXVIII.- Juntó Catón en dinero muy poco menos de siete mil talentos, y temiendo los peligros de una larga navegación, dispuso muchos cajones de cabida de dos talentos y quinientas dracmas. Cerrados, clavó en cada uno una cuerda, y a la punta de ésta ató un corcho de bastante magnitud, para que, si el barco zozobraba, el corcho ligado desde abajo señalara el sitio. Por lo que hace al caudal todo llegó con seguridad, a excepción de una cantidad muy pequeña; pero las cuentas, formadas con la mayor puntualidad, de todo cuanto había administrado, habiendo hecho de ellas dos copias, ninguna se salvó, pues que trayendo la una un liberto suyo

llamado Filargiro, que dio la vela desde Cencris, naufragó, y la perdió, junto con el equipaje. Trajo la otra él mismo hasta Corcira, en cuya plaza se aposentó, y habiendo los marineros, por el frío, encendido muchas hogueras aquella noche, se quemaron las tiendas, y el cuaderno desapareció. Lo que es para tapar la boca a los enemigos y calumniadores de Catón, pudieron bastar los de la servidumbre del rey que vinieron a Roma, así, por otro lado es por donde es te suceso incomodó a Catón; pues no se había esmerado en las cuentas para acreditar su fidelidad, sino que quería dejar a los demás, un ejemplo de exactitud; y la fortuna lo castigó.

XXXIX.- Súpose en Roma que iba a llegar con las naves, y todos los magistrados y sacerdotes, todo el Senado y una gran parte del pueblo salieron río abajo a encontrarle, de manera que una y otra orilla estaba llena de gente, y en el concurso y el regocijo no era inferior a un triunfo aquel recibimiento, una cosa hubo en esto que chocó y pareció sobrado arrogante, y fue que, presentándose los cónsules y pretores, no saltó en tierra para saludarlos, ni hizo parar la nave, sino que, pasando apresuradamente la orilla, yendo en una galera real de seis bancos, no aflojó el curso hasta haber entrado con su escuadra en el muelle. Mas como quiera, cuando se llevaron los caudales por la plaza, el pueblo se admiró de tan grande cantidad; y reunido el Senado, después de tributar a Catón las debidas alabanzas, le decretó una pretura extraordinaria y el honor de que asistiera a los espectáculos con ropa de púrpura; pero Catón renunció estas distinciones, y sólo propuso y persuadió al Senado que diera

libertad a Nicias, mayordomo del rey, haciendo presentes su fidelidad y su celo. Era cónsul Filipo, el padre de Marcia, y en cierta manera toda la dignidad y poder de esta magistratura se trasladaron a Catón, no siendo menor el respeto que el colega tributaba a Catón por su virtud que el que Filipo le tenía por razón del deudo.

XL.- Vuelto en esto Cicerón del destierro a que fue enviado por Clodio, recobró desde luego gran poder y quitó y recogió por fuera del Capitolio las tablas tribunicias que Clodio había escrito y colocado en él, en ocasión de hallarse éste ausente. Congregóse con este motivo el Senado, y acusándole Clodio, dijo Cicerón que, habiendo sido ilegítimo el nombramiento de Clodio para el tribunado, debía anularse e invalidarse todo cuanto por él se había hecho y propuesto; mas opúsose Catón, quien, por fin, levantándose, manifestó que ciertamente no tenía por saludable y útil ninguna de las providencias dictadas por Clodio; pero si hubiera quien anulase todo lo que hizo siendo tribuno, vendría a anularse también su administración en Chipre, y no habría sido legítima su misión, como decretada por un magistrado ilegítimo; fuera de que la elección de Clodio no había sido contra ley, pues que, permitiéndolo ésta, había pasado del estado de los patricios a una familia plebeya; y si fue un mal magistrado como otros, lo que había que hacer era obligarle a dar razón de sus injusticias, y no anular la autoridad, que en nada había faltado. De resultas de esta contienda, se enojó Cicerón con Catón, y estuvo por mucho tiempo interrumpida su amistad; pero al fin más adelante se reconciliaron.

XLI.- Sucedió después de esto que Pompeyo y Craso, habiendo ido a visitar a César, que había pasado los Alpes, acordaron con éste que pedirían juntos el segundo consulado; y posesionados de él harían decretar para César la prorrogación del mando para otro tanto tiempo, y para sí mismos las mejores provincias, con los fondos y tropas correspondientes. Lo que venía a ser una conjuración para el repartimiento del imperio, y la disolución de la república. Había muchos de los más distinguidos ciudadanos que pensaban presentarse a pedir el consulado; pero a todos los demás que vieron entre los candidatos les hicieron retirarse; sólo a Lucio Domicio, casado con su hermana Porcia, le persuadió Catón que no desistiese de la contienda, la cual no era por la magistratura, sino por la libertad de los Romanos; y entre la parte todavía sana y prudente de la ciudad corría la voz de que no era cosa para descuidar el que, reuniéndose el poder de Craso y de Pompeyo, se hiciera su mando enteramente insufrible, sino que debía trabajarse para excluir al uno, sobre lo que acudían a Domicio excitándole y dándole ánimo, porque se le agregarían muchos votos de los que callaban por miedo. Mas como recelasen esto mismo Pompeyo y los suyos, tenían armadas asechanzas a Domicio, que bajaba muy de mañana con hachas al campo de Marte: el primero de los que alumbraban fue herido, y cayó muerto; fuéronlo también otros después de éste, por lo que huyeron todos, a excepción de Catón y Domicio; porque a éste lo detenía Catón, aunque herido en un brazo, y le exhortaba a permanecer y no abandonar mientras tuvieran alientos,

aquel combate por la libertad contra los tiranos, los cuales ya no dejaban duda sobre el modo con que usaban de su autoridad, cuando se encaminaban a ella por medio de tales violencias e injusticias.

XLII.- No arrostró Domicio el peligro, sino que se retiró a casa, y con esto fueron elegidos cónsules Pompeyo y Craso; mas Catón no se dio a partido, sino que se presentó a pedir la pretura, queriendo tener un apoyo para las contiendas con aquellos, y hacer frente a losmagistrados, no siendo un mero particular. Temiéronlo aquellos, y también el que la pretura servida por Catón competiría con el consulado; así, lo primero que hicieron fue congregar el Senado repentinamente y sin noticia de muchos, e hicieron decretar que los que fueran elegidos pretores al instante entraran en ejercicio, y no aguardaran al tiempo señalado por la ley dentro del que han de intentarse las causas contra los que sobornan al pueblo. Después, preparado ya por este decreto que quedaran libres de responsabilidad, promovieron a la pretura a sus dependientes y amigos, dando ellos el dinero y presenciando por sí las votaciones. Sin embargo, a todo esto se sobreponía la virtud y la gloria de Catón, de tal manera que muchos de vergüenza reputaban por cosa terrible hacer traición a Catón con sus votos, siendo un hombre a quien la república debería comprar para pretor; y como la primera tribu llamada a votar lo hubiese ya nombrado, de repente salió Pompeyo con la ficción de que se había oído un trueno, y disolvió vergonzosamente la junta, porque lo tenían a mal agüero, y nada acostumbraban a establecer cuando había estas señales

del cielo. Tuvieron, pues, tiempo para emplear más medios de corrupción, y alejando del campo a los mejores ciudadanos, hicieron que a la fuerza fuese preferido Vatinio a Catón. Dícese que, visto esto, los que habían dado sus votos con ilegalidad e injusticia al punto se marcharon a manera de fugitivos; y que, formando junta un tribuno con los demás que habían quedado, y que manifestaban su indignación, se presentó Catón en ella, y como si fuera inspirado de un dios, les predijo los males que iban a venir sobre la república, e inflamó a los ciudadanos contra Pompeyo y Craso, a quienes no podía menos de remorder la conciencia sobre tales atentados; y, así era que en su modo de conducirse acreditaban cuanto temían que si Catón era nombrado pretor había de acabar con ellos. Finalmente, al retirarse a casa le acompañó mucho mayor gentío que a todos los pretores juntos.

XLIII.- Como propusiese Cayo Trebonio una ley sobre el repartimiento de las provincias entre los cónsules, reducida a que, teniendo el uno la España y el África bajo sus órdenes, y el otro la Siria y el Egipto, hicieran la guerra y sujetaron a los que disponiendo de las fuerzas de mar y tierra, los demás ciudadanos miraron como inútil el oponerse y tratar de impedirlo, y así, ni aun quisieron contradecir; pero Catón, antes que el pueblo pasase a votar, subió a la tribuna, y manifestando estar determinado a hablar, con dificultad le concedieron dos horas de término para ello. Dijo, manifestó y profetizó muchas cosas, en lo que consumió el tiempo, y ya no le dejaron hablar más, sino que, como se detuviese en la tribuna, fue allá un ministro y le sacó de ella. Paróse abajo,

y continuó gritando ante muchos que le escuchaban y se mostraban indignados; y otra vez el ministro le echó la mano, y lo puso fuera de la plaza; mas no bien lo hubo dejado, cuando regresó otra vez para subir a la tribuna, clamando e implorando el auxilio de los ciudadanos. Repitióse esto muchas veces, e incomodado Trebonio, mandó que le condujeran a la cárcel; pero como era mucha la gente que llevaba tras sí, y a la que dirigía la palabra andando como iba, Trebonio temió y lo dejó ir libre; de este modo consumió Catón aquel día. En el siguiente, intimidando a unos ciudadanos, ganando a otros con gracias y dádivas, conteniendo con las armas al tribuno Aquilio para que no saliera de la curia, echando fuera de la plaza a Catón, que gritaba haberse oído truenos, e hiriendo a no pocos, de los que algunos murieron, así fue como a fuerza sancionaron la ley; tanto, que muchos, retirándose de allí llenos de ira, empezaron a derribar al suelo las estatuas de Pompeyo; pero pasando allá Catón, los contuvo. Cuando después, en favor de César, se propuso otra ley sobre sus provincias y sus ejércitos, ya no se dirigió Catón al pueblo, sino al mismo Pompeyo, a quien, poniendo por testigo a los dioses, dijo: que habiendo tomado sobre sus hombros a César, por lo pronto no lo sentía, pero que cuando empezara a pesarle y a sucumbir bajo la carga, no siéndole ya posible ni echarle en el suelo ni llevarlo, se dejaría caer con él sobre la república, y entonces se acordaría de las exhortaciones de Catón, reconociendo que no tenían menos de provechosas para el mismo Pompeyo que de honestas y justas. Muchas veces oyó Pompeyo estas reconvenciones, pero no hizo caso de ellas.

Porque su felicidad y su poder le hacían creer que César no podía hacer mudanza.

XLIV.- Nombrado pretor Catón para el año siguiente, no pareció haber añadido a esta magistratura, con desempeñarla bien, tanta majestad y grandeza como la rebajó, degradándola en cierta manera, con presentarse en el tribunal muchas veces descalzo y sin túnica, y juzgando esta manera las causas capitales de varones esclarecidos; y aun algunos dicen que después de la comida, y de haber bebido en ella, despachaba y daba audiencia: pero esto no es cierto. Corrompido el pueblo con los sobornos por aquellos que codiciaban las magistraturas, en términos que muchos miraban el recibir dádivas como un ejercicio usual, quiso cortar esta enfermedad de la república, y para ello persuadió al Senado que se diera un decreto en el que se previniese que los nombrados a las magistraturas, aunque nadie los acusase, ellos mismos se presentaran en el tribunal a responder bajo juramento de la pureza de su elección. Produjo este establecimiento gran desazón en los que pretendían las magistraturas, y mayor todavía en la multitud corrompida y comprada; así, luego que por la mañana se presentó Catón en el tribunal, acudieron en gran número, y empezaron a gritar, a decirle improperios y a tirarle piedras, de manera que huyeron todos del tribunal, y él mismo, atropellado y arrastrado por la muchedumbre, con dificultad pudo ocupar la tribuna. Allí puesto en pie, con lo fiero y terrible de su aspecto, calmó inmediatamente el tumulto y apaciguó la gritería, y habiendo dicho lo que al caso cuadraba, se le oyó en silencio y del to-

do se desvaneció el alboroto. Como el Senado con este motivo le alabase, “Pues yo- respondió- no os alabo a vosotros, que estando en peligro el pretor lo habéis abandonado, y no lo habéis defendido.” En esto, la situación de cada uno de los que pedían las magistraturas era sumamente perpleja y dudosa, pues temían sobornar, y que, por ejecutarlo los otros contrincantes, no salieran con su pretensión. Juntáronse, pues, y les pareció lo mejor que, depositando cada uno ciento veinticinco mil dracmas, pidieran todos la magistratura por los medios honestos y justos, y aquel que delinquiera y usara de soborno perdiera su dinero. Convenidos en esto, nombran depositario, árbitro y testigo a Catón, y llevando el dinero, se lo presentan, mas al fin otorgan una escritura a su favor, porque quería más bien admitir fianzas que encargarse de aquellas sumas. Cuando vino el día de la elección se puso Catón al lado del tribuno que la presidía, y atendiendo a la votación descubrió que uno de los del depósito se había valido de malos medios, y mandó que su depósito se adjudicara a los otros; pero ellos, celebrando y admirando su rectitud, condonaron la multa, teniendo por bastante satisfacción del agravio la que habían recibido. Mas Catón, con esto, mortificó a los demás ciudadanos principales, y se atrajo grande envidia, como que se arrogaba las facultades del Senado, del tribunal y de los magistrados; y es que la fama y opinión de justo expone más a la envidia que la de ninguna otra virtud, a causa de que da poder y confianza para con la muchedumbre, pues no sólo le honran como a los esforzados y le admiran como a los prudentes, sino que a los justos los aman, a ellos se entregan, y en ellos confían,

y de aquellos a los unos les temen y de los otros se recelan. Fuera de esto, el mérito de aquellos creen que es más de constitución física que de la voluntad, graduando la prudencia de prontitud de ingenio y la fortaleza de robustez del ánimo; y no necesitándose más para ser justo que querer serlo, se avergüenzan los hombres de la injusticia, como de un vicio que no admite disculpa.

XLV.- Hacían, por tanto, la guerra a Catón todos los próceres, como reprendidos por su conducta. Pompeyo, que en la gloria de aquel creía ver la ruina de su poder, andaba siempre buscando personas que le desacreditasen, de las cuales era una Clodio el Demagogo, que, unido otra vez a Pompeyo, levantaba el grito contra Catón, diciendo que en Chipre había ocultado grandes cantidades, y que tenía guerra declarada a Pompeyo porque había tenido a menos casarse con su hija. Mas Catón contestaba que había recogido en Chipre para la república, sin que le hubiese dado ni un caballo ni un soldado, tanto caudal cuanto no había traído nunca Pompeyo de tantas guerras y triunfos, habiendo revuelto el mundo. Y que nunca había pensado contraer afinidad con éste, no porque no le creyese muy digno, sino por ser de distinta opinión y conducta en la administración de los negocios públicos. “Porque yo- dijo- habiéndoseme dado el mando de una provincia para después de la pretura, la he renunciado; pero aquel toma y retiene para sí unas y otras las da a los de su partido, y ahora ha prestado una fuerza de seis mil legionarios a César para la guerra de la Galia. Y estas tropas ni os las pidió a vosotros, ni ahora las ha enviado con

vuestro consentimiento; sino que fuerzas tan considerables, las armas y los caballos, son obsequios y retribuciones de unos particulares. Tiene los títulos de emperador y general, pero los ejércitos y las provincias los da a otros, y él se está de asiento en la ciudad, preparando tumultos para los comicios de elecciones y continuos alborotos, con los que no se nos oculta que quiere abrirse camino a la dominación por medio de la anarquía."

XLVI.- Así se defendió Catón de las acriminaciones de Pompeyo. Había un Marco Favonio, amigo y apasionado suyo, al modo con que se refiere haberlo sido Apolodoro de Falera del antiguo Sócrates; y le inflamó y conmovió este discurso, no ligera y blandamente, sino en términos de hacerle salir fuera de sí, como un embriagado o un loco. Este, pues, pedía en una ocasión el cargo de edil, e iba de vencida; pero hallándose presente Catón, observó que todas las tablillas de los votos estaban escritas de una misma mano; y descubriendo aquel mal manejo, hizo anular la elección por medio de los tribunos de la plebe. Nombrado después edil, Catón fue quien atendió a todo lo que era del cargo de esta magistratura, y quien ordenó los espectáculos en el teatro, dando a los de la escena coronas no de oro, sino de acebuche, como en Olimpia; y los presentes no fueron costosos, sino que a los Griegos les dio zanahorias, lechugas, rábanos y peras, y a los Romanos jarros de vino, tocino, higos, cohombros y haces de leña. Lo extraño y barato de estos presentes para unos fue motivo de risa y para otros de placer, viendo que la austeridad y rigor de Catón recibía ya al-

guna mudanza hacia la blandura y festividad. Por fin, mezclándose Favonio entre la muchedumbre, y sentado entre los demás concurrentes, aplaudía a Catón y gritaba que recompensara y honrara a los que se distinguían; así, uniéndose con los espectadores en estas demostraciones, daba bien a entender que había cedido a aquel todas sus facultades. En el otro teatro el colega de Favonio, Curión, daba sus juegos con gran lujo, pero los espectadores lo abandonaban y se pasaban allá, para celebrar a Favonio, que hacía el papel de particular, y a Catón, que representaba el de presidente del espectáculo. Condújose de esta manera para quitar importancia a estos cuidados, manifestar que las cosas de juego se han de tomar por lo que son y se han de desempeñar con cierta gracia y naturalidad, más bien que con suntuosos gastos y aparatos y poniendo gran diligencia y esmero en cosas que no lo merecen.

XLVII.- Presentáronse de allí a poco a pedir el consulado Escipión, Hipseo y Milón, y como empleasen no sólo las injusticias conocidas ya, y puede decirse ingénitas, a saber, la corrupción y los sobornos, sino las armas, las muertes y todo género de violencia, precipitándose la república temeraria y osadamente en la guerra civil, deseaban algunos que presidiese Pompeyo los comicios; opúsose al principio Catón, diciendo que no había de venirles por Pompeyo la seguridad a las leyes, sino por las leyes a Pompeyo; pero prolongándose la anarquía por largo tiempo, y teniendo sitiada la plaza pública a cada momento tres ejércitos, de modo que estuvo en muy poco el que este mal no se hiciese

irremediable, juzgó conveniente que en aquella extrema necesidad se pusiese la república, por voluntario favor del Senado, en manos de Pompeyo, y que usando entre los remedios ilegales del más suave para curar el mayor de los trastornos, se recurriera al mando de uno solo, antes que estarse esperando a que la sedición terminase en tiranía. Manifestando, pues, Bíbulo, que era deudo de Catón, su dictamen en el Senado, dijo que convenía elegir por único cónsul a Pompeyo, porque o la república se mantendría estando él al frente, o a lo menos servirían al que parecía más digno. Levantóse enseguida Catón, y, cuando nadie lo esperaba, elogió este pensamiento, y fue su parecer que cualquiera gobierno era preferible a la anarquía, y que esperaba que Pompeyo gobernaría rectamente y conservaría la república que se acogía a su virtud.

XLVIII.- Nombrado cónsul de este modo Pompeyo, rogó a Catón que pasara a verle a los arrabales; y habiéndolo éste ejecutado así, le recibió con el mayor agasajo, alargándole la diestra y abrazándole. Mostrósele después agradecido, y le pidió que fuera su consejero y asesor en el desempeño del cargo; pero Catón le respondió que ni lo pasado lo había dicho por agraviarlo ni lo presente por hacerle obsequio, sino todo en bien y servicio de la república, y que, en particular, le daría consejo cuando lo llamase, pero en público no aguardaría a ser llamado o rogado, sino que francamente diría lo que entendiese; y lo cumplió como lo dijo. Porque, en primer lugar, estableciendo Pompeyo nuevas multas y graves penas contra los que habían sobornado

al pueblo, le advirtió que no debía volverse sobre lo pasado, sino precaverse lo futuro, pues por una parte no sería fácil fijar el término donde había de pararse la averiguación de los anteriores yerros, y, por otra, si se imponían nuevas penas a los crímenes pasados, sería cosa muy dura que los reos fuesen castigados según una ley que no habían traspasado o violado. Ocurrió, en segundo lugar, que habiendo de ser juzgados muchos varones ilustres, algunos de ellos amigos o deudos de Pompeyo, como viese a éste que en muchas cosas cedía y se doblaba, le reprendió y corrigió con vehemencia. Mas prohibió el mismo Pompeyo, por una ley, los elogios que por costumbre se hacían de los procesados; y habiendo escrito Planco el elogio de Munacio, él mismo lo dio para leerlo durante el juicio; y Catón, poniéndose las manos en los oídos, porque se hallaba de juez, se opuso a que se leyera. Planco lo rehusó y excluyó del número, de sus jueces después de pronunciados los informes; mas sin embargo fue condenado. En general, para los reos era Catón un objeto de gran duda y perplejidad, porque ni querían tenerle por juez ni se atrevían a recusarlo: pues no pocos fueron condenados porque se creyó que el huir de Catón nacía de que no confiaban en su propia justicia, y a algunos les echaban en cara sus enemigos, como un gran baldón, el no haber querido tener por juez a Catón cuando le había tocado.

XLIX.- César, aunque muy embebido en la guerra de la Galia y muy entregado a las armas, no dejaba de adelantar en su intento de ganar poder en la ciudad por medio de presentes, de sobornos con dinero y de los manejos de sus

amigos, acerca de lo cual ya las amonestaciones de Catón habían hecho volver a Pompeyo de la incredulidad que antes le hacía tener este peligro por un sueño; pero como, sin embargo, estuviese todavía lleno de pereza y resolución, para contrarrestarle y contenerle se movió Catón a pedirle el consulado, porque o le quitaría las armas a César, o pondría de manifiesto sus asechanzas. Sus competidores ambos tenían favor: Sulpicio, uno de ellos, debía en gran parte sus aumentos en la república a la gloria y al poder de Catón; así, creía que en esta ocasión faltaba a la honradez y al agradecimiento; pero Catón no se daba por ofendido: "Porque, ¿qué hay que maravillar- decía- el que uno no ceda a otro lo que tiene por el mayor de los bienes?" Mas en este mismo tiempo hizo decretar al Senado que los que pedían las magistraturas hubieran de hacer por sí mismos los obsequios al pueblo, y no por medio de otros, ni interponer quien hiciese ruegos con lo que aún irritó más a la muchedumbre, pues que, quitándoles no sólo el recibir precio, sino aun el hacer favor, dejaba al mismo tiempo a la plebe pobre y desatendida; y como no siendo por su carácter propio para agasajos y obsequios quisiese más conservar la dignidad y decoro de su conducta que ganar el cargo no haciendo por sí ni dejando que hiciesen sus amigos las demostraciones recibidas, con las que se capta y gana la benevolencia del pueblo, fue desairado en su pretensión.

L.- Solía un suceso de esta especie causar, además del rubor que es consiguiente, gran abatimiento y duelo por muchos días, no sólo a los mismos desatendidos, sino a sus

amigos y deudos; pero Catón lo llevó con tal entereza, que ungido se puso a jugar a la pelota en el campo Marcio, y después de comer bajó otra vez a la plaza descalzo y sin túnica, como lo tenía de costumbre, y se paseó con los que siempre eran sus compañeros. Culpábale Cicerón de que, cuando la república necesitaba de un hombre como él, no hizo la debida diligencia, ni usó con el pueblo de la correspondiente afabilidad; y de que para en adelante cedió ya, y se dio por vencido, cuando respecto de la pretura desairado una vez, volvió, sin embargo, a pedirla después. Mas a esto decía Catón que en la pretura había sufrido repulsa no por la voluntad de la muchedumbre, sino porque ésta había sido violentada o corrompida; pero en la votación para el consulado, no habiendo intervenido fraude ninguno, había conocido que el pueblo era el que le había repudiado, a causa de su tenor de vida y que ni el mandarlo según el capricho ajeno, ni el volver otra vez a ponerse en el mismo caso, habiendo de usar del mismo porte, era propio de un hombre de juicio.

LI.- César, habiendo acometido a naciones belicosas y esforzadas, y vencídolas, cuando era de temer otra cosa, pareció que, hecha paz con los Germanos, había caído, sin embargo, sobre ellos, y había acabado con trescientos mil; y como los demás del Senado fuesen de opinión que debían hacerse sacrificios por la buena nueva, Catón propuso que César fuese entregado a los que habían recibido aquella injusticia, para no atraer sobre sus cabezas la venganza divina ni exponer a ella a la república. “Y si hemos de sacrificar a

los dioses- dijo-, sea para que no hagan caer sobre los soldados la pena debida a la locura y furor de su general, sino que tengan compasión de la ciudad.” De resultas de esto, César escribió al Senado una carta, que contenía muchos improperios y recriminaciones contra Catón, y luego que se leyó, levantándose éste, no con enfado ni acaloramiento, sino usando del raciocinio, como si aquel fuera un discurso preparado, demostró que las inculpaciones hechas contra él no eran sino injurias y burlas, reducido todo a puras chocarrerías y palabras vanas; y pasando después a las ideas e intentos de aquel, desde el principio puso de manifiesto todos sus designios, no como enemigo, sino como si fuera socio y participante de ellos, haciendo ver a los Romanos que a éste era, y no a los hijos de los Germanos o de los Galos, a quien, si tenían juicio, habían de temer; con lo que de tal modo los movió e inflamó, que a los amigos de César les pesó de que se hubiera leído en el Senado una carta que había dado a Catón materia y oportunidad para tan vigoroso discurso y para acusaciones verdaderas. Así, nada se decretó, y sólo se echó la especie de que sería bien dar sucesor a César. Repusieron a esto sus amigos que también Pompeyo debería deponer del mismo modo los armas y dejar las provincias, o de lo contrario, tampoco habría de ejecutarlo César, y alzando, entonces la voz Catón, les dijo estar ya sucediendo lo que les tenía pronosticado, pues que César abiertamente usaba de violencia, empleando una fuerza que había conservado con engaños y haciendo mofa de la república; pero a la parte de afuera nada adelantó, estando el

pueblo empeñado en engrandecer a César, y aunque al Senado lo convenció, éste tuvo temor del pueblo.

LII.- Cuando se anunció que César había tomado a Arimino, y que con su ejército se dirigía contra la ciudad, todos entonces se volvieron a mirar a Catón, el pueblo y Pompeyo, como alguien que había conocido al principio y había manifestado abiertamente cuáles eran las ideas de César; y él les dijo: "Pues si algunos de vosotros, oh ciudadanos, hubiera dado crédito a lo que siempre estuve pronosticando y aconsejando, ni ahora temeríais a un hombre solo, ni en un hombre solo tendríais vuestras esperanzas". Reponiendo a esto Pompeyo que si Catón había tenido más tino profético él había obrado con más amistad, aconsejó Catón al Senado que la suma de los negocios la encomendara a sólo Pompeyo, pues era propio de los mismos que causaban grandes males el hacerlos cesar. Pompeyo, pues, no teniendo tropas prontas, ni viendo gran decisión en los soldados que acababa de reclutar, se salió de Roma, y Catón, que tenía resuelto seguirle y acompañarle, envió a su hijo menor al país de los Brutios, a poder de Munacio, conservando el mayor a su lado. Atendiendo, pues, al cuidado de su casa y de sus hijas, que se lo rogaban, volvió a recibir otra vez a su mujer Marcia, que había quedado viuda con cuantiosos bienes, porque Hortensio a su fallecimiento la había dejado por heredera. Este fue para César uno de los principales capítulos de recriminación y difamación contra Catón, atribuyéndole en este hecho miras de codicia y de bajo interés: "Porque, a qué propósito- decía- despachar la mujer cuando la había me-

nester a su lado, y volverla a recibir después cuando no la necesitaba, si desde el principio no pasó aquella mujerzuela a poder de Hortensio como un cebo, para darla joven y volver a recobrarla rica?" Pero a esto se aplican muy oportunamente aquellos versos de Eurípides:

> Primero improbaré lo que es un crimen
> decirlo o suponerlo; ¿y cuál más grande
> que de cobarde motejar a Alcides?

Porque, efectivamente, sería lo mismo que motejar a Héracles de tímido, acusar a Catón de avaro; si hizo bien o mal en tornar a este casamiento, por otra parte ha de examinarse, pues inmediatamente que Catón celebró su segundo matrimonio con Marcia le hizo entrega de su casa y de sus hijas, y él se fue en seguimiento de Pompeyo.

LIII.- Dícese que desde aquel día ni se cortó el cabello, ni se hizo la barba, ni tomó corona, sino que conservó hasta la muerte, fuesen vencedores o vencidos, un mismo tenor de duelo, de aflicción y de abatimiento sobre las calamidades de la patria. Tocóle entonces por suerte la Sicilia, y marchó a Siracusa; pero sabiendo que Asinio Polión, de la facción enemiga, había llegado con tropas a Mesena, le escribió pidiéndole razón de aquel viaje. Fuéle pedida a su vez por Polión de la mudanza hecha en las cosas de la república, y como al mismo tiempo entendiese que Pompeyo dejaba enteramente la Italia, y tenía sus reales en Dirraquio, prorrumpió en la expresión de que había grande error e in-

constancia en las cosas divinas; pues que había sido invencible Pompeyo mientras no había hecho nada saludable y justo, y ahora, cuando quería salvar la patria y combatir por la libertad, lo abandonaba su próspera fortuna. Dijo, pues, que bien tenía fuerzas para arrojar a Asinio de la Sicilia, pero que viniendo en socorro de éste más tropas, no quería que la isla se perdiese en aquella guerra. Por lo que, aconsejando a los Siracusanos que se arrimaran al vencedor y se salvaran, salió de la Sicilia. Llegado donde se hallaba Pompeyo, siempre se mantuvo en el mismo dictamen de que no se dieran largas a aquella guerra con esperanzas de que se hiciese la paz, y no queriendo que la república, quebrantada en tan injusta contienda, sostenida contra sí misma, llegara a lo sumo de los males, encomendando al hierro la decisión de su suerte. Otros consejos hermanos de éste dio a Pompeyo y a sus asesores, persuadiéndolos a que se decretase que ninguna ciudad de las sujetas a la república sería saqueada, ni ningún romano muerto fuera de las filas; lo que le granjeó gran reputación, y atrajo a muchos al partido de Pompeyo, conducidos de su equidad y mansedumbre.

LIV.- Enviado al Asia para que ayudara a los que estaban encargados de allegar naves y gentes, llevó consigo a su hermana Servilia y a un hijo pequeño que, ésta había tenido de Lúculo, porque le había seguido, logrando con esto borrar en gran parte la nota de su inmoderada conducta, pues que, se había sujetado voluntariamente al cuidado, a los viajes y al austero método de vida de Catón; sin embargo César no dejó, a pretexto de la hermana, de lanzar dicterios contra

Catón. Parece que los generales de Pompeyo en las demás partes no habían tenido necesidad del auxilio de aquel; pero a los Rodios él fue quien los atrajo con su persuasión; y dejando en aquella ciudad a Servilia y al niño, volvió a unirse con Pompeyo, que ya tenía un brillante ejército y una numerosa escuadra. En esta ocasión puso Pompeyo bien de manifiesto cuáles eran sus ideas, porque había resuelto dar a Catón el mando de las naves, que las de guerra no bajaban de quinientas, y los transportes, las de avisos y barcos rasos no tenían número; pero habiendo recapacitado luego, o sido advertido por sus amigos de que para Catón no había más que un punto capital, y era el de libertar a la patria de toda dominación, y que por lo mismo, si se ponían a su disposición tantas fuerzas en el día que vencieran a César, en aquel mismo trataría de que Pompeyo depusiera las armas y se sujetara a las leyes, mudó de determinación, sin embargo de que ya lo había comunicado a aquel, y nombró a Bíbulo general de la armada. Mas, sin embargo, no observó que por eso se hubiese entibiado la amistad de Catón hacia él. Y aun se dice que para una batalla ante Dirraquio exhortó Pompeyo a las tropas, y quiso que cada uno de los generales les dirigiese la palabra para inflamarlos; ejecutado así, los soldados los escucharon en silencio y sin hacer el menor movimiento; pero hablándoles Catón después de todos de los objetos propios del momento, según lo que acerca de ellos enseña la filosofía, de la libertad y la virtud, de la muerte y de la gloria, mostrándose interiormente conmovido, y habiendo vuelto al concluir su discurso a la invocación de los dioses, como que se hallaban presentes y eran testigos de aquel combate,

levantóse tal gritería y fue tan grande la conmoción del ejército, que todos los caudillos, llenos de las mayores esperanzas, corrieron denodados al peligro. Cuando llevaban derrotados y batidos a los enemigos, el genio de César les arrebató el complemento de la victoria, valiéndose de la nimia circunspección de Pompeyo y de su sobrada desconfianza, según que, en la Vida de éste lo tenemos escrito. Alegrábanse, los demás y celebraban este suceso, pero Catón lloraba sobre la patria, y maldecía la funesta y malhadada ambición de mando, por la que veía a muchos excelentes, ciudadanos muertos a manos unos de otros.

LV.- Cuando para perseguir a César después de esta acción movió Pompeyo hacia la Tesalia, dejó en Dirraquio gran cantidad de armas, de efectos y de personas próximas o allegadas, y constituyó por caudillo y guarda, de todo a Catón, no dándole, sin embargo, más que quince cohortes de soldados, por la desconfianza y miedo con que le miraba, pues sabía que si él era vencido ninguno le sería más fiel, mas si vencía, no le permitiría sacar de la victoria el partido que deseaba, como hemos dicho. Otros muchos varones principales se habían retirado también a Dirraquio con Catón; y cuando sucedió la terrible derrota de Farsalia, ésta fue la resolución que le parecía debía tomar: si Pompeyo era muerto, transportar a Italia los que tenía a su cuidado, y él retirarse a vivir en destierro, lo más lejos que pudiera de la tiranía; y si Pompeyo era salvo, guardar para él aquellas fuerzas. Pasando con esta intención a Corcira, donde estaba la armada, cedió el mando a Cicerón, que había gozado de la

autoridad consular, no habiendo él sido más que pretor; pero como Cicerón no lo admitiese y se diese la vela para Italia, viendo a Pompeyo el Menor decidido a castigar con un arrojo y una osadía muy fuera de sazón a los que los abandonaban, y que el primero en quien iba a poner las manos era Cicerón, lo amonestó en secreto, y logró templarle, con lo que a Cicerón seguramente lo libertó de la muerte y a los demás les proporcionó seguridad.

LVI.- Conjeturando que Pompeyo Magno habría ido a parar al Egipto o al África, dio la vela para unírsele cuanto antes, llevando consigo a todos los que tenía a sus órdenes, pero no sin manifestarles antes que tenían permiso para retirarse los que no le acompañasen de buena voluntad. Llegado al África, y costeando, por aquel mar, se encontró a Sexto, el hijo menor de Pompeyo, quien le anunció la muerte de su padre en el Egipto. Manifestaron, pues, todos el mayor sentimiento, y después de Pompeyo ninguno quería ni siquiera oír hablar de otro general que Catón, hallándose éste presente; y por lo mismo Catón, lleno de rubor y compasión hacia unos hombres de probidad que tantas muestras le habían dado de su confianza, no quiso dejarlos solos ni abandonarlos en país extraño, y encargándose del mando, pasó a Cirene, donde fue admitido, a pesar de que pocos días antes habían excluido de sus puertas a Labieno. Habiéndose informado allí de que Escipión, el suegro de Pompeyo, había sido bien recibido por el rey Juba, y que Apio Varo, designado pretor del África por Pompeyo, se hallaba con ellos, teniendo fuerzas a su disposición, marchó por tierra en la

estación del invierno, conduciendo gran número de acémilas cargadas de agua, y llevando además mucho botín, carros y los que se llamaban psilos, que curaban las mordeduras de las serpientes, chupando con la boca el veneno, y que amortiguaban y adormecían a las mismas serpientes con encantamientos. Fue la marcha de siete días continuos, y siempre caminó al frente de las tropas, sin usar de caballo ni de carruaje. Cenaba sentado desde el día en que supo la derrota de Farsalia, añadiendo a las demás demostraciones de duelo la de no reclinarse sino para dormir. Habiendo pasado en el África el invierno, sacó a campaña sus tropas, que eran poco menos de diez mil hombres.

LVII.- Hallábanse en mal estado las cosas de Escipión y Varo, a causa de que por discordias y disensiones entre sí tenían que lisonjear y hacer la corte a Juba, que sin esto era insufrible, por la gran altanería y orgullo que le daban sus riquezas y poder, así es que, habiendo de verse por la primera vez con Catón, puso su sitial en medio del de éste y el de Escipión: pero Catón, luego que lo vio, tomando su sitial, lo pasó al otro lado, poniendo en medio a Escipión, no obstante que era su enemigo y había publicado un libro en que se proponía difamarle. Mas a esto no le dan ningún valor, y porque en Sicilia paseándose tomó en medio a Filóstrato en honor de la filosofía, por esto le censuran. Entonces, pues, contuvo a Juba, que casi había hecho sus sátrapas a Escipión y a Varo, y a éstos los reconcilió e hizo amigos. Deseaban todos que tomara el mando, y Escipión y Varo fueron los primeros que, desistiendo de él, se lo cedieron; pero res-

pondió que no quebrantaría las leyes cuando hacían la guerra al que las quebrantaba, ni se antepondría, no siendo más que pretor, al que era procónsul, porque Escipión había sido nombrado procónsul, y los más tenían gran confianza de que vencerían por el nombre, mandando el África un Escipión.

LVIII.- Luego que Escipión se encargó del mando, quiso, por complacer a Juba, que se diera muerte sin distinción a los Uticenses, y que se asolara su ciudad, por ser partidaria de César; pero Catón no lo consintió, sino que, clamando y exhortando en la junta, e invocando a los dioses, aunque con trabajo, consiguió por fin desvanecer tan crueles intenciones, y ora cediendo a los ruegos de los mismos Uticenses, ora atendiendo a lo que también deseaba Escipión, tomó a su cargo guarnecer y fortificar aquella ciudad, para que ni según su voluntad ni contra ella se uniera a César, pues el país era útil para todo, y proveía suficientemente a los que le ocupasen; y aun se hizo más fuerte entre las manos de Catón. Porque introdujo en ella extraordinaria copia de víveres, y reforzó las murallas, levantando torres y formando delante del recinto grandes fosos y estacadas. Dispuso que la juventud de los Uticenses residiese en las trincheras, entregándole las armas, y que los demás permaneciesen en la ciudad, cuidando con esmero de que no se les causase la menor injusticia ni vejación por los Romanos. Remitió a las tropas del campamento armas, fondos y víveres, y en general tuvo a Utica por almacén y depósito de la guerra. El consejo que había dado antes a Pompeyo y entonces a Escipión de que

no se entrara en batalla con un hombre aguerrido y temible, sino que se ganara tiempo, porque éste es el que marchita el vigor de la tiranía, lo miraba también con desprecio Escipión, por su vana arrogancia, y aun en cierta ocasión escribió a Catón tachándole de cobarde, pues que, no contento con estar quieto en una ciudad guardado con murallas, no quería dejar a los demás que, según la oportunidad, obraran decididamente como les pareciese. Replicóle Catón que estaba pronto a tomar las tropas de infantería y caballería que había traído al África, y transportarlas a Italia, haciendo de este modo que César los dejase a ellos y mudando de plan corriera en su seguimiento. Mas como también se burlase Escipión de este partido, Catón se mostró pesaroso de haberse desprendido del mando, viendo que Escipión ni era capaz de administrar bien la guerra, ni, si, contra toda esperanza, le salían las cosas felizmente, había de hacer del poder un uso moderado y legítimo. Por lo mismo formó Catón concepto, y así lo expresó a los que tenía a su lado, de que no se podían tener buenas esperanzas del resultado de la guerra, por la impericia y temeridad de los caudillos; pero que si por una feliz casualidad César fuese derrotado, sería preciso no permanecer en Roma, sino huir de la dureza y crueldad de Escipión, a quien ya se habían oído terribles y soberbias amenazas contra muchos; pero el mal vino más presto de lo que se esperaba, porque a muy alta noche llegó un correo con tres días de viaje, anunciando que, habiéndose dado una gran batalla junto a Tapso, todo se había perdido, quedando César dueño del campamento, que Escipión y

Juba habían huido con muy pocos, y las demás fuerzas habían perecido.

LIX.- A tales nuevas, como es natural en medio de una guerra, y siendo recibidas de noche, la ciudad casi perdió el juicio, y no podía contenerse dentro de las murallas; pero recorriéndola Catón, detenía a los que pugnaban por salir, y consolaba a los que se mostraban abatidos, disipando el terror y la turbación del miedo con decir que quizá no habría sido tanto, y que la relación sería exagerada, con lo que logró sosegar el tumulto. Por la mañana muy temprano echó un pregón para que acudieran al templo de Júpiter los trescientos que le servían de Senado, siendo ciudadanos Romanos ocupados en el África en el comercio y en el cambio, y con ellos los senadores que allí se hallaban y los hijos de éstos. Mientras se reunían se presentó, con semblante inalterable y sereno, como si no hubiera ninguna novedad, y se puso a leer un cuaderno que tenía en la mano, que era el inventario de los objetos preparados para la guerra, armas, víveres, arcos y soldados. Cuando ya estuvieron juntos, empezando por los trescientos, y tributando grandes alabanzas al celo y fidelidad que habían mostrado, por haber sido de grandísimo recurso, con sus caudales, con sus personas y con sus consejos, los exhortó a no dividirse formando cada uno particulares esperanzas y pensando en huir y salvarse sólo, pues si permanecían unidos y en actitud de guerra, César los despreciaría menos, y librarían mejor cuando llegara el momento de haberle de suplicar. Dejóles que ellos mismos deliberaran sobre su suerte, pues ninguno de los dos

partidos vituperaría, sino que si se mudaban con la fortuna, atribuiría esta mudanza a la necesidad, y si se mantenían en su anterior propósito, exponiéndose a todo por la libertad, no sólo los elogiaría, sino que admiraría su virtud, presentándose a ser su caudillo y compañero de armas hasta tener el último desengaño de la patria, que no era Utica, ni Adrumeto, sino Roma, la cual muchas veces de mayores caídas se había levantado a superior grandeza; que todavía les quedaban muchos auxilios para su salud y seguridad, siendo el mayor de todos el hacer la guerra a un hombre llamado a un tiempo a muchas partes; pues la España se había pasado al partido del hijo de Pompeyo, y Roma, desacostumbrada al freno, no sólo no le recibía, sino que se enfadaba e irritaba contra toda mudanza; y finalmente, no debía huirse el peligro, pudiendo tomar lección del mismo enemigo, que ponía a riesgo su vida por las mayores violencias e injusticias, y no como ellos, para quienes la incertidumbre de la guerra había de terminar o en la vida más dichosa y feliz si eran vencedores, o en la más gloriosa muerte si eran vencidos. Mas con todo, concluyó con que ellos por sí mismos debían resolver, haciendo votos porque su determinación tuviera el próspero fin que correspondía a su anterior valor y patriotismo.

LX.- Dicho esto por Catón, en algunos había hecho su discurso el efecto de inspirarles confianza, pero en los más, olvidados, puede decirse, al ver su impavidez, su grandeza de alma y su humanidad, de los peligros de aquella situación, teniéndole a él solo por su caudillo, invicto y superior a todos los casos de la fortuna, le rogaban que dispusiera de sus

personas, de sus intereses, de sus armas, como le pareciese; porque más querían morir puestos en sus manos que salvarse haciendo traición a tan encumbrada virtud. Propúsose por uno de los concurrentes que podría ser oportuno decretar la libertad de los esclavos, y conviniendo los más en ello, dijo Catón que no consentiría en que tal se hiciese, porque no era justo ni conforme a las leyes; y sólo manumitiéndolos sus dueños recibiría a los que se hallasen en edad de tomar las armas. Hiciéronle enseguida muchas ofertas, y diciendo que los que quisieran se suscribieran en un registro, se retiró. Llegáronle de allí a poco cartas de Juba y Escipión, de los cuales aquel, que se había ocultado en un monte con algunos pocos de los suyos, le preguntaba qué determinaba se hiciese; porque le aguardaría si pensaba dejar a Utica, y si prefería sufrir un sitio, le auxiliaría con su ejército; y Escipión, que estaba al ancla en un promontorio no lejos de Utica, le manifestaba que también esperaba su resolución.

LXI.- Pareciále conveniente a Catón detener a los que habían traído las cartas hasta estar bien seguro de lo que harían los trescientos: porque los del Senado se mantenían en la mejor disposición, y dando al punto libertad a sus esclavos, los había armado; pero en cuanto a los trescientos, gente de mar y de negocios, y cuya riqueza consistía en esclavos por la mayor parte, en sus ánimos habían permanecido por poco tiempo las palabras de Catón, y muy pronto se habían desvanecido, a la manera de ciertos cuerpos que reciben fácilmente el calor y fácilmente se quedan fríos retirados del fuego. Así éstos teniéndolo cerca a Catón, y viéndole, los

inflamaba y acaloraba; pero hablando luego unos con otros, el miedo de César podía más que el respeto a Catón y a la virtud. “Porque, ¿quiénes somos nosotros- decían- y quién es aquel cuyas órdenes rehusamos obedecer? ¿No es aquel mismo César a quien se ha transferido todo el poder de los Romanos? De nosotros ninguno es ni Escipión, ni Pompeyo, ni Catón. ¿Y en un tiempo en que todos desatienden lo conveniente y justo por el miedo, en este mismo, defendiendo nosotros la libertad de los Romanos, haremos la guerra desde Utica a aquel mismo de quien huyó Catón con Pompeyo, dejándole dueño de la Italia? ¿Y daremos libertad a nuestros esclavos contra César, cuando nosotros mismos no tendremos otra libertad que la que él quiera dejarnos? Miserables de nosotros, lo mejor es que, conociéndonos en tiempo, aplaquemos al vencedor y le enviemos rogadores”. Así pensaban los más moderados de los trescientos, pero la mayor parte estaban en asechanza de los senadores, con ánimo de echarles la mano, para templar por este medio la ira de César contra ellos.

LXII.- Aunque Catón no dejó de rastrear su mudanza, nada les dijo por entonces; pero escribiendo a Escipión y Juba que no pensaran en venir a Utica, por la desconfianza que tenía en los trescientos, despachó los correos. Los de caballería huidos de la batalla, que no componían un número despreciable, se dirigieron a Utica, y enviaron a Catón tres mensajeros, que no venían con un mismo pensamiento, porque unos querían ir a unirse con Juba, otros agregarse a Catón, y aun había otros que tenían miedo de entrar en Uti-

ca. Catón, oídos sus mensajes, dio orden a Marco Rubrio para que estuviera en observación de los trescientos, recibiendo sosegadamente las suscripciones para la libertad de los esclavos, sin violentar a nadie; y tomando consigo a los del orden senatorio, salió fuera de Utica en busca de los comandantes de la caballería. Llegado a ellos, les rogó que no abandonaran a tan esclarecidos senadores de Roma, ni prefirieran a Juba por su general en comparación de Catón, sino que juntos se salvaran y los salvasen, entrando en una ciudad que no podía ser tomada por fuerza, y que tenía víveres y todo género de municiones y pertrechos para muchos años. Rogábanles esto mismo con lágrimas los senadores, y los comandantes fueron a tratarlo con los soldados. En tanto, Catón se sentó con aquellos en un colladito para esperar la respuesta.

LXIII.- Llegó en esto Rubrio, acusando con grande enfado a los trescientos de estar moviendo una terrible confusión y alboroto para turbar la tranquilidad y hacer que la ciudad se rebelase. Al oír su relación, decayeron todos de ánimo, y prorrumpieron en lágrimas y sollozos; pero Catón procuró alentarlos, y a los trescientos les envió a decir tuviesen paciencia hasta su vuelta vinieron a este tiempo los que habían ido a explorar la tropa de caballería, y sus proposiciones no eran tan moderadas como hubiera sido de desear; porque decían que no necesitaban del sueldo de Juba, ni temían a César teniendo por caudillo a Catón; pero que encerrarse con los Uticenses, que al fin eran Fenicios y mudables, les parecía cosa dura: “Pues si ahora están tranquilos- de-

cían-, a la llegada de César se volverán contra nosotros, y nos entregarán traidoramente; así, que quien quiera valerse de nuestras armas y nuestras personas, eche primero fuera a los Uticenses, o acabe con ellos, y entonces llámenos a una ciudad purificada de enemigos y de bárbaros". Proposiciones bárbaras y feroces parecieron éstas a Catón; mas, sin embargo, respondió templadamente que lo trataría con los trescientos; y volviendo a la ciudad, se fue a ver con éstos, los cuales no anduvieron buscando pretextos y disculpas por respeto a su persona, sino que se le mostraron altaneros, diciendo que, si se pensaba en violentarlos a hacer la guerra a César, ni podían ni querían. Algunos dejaron escapar ciertas expresiones sobre los senadores, y sobre detenerlos en la ciudad hasta la llegada de César; pero en cuanto a esto, hizo Catón como que no lo había oído, porque era un poco sordo; mas como llegase uno y le dijese que los de a caballo se marchaban, temeroso de que los trescientos tomasen alguna cruel determinación con los senadores, se levantó, partió con los que siempre tenía a su lado, y viendo que aquellos efectivamente se habían puesto en marcha, tomó un caballo y fue a alcanzarlos. Vieron con gran placer que se dirigía hacia ellos, le aguardaron, y pidieron que con ellos se salvase; y se dice que en aquella ocasión se vio a Catón derramar lágrimas, rogándoles por los senadores, tendiéndoles las manos, y volviendo por las riendas algunos caballos y cogiéndoles las armas, hasta que recabó que aguardasen por aquel día, para proporcionar a aquellos seguridad en su fuga.

LXIV.- Luego que volvió con ellos y puso a unos en las puertas y a otros les confió la guardia de la ciudadela, temieron los trescientos que iba a tomarse venganza de su mudable conducta; por lo que enviaron rogadores a Catón, pidiéndole encarecidamente que pasase a oírles; pero rodeándole los senadores, no se lo permitían, diciendo que no era razón dejar a su salvador y protector a la discreción de unos traidores desleales. Porque, a lo que parece, todos cuantos se hallaban en Utica conocían, deseaban y admiraban igualmente, la virtud de Catón, no quedándoles duda que nada había en sus obras que no fuese puro y sin doblez. Así es que un hombre que muy de antemano tenía resuelto quitarse la vida, se tomaba por los otros los mayores trabajos, cuidados y afanes, para poder, después de haberlos sacado a todos a salvo, sacarse a sí mismo de entre los vivientes, pues era bien clara su decisión de darse la muerte, aunque él no lo dijese. Prestóse, pues, a los deseos de los trescientos, después de haber tranquilizado a los senadores, y se dirigió solo a ellos; éstos se le mostraron agradecidos, rogándole que en todo lo demás se valiera y dispusiera de ellos con entera confianza, pero si no eran Catones, ni tenían el espíritu de Catón, compadeciera su debilidad. Dijéronle, además, que estaban resueltos a enviar quien suplicase a César, siendo su principal y primer ruego a favor del mismo, y que si no fuesen atendidos, no admitiría la gracia que se les dispensase, sino que pelearían por él mientras les durase el aliento. Catón, agradeciendo su buena voluntad, dijo que en cuanto a sí mismos y a su propia salud convenía no perdieran tiempo en hacer sus ruegos; mas que por él no

pidieran, porque las súplicas son de los vencidos y las excusas de los que han agraviado; y él, no sólo se había conservado invicto por toda su vida, sino que había vencido hasta donde había querido, habiéndose sobrepuesto a César en las cosas honestas y justas, siendo éste el cautivo y el sojuzgado; porque ahora estaban bien claros y manifiestos los criminales proyectos que había negado tener contra la república.

LXV.- Después de tenida esta conferencia con los trescientos, se retiró, y dándosele aviso que César estaba ya en camino con todo su ejército: “Hola- dijo- ¿conque nos tiene por hombres?”. Y vuelto a los senadores, les rogó que no se detuviesen, sino que se salvasen, mientras todavía permanecían allí los de caballería. Cerró las demás puertas, y desde la única que daba al mar distribuyó las embarcaciones a los que estaban bajo su mando, cuidando del orden que habían de llevar, precaviendo toda injusticia, disipando las rencillas y dando para el viaje a los que carecían de medios. Marco Octavio, que mandaba dos legiones, vino a poner sus reales cerca de Utica, y habiendo enviado quien dijese a Catón que deseaba se aclarase quién entre los dos había de tener el mando, a él nada le respondió, pero a sus amigos les dijo: “¿Y nos admiramos cómo se ha perdido la república, viendo que la ambición del mando nos sigue hasta el borde del precipicio?”. Noticiósele a este tiempo que la caballería iba a partir, llevándose como despojos los bienes de los Uticenses, y dirigiéndose precipitadamente a ella, quitó aquellos efectos de las manos a los primeros que encontró, con lo

que ya los demás se dieron prisa a arrojar lo que cada uno llevaba, y todos de vergüenza continuaron su marcha sin rebullirse y mirando al suelo. Catón, congregando dentro de la ciudad a los Uticenses, les pidió, en favor de los trescientos, que no irritasen a César contra ellos, sino que mutuamente se procuraran la salud. Volviendo otra vez a la puerta del mar, estuvo mirando los que se embarcaban, y obsequió y acompañó a los amigos y huéspedes, de quienes pudo conseguir que marcharan. Al hijo no le propuso que se embarcase, ni creyó que sería puesto en razón que se separase del padre. Había un tal Estatilio, hombre de pocos años todavía, pero que aspiraba a tener una grande entereza de ánimo y quería imitar la impasibilidad de Catón. Deseaba, pues, que éste también marchase, porque era de los que conocidamente aborrecían a César; y viendo que se resistía a ello, vuelto Catón a mirar a Apolónides el Estoico y a Demetrio el Peripatético: “Obra vuestra ha de ser- les dijo- el desinflamar a este hinchado y amoldarle a lo que conviene”. Continuó después en despedir a los demás, dando dinero a los que lo habían menester, y pasó en esto aquella noche y la mayor parte del día siguiente.

LXVI.- Lucio César, deudo del otro César, estando para partir, por diputado de los trescientos, rogaba a Catón que le formase un discurso elocuente, para hacer uso de él en su comisión a favor de aquellos: “Porque en cuanto a ti- le dijo- me parece que debo tomar las manos de César y arrojarme a sus pies”; pero Catón no permitió hiciera semejante cosa: “Pues si yo quisiera- le dijo- que mi salud fuera una gracia de

César, a mí me tocaba ir a implorarla directamente; mas no quiero tener nada que agradecer a un tirano en aquello mismo en que es injusto, y no puede menos de serlo, salvando como dueño y señor a los que no era razón dominase; y en cuanto al modo que se ha de tener en rogar por los trescientos, está bien que lo examinemos de común acuerdo, si te parece". Vióse, pues, para esto con Lucio, a quien al tiempo de marchar le recomendó su hijo y sus más allegados, y despidiéndose de él y abrazándole, volvió a su casa, donde, reuniendo a su hijo y a los amigos, les habló de otras diferentes cosas, y les manifestó que no era conveniente que aquel joven tomara parte en el gobierno, pues los negocios no permitían que pudiera haberse de un modo digno de Catón; y no siendo así, sería una afrenta. A la entrada de la noche pasó al baño, y acordándose mientras se bañaba de Estatilio, dijo en alta voz: "¿Has despedido, oh Apolónides, a Estatilio, haciéndole bajar de su altivez, y se ha embarcado sin siquiera saludarme?". "¿Cómo?- replicó Apolónides.- No ha sido posible; por más que le he hablado, sino que conserva su ánimo erguido e irreducible, manteniéndose en que quiere quedarse y hacer lo mismo que tú hicieres". A esto dicen que Catón se sonrió y dijo: "Pues bien, eso luego se verá".

LXVII.- Después del baño cerró con muchos convidados, sentado, como tenía de costumbre después de la batalla de Farsalia porque no se recostaba sino para dormir. Eran del convite todos sus amigos y los magistrados de los Uticenses; la conversación de sobremesa fue, con la bebida,

erudita y amena, pasando de unas en otras pláticas sobre asuntos filosóficos, hasta que la disputa vino a recaer sobre las que se llamaban paradojas de los estoicos; tales como esta: “Que sólo el bueno es libre y esclavos todos los malos”. Aquí, como era natural, contradijo el Peripatético, a quien replicó con vehemencia Catón, y aumentando el tono y la presteza de la voz, llevó muy lejos el discurso, entablando una maravillosa contienda: de manera que a nadie le quedó duda de que su ánimo era poner término a la vida y librarse de los males que le rodeaban. Así es que, acabado el discurso, fue grande el silencio y la tristeza en que quedaron todos. Pero observándolo Catón y queriendo desvanecer la sospecha hizo varias preguntas, y mostró cuidado sobre el estado de las cosas, temiendo- decía- por los que viajaban por el mar y por los que caminaban por un desierto falto de agua y habitado de bárbaros.

LXVIII.- Levantáronse con esto de la mesa, y habiéndose paseado con sus amigos, según que de sobrecena lo tenía de costumbre, dio a los comandantes de las guardias las órdenes que las circunstancias exigían, y se retiró a su habitación, después de haberse despedido del hijo y de cada uno de los amigos con más cariño y expresión de lo que acostumbraba. Dando otra vez sospechas con esa novedad de lo que tenía meditado. Entrado que hubo, se encerró, y tomó en su mano el diálogo de Platón que trata del alma: cuando llevaba leída la mayor parte, se volvió a mirar encima de su cabeza, y no viendo colgada la espada, porque el hijo la había quitado mientras estaba en la mesa, llamando a un es-

clavo, le preguntó quién había tomado la espada. No le respondió el esclavo, y otra vez volvió al libro, pero al cabo de poco, sin manifestar cuidado ni solicitud, sino haciendo como que necesitaba la espada, mandó que se la trajesen. La dilación era larga, y nadie parecía; acabó, pues, de leer el libro, y volviendo a llamar a los esclavos en voz ya más alta, les pidió la espada, y aun a uno de ellos le dio una puñada en la cara, lastimándose y ensangrentándose la mano. Irritóse entonces sobremanera, y a grandes gritos decía que el hijo y los esclavos trataban de entregarlo inerme en manos de su enemigo; hasta que el hijo corrió llorando con los amigos, y echándose a sus pies, se lamentaba y le hacía los más tiernos ruegos. Levantándose entonces Catón y mirándole indignado: "¿Cuándo o cómo- le dijo- he dado yo motivo sin saberlo para que se crea que he perdido el juicio? Nadie me amonesta y corrige por haber tomado alguna desacertada disposición, ¿y se me quiere prohibir que me dirija por mi razón y se me desarma? ¿Por qué, oh joven, no atas a tu padre, volviéndole las manos a la espalda hasta que venga César y me encuentre en estado de que ni siquiera pueda defenderme? Porque puedo muy bien no pedir la espada contra mí, cuando con detener un poco el aliento o con estrellarme contra la pared está en mi mano el morir".

LXIX.- Dicho esto, el joven salió haciendo grandes lamentaciones, y con él los demás, no quedando otros que Demetrio y Apolónides, a los cuales habló ya más templadamente, diciéndoles: "¿Acaso vosotros también os habéis propuesto detener en la vida a un hombre de mi edad, ob-

servándole en silencio sentados? ¿O venís con algún discurso para persuadir que no es terrible ni vergonzoso el que, destituido Catón de otro medio de salvación, la espere de su enemigo? ¿Por qué no halláis, demostrándome esta proposición y haciéndome desaprender lo aprendido, para que desechadas las primeras opiniones y doctrinas en que me he criado y hecho más sabio a causa de César, le tenga que estar más agradecido? Hasta ahora nada tengo determinado hacer de mí; pero cuando lo determine, es razón que quede dueño de ejecutar lo que resolviere. En cierta manera voy a deliberar con vosotros pues que me he de valer de las razones con que soléis vosotros filosofar. Idos, pues, confiados, y decid a mi hijo que no violente a su padre en aquello que no puede persuadirle".

LXX.- Nada respondieron a esto Apolónides y Demetrio, sino que se salieron llorando. Vino en esto un mozuelo trayéndole la espada, y tomándola en la mano la desenvainó y reconoció; y al ver que conservaba la punta y el filo, diciendo "Ahora soy mío", puso a un lado la espada y volvió a leer el libro, diciéndose que lo pasó todo dos veces. Después se recogió y durmió un sueño tan profundo, que se le oía de la parte de afuera. Y como a la media noche, llamó a sus libertos Cleantes, que era médico, y Butas, de quien principalmente se valía para los encargos relativos al gobierno. Envióle, pues, al mar para que informándose de si todos se habían embarcado, volviera a decírselo, y al médico le alargó la mano, que estaba manchada del golpe que había dado al esclavo, para que se la vendara, cosa que hizo muy a gusto

de todos, porque parecía indicio de querer vivir. A poco volvió Butas anunciando que todos los demás se habían dado a la vela, y sólo Craso se había quedado, por cierta ocupación, nada más que en cuanto no estar embarcado, y que era grande la tormenta y viento que agitaba el mar. Suspiró Catón al oírlo, por compasión de los que se hallaban embarcados y otra vez mandó a Butas a la ribera para que, si algo no había dado la vuelta por faltarle alguna cosa, le trajese el aviso. Cantaban ya los gallos, y se recogió otro poco para dormir; pero volviendo Butas, y diciéndole que había la mayor quietud en el puerto, le mandó que cerrara la puerta, y se puso en el lecho como para descansar lo que restaba de la noche; mas luego que salió Butas, desenvainando la espada, se la pasó por debajo del pecho, y no habiendo tenido la mano bastante fuerza por la hinchazón, no pereció al golpe, sino que cayó de la cama medio moribundo e hizo ruido, por haber derribado una caja de instrumentos geométricos que estaba inmediata, con lo cual, habiéndolo sentido los esclavos, empezaron a gritar, y acudieron inmediatamente el hijo y los amigos. Viéndole bañado en sangre y que tenía fuera las entrañas, todos se conmovieron terriblemente, y el médico, que también había entrado, como las entrañas estuviesen ilesas, procuró reducirlas y cerrar la herida; pero luego que Catón volvió del desmayo y recobró el sentido, apartó de sí al médico, se rasgó otra vez la herida con las manos, y despedazándose las entrañas, falleció.

LXXI.- En menos de lo que pudiera necesitarse para que se hubiera difundido la novedad por toda la casa, estaban ya

a la puerta los trescientos, y de allí a poco había acudido en tropel el pueblo de Utica, llamándole a una voz su bienhechor y salvador, y esto lo hacían cuando se les daba aviso de que ya César estaba a las puertas; pero ni el miedo ni la adulación al vencedor, ni sus mismas divisiones y discordias, los hicieron más contenidos en tributar todo honor a Catón. Adornando, pues, el cadáver con el mayor esmero, y disponiéndole unas magníficas exequias, le enterraron en la ribera del mar, en el sitio en que hay ahora una estatua suya con espada en mano, y hasta haberlo ejecutado no pensaron en los medios de salvarse y salvar la ciudad.

LXXII.- César, cuando supo por los que llegaban de Utica que Catón se mantenía allí sin pensar en huir, y que despachando a los demás él y su hijo y sus amigos atendían a todo sin mostrar recelo, no sabía qué pensar de aquella conducta; y como hiciese de él la mayor cuenta, siguió con el ejército apresurando la marcha; pero luego que oyó su muerte, se dice que exclamó: “¡Oh Catón, te envidio la gloria de tu muerte, ya que tú no me has querido dejar la de salvarte!” Porque, en realidad, el que Catón, habiendo esperado, hubiera debido la vida a César, más que en desdoro de su nombre, había de ceder en honor y gloria de éste. Lo que habría sido no se sabe, aunque las conjeturas están en favor de César.

LXXIII.- Murió Catón a los cuarenta y ocho años de edad; su hijo ninguna ofensa recibió de César. Dícese de él que fue desidioso, y en punto a mujeres, no del todo irre-

prensible; así en Capadocia, siendo su huésped Marfadates, que era de la familia real y tenía una mujer muy bien parecida, como se detuviese más tiempo del que convenía, se le zahirió diciéndose contra él:

Mañana se va Catón,
al cabo de treinta días;
Porcio son y Marfadates
dos amigos, alma una

Porque el nombre de la mujer de Marfadates en griego equivalía al del alma; y además,

Noble e ilustre es Catón:
es su alma un alma regia.

Mas toda esta mala nota la borró y desvaneció con su muerte; porque peleando en Filipos por la libertad de la patria contra César y Antonio, como fuese vencida su división, y no quisiese ni huir ni ocultarse, provocó a los enemigos, poniéndoseles bien a la vista, trató de alentar a los que todavía, quedaban con él, y murió dejando a los contrarios admirados de su valor. Aun fue más admirable la hija de Catón, que no cedía al padre ni en modestia ni en valor. Estaba casada con Bruto, el que mató a César; tuvo parte con él en aquella conjuración, y se quitó la vida de un modo digno de su linaje y de tanta virtud, como en la Vida de Bruto lo dejamos escrito. Estatilio, aquel que quería imitar a Catón, entonces fue detenido por los filósofos, para que no se diese

muerte como intentaba, pero después, habiéndose mostrado muy bien y muy útil a Bruto, murió con él en la batalla de Filipos.

AGIS

I.- No dejan de proceder con razón y tino los que aplican a los ansiosos de gloria la fábula de Ixión, que abrazó a una nube en lugar de Hera, y de aquel congreso nacieron los Centauros, porque también aquellos, abrazando la gloria como una imagen de la virtud, no hacen nada fijo y determinado, sino cosas bastardas y confusas, llevados ora a una parte y otra a otra, siguiendo los deseos y las pasiones ajenas, a manera de lo que los vaqueros de Sófocles dicen de sus manadas:

Siendo de éstos los amos, les servimos;
y aunque callan, es fuerza hacer su gusto;

que es lo que en realidad les sucede a los que gobiernan según los deseos y caprichos de la muchedumbre, sirviendo y complaciendo, para que los llamen demagogos y magistrados; porque a la manera que los que hacen la maniobra en la proa de la nave ven las cosas que se presentan delante antes que el piloto, y sin embargo vuelven la vista a él y hacen lo que les manda, de la misma suerte los que gobiernan y

atienden a la gloria sólo son sirvientes y criados de la muchedumbre, aunque tengan el nombre de gobernantes.

II.- Porque el que es consumado y perfectamente bueno ha de saber pasarse sin la gloria, como no sea en cuanto sirve de apoyo para los hechos por la confianza que da. Al que empieza y siente los estímulos de la ambición se le ha de permitir el envanecerse y jactarse hasta cierto punto con la gloria que resulta de las acciones distinguidas, ya que las virtudes que nacen y empiezan a arrojar pimpollos en los que son de esta índole, y sus buenas disposiciones, se fortifican, como dice Teofrasto, con alabanzas, y crecen para en adelante a la par de su noble engreimiento; pero lo demasiado, si siempre es peligroso, en la ambición de mando es una absoluta perdición. Porque conduce a una manía y a un enajenamiento manifiesto a los que llegan a conseguir un gran poder cuando quieren, no que lo honesto sea glorioso, sino que lo glorioso sea precisamente honesto. A la manera, pues, que Foción a Antípatro, que quería de él una cosa menos honesta, le respondió que no podía Foción ser a un mismo tiempo su amigo y su adulador, esto mismo o cosa semejante se ha de decir a la muchedumbre; no puede ser que tengáis a uno mismo por gobernador y por sirviente. Porque sucede de este modo lo que al dragón, del que cuenta la fábula que la cola movió pleito a la cabeza, porque quería guiar alternativamente y a las veces, y no siempre seguir a ésta, y habiéndose puesto a guiar, ella misma se estropeó por no saber conducir, y lastimó a la cabeza, precisada a seguir contra el orden de la naturaleza a una parte ciega y

sorda. Esto mismo es lo que hemos visto suceder a muchos que quisieron hacerlo todo en el gobierno a gusto de la muchedumbre; pues que habiéndose puesto en la dependencia de ésta, que se conduce a ciegas, no pudieron después corregir o contener el desorden. Hanos dado ocasión para hablar así de la fama y gloria que nace de la muchedumbre, el haber inferido cuánto es su poder de lo que a Tiberio y Gayo Gracos les sucedió. Eran de excelente carácter, habían sido muy bien educados, se propusieron el mejor objeto al entrar en el gobierno, y sin embargo los perdió no tanto un deseo desmedido de gloria, como el miedo de caer de ella, nacido de una noble causa. Porque habiendo merecido grande amor a sus conciudadanos, tuvieron vergüenza de no continuar, como si hubieran contraído una deuda; y mientras se esfuerzan en sobrepujar siempre con disposiciones útiles los honores que se les dispensan, y son más honrados cuanto más gobiernan a gusto de la muchedumbre, inflamándose a sí mismos con igual pasión respecto del pueblo, y al pueblo respecto de sí, no echaron de ver que habían llegado a punto de no tener ya lugar lo que suele decirse:

Si no es bueno, en dejarlo no hay vergüenza;

lo que tú mismo comprenderás por la narración. Comparámosle una pareja espartana de demagogos, que son los dos reyes Agis y Cleómenes, pues también éstos, dando más poder al pueblo, como aquellos, y restableciendo un gobierno equitativo y bueno, pero desusado largo tiempo, de la misma manera ofendieron a los poderosos, que no querían perder punto de su codicia. No eran hermanos los dos Lacedemo-

nios, pero siguieron un modo de gobernar muy pariente, y aun hermano, comenzando de este principio.

III.- Desde que se introdujo en la república la estimación del oro y de la plata, y a la posesión de la riqueza se siguieron la codicia y la avaricia, y al uso y disfrute de ella el lujo y la delicadeza, Esparta decayó de su lustre y poder, y yació en una oscuridad nada correspondiente a sus principios, hasta los tiempos en que reinaron Agis y Leónidas. Era Agis Euripóntida hijo de Eudámidas, y sexto desde Agesilao, el que invadió el Asia y alcanzó el mayor poder entre los Griegos, porque de Agesilao fue hijo Arquidamo, el que fue muerto por los Mesapios junto a Mandurio, ciudad de Italia. De Arquidamo fue primogénito Agis, y segundo Eudámidas, que sucedió en el reino, muerto sin hijos Agis por Antípatro en Megalópolis. De éste, Arquidamo; de Arquidamo, otro Eudámidas, y de Eudámidas, hijo de Cleónimo, era Agíada de la otra casa reinante, y el octavo desde Pansanias, el que venció a Mardoni en la batalla de Platea, porque de Pansanias fue hijo Plistonacte, y de Plistonacte Pansanias, que de Lacedemonia huyó a Tegea; por su fuga reinó su hijo mayor Agesípolis, y muerto éste sin hijos, el segundo, que era Cleómbroto. De Cleómbroto fueron hijos otro Agesípolis y Cleómenes; de los cuales Agesípolis ni reinó largo tiempo ni dejó hijos; por tanto, reinó después de él Cleómenes, que en vida perdió a Acrótato, el mayor de sus hijos, dejando otro llamado Cleonimo, que no reinó, sino Arco, nieto de Cleómenes, e hijo de Acrótato. Muerto Areo en Corinto, obtuvo el reino su hijo Acrótato, que fue vencido y muerto junto a

Megalópolis por el tirano Aristodemo, dejando encinta a su mujer. Nació un niño varón, cuya tutela tuvo Leónidas, hijo de Cleonimo; y después, muerto el pupilo en la menor edad, de este modo se le defirió el reino. No era Leónidas muy del gusto de sus conciudadanos, pues aunque todos igualmente habían degenerado por la corrupción de su primer gobierno, se observaba en Leónidas un desvío más manifiesto de las costumbres patrias, como que había pasado largo tiempo en las cortes de los Sátrapas, y había hecho obsequios y rendimientos a Seleuco, y quería además, sin gran discernimiento, hacer compatible aquel lujo y aquel fausto con las costumbres griegas y con un medo de reinar sujeto a leyes.

IV.- Agis, pues, en bondad de carácter y en magnanimidad se aventajaba tanto no sólo a éste, sino quizá a todos los que habían reinado después de Agesilao, que, a pesar de haberse criado en la abundancia y en el regalo y delicadeza de las mujeres, por ser su madre Agesístrata y su abuela Arquidamia las que más riquezas poseían entre los Lacedemonios, aun no había cumplido los veinte años cuando al punto se declaró contra todos los placeres; y renunciando a todo lujo, para no conceder nada a la gracia de la figura con quitar lo que parece un inútil ornato del cuerpo, empezó a hacer gala de la capa espartana y a gastar de las comidas, de los baños y del modo de vivir lacónicos, diciendo que en nada tenía el reino, si por él no recobraba las antiguas leyes y las costumbres patrias.

V.- El principio de la corrupción y decadencia de la república de los Lacedemonios casi ha de tomarse desde que, destruyendo el imperio de los Atenienses, comenzaron a abundar en oro y en plata. Con todo, habiendo establecido Licurgo que no se introdujese confusión en la sucesión de las casas, y dejando en consecuencia el padre al hijo su suerte, puede decirse que esta disposición y la igualdad que ella mantuvo preservaron a la república de otros males; pero siendo Éforo un hombre poderoso y de carácter obstinado y duro, llamado Epitadeo, por disensiones que había tenido con su hijo, escribió una retra, por la cual era permitido a todo ciudadano dar su suerte en vida a quien quisiese, o dejársela por testamento. Éste, pues, para satisfacer su propio enojo, propuso la ley, pero los demás ciudadanos, admitiéndola y confirmándola por codicia, destruyeron uno de los más sabios establecimientos. Porque los poderosos adquirieron ya sin medida, arrojando de sus suertes a los que les alindaban; y bien presto, reducidas las haciendas a pocos poseedores, no se vio en la ciudad más que pobreza, la cual desterró las ocupaciones honestas, introduciendo las que no lo son, juntamente con la envidia y el odio a los que eran ricos. Así es que no habrían quedado más que unos setecientos Espartanos, y de éstos acaso ciento solamente eran los que poseían tierras y suertes, y todos los demás no eran más que una muchedumbre oscura y miserable, que en las guerras exteriores defendía a la república tibia y flojamente, y en casa siempre estaba en acecho de ocasión oportuna para la mudanza y trastorno del gobierno.

VI.- Por esta razón, reputando Agis empresa muy laudable, como en realidad lo era, la de restablecer la igualdad y llenar la ciudad de habitantes, empezó a tantear los ánimos de los ciudadanos; y lo que es los jóvenes se le manifestaron prontos más allá de su esperanza, revistiéndose de virtud y mudando de método de vida, como pudieran hacerlo de un vestido, por amor a la libertad. De los ancianos, los más, estando ya envejecidos en la corrupción, como esclavos fugitivos que van a ser presentados a su señor, temblaban a la idea de Licurgo, y se volvían contra Agis, que se lamentaba del estado presente de la república y echaba de menos la antigua dignidad de Esparta. Lisandro, hijo de Libis, y Mandroclidas de Écfanes, y con ellos Agesilao, entraban gustosos en sus nobles designios, y le incitaban a la ejecución. Lisandro gozaba de la mayor reputación entre los ciudadanos; Mandroclidas era el más diestro de los Griegos en el manejo de los negocios, y con esta habilidad juntaba la osadía y el no desdeñar, cuando eran menester, el artificio y el engaño. Agesilao era tío del rey, hombre elocuente, aunque por otra parte flojo y codicioso; mas no se dudaba que a éste quien le movía y aguijoneaba era su hijo Hipomedonte, mozo acreditado en muchas guerras y de grande influjo, por tener a todos los jóvenes de su parte; pero la causa principal que incitaba a Agesilao a tomar parte en lo que se traía entre manos eran sus muchas deudas, de las que esperaba quedar libre con la mudanza de gobierno. Por tanto, apenas Agis lo atrajo a su partido, lo encontró dispuesto a procurar de consuno persuadir a su madre, que era hermana de éste, y que por la muchedumbre de sus colonos, de sus amigos y sus

deudores gozaba del mayor poder en la ciudad y tenía grande intervención en los negocios públicos.

VII.- Al oír ésta la proposición, se asustó al pronto, pareciéndole que las cosas que Agis meditaba no eran ni convenientes ni posibles; pero tranquilizándola por una parte Agesilao con decirle que el proyecto era laudable y saldría bien, y rogándole por otra el rey que no antepusiese los intereses a su honor y a su gloria, pues que en riqueza no podía igualarse con los otros reyes, cuando los criados de los sátrapas y los esclavos de los procuradores de Tolomeo y Seleuco poseían más hacienda que todos los reyes de Esparta juntos; mas, si oponiendo al lujo de éstos la moderación, la sencillez y la magnanimidad, restableciese entre sus conciudadanos la igualdad y comunión de bienes, adquiriría nombre y gloria de un rey verdaderamente grande; de tal manera cambiaron aquellas mujeres de opinión, inflamadas por la ambición de este joven, y tan arrebatadas se sintieron como por una inspiración hacia la virtud, que ellas mismas incitaban ya y estimulaban a Agis, y enviaban quien exhortara a los amigos, y quien hablara a las demás mujeres, mayormente sabiendo que los Lacedemonios son mandados por éstas más que otros algunos, y que más que sus negocios privados comunican con ellas los negocios públicos. Pertenecía entonces a las mujeres la mayor parte de las riquezas, y esto era lo que más dificultades y estorbos oponía a los intentos de Agis; pues tenía por contrarias a las mujeres, a causa de que iban a decaer de su hijo, en el que por falta de virtudes tenían puesta su felicidad, y de que veían, además,

desvanecérseles el honor y consideración de que disfrutaban por ser ricas. Dirigiéndose, por tanto, a Leónidas, le estimulaban a que, pues era el más antiguo, contuviera a Agis y estorbara lo que se intentaba; lo que es Leónidas quería ponerse de parte de los ricos, pero temiendo al pueblo inclinado a la mudanza, no se atrevía a oponerse abiertamente, y sólo a escondidas ponía por obra todos los medios de desacreditar y desbaratar lo comenzado, hablando a los magistrados y sembrando sospechas contra Agis, como que por premio de tiranía alargaba a los pobres los bienes de los ricos, y con el reparto de tierras y la abolición de las deudas quería comprar satélites y guardias para sí, no ciudadanos para Esparta.

VIII.- A pesar de esto, habiendo proporcionado Agis, que Lisandro fuese nombrado Éforo, pasó inmediatamente una retra suya a los ancianos, cuyos capítulos eran: que los deudores quedarían libres de sus deudas; que se dividiría el territorio, y de la tierra que hay desde el barranco de Pelena al Taígeto, a Malea y a Selasia, se formarían cuatro mil quinientas suertes, y de la que cae fuera de esta línea, quince mil, y ésta se repartiría entre los colonos que pudieran llevar armas, y la de dentro de la línea entre los mismos Espartanos; que el número de éstos se completaría con aquellos colonos y forasteros que se recomendasen por su figura y su educación liberal, y que estando en buena edad tuviesen la conveniente robustez; y, finalmente, que estos nuevos Espartanos se dividirían en quince mesas o banquetes de dos-

cientos a cuatrocientos, observando el mismo método de vida que sus progenitores.

IX.- Propuesta la retra, los ancianos no pudieron convenirse en un mismo dictamen, por lo que Lisandro convocó a junta, en la cual habló a los ciudadanos, y Mandroclidas y Agesilao les rogaron que por unos cuantos hombres dados al regalo no miraran con desdén el restablecimiento de la dignidad de Esparta, sino que trajeran a la memoria los oráculos antiguos, en que se les prevenía se guardaran de la codicia, que había de ser la ruina de Esparta, y el que recientemente les había venido de Pasífae. El templo y oráculo de Pasífae existía en Tálamas, y dicen algunos que ésta era una de las Atlántides nacidas de Zeus, la cual había sido madre de Amón: otros, que la hija de Príamo, Casandra, que allí había fallecido, y que por revelar a todos sus vaticinios se llamaba Pasífae; pero Filarco escribe haber sido la hija de Amiclas, llamada Dafne, la que, huyendo de Apolo, que quería violentarla, se convirtió en planta tenida en aprecio por el dios, y dotada con la virtud profética. Refiérese, pues que también los vaticinios de esta ninfa habían ordenado a los Espartanos que vivieran en igualdad, según la ley que al principio les había dado Licurgo. Finalmente, pareciendo en medio el rey Agis, les hizo un breve discurso, diciendo que para el gobierno que establecía no contribuía con poco, pues ofrecía y presentaba toda su hacienda, que era cuantiosa en campos y en ganados, y sin ésto montaba en dinero a seiscientos talentos y lo mismo hacían su madre y abuela, y sus

amigos y deudos, que eran los más acaudalados de los Espartanos.

X.- Dejó pasmado al pueblo la magnanimidad de este joven, y se mostraba muy contento porque al cabo de unos trescientos años había parecido un rey digno de Esparta; pero Leónidas se creyó por lo mismo más obligado a hacer oposición, echando la cuenta de que le había de ser preciso hacer otro tanto sin que los ciudadanos se lo agradecieran igualmente; porque sucedería que, a pesar de poner todos y cada uno cuanto tenían, el honor sería solamente para el que había comenzado. Preguntó, pues, a Agis si entendía que Licurgo había sido un varón justo y celoso, y como dijese que sí: "¿Pues cómo- le replicó- no hizo Licurgo aboliciones de deuda, ni admitió a los extranjeros a la ciudadanía, ni creyó que podría estar bien constituida la república que no diese la exclusiva a los forasteros?" Mas respondióle Agis que no se maravillaba de que Leónidas, criado en tierra extraña y padre de hijos nacidos de matrimonios contraídos con hijas de sátrapas, desconociera a Licurgo, el cual juntamente con el dinero había desterrado de la ciudad el tomar y el dar a logro, y con más odio que a los forasteros de otras ciudades miraba a los que en Esparta desdecían de los demás en su modo de pensar y en su método de vida. Porque si no dio acogida a aquellos, no fue por hacer guerra a sus personas, sino temiendo su conducta y sus modales, no fuera que, fundidos con sus ciudadanos, engendraran en ellos el amor al regalo, la molicie y la codicia; y así era que Terpandro, Tales y Ferecides, con ser extranjeros, habían recibido los

mayores honores en Esparta, a causa de que en sus versos y en sus discursos conformaban enteramente con Licurgo. “Tú mismo- le dijo- alabas a Écprepes, porque siendo Éforo cortó con la azuela dos de las nueve cuerdas del místico Frinis, y también a los que hicieron otro tanto después con, Timoteo, y de mí te ofendes porque quiero desterrar de Esparta para el regalo, el lujo y la vana ostentación; como si aquellos no se hubieran propuesto quitar en la música lo superfluo y excesivo, para que no llegáramos a este extremo de que el desorden y abandono en la conducta y usos de cada uno hayan hecho una república disonante y disconforme consigo misma.”

Xl.- En consecuencia de esto, la muchedumbre se decidió por Agis; pero los ricos rogaban a Leónidas que no los abandonase, y lo mismo a los ancianos, cuya autoridad tomaba la principal fuerza de haber de preceder su dictamen; así, que con las súplicas y las persuasiones alcanzaron, por fin, que ganaran por un voto los que desaprobaban la retra. Mas Lisandro, que todavía conservaba su cargo, se propuso perseguir a Leónidas, valiéndose de una ley antigua que prohibía que un Heraclida tuviera hijos en mujer extranjera, y que imponía pena de muerte al que saliera de Esparta para trasladar su domicilio a otro Estado. Acerca de esto instruyó a otros, y él con sus colegas se puso a observar la señal Redúcese ésta práctica a lo siguiente: de nueve en nueve años escogen los Éforos una noche del todo serena y sin luna; siéntanse y se están callados mirando al cielo, y si una estrella pasa de una parte a otra, juzgan que los reyes han faltado en

las cosas de religión, y los suspenden de la autoridad hasta que viene de Delfos o de Olimpia un oráculo favorable a los reyes suspensos. Diciendo, pues, Lisandro que él había visto la señal, puso en juicio a Leónidas, y presentó testigos que declararon haber tenido dos hijos en una mujer asiática, que le había sido ofrecida en matrimonio por un subalterno de Seleuco, con quien habitaba, y que odiado y mal visto de la mujer, había vuelto a Esparta contra su anterior propósito, y había ocupado el reino, que carecía de sucesor; al mismo tiempo que le suscitaba esta causa, persuadió a Cleómbroto que reclamara el trono, por ser de la familia real, aunque era también yerno de Leónidas. Concibió éste gran temor, y se refugió al Calcieco, que era un templo de Atena, donde acudió asimismo a suplicar por él la hija, dejando a Cleómbroto. Llamado, pues, a juicio, como no compareciese, lo dieron por decaído del reino, y lo adjudicaron al yerno.

XII.- Salió en tanto de su cargo Lisandro, por haberse cumplido el tiempo, y los Éforos entonces nombrados restablecieron a Leónidas, que lo solicitó; y a Lisandro y Mandroclidas les formaron causa por haber decretado fuera de la ley la abolición de las deudas y el repartimiento de tierras. Viéndose éstos en peligro, persuadieron a los reyes que, poniéndose de acuerdo, no hicieran cuentas de las determinaciones de los Éforos, porque las facultades de éstos sólo se ejercitaban en la discordia de los reyes para agregar su voto al de aquel cuya opinión era más acertada, cuando el otro se oponía a lo que pedía el bien público; pero cuando los dos reyes estaban conformes, su autoridad era irrevocable, y era

contra ley el oponérseles; así que, como les era concedido a los Éforos interponerse y dirimir sus discordias cuando altercaban, les era vedado estorbarlos cuando sentían de un mismo modo. Persuadidos ambos de esto, bajaron a la plaza con sus amigos e hicieron levantar de sus sillas a los Éforos, nombrando en su lugar otros, de los que era uno Agesilao. Armaron enseguida a muchos de los jóvenes, y dando libertad a los que habían sido puestos en prisión, se hicieron temibles a los contrarios, pareciendo que iba a haber muchas muertes; pero no dieron muerte a nadie, y antes bien, queriendo Agesilao atentar contra Leónidas, que salía para Tegea, enviando gentes al camino contra él, Agis, que llegó a entenderlo, mandó otras personas de su confianza que, protegiendo a Leónidas, le condujeran a Tegea con toda seguridad.

XIII.- Cuando las cosas iban así por su camino, sin que nadie contradijese u opusiese el menor obstáculo, Agesilao sólo lo trastornó y desbarató todo, echando por tierra la ley más sabia y más espartana, llevado de la más ruin y baja de todas las pasiones, que es la codicia de riqueza. Pues como poseyese muchos y muy fructíferos terrenos, y por otra parte estuviese agobiado de enormes deudas, no pudiendo pagar éstas, y no queriendo desprenderse de aquellos, hizo creer a Agis que si ambas cosas se proponían a un tiempo sería grande la inquietud que habría en la ciudad; mas que si con la abolición de las deudas se lisonjeaba antes un poco a los propietarios, después recibirían sin alboroto y con menor disgusto, el repartimiento de los terrenos; y en este

mismo pensamiento entró Lisandro, seducido igualmente por Agesilao. Pusiéronse, pues, en la plaza en un rimero los vales de los deudores, a los que se daba el nombre de *Claria*, y se les dio fuego. No bien empezaron a arder, cuando los ricos y los que hacían el cambio se retiraron, no sin gran pesadumbre; pero Agesilao, en tono de burla e insulto, decía que no se había visto nunca llama más luciente ni fuego más claro, y solicitando la muchedumbre que en seguida se hiciera el repartimiento de tierras, para lo que los reyes interponían también su autoridad, Agesilao siempre entremetía otros negocios, y se aprovechaba de cualquier pretexto para ganar tiempo hasta que Agis tuvo que salir a campaña, con motivo de pedir los Aqueos, que eran aliados, socorro a los Lacedemonios, pues no se dudaba que los de Etolia iban por las tierras de Mégara a invadir el Peloponeso, y para impedirlo, Arato, general de los Aqueos, había juntado tropas y escrito a los Éforos.

XIV.- Habilitaron éstos sin dilación a Agis, engreído con la ambición y entusiasmo de los que bajo él militaban; porque siendo en la mayor parte jóvenes y pobres, guarecidos ya con la inmunidad y soltura de sus deudas, y alentados con la esperanza de que se les repartirían las tierras cuando volvieran de la expedición, se presentaron a Agis de un modo singular y admirable, y fueron para las ciudades un nunca visto espectáculo, marchando por el Peloponeso sin causar el menor daño, con la mayor apacibilidad, y casi puede decirse que sin hacer ruido; de manera que los Griegos estaban maravillados, y se decían unos a otros: “¡Cuál sería el orden

del ejército de Esparta cuando tenía por caudillo a Agesilao, o a aquel Lisandro, o a Leónidas el Mayor, si ahora es tanto el respeto y miedo de los soldados a un mozo que casi es el más joven de todos!” Además, este mismo joven con no ostentar distinción ninguna en la sencillez, en la tolerancia del trabajo, en las armas ni en el vestido, se hacía digno de ser visto e imitado de la muchedumbre. Sin embargo, a los ricos no les agradaba este nuevo porte, temiendo que pudiera ocasionar movimiento en los pueblos para tomarle en todas partes por ejemplo.

XV.- Reunido Agis con Arato cerca de Corinto, a tiempo que éste estaba meditando sobre la batalla y sobre el orden en que dispondría la formación contra los enemigos, manifestó el mayor placer y una osadía no furiosa ni irreflexiva, porque dijo que él era de opinión de que se diera la batalla, y no se trasladara la guerra a la parte adentro de las puertas del Peloponeso, pero que haría lo que Arato dispusiese, pues era de más edad y mandaba a los Aqueos, a quienes él había venido a prestar auxilio, y no a darles órdenes ni a ser su caudillo. Batón de Sinope dice que fue Agis el que no quiso pelear mandándoselo Arato: pero se conoce que no ha visto lo que éste escribió haciendo su apología sobre aquellas ocurrencias; y es que había tenido por mejor dejar pasar a los enemigos, pues que ya casi nada les faltaba a los labradores por recoger de sus frutos, que arriesgarlo todo a la suerte de una batalla. Así, luego que Arato resolvió no entrar en acción, despidió a los auxiliares, colmándolos de elogios, y Agis, que se había hecho admirar, ordenó la vuelta,

porque las cosas de Esparta se hallaban ya sumamente alteradas y revueltas.

XVI.- Agesilao, durante su magistratura, libre ya de la carga que antes le oprimía, no se abstuvo de injusticia ninguna que pudiera producir dinero, llegando hasta el extremo de haber intercalado un mes sobre los doce del año, sin que hubiese llegado el período ni lo permitiese la cuenta legítima de los tiempos, y de haber exigido por él la contribución. Más temiendo a los que se hallaban ofendidos, y viéndose aborrecido de todos, asalarió guardias, y custodiado por ellos bajó al Senado. De los reyes manifestaba que al uno lo despreciaba enteramente, y que a Agis lo tenía en alguna estimación, más que por ser rey por ser su pariente, e hizo también correr la voz de que iba otra vez a ser Éforo. Precipitóse con esto el que sus enemigos se aventurasen a todo riesgo, y sublevándose trajeron de Tegea a Leónidas, y lo restituyeron al mando, viéndolo todos con el mayor placer; porque los había irritado el que se les hubiese despojado de sus créditos y el territorio no se hubiese repartido. A Agesilao, su hijo Hipomedonte, rogando a los ciudadanos, de quienes era bienquisto por su valor, pudo sacarlo fuera de la ciudad y salvarlo. De los reyes, Agis se refugió al Calcieco, y Cleómbroto se acogió al templo de Neptuno, y desde allí interponía ruegos, porque parecía que con éste era con quien estaba peor Leónidas; así es que, dejando en paz por entonces a Agis, subió contra Cleómbroto con una partida de soldados, acusándole con enojo sobre que, siendo su yer-

no, se había vuelto contra él, le había arrebatado el reino y lo había arrojado de la patria.

XVII.- Nada tuvo que responder Cleómbroto, sino que, falto de disculpa, se estuvo sentado callando; pero Quilonis, la hija de Leónidas, antes se puso al lado del padre, mientras fue agraviado, y separándose de Cleómbroto, que le usurpaba el reino, prestaba servicios a aquel en su desgracia, interponiendo ruegos a su lado mientras estuvo presente, y llorándole en su ausencia, siempre indignada contra Cleómbroto. Mas ahora, siguiendo las mudanzas de la suerte, se la vio hacer otras súplicas sentada al lado del marido, al que alargaba los brazos, teniendo sobre su regazo los hijos, uno a un lado y otro a otro. En todos producían admiración y a todos arrancaban lágrimas la bondad y piedad de aquella mujer, la cual, haciendo notar el desaliño de sus ropas y de su cabello: “Este estado- dijo-, oh padre, y este lastimoso aspecto no es de ahora, ni a él me ha traído la compasión por Cleómbroto, sino que desde tus aflicciones y tu destierro el llanto ha sido siempre mi comensal y mi compañero. ¿Y qué es lo que me corresponde ahora hacer, después que tú has vencido y vuelto a reinar en Esparta? ¿Continuar en estos desconsuelos, o tomar ropas brillantes y regias y desentenderme de mi primero y único marido, muerto a tus manos? El cual, si nada te suplica ni te persuade por medio de las lágrimas de sus hijos y su mujer, todavía sufriría una pena más amarga de su indiscreción que la que tú deseas, con ver que yo, a quien ama tanto, muero antes que él. Porque, ¿cómo podrá vivir ante las demás mujeres la que nunca

pudo alcanzar compasión ni del marido ni del padre, y que mujer e hija parece que no han nacido sino para las desgracias y las deshonras de los suyos? Y si éste pudo tener alguna razón plausible, yo se la quité uniéndome contigo y dando testimonio contra lo que ejecutaba; pero tú ahora haces más disculpable su injusticia, mostrando que el reinar es tan grande y tan digno de ser disputado, que por él es justo dar muerte a los yernos y no hacer caso de los hijos”.

XVIII.- Después de haberse lamentado Quilonis de este modo, reclinó su cabeza sobre el hombro de Cleómbroto, y volvió sus ojos lánguidos y abatidos con el pesar a los circunstantes. Leónidas habló con los de su partido, y concedió a Cleómbroto que se levantara y saliera desterrado; pero rogó a la hija que se quedara, y no abandonase a quien la amaba con tal extremo que acababa de hacerla un favor tan señalado como el de la vida de su marido. Mas no pudo persuadirla, sino que, entregando al marido luego que se hubo levantado, uno de los hijos, y tomando ella el otro, hizo reverencia al ara de Dios, y se marchó en su compañía: de manera que si Cleómbroto no estaba del todo corrompido por la vanagloria, debió tener el destierro por una felicidad mayor que el reino, viendo este rasgo de su mujer. Después de haber desterrado Leónidas a Cleómbroto, despojó de su autoridad a los primeros Éforos, y nombrado que hubo otros, al punto se puso en acecho de Agis, y primero trató de persuadirle que saliera de allí y reinara con él: porque los ciudadanos le perdonarían, haciéndose cargo de que, como joven y codicioso de fama, había sido engañado por Agesi-

lao; mas como Agis entrase en sospecha y permaneciese donde se hallaba, se dejó ya de usar directamente de imposturas y engaños. Anfares, Damócares y Arcesilao solían subir a hablarle, y algunas veces, sacándole del templo, lo llevaban consigo al baño, y luego lo volvían, siendo todos amigos íntimos suyos; pero Anfares, que hacía poco había tomado de Agesístrata ropas y vasos de mucho valor prestados, se propuso ver cómo se deshacería del rey y de las reinas madre y abuela para quedarse con ellos, y además se dice que éste era el más subordinado a Leónidas y el que más acaloraba a los Éforos, por ser uno de ellos.

XIX.- Agis permanecía constantemente en el templo, pero a veces solía bajar al baño, y allí determinaron prenderle, tomándole fuera del asilo. Observáronle, pues, al volver del baño, y saliéndole al encuentro le saludaron y acompañaron, trabando conversación y usando de chanzas como con un joven que era su amigo. Al camino por donde iban salía una senda oblicua que conducía a la cárcel, y cuando llegaron a ella, Anfares, que por ejercer magistratura iba al lado de Agis: "Te llevo- le dijo-, oh Agis, ante los Éforos para que des razón de tus actos de gobierno"; y Damócares, hombre forzudo y alto, recogiéndole la capa alrededor del cuello, tiraba de él. Otros, que de intento se le habían puesto a la espalda, le daban asimismo empujones, y hallándose sólo, sin que nadie le diera auxilio, le redujeron a la cárcel. Presentóse al punto Leónidas, con muchos de los soldados asalariados, y cercó el edificio por la parte de afuera. Acudieron los Éforos, y llamando a la cárcel a aquellos senadores

que pensaban como ellos, para entablar con él una forma de juicio le mandaron que se defendiese acerca de las disposiciones por él tomadas. Rióse el joven de aquella fingida apariencia, y Anfares le dijo que ya lloraría y pagaría la pena de su atrevimiento; pero otro de los Éforos, mostrándose más benigno con Agis e indicándole el efugio de que había de usar en su defensa, le preguntó si aquellas cosas las había hecho violentado por Lisandro y Agesilao. Respondió Agis que no había sido violentado de nadie, sino que, emulando e imitando a Licurgo, había determinado seguir sus huellas en el gobierno. Volvióle a preguntar el mismo si estaba arrepentido de aquellas determinaciones, y como contestase que no era cosa de arrepentirse de providencias tan benéficas, aun cuando conocía que le amenazaba el último peligro, le condenaron a muerte, y dieron orden a los ministros para que lo llevaran al calabozo llamado *Décade*, el cual era un apartamiento de la cárcel, donde ahogaban a los sentenciados para darles muerte. Mas viendo Damócares que los ministros no osaban acercarse a Agis, y que del mismo modo los soldados presentes huían y se retiraban de semejante acto, como que no era justo ni conforme a las leyes poner manos en la persona del rey, amenazándolos e increpándolos él mismo, llevó a empujones a Agis al calabozo, porque ya muchos habían oído su prisión, y había a la puerta gran alboroto y muchas luces, y habían llegado también la madre y la abuela de Agis, gritando y pidiendo que al rey de los Espartanos se le formara juicio y se le concedieran defensas ante los ciudadanos. Mas por esto mismo apresuraron

su muerte, conociendo que lo librarían aquella noche si concurría mayor gentío.

XX.- Al tiempo de ir Agis al suplicio, vio que uno de los ministros lloraba y se mostraba muy afligido, y le dijo: “Cesa, amigo, en tu llanto, pues aun muriendo tan injusta e inicuamente me aventajo mucho a los que me quitan la vida”; y al decir esto presentó voluntariamente el cuello al cordel. Acercóse en esto Anfares a la puerta, y levantando a Agesístrata, que se había echado a sus pies, por el conocimiento y amistad: “Nada violento- le dijo- y que no sea llevadero se hará con Agis”; y le propuso que si quería podía entrar adonde estaba el hijo. Pidiéndole ésta que entrara también con ella su madre, le contestó Anfares que no había inconveniente; y luego que hubieron entrado ambas, mandó otra vez que cerraran la puerta de la prisión y entregó al lazo la primera a Arquidamia, ya bastante anciana, y que había envejecido en la mayor dignidad y honor entre sus conciudadanos. Muerta ésta, mandó que pasara adelante Agesístrata; la cual, luego que entró y vio al hijo arrojado en el suelo, y a la madre muerta pendiente del cordel, ella misma la quitó con los ministros, y tendiendo el cadáver al lado de Agis lo cubrió y colocó tan decentemente como se podía. Abrazóse después con el hijo, y besándole el rostro: “Tu demasiada bondad- exclamó-, oh hijo mío, tu mansedumbre y tu humildad son las que te han perdido, y a nosotras contigo”. Estaba Anfares viendo desde la puerta lo que pasaba, y entrando al oír esta exclamación, dijo con cólera a Agesístrata: “Pues que eres de la misma opinión que tu hijo, tendrás el

mismo castigo"; y Agesístrata, al ser llevada al cordel, no dijo otra cosa sino: "¡Ojalá que esto sea en bien de Esparta!".

XXI.- Al difundirse en el pueblo la nueva de aquella atrocidad y sacarse de la cárcel los cadáveres, no fue tan grande el miedo que aquella inspiró que no manifestaran bien claramente los ciudadanos su sentimiento y su odio contra Leónidas y Anfares, no habiéndose visto en Esparta, a juicio de todos, otro hecho más cruel e impío desde que los Dorios habitaban el Peloponeso. Porque en un rey de los Lacedemonios, según parece, ni aún los enemigos en las batallas ponían fácilmente la mano si con él tropezaban, sino que le dejaban paso, de temor y respeto a su dignidad. Así, en tantas guerras como los Lacedemonios tuvieron con los Griegos, antes del tiempo de Filipo, uno sólo murió herido de golpe de lanza, que fue Cleómbroto, en Leuctras, pues aunque los Mesenios dicen que Teopompo murió a manos de Aristómenes los Lacedemonios dicen que no fue sino herido; mas en esto hay sus dudas: lo que no la tiene es que en Lacedemonia, Agis fue el primero que murió condenado por los Éforos, varón que había hecho en Esparta cosas muy laudables y útiles, que se hallaba todavía en aquella edad en la que, si los hombres yerran, hallan pronta y fácil indulgencia, y que si dio motivo de queja, fue más bien a sus amigos que a sus contrarios, con haber salvado a Leónidas y haberse fiado de los otros de quienes se fió, por ser demasiado sencillo y benigno.

CLEÓMENES

I.- Muerto Agis, Leónidas anduvo tardo en prender a su hermano Arquidamo, que inmediatamente se puso en huída; pero a su mujer, que hacía poco había dado a luz un niño, la echó de la casa propia, y por fuerza la casó con su hijo Cleómenes, aunque todavía no se hallaba enteramente en edad de tomar mujer; y es que no quería se adelantara otro a aquel matrimonio, a causa de que Agiatis había heredado la cuantiosa hacienda de su padre Gilipo, y era en la edad y en la belleza la más aventajada de las griegas, y en sus costumbres y conducta sumamente apreciable. Dícese por lo mismo que nada omitió para que no se la hiciera aquella violencia, pero enlazada con Cleómenes, aunque aborrecía a Leónidas, era buena y cariñosa esposa de aquel joven, el cual, además, se había enamorado de ella, y en cierta manera participaba de la memoria y benevolencia que a Agis conservaba su esposa; tanto, que muchas veces le preguntaba sobre aquellos sucesos, y escuchaba con grande atención la relación que le hacía de las ideas y proyectos que tenía Agis. Era Cleómenes amante de gloria, de elevado ánimo, y no menos que Agis inclinado por carácter a la templanza y a la

modestia; mas no tenía la excesiva bondad y mansedumbre de éste, sino que en su ánimo había una cierta punta de ira y gran vehemencia para todo lo que reputaba honesto, y si le parecía honestísimo mandar a los que voluntariamente obedecían, tenía a lo menos por bueno el impeler a los que le repugnaban, violentándolos hacia lo más conveniente.

II.- No podía, por tanto, agradarle el estado de la república: inclinados los ciudadanos al ocio y al deleite, y desentendiéndose el rey de todos los negocios, si alguno no le turbaba el reposo y el lujo en que quería vivir. Descuidábanse las cosas públicas; porque cada uno no pensaba sino en el provecho propio; y del ejercicio de la templanza, de la tolerancia y de la igualdad entre los jóvenes, ni siquiera era seguro el hablar, habiéndole venido de aquí a Agis su perdición. Dícese además que Cleómenes, de joven, gustó la doctrina de los filósofos, habiendo venido a Lacedemonia Esfero Boristenita, y ocupándose, no sin esmero, en la instrucción de aquellos mancebos. Era Esfero uno de los primeros discípulos de Cenón Ciciense, y según parece se prendó mucho del carácter varonil de Cleómenes, y dio calor a su ambición. Cuéntase que, preguntado Leónidas el mayor acerca del concepto en que tenía al poeta Tirteo, respondió que le juzgaba muy bueno para incitar los ánimos de los jóvenes, porque, llenos de entusiasmo con sus poesías, se arriesgaban sin cuidar de sí mismos en los combates; pues por lo semejante la doctrina estoica, si para los de ánimo grande y elevado tiene un no sé qué de peligroso y excesivo, cuando se junta

con una índole grave y apacible entonces es cuando da su propio fruto.

III.- Cuando por la muerte de Leónidas entró a reinar, encontró la república del todo desordenada, porque los ricos, dados a sus placeres y codicias, miraban con desdén los negocios públicos; la muchedumbre, hallándose infeliz y miserable, ni tenía disposición para la guerra ni sentía los estímulos de la ambición para la buena educación de los hijos; y a él mismo no le había quedado más que el nombre de rey, residiendo todo el poder en los Éforos. Propúsose, pues, desde luego, alternar y mudar aquel estado, y teniendo por amigo íntimo a un tal Xenares, que había sido su amador, a lo que los Lacedemonios llaman ser inspirador, empezó a tantearle, preguntándole qué tal rey había sido Agis, de qué modo y por medio de quiénes había entrado en aquel camino. Xenares, al principio, hacía con gusto memoria de aquellos sucesos, refiriendo y explicando cómo se había ejecutado cada cosa; mas cuando observó que Cleómenes reinflamaba al oírle, y se mostraba decididamente inclinado a las novedades de Agis, y que gustaba que se las relatara muchas veces, le respondió con enfado, como que estaba fuera de juicio, y por fin se apartó de hablarle de tal negocio y de concurrir a su casa. No descubría, sin embargo, a nadie la causa de esta separación, diciendo solamente que el rey bien la sabía. De este modo Xenares empezó a oponerse a sus ideas, y Cleómenes, juzgando que los demás pensarían del mismo modo, sólo de sí mismo esperó la ejecución de ellas. Reflexionó después que en la guerra podría hacerse mejor la

mudanza que no en tiempo de paz, y con esta mira indispuso a la república con los Aqueos, que ya habían dado motivos de queja. Porque Arato, que era el que entre éstos todo lo mandaba quiso desde el principio reunir a todos los del Peloponeso en una asociación, y éste era el fin de sus muchas expediciones y de su largo mando, por creer que sólo así se librarían de ser molestados por los enemigos de afuera. Habiéndosele agregado ya casi todos, faltando solamente los Lacedemonios, los Eleos, y de los Árcades, los que a los Lacedemonios estaban unidos; apenas murió Leónidas, empezó a incomodar a los Arcades, talando sus campos, sobre todo los de aquellos que confinaban con los Aqueos, para tentar a los Lacedemonios, por lo mismo que miraba con desdén a Cleómenes, como joven sin experiencia.

IV.- En consecuencia de esto, los Éforos dieron principio por enviar a Cleómenes a que tomara el templo y castillo de Atena, llamado Belbina, punto que viene a ser la entrada de la región lacónica, y que era entonces objeto de disputa con los Megalopolitanos. Tomólo Cleómenes y lo fortificó; no dio acerca de ello ninguna queja Arato, sino que, moviendo por la noche con su ejército, entró en los términos de los Tegeatas y Orcomenios; mas habiendo mostrado miedo los traidores que le servían de guía, se retiró, creyendo que aquello quedaría oculto; pero Cleómenes, usando de ironía, le escribió preguntándole, como si fueran amigos, dónde había ido de noche; respondiéndole que, habiéndosele informado de que iba a fortificar a Belbina, bajaba a estorbárselo; y Cleómenes le envió de nuevo a decir que

bien lo creía: "Pero si no tienes inconveniente- le añadió-, dime: ¿para qué iban en pos de ti hachones y escalas? Echóse Arato a reír con este chiste y preguntando: "¿Qué clase de joven es éste?" El lacedemonio Demócrates, que se hallaba desterrado: "Sí has de hacer algo contra los Lacedemonios- le respondió-, el tiempo es éste, antes que le nazcan las presas a este polluelo". En esto, hallándose Cleómenes en la Arcadia con pocos caballos y trescientos infantes, le dieron orden los Éforos de que se retirase, temiendo la guerra; pero no bien se había retirado cuando Arato tornó a Cafias; y entonces los Éforos volvieron a mandarle salir. Tomó a Metidrio, y corrió el país de Argos, con lo que los Aqueos marcharon contra él con veinte mil infantes y mil caballos, mandados por Aristómaco, salióles al encuentro Cleómenes junto a Palantio, y queriendo darles batalla; temió Arato aquel arrojo y no permitió al general entrase en batalla, sino que se retiró, improperado de los Aqueos y escarnecido y despreciado de los Lacedemonios, que no llegaban a cinco mil. Habiendo cobrado Cleómenes con esto grande aliento, trataba de infundirle en sus ciudadanos, y les trajo a la memoria aquel dicho de uno de sus antiguos reyes: "Que nunca los Lacedemonios acerca de los enemigos preguntan cuántos son, sino dónde están".

V.- Fue de allí a poco en auxilio de los Eleos, a quienes los Aqueos hacían la guerra; y alcanzando a éstos cerca del monte Liceo, cuando ya se retiraban, desordenó y desbarató todo su ejército dando muerte a muchos y tomando gran número de cautivos: habiendo corrido por la Grecia la voz

de haber muerto Arato en la batalla; pero éste, sacando el mejor partido posible de aquella situación, en seguida de la derrota marchó a Mantinea, cuando nadie lo esperaba, tomó la ciudad, y se aseguró en ella. Decayeron con esto enteramente de ánimo los Lacedemonios, y tenían a raya a Cleómenes en punto a guerra, por lo cual dispuso llamar de Mesena al hermano de Agis, Arquidamo, a quien tocaba reinar por la otra casa, esperando que se debilitaría el poder de los Éforos, si la autoridad real se ponía con él en equilibrio estando completa, pero habiéndolo entendido los que antes habían dado muerte a Agis, temerosos de llevar su merecido si Arquidamo volvía, le recibieron en la ciudad, en la que había entrado de oculto, y aún le acompañaron; pero inmediatamente le quitaron la vida: o contra la voluntad de Cleómenes, según siente Filarco, o cediendo a los amigos, y abandonando a su odio al mismo que había hecho venir, porque a ellos fue siempre a quienes aquella atrocidad se atribuyó, pareciendo que habían hecho violencia a Cleómenes.

VI.- Determinóse, sin embargo, a llevar a cabo la mudanza proyectada, para lo que alcanzó con dádivas de los Éforos que le permitieran salir a campaña, y también trató de ganar a otros muchos ciudadanos por medio de su madre Cratesiclea, que gastó y obsequió con profusión. Más es: que no pensando ésta en volverse a casar, se dice que a persuasión del hijo tomó por marido a uno de los más principales en gloria y en poder. Moviendo, pues, con su ejército, toma a Leuctras en los términos de Megalópolis, y acudiendo

pronto contra él el socorro de los Aqueos, a las órdenes de Arato, a vista de la misma ciudad fue vencida una parte de su ejército. Mas sucedió que, no habiendo permitido Arato que los Aqueos pasasen un barranco profundo, obligándoles a hacer alto en la persecución de los enemigos, irritado de ello Lidíadas, Megalopolitano, marchó con la caballería que tenía cerca de sí, y continuando la persecución se metió en un terreno lleno de viñas, de acequias y de tapias, de donde, desuniéndosele la gente con estos estorbos, se retiraba con dificultad. Advirtiólo Cleómenes, y marchó contra él con los Tarentinos y Cretenses, por los que fue muerto Lidíadas, aunque se defendió con gran valor. Cobrando con esto grande ánimo los Lacedemonios, acometieron con gritería a los Aqueos, e hicieron retirar a todo su ejército. Habiendo sido grande el número de muertos, todos los demás los entregó Cleómenes en virtud de un tratado; pero en cuanto al cadáver de Lidíadas, mandó que se le llevaran; y adornándole con púrpura y poniéndole una corona, le hizo conducir hasta las mismas puertas de Megalópolis. Este es aquel mismo Lidíadas que abdicó la tiranía, dio libertad a sus conciudadanos e incorporó a Megalópolis en la liga de los Aqueos.

VII.- Cobró con esto mayor ánimo Cleómenes, y estando en la inteligencia de que si hiciera la guerra a los Aqueos, obrando en negocios libremente según su voluntad, fácilmente los vencería, hizo ver al marido de su madre, Megistónoo, que convenía deshacerse de los Éforos, y poniendo en común las tierras para todos los ciudadanos, restablecer la igualdad en Esparta y despertar a ésta, y pro-

moverla al Imperio de la Grecia; persuadido éste, previno también a otros dos o tres de sus amigos. Sucedió por aquellos mismos días que, habiéndose dormido uno de los Éforos en el templo de Pasífae, tuvo un maravilloso ensueño. Parecióle que en el lugar en que los Éforos dan audiencia sentados había quedado una sola silla, y las otras cuatro se habían quitado; y que como esto le causase admiración, salió del centro del templo una voz que dijo ser aquello lo que más a Esparta convenía. Refirió el Éforo esta visión a Cleómenes, y éste al principio se sobresaltó, pensando que esto podía dirigirse a sondearle por alguna sospecha; pero luego que se convenció de que el que hacía la relación no mentía, se tranquilizó, y tomando consigo a aquellos ciudadanos que le parecía habían de ser más contrarios a su designio, se apoderó de Herea y Alsea, ciudades sujetas a los Aqueos. Introdujo después víveres en Orcomene, se acampó junto a Mantinea, y yendo arriba y abajo con continuas y largas marchas, quebrantó de tal modo a los Lacedemonios, que a petición de ellos mismos dejó la mayor parte en la Arcadia; y conservando consigo a los que servían a sueldo, marchó con ellos a Esparta. En el camino comunicó su proyecto a aquellos que creía serle más adictos, y hacía su marcha con sosiego y recato para sorprender a los Éforos cuando estuviesen en la cena.

VIII.- Cuando estuvo cerca de la ciudad, envió a Euriclidas al lugar donde tenían los Éforos su cenador, como que iba de su parte a darles alguna noticia relativa al ejército; y Terición y Febis, y dos de los que se habían criado con

Cleómenes, a los que llaman *Motaces*, le seguían con unos cuantos soldados. Todavía estaba Euriclidas haciendo su relación a los Éforos cuando, entrando aquellos con las espadas desenvainadas, empezaron a acuchillarlos. El primero con quien tropezaron fue Agileo, y cayendo al golpe en el suelo, se creyó que había muerto; mas él, arrastrándose poco a poco, se salió del cenador, y pudo pasar a ocultarse en un edificio muy pequeño que estaba contiguo. Era éste el templo del Miedo, y siendo así que ordinariamente estaba cerrado, entonces por casualidad se halla abierto; entrándose, pues, en él, cerró la puerta. Los otros cuatro fueron muertos, y con ellos más de diez de los que se pusieron a defenderlos; pues que no ofendieron a los que se estuvieron quedos ni detuvieron a los que quisieron salirse de la ciudad, y aun usaron de indulgencia con Agileo, que al otro día salió del templo.

IX.- Tienen los Lacedemonios templos, no sólo del Miedo, sino de la Muerte, de la Risa y de otros afectos y pasiones; mas si veneran al Miedo, no es como a los Genios que queremos aplacar, teniéndole por nocivo, sino en la persuasión de que la república principalmente se sostiene con el temor; y por esta razón los Éforos, al entrar a desempeñar su cargo, mandan por pregón, según dice Aristóteles, que se afeiten el bigote y observen las leyes, para no encontrarlos indóciles. Lo del bigote, en mi concepto, lo comprenden en el pregón para acostumbrar a los jóvenes a la obediencia aun en las cosas más pequeñas. En mi dictamen, asimismo no creían los antiguos que la fortaleza era falta de miedo, sino

más bien temor del vituperio y miedo de la afrenta; porque los que más temor tienen a las leyes, son los más osados contra los enemigos, y sienten menos el padecer y sufrir los que más temen a que se hable mal de ellos. Así, tuvo mucha razón el que dijo:

Allí está la vergüenza donde el miedo;

Y Homero:

Yo os venero y temo, oh caro suegro;

Y en otra parte:

Callados y temiendo a sus caudillos.

Porque a los más les sucede que muestran rubor ante aquellos a quienes temen; por esta causa habían erigido los Lacedemonios templo al Miedo junto al cenador de los Éforos, habiendo acercado la autoridad de éstos muy próximamente a la de un monarca.

X.- Luego que se hizo de día, proscribió Cleómenes a ochenta ciudadanos, que entendió convenía saliesen desterrados, y quitó las sillas de los Éforos, a excepción de una que dejó para dar él mismo audiencia en ella. Congregó enseguida junta del pueblo, con el objeto de hacer la apología de las disposiciones tomadas, en la que dijo que por la institución de Licurgo a los reyes se asociaban los ancianos, y por largo tiempo estuvo así gobernada la república, sin que se echase de menos ninguna otra autoridad. Más adelante, prolongándose demasiado la guerra contra los Mesenios, y no pudiendo los reyes atender a los juicios por estar ocupados en los ejércitos, fueron elegidos algunos de sus amigos,

para que quedaran en su lugar y acudieran a ellos los ciudadanos; y éstos fueron los que se llamaron Éforos. Al principio no eran más que unos ministros de los reyes; pero después, poco a poco se atrajeron la autoridad, sin que se echara de ver que iban formándose una magistratura propia; de lo que es indicio que aun hoy, cuando los Éforos llaman al rey la primera y segunda vez, se niega a ir; y llamando la tercera, se levanta y acude al llamamiento; y el primero que extendió y dio más fuerza a esta magistratura, que fue Asteropo, no la ejerció sino muchas edades después. Y si hubieran usado de ella con moderación, sería lo mejor sufrirlos; pero habiendo tentado hacer nula la autoridad patria con un poder pegadizo, hasta el punto de proceder contra los mismos reyes, desterrando a unos, dando a otros muerte sin que preceda juicio y amenazando a todos los que desean ver restablecida la excelente y divina constitución de Esparta, esto ya es inaguantable. "¡Y ojalá hubiera sido posible- añadió- desterrar sin sangre las pestes que se han introducido en Lacedemonia, a saber: el regalo, el lujo, las deudas, el logro y otros males más antiguos todavía que éstos, la pobreza y la riqueza; porque en tal caso me tendría por el más dichoso de los reyes en curar a la patria sin dolor, como los médicos, pero ahora no puedo menos de obtener perdón, de la necesidad en que me he visto, del mismo Licurgo, que sin ser rey ni magistrado, sino un particular que se proponía obrar como rey, se presentó en la plaza con armas; de manera que el rey Carilao se refugió al templo; mas como fuese justo y amante de la patria, tomó luego parte en las disposiciones de Licurgo, y admitió la mudanza del gobierno; pero ello es que

el mismo Licurgo dio con su conducta testimonio de que es difícil mudar el gobierno sin violencia y terror; y aun yo he empleado los medios más suaves y benignos que he podido, no habiendo más que quitar los que podían ser estorbo a la salud de Lacedemonia; y en beneficio de todos los demás hago la propuesta de que sea común todo el territorio, de que se libre a los deudores de sus obligaciones y de que se haga juicio y discernimiento de los forasteros, para que, hechos Esparciatas los mejores de ellos, salven la república con sus armas, y no veamos en adelante con indiferencia que la Laconia sea presa de los Etolios e Ilirios por falta de quien la defienda".

XI.- Él fue después el primero que hizo presentación de sus haberes; y su padrastro Megistónoo, cada uno de sus amigos, y por fin todos los ciudadanos, habiéndose repartido el territorio. Asignó en esta distribución su suerte a cada uno de los que él mismo había desterrado, y se comprometió a restituirlos luego que todo estuviese tranquilo. Llenó el número de ciudadanos con los más apreciables de los colonos, formando con ellos una división de cuatro mil infantes, y habiéndoles enseñado a manejar con ambas manos la azcona en lugar de la lanza, y a embrazar el escudo por el asa y no por la correa, convirtió su cuidado a los ejercicios y educación de los jóvenes, en lo que tuvo por principal auxiliador a Esfero, que allí se hallaba. Con esto, en breve los ejercicios y banquetes espartanos se pusieron en el pie conveniente, y unos pocos por necesidad, la mayor parte por gusto, se redujeron a aquel método de vida incomparable y enteramente

espartano. Con todo, para suavizar el nombre de monarquía, designó para reinar con él a su hermano Euclidas, y sólo entonces se verificó tener los Espartanos los dos reyes de una de las dos casas.

XII.- Habiendo llegado a entender que los Aqueos y Arato estaban persuadidos de que, no teniendo la mayor seguridad en sus negocios por las novedades introducidas, no se hallaba en estado de salir fuera de la Laconia, ni de dejar pendiente la república en tiempos de tales agitaciones, creyó que no carecería de grandeza y utilidad el hacer ver a los enemigos la excelente disposición de su ejército. Invadiendo, pues, el territorio de Megalópolis, recogió un rico botín y taló gran parte de aquel. Por fin, llamando cerca de sí a unos farsantes que iban a Mesena, y levantando un teatro en el país enemigo, señaló a la representación el precio de cuarenta minas, y asistió a ella un día sólo, no porque gustase de aquel espectáculo, sino para burlarse en cierto modo de los enemigos y hacer ostentación de su gran superioridad, manifestando que los miraba con desprecio. Pues, por lo demás, de todos los ejércitos, ya griegos y ya del rey, éste sólo era al que no seguían ni cómicos, ni juglares, ni bailarinas, ni cantoras, sino que se conservaba puro de toda disolución y de toda vanidad y aparato: estando por lo común ejercitados los jóvenes, y ocupándose los ancianos en instruirlos, y cuando no tenían otra cosa que hacer, pasando todos el tiempo en sus acostumbrados chistes y en motejarse unos a otros con dichos graciosos y propiamente lacóni-

cos. Ahora, cuál sea la utilidad de esta especie de juego, lo dijimos en la Vida de Licurgo.

XIII.- Él era maestro de todos, poniéndoles a la vista como un ejemplo de sobriedad su propio tenor de vida, en la que nada había de exquisito, de artificioso o de extraordinario que le distinguiese de los demás, lo que le dio grande influjo en los asuntos de la Grecia. Porque los que tenían que negociar con los otros reyes, no tanto se maravillaban de su riqueza y su lujo como se incomodaban con su altanería y orgullo, recibiendo con gravedad y aspereza a los que a ellos acudían. Mas los que se presentaban a Cleómenes, que en realidad era y se llamaba rey, al ver que no tenía para el servicio de su persona ni púrpura ni preciosas ropas, ni ricos escaños, ni muebles, y que para conseguir su audiencia no había que vencer dificultades, ni el obstáculo de muchedumbre de pajes, de porteros y secretarios, sino que él mismo salía en persona a que le saludasen, vestido como cualquiera particular, hablando a los que tenían negocios y entreteniéndose con ellos festiva y humanamente, todos le aplaudían y amaban, diciendo que él solo era el verdadero descendiente de Heracles. Para su cena cotidiana no había más de tres escaños, y era muy parca y muy espartana; pero si convidaba a embajadores o tenía huéspedes, entonces se ponían otros dos escaños, y los sirvientes usaban para las mesas algún aparato, mas no en exquisitos guisados, ni tampoco en pastas, sino en cuidar de que los manjares estuviesen más abundantes y el vino fuese de mejor calidad; así es que afeó a un amigo el que, habiendo dado de comer a unos

huéspedes, les hubiese puesto el caldo negro y la torta de que en sus banquetes cívicos usaban: porque decía que se había de cuidar de no ser con los huéspedes tan rigurosamente espartanos. Levantada la mesa, se traía un trípode, en que había un lebrillo de bronce lleno de vino, dos ampollas de plata de cabida de dos cótilas y algunos vasos de plata, en muy corto número; con lo que bebía el que quería, y al que lo repugnaba no se le alargaba el vaso. No había música ni hacía falta, porque él mismo alegraba aquel rato con su conversación, ya haciendo preguntas o ya refiriendo acaecimientos, sin que en sus discursos se notase una solicitud desagradable, sino más bien cierta festividad graciosa y urbana. Porque el modo con que los otros reyes cazaban a los hombres, cebándolos y corrompiéndolos con dinero y con dádivas, creía que, sobre ser injusto, era mal entendido; y al revés, el atraerlos y ganarlos con pláticas y discursos sencillos y graciosos le parecía lo más honesto y lo más digno de un rey, pues en nada se diferencia el jornalero del amigo, sino en que éste se adquiere con la conducta y el trato y el otro por dinero.

XIV.- Fueron, pues, los Mantinenses los primeros que acudieron a él, e introduciéndose de noche en la ciudad, arrojaron la guarnición de los Aqueos, y se entregaron a los Lacedemonios. Restituyóles sus leyes y gobierno, y en el mismo día marchó para Tegea. Poco después, regresando por la Arcadia, bajó contra Feras, ciudad de la Acaya, con intento o de dar una batalla a los Aqueos, o de excitar sospechas contra Arato, como que voluntariamente se retiraba

y le abandonaba el país; pues aunque entonces era general Hipérbatas, toda la autoridad y el poder de los Aqueos residía en Arato. Saliendo, pues, los Aqueos con todas sus fuerzas, y sentando su campo en Dimas, junto al sitio llamado Hecatombeón, acudió Cleómenes, y parece que hizo una cosa temeraria en ir a ponerse en medio entre la ciudad de Dimas, que era enemiga, y el campamento de los Aqueos; pero provocando con la mayor osadía a éstos, los obligó a acometer; y venciéndolos en batalla campal, destrozó su infantería con muerte de muchos en el combate, y haciéndoles además gran número de prisioneros. Cayó después sobre Langón, y echando fuera a los Aqueos que estaban de guarnición, restituyó la ciudad a los Eleos.

XV.- Quebrantados así los Aqueos, Arato, acostumbrado a ser siempre general un año sí y otro no, renunció y se excusó de esta carga, no obstante que le instaron y rogaron: cosa no bien hecha, en tan gran tormenta de los negocios públicos, poner en otras manos el timón y abandonar el mando. Por lo que hace a Cleómenes, al principio pareció que tenía bastante consideración a los embajadores de los Aqueos; pero enviando otros por su parte, propuso que había de dársele la primacía, y que en lo demás no altercaría con ellos, y aun les restituiría el territorio ocupado y los cautivos. Convinieron los Aqueos en hacer la paz aun con estas condiciones, y propusieron a Cleómenes que pasara a Lerna, donde había de celebrar junta; pero sucedió que, habiendo hecho Cleómenes una marcha rápida, y bebido agua a deshora, arrojó cantidad de sangre, y perdió enteramente la

voz, por lo cual envió a los Aqueos los más principales de los cautivos, y suspendiendo la junta se retiró a Esparta.

XVI.- Perjudicó mucho este accidente a los negocios de la Grecia, que hubiera podido reponerse de los males presentes y librarse de los insultos y codicia de los Macedonios; pero Arato, o por desconfianza y temor de Cleómenes, o quizá por envidia a su no esperada prosperidad, dándose a entender que habiendo él hombreado por treinta y tres años sería cosa terrible que se apareciese de pronto un joven a arrebatarle su gloria y su poder, y a ponerse al frente de unos negocios que por él habían recibido aumento, y que él había conducido y manejado por tan largo tiempo, intentó, en primer lugar, que los Aqueos se opusieran a lo que ya estaba acordado y lo estorbaran. Después, cuando vio que no le escuchaban, por hallarse sobrecogidos de la intrepidez de Cleómenes, y aun por parecerles justo el intento de los Lacedemonios de restituir el Peloponeso a su esplendor antiguo, convirtió su ánimo a otro proyecto, del que no podía resultar utilidad alguna a ninguno de los Griegos, y que era además vergonzoso para él, e indigno de sus anteriores hazañas y de las miras con que se había conducido en el gobierno; y fue el de atraer a Antígono sobre la Grecia, e inundar el Peloponeso de aquellos mismos Macedonios que siendo mozo había arrojado de él, poniendo en libertad la ciudadela de Corinto; a lo que se agregaba que, habiéndose hecho sospechoso a todos los reyes, y declarádose su enemigo, de Antígono había dicho dos mil males en los *Comentarios* que nos dejó escritos. Pues con ser esto así, y con decir

él mismo que había padecido y trabajado mucho por los Atenienses para ver libre aquella ciudad de la guarnición de los Macedonios, después a estos mismos los introdujo armados en la patria y en su propia casa hasta los últimos rincones, al propio tiempo que se desdeñaba de que un descendiente de Heracles y rey de los Espartanos, que, como quien templa instrumentos desafinados, restablecía el patrio gobierno, restituyéndolo a la sabia ley de Licurgo y al templado método de vida de los Dorios, tomara el título de general de los Sicionios y Triteos. Huyendo, pues, de la torta y de la capa, y de lo que acusaba como más duro en Cleómenes, que era la reducción de la riqueza y el destierro de la miseria, se postraba a sí mismo y postraba la Acaya ante la diadema, la púrpura y los preceptos despóticos de Macedonios y de sátrapas, por no estar a las órdenes de Cleómenes, haciendo sacrificios por la salud de Antígono y entonando con corona en la cabeza himnos en honor de un hombre lleno de corrupción y pestilencia. No es nuestro ánimo, al referir estas cosas, acusar a Arato, porque, en general, fue un varón digno de la Grecia y de los más ilustres de ella, sino tomar de aquí ocasión para compadecer la miseria de la naturaleza humana, que aun en índoles tan dignas de alabanza y tan inclinadas a toda virtud no puede producirse un bien perfecto y que no esté sujeto a alguna reprensión.

XVII.- Acudiendo los Aqueos a Argos otra vez con objeto de la junta, y bajando de Tegea Cleómenes, tenían todos grande esperanza de que verificaría la paz; pero Arato, que en los puntos más capitales estaba ya convenido con Antí-

gono, temiendo que Cleómenes lo llevara todo a cabo, reunió al pueblo, y aun se puede decir que lo violentó, y quería que, tomando Cleómenes trescientos rehenes, se presentara solo en la junta, o que conferenciaran fuera, junto al gimnasio llamado Cilarabio, pudiendo entonces venir con tropas. Al oírlo Cleómenes se quejó de que se le hacía injusticia, pues que debían habérselo dicho desde el principio y no desconfiar entonces, y hacerle retroceder cuando ya había llegado a sus puertas; y habiendo escrito sobre este incidente una carta a los Aqueos, que era en la mayor parte una acusación de Arato, y llenádole a su vez Arato de improperios ante la muchedumbre, se retiró al punto con su ejército, y al mismo tiempo envió a los Aqueos un heraldo declarándoles la guerra (no a Argos, sino a Egio, como dice Arato), para no dar lugar a que pudieran prevenirse. Grande fue entonces la turbación de los Aqueos, inclinándoselas ciudades a la rebelión; de parte de la plebe, porque esperaba el repartimiento de tierras y la abolición de las deudas, y de parte de los principales, porque les era molesto Arato, y aun algunos habían concebido ira contra él porque les traía los Macedonios al Peloponeso. Alentado, por tanto, con estos sucesos, Cleómenes invadió la Acaya; tomó, en primer lugar, a Pelena, cayendo sobre ella de improviso, y echó de allí a los que la guarnecían juntamente con los Aqueos. Enseguida atrajo a su partido a Feneo y Penteleo: y como los Aqueos, por temor de que se hubiera fraguado alguna traición en Corinto y Siciones, hubiesen enviado la caballería y las tropas auxiliares desde Argos para custodia de estas plazas, mientras ellos bajaban a Argos a celebrar los juegos nemeos, esperando

Cleómenes lo que era en realidad, que llena la población de los concurrentes a la fiesta y de espectadores, si iba allá de sorpresa sería mayor la turbación, condujo de noche su ejército hasta el pie de las murallas, y tomando el punto inmediato al *Escudo* que dominaba el teatro, lugar agrio y poco accesible, los sobrecogió de tal manera que nadie se movió a la defensa, sino que admitieron guarnición, le entregaron veinte ciudadanos en rehenes y se hicieron aliados de los Lacedemonios para militar a las órdenes de Cleómenes.

XVIII.- Resultóle de aquí no pequeña gloria y poder, porque los antiguos reyes de los Lacedemonios, por más que habían hecho, nunca pudieron conseguir que Argos se uniera firmemente a Esparta; y Pirro, el más hábil de todos los generales, aunque llegó a entrarla por fuerza, no sujetó la ciudad, sino que, murió en la empresa, con pérdida de gran parte de sus tropas. Era, pues, admirada la actividad y prudencia de Cleómenes; y si antes, cuando decía que había imitado a Solón y a Licurgo en la abolición de las deudas y en la igualación de las haciendas, se le echaban a reír, entonces del todo se convencieron de que él era la causa de la mudanza que se veía en los Espartanos. Porque antes había sido tal su decadencia y tan imposibilitados estaban de valerse, que habiendo hecho los de Etolia una irrupción en la Laconia, se les llevaron cincuenta mil esclavos: con alusión a lo cual se cuenta haber dicho un anciano, de los Espartanos, que les habían servido de auxilio los enemigos, aliviando a la Laconia; y ahora, con sólo haber pasado un poco de tiempo, en el que no habían hecho más que empezar a resucitar las

costumbres patrias y a restablecer un vestigio de su educación antigua, habían ya dado a Licurgo, como si estuviera presente y los gobernase, grandes muestras de valor y obediencia, restituyendo a Lacedemonia el imperio de la Grecia y volviendo a recobrar el Peloponeso.

XIX.- Tomado Argos, se reunieron a Cleómenes inmediatamente Cleonas y Fliunte, y hallándose por suerte a este tiempo Arato en Corinto, ocupado en la averiguación de los que se decía laconizaban o eran partidarios de los Lacedemonios, le llegó la noticia de estos sucesos, la que le causó gran sorpresa; y teniendo observado que la ciudad se inclinaba a Cleómenes, como por otra parte los Aqueos quisiesen también retirarse, convocó sí a junta a los ciudadanos, pero escabulléndose, sin que lo entendiesen, marchó a la puerta, y montando allí en un caballo que le trajeron, huyó a Sicione. Apresuráronse los Corintios a marchar a Argos para unirse a Cleómenes, tanto, que dice Arato haberse reventado todos los caballos, y que Cleómenes les hizo cargo de no haberle detenido y haberle dejado escapar; mas, con todo, fue en su busca Megistónoo de parte del mismo Cleómenes, a que le entregara el Acrocorinto, porque había en él guarnición de Aqueos, haciéndole sobre ello instancias y ofreciéndole gran suma de dinero: a lo que le había respondido que no era dueño de los negocios, sino los negocios de él: así lo dejó escrito Arato. Cleómenes salió de Argos, y agregando a su partido a los de Trecene, Epidauro y Hermíona, pasó a Corinto, donde tuvo que circunvalar el alcázar, por no querer los Aqueos desampararle. Al mismo tiempo envió

a llamar a los amigos y apoderados de Arato, y les dio orden para que se incautaran de su casa y su hacienda y las tuvieran en buena custodia y administración. Mandó asimismo en busca de éste a Tritimalo de Mesena, para hacerle la proposición de que el Acrocorinto fuese guardado a un tiempo por Aqueos y Lacedemonios, y la particular oferta de una pensión doble de la que recibía del rey Tolomeo. Mas como Arato se hubiese negado y hubiese enviado a su hijo con otros rehenes a Antígono, haciendo decretar a los Aqueos que a éste sería a quien se entregase el Acrocorinto, en consecuencia Cleómenes invadió la Sicionia, la taló y recibió en dádiva la hacienda de Arato en virtud de decreto de los Corintios.

XX.- Pasó en esto Antígono la Geranea con grandes fuerzas, y le pareció a Cleómenes que no debía circunvalar y guardar el Istmo, sino los montes Oneos, y quebrantar más bien a los Macedonios con una guerra de puestos, que no venir a las manos en ordenada batalla; y haciéndolo como lo había pensado, puso en grande apuro a Antígono, porque ni había hecho suficiente acopio de víveres ni era fácil forzar el paso, situado allí Cleómenes. Intentó rodear de noche el Lequeo, y fue rechazado, con pérdida de alguna gente, con lo que se alentó extraordinariamente Cleómenes, y sus tropas, engreídas, con la victoria, se fueron tranquilas a preparar la cena; como, por el contrario, decayó de ánimo Antígono, reducido a no tomar sino partidos desesperados en semejante conflicto. Así pensó en ir a tomar la cresta del Hereo, y desde allí pasar en barcos las tropas a Sicione, aun-

que esto era obra de mucho tiempo y de no comunes preparativos; pero ya a la caída de la tarde vinieron de Argos por mar unos amigos de Arato, enviados por éste a llamarle, con motivo de que los Argivos se habían rebelado a Cleómenes. Era Aristóteles quien había negociado esta defección, no habiéndole sido fácil persuadir a la muchedumbre, irritada porque Cleómenes no había hecho la abolición de deudas con que ella se había lisonjeado. Tomando, pues, Arato mil quinientos soldados de los de Antígono, los condujo por mar a Epidauro; pero Aristóteles ni siquiera lo esperó, sino que, poniéndose al frente de los ciudadanos, acometió a los que guardaban la ciudadela, y al mismo tiempo acudió en su auxilio Timóxeno, que con tropas de los Aqueos vino desde Sicione.

XXI.- Llegaron estas nuevas a Cleómenes a la segunda vigilia de la noche; y haciendo llamar a Megistónoo, le mandó con enfado que fuese al punto a dar socorro contra los de Argos, porque él había sido la principal causa de que Cleómenes se hubiera fiado demasiado de los Argivos, y quien le estorbó que no desterrase a los sospechosos. Enviando, pues, a Megistónoo con dos mil hombres, él se quedó en observación de Antígono, y tranquilizó a los Corintios, diciéndoles que no había sido cosa lo de Argos sino un alboroto suscitado por unos cuantos. Mas sucedió que Megistónoo, llegado a Argos, murió en el combate, y los de la guarnición se sostenían con gran dificultad, enviando continuos partes a Cleómenes. Temiendo, pues, no fuera que los enemigos se apoderaran de Argos y, tomándole los

pasos, talaran a su placer la Laconia y sitiaran a Esparta, que había quedado sin gente, sacó al punto su ejército de Corinto, ciudad que perdió bien pronto, entrando en ella Antígono y poniendo guarnición. Cayó sobre Argos, con ánimo de escalar la muralla, para lo que reunió su ejército, que estaba en marcha; y habiéndose abierto paso por las bóvedas del *Escudo*, subió y se incorporó con los de la guarnición, que todavía resistían a los Aqueos. Arrimando después las escalas, tomó algunos puntos de la ciudad, y desembarazó las calles de enemigos, habiendo dado orden a los Cretenses de que usaran de las ballestas. Mas habiendo visto que Antígono bajaba desde las cumbres a la llanura con la infantería, y que ya los caballos corrían apresuradamente hacia la ciudad, desconfió de reducirla, y juntando toda su gente, bajó con entera seguridad y se retiró resguardado de la muralla; y habiendo venido a cabo de grandes empresas en muy breve tiempo, y estando en muy poco el que en una vuelta, como quien dice, no se hubiera hecho duelo de todo el Peloponeso, también en un momento se le fue todo de las manos, porque de los aliados unos le abandonaron desde luego y otros hicieron después entrega de sus ciudades a Antígono.

XXII.- Cuando tan mal le sucedían las cosas de la guerra e iba en retirada con su ejército, ya tarde, cerca de Tegea, llegaron mensajeros de Lacedemonia trayéndole nuevas de una desventura en nada inferior a las que le aquejaban, y era la de la muerte de su mujer, por sola la cual se mostraba poco sufrido aun en medio de sus prosperidades; pues que viajaba con frecuencia a Esparta, enamorado siempre de

Agiatis, y teniéndola en el mayor aprecio y estimación. Sorprendióse, pues, y sintió el más vivo dolor, como era preciso en un joven que perdía una mujer bella y virtuosa; y, sin embargo, no hizo, en medio de tanto pesar, nada que desdijese de su grandeza de alma, o que pusiera mengua en ella, sino que, conservando la misma voz, el mismo continente y el mismo semblante con que siempre se mostraba, atendió a dar las órdenes a los caudillos y a proveer a la seguridad de los Tegeatas. A la mañana muy temprano bajó a Lacedemonia, y habiendo en casa desahogado el llanto con la madre y los hijos, inmediatamente volvió a entregarse al despacho de los negocios; y como Tolomeo, rey de Egipto, para ofrecerle socorros exigiese que le diera en rehenes a los hijos y a la madre, estuvo largo tiempo sin atreverse a decírselo a ésta; y entrando muchas veces con este intento, en el acto mismo de ir a hablar enmudecía; tanto, que ella misma llegó a concebir alguna sospecha, y preguntó a sus amigos qué era en lo que se detenía cuando la visitaba. Por fin habiéndose determinado Cleómenes a manifestárselo, se echó a reír diciéndole: "¿Y esto es lo que tenías que proponerme y que tanto miedo te costaba? ¿Por qué, pues, no te das prisa a poner en un barco este mi cuerpo y a enviarlo donde pueda ser útil a Esparta, antes que con la vejez se destruya aquí sentado, sin ser de provecho para nada?" Cuando todo estaba dispuesto fueron a pie a Ténaro, y los acompañó el ejército con armas; y al ir Cratesicle a embarcarse llevó a Cleómenes solo al templo de Neptuno, y habiéndole abrazado y saludado tiernamente, como le viese apesadumbrado y afligido: "Ea- le dijo-, oh rey de los Lacedemonios, cuando

salgamos afuera es menester que nadie advierta que hemos llorado, y que no hagamos nada que sea indigno de Esparta; porque esto sólo está en nuestro poder, y las cosas de fortuna saldrán como Dios quisiere." Dicho esto, compuso su semblante, y subió a la nave, llevando al niño consigo, y al punto dio orden al comandante para que levara áncoras. Llegada a Egipto, entendió que Tolomeo andaba en tratos con Antígono y recibía sus mensajes, y que Cleómenes, haciéndole los Aqueos proposiciones de paz, temía por ella terminar la guerra sin la concurrencia de Tolomeo; por lo que le escribió que hiciera lo que fuera útil y decoroso a Esparta, y no estuviera temiendo siempre a Tolomeo por una vieja y un niño. ¡Tan magnánima se dice haber sido esta mujer para los casos de fortuna!

XXIII.- Tomó Antígono a Tegea, y saqueó a Mantinea y Orcómeno, con lo que, estrechado Cleómenes a la Laconia, dio la libertad a aquellos ilotas que pudieron pagar cinco minas áticas, recogiendo por este medio quinientos talentos; habiendo luego armado a dos mil a la Macedonia, para oponerlos a los Leucáspidas de Antígono, concibió un proyecto atrevido e inesperado de todos. Megalópolis era ya entonces por sí sola no menor ni menos poderosa que Lacedemonia, y tenía además el auxilio de los Aqueos y el de Antígono, que cubría sus costados, llamado al parecer por los Aqueos, a solicitud principalmente de los Megalopolitanos. Pensando, pues, en saquearlo Cleómenes- acción a la que en lo pronta e inesperada ninguna puede compararse-, dio orden a los soldados de que tomaran víveres para cinco días, y mar-

chó con su ejército a la vía de Selasia, como quien iba a talar la Argólide; pero de allí bajó al territorio de los Megalopolitanos, y habiendo comido los ranchos junto al Reteo, repentinamente se encaminó por Helicunte a la ciudad misma. Cuando ya estaba a corta distancia, envió a Panteo con dos cohortes de Lacedemonios a apoderarse del lienzo de muralla entre las torres, que sabía era el puesto que tenían menos guardado los Megalopolitanos, y él seguía a paso lento con las demás tropas; pero habiendo encontrado Panteo descuidados no sólo aquel punto, sino otros muchos de la misma muralla, unos los tomó al golpe, en otros abrió brecha, y de la guarnición dio muerte a cuantos se presentaron, con lo que se apresuró Cleómenes a reunírsele, y antes que los Megalopolitanos pudieran apercibirse, ya estaba dentro de la ciudad con todas sus fuerzas.

XXIV.- No bien había corrido la voz de esta sorpresa por la ciudad, cuando unos se salieron de ella, llevándose lo que pudieron recoger, y otros acudieron con armas, y oponiéndose y resistiendo a los enemigos, si no pudieron rechazarlos, a lo menos proporcionaron seguridad a los ciudadanos que huían; de manera que no quedaron arriba de mil personas, habiéndose apresurado todos los demás a refugiarse a Mesena con sus hijos y sus mujeres. Salvóse también gran número de los que habían acudido en auxilio y habían tomado parte en el combate, siendo muy pocos los prisioneros que se hicieron; mas fueron de este corto número Lisándridas y Teáridas, varones muy ilustres y los de mayor autoridad entre los Megalopolitanos; por lo mismo los

soldados que los apresaron los llevaron a presentar a Cleómenes;. Lisándridas, luego que le vio de lejos, le dijo en alta voz: "En tu mano está, oh rey de los Lacedemonios, ejecutar una hazaña más señalada y regia que la que acabas de hacer, y con la que adquieras todavía más gloria"; y Cleómenes, sospechando qué era lo que quería indicar: "¿Qué es lo que dices, Lisándridas?- le replicó- ¿Quieres proponerme que os restituya la ciudad?" A lo que contestó Lisándridas: "Eso mismo es lo que digo, aconsejándote que no arruines una ciudad como ésta, sino que la llenes de amigos y aliados fieles y seguros, restituyendo a los Megalopolitanos su patria y constituyéndote en libertador de un pueblo tan numeroso". Estuvo Cleómenes suspenso por un rato; luego dijo: "Difícil es eso de creer; pero con nosotros siempre ha podido más lo que se encamina a la gloria que al provecho." Y dicho esto, los envió a Mesena, y un heraldo de su parte para anunciar que restituía su ciudad a los Megalopolitanos, sin más condición que la de que fueran sus aliados y amigos, separándose de los Aqueos. Mas, sin embargo de haber hecho Cleómenes una proposición tan benigna y humana, no dejó Filopemen a los Megalopolitanos separarse de la liga de los Aqueos, tomando para ello el medio de acusar a Cleómenes de que no trataba de restituir la ciudad, sino de apoderarse de los ciudadanos; e hizo echar a Teáridas y Lisándridas de Mesena. Este es aquel Filopemen que más adelante fue el primero de los Aqueos, y adquirió grande gloria y fama entre los Griegos, como en su propia Vida lo hemos escrito.

XXV.- Cuando recibió esta noticia Cleómenes, que había conservado intacta e indemne la ciudad, hasta el punto de estar todos seguros de que no se había tomado la cosa más mínima, entonces, alterado e incomodado del todo, hizo meter a saco todos los bienes, envió las estatuas y pinturas a Esparta, y, arruinando y asolando la mayor y más señalada parte de la ciudad, movió para la Laconia, por temor de Antígono y de los Aqueos. Mas éstos nada hicieron, porque se hallaban en Egio reunidos en consejo. Después, cuando, subiendo Arato a la tribuna, estuvo largo tiempo haciendo exclamaciones y poniéndose el manto delante del rostro, sorprendidos todos, le rogaron que hablase, y diciéndoles que Megalópolis había sido arruinada por Cleómenes, al punto se disolvió la junta, lamentando los Aqueos su súbita y desmedida desventura. Pensó Antígono en ir en su auxilio; pero acudiendo con lentitud las tropas de los cuarteles de invierno, dio orden para que permaneciesen en el país que ocupaban, y él pasó a Argos, llevando consigo escasas fuerzas; por lo que otra segunda sorpresa de Cleómenes pudo parecer una temeridad y locura, pero fue obra de una singular prudencia, como escribe Polibio. “Porque sabiendo- dice- que los Macedonios estaban esparcidos por las ciudades, y que Antígono, que invernaba en Argos con sus amigos, sólo tenía unos cuantos estipendiarios, invadió la Argólide; echando cuenta con que, o vencería a Antígono si le movía la vergüenza, o lo pondría en mal con los Argivos si no se atrevía a combatir, que fue lo que sucedió. Porque talado por él el país, y trastornado y conmovido todo, los Argivos, que no podían llevarlo en paciencia, corrían al palacio del

Rey clamando porque pelease o cediera el imperio a los que valían más que él; pero Antígono, que como general prudente tenía por vergonzoso el exponerse temerariamente sin tener cuenta de su seguridad, y no el que los otros hablaran mal de él, no quiso de ninguna manera salir, sino que se mantuvo en su propósito; y Cleómenes, llegando con su ejército hasta las murallas, los insultó, les hizo todo el mal posible impunemente, y se retiró.

XXVI.- Habiéndose oído de allí a poco que Antígono se dirigía otra vez a Tegea, para pasar desde allí a invadir la Laconia, reunió con presteza sus tropas, y adelantándose por otros caminos, al rayar el día se le vio ya en las inmediaciones de Argos, talando el país, para lo que no segaba el trigo como los demás con hoces o con las espadas, sino que lo tronchaba con unos palos largos, hechos en forma de sable, tomando como por juego el destrozar los frutos en la misma marcha sin ningún trabajo. Mas como al llegar al gimnasio Cilarabio quisiesen los soldados pegarle fuego, lo impidió, manifestándoles que lo ejecutado en Megalópolis mas había sido un arrebato de cólera que un acto laudable. Retiróse Antígono por el pronto a Argos, y después, según iba ocupando los montes y todas las eminencias, ponía guardias; y Cleómenes, para manifestar que no se le daba nada y le tenía en poco, le envió heraldos a pedirle las llaves del templo de Hera, para sacrificar a esta diosa en su retirada. Habiéndose burlado y mofado de esta manera, y hecho sacrificio a la diosa al pie del templo, que se halaba cerrado, condujo su ejército a Fliunte, y de allí expulsando la guarnición de Oli-

girto, bajó por Orcómeno; con lo que no solamente infundió aliento y confianza a sus ciudadanos, sino que con los enemigos mismos se acreditó de general y se mostró capaz de grandes empresas. Porque habiendo salido con las fuerzas de una ciudad sola, hacer juntamente la guerra contra el ejército de los Macedonios, contra todos los del Peloponeso y contra todos los tesoros del rey, y no sólo conservar intacta la Laconia, sino talar el territorio de aquellas y tomar ciudades de tanta importancia, esto era ciertamente obra de una pericia y de una virtud nada comunes.

XXVII.- El que primero profirió la máxima de que el dinero era el nervio de todos los negocios, parece que para decirlo miró principalmente a los de la guerra: Demades, mandando en una ocasión a los Atenienses que se equiparan y tripularan las galeras estando faltos de dinero: "Antes esles dijo- el pan que el piloto" Dícese asimismo de Arquidamo el Mayor que, al principio de la guerra del Peloponeso, dándosele orden de que fijara las contribuciones de los aliados, dijo que la guerra no se mantiene de lo tasado. Porque así como los atletas muy ejercitados cansan y rinden con el tiempo a los bien dispuestos y a los que sólo tienen destreza, de la misma manera Antígono, sosteniendo la guerra con un inmenso poder, fatigaba y cansaba a Cleómenes, que apenas podía pagar la soldada a los extranjeros y dar el alimento a sus ciudadanos; pues por lo demás, el tiempo estaba en favor de Cleómenes, por los graves negocios que llamaban a Antígono a su propio país. Porque, en su ausencia, los bárbaros habían invadido y talado la Macedonia, y entonces descendía a ella un ejército numeroso de los Ilirios, hostiga-

dos del cual instaban por su vuelta los Macedonios; y a poco, con que hubieran llegado antes de la batalla aquellas cartas, se habría marchado al punto, despidiéndose y no haciendo cuenta de los Aqueos: pero la que decide, nada más que con un poquito de mayores negocios, que es la fortuna, mostró entonces con la mayor evidencia la fuerza y el poder de la ocasión: pues que, acabada de dar la batalla de Selasia y de perder Cleómenes el ejército y la ciudad, en aquel mismo punto llegaron los mensajeros que llamaban a Antígono; accidente que contribuyó a hacer más digna de compasión la desgracia de Cleómenes. Porque si se hubiera detenido dos días no más, empleando los medios de prolongar la guerra, ninguna necesidad hubiera tenido de dar batalla, sino que, retirados los Macedonios, habría hecho la paz con los Aqueos del modo que le hubiera parecido, mientras que ahora, por la falta de fondos, según decimos, lo expuso todo a la suerte de las armas, precisado a entrar en acción con veinte mil hombres contra treinta mil, según dice Polibio.

XXVIII.- En el combate, a pesar de que dio muestras de excelente general, de que sus ciudadanos se portaron con el mayor valor y que nada hubo que en los auxiliares y estipendiarios, la calidad de las armas y el peso de la falange fue lo que sin duda le oprimió; y aun Filarco es de sentir que intervino traición, y que a ésta se debió principalmente el que fuera arrollado Cleómenes. Porque dando Antígono orden a los Ilirios y Acarnanios de que ocultamente tomaran la vuelta y fingieran el ala que mandaba Euclidas, hermano, de Cleómenes, y formando después las demás tropas en orden

de batalla, se puso a mirar Cleómenes desde una eminencia, y como no descubriese por ninguna parte las armas de los Ilirios y Acarnanios, temió que Antígono los hubiera destinado a alguna emboscada. Llamó, pues, a Damóteles, que era el encargado de observar las asechanzas, y le mandó que viera y examinara qué era lo que había a retaguardia y alrededor de su hueste; y como Damóteles, que es fama haber sido antes sobornado con dinero, le dijese que sobre aquel punto no tuviera cuidado, porque todo estaba bien, y atendiera sólo a lo que tenía delante, y procurara defenderse, dióle crédito, marchó contra Antígono, y habiendo rechazado hasta la distancia de cinco estadios la falange de los Macedonios, con el ímpetu de los Espartanos que consigo tenía, la derrotó y venció, siguiéndole el alcance; pero como en la otra ala hubiese sido envuelto Euclidas, hizo alto, y advirtiendo el peligro: "Pereciste- exclamó-, caro hermano; pereciste como valiente, dejando ejemplo a nuestros hijos y memoria a las mujeres espartanas." Muerto así Euclidas, corrieron de la otra parte los que le vencieron, y viendo Cleómenes a sus soldados desordenados, y ya sin valor para aguardar el nuevo choque, hubo deponerse en salvo. Dícese que de los auxiliares murieron la mayor parte, y de los Lacedemonios, que eran en número de seis mil, todos, a excepción de doscientos.

XXIX.- Llegado a la ciudad, exhortó a los ciudadanos que salieron a recibirle a que dieran entrada a Antígono, y les dijo que por él, muerto o vivo, si en algo podía ser útil a Esparta, no faltaría a ejecutarlo. Viendo que las mujeres salían

al encuentro a los que con él se habían salvado, que les tomaban las armas y les llevaban de beber, se entró en su casa; y como una criada que tenía de condición libre, habiéndola tomado en Megalópolis después de la muerte de su mujer, se llegase a él como solía, con deseo de asistirle, viéndole venir del ejército, ni quiso beber, sin embargo de que se ahogaba de sed, ni sentarse, estando fatigado; sino que, armado como estaba, puso la mano en una columna, y dejando caer el rostro sobre la flexura del brazo, descansó así por algunos instantes, y haciendo entre sí diferentes reflexiones, se dirigió con sus amigos al puerto de Gitio, y embarcándose en algunas naves prevenidas al intento, se hizo a la vela.

XXX.- Tomó Antígono a Esparta con sólo presentarse; pero trató con humanidad a los Lacedemonios, sin insultar ni humillar la dignidad de Esparta; antes bien, les restituyó sus leyes y su gobierno, y sacrificando a los dioses, marchó al tercero día, noticioso de la guerra que sufría la Macedonia, y de que los bárbaros devastaban el país. Hallábase ya entonces enfermo, por haber contraído una tisis grave y una tos continua. Mas no por eso se dejó caer, sino que se esforzó para esta guerra de su patria durante lo bastante para alcanzar en ella una señalada victoria, con gran carnicería de los bárbaros, y hacer su muerte más gloriosa, la que se verificó, como es más natural, lo dice Filarco, de resultas de habérsele reventado la apostema con los gritos que dio durante el combate; aunque en los corrillos se decía que, prorrumpiendo de gozo después de la victoria en esta exclamación: "¡Oh, qué glorioso día!", arrojó gran cantidad de sangre, y

levantándosele una fuerte calentura, murió. Mas baste esto de Antígono.

XXXI.- Cleómenes, navegando de Citera, tocó en otra isla, que era la de Egialia, de donde estaba para pasar a Cirene, cuando uno de sus amigos, llamado Terición, varón de grande aliento para las empresas, y en sus expresiones altivo y arrogante, hallándole a solas, le hizo este razonamiento: "La muerte para el hombre más gloriosa la desdeñamos en el combate, sin embargo de que todos nos habían oído decir que Antígono no sería vencedor del rey de los Espartanos, como lo fuera después de muerto; pues la ocasión de la otra muerte, que a aquella es segunda en fama y en virtud, tenémosla ahora en nuestra mano. ¿Por qué, pues, navegamos a la ventura, huyendo de la que tenemos tan cerca, para ir a buscarla lejos? Porque si no es una afrenta que sirvan a los sucesores de Filipo y Alejandro los descendientes de Héracles, nos ahorraríamos una larga navegación con entregarnos a Antígono, que tanto se ha de aventajar a Tolomeo cuanto a los Egipcios los Macedonios. Y si nos desdeñamos de sujetarnos a aquellos por quienes con las armas fuimos vencidos, ¿iremos a tomar por dueño y señor al que no nos ha vencido, para qué así en lugar de uno haya dos a quienes seamos inferiores, Antígono, de quien huimos, y Tolomeo, a quien habremos de adular? ¿O diremos que venimos a Egipto a causa de la madre? ¡Pues por Cierto que serás a la madre un espectáculo agradable y digno de ser tomado por modelo, habiendo de presentar a las mujeres de Tolomeo un rey convertido en esclavo y un hijo fugitivo! ¿Pues por qué

siendo todavía dueños de nuestras espadas, y teniendo todavía la Laconia a nuestra vista, no nos sustraemos aquí al imperio de la fortuna, justificándonos así para con los que yacen en Selasia muertos por Esparta? Y no que ahora vamos a estarnos reposados en Egipto, para informarnos de quién es el sátrapa que Antígono ha dejado en Lacedemonia” Habiendo hablado de esta manera Terición, le respondió Cleómenes: “Con seguir, oh menguado, de las cosas humanas la más fácil, y que todos tienen más a la mano, que es el morir, ¿quieres acreditarte de fuerte entregándote a una fuga más vergonzosa que la primera? Porque a les enemigos han cedido antes de ahora otros mejores que nosotros, o por caprichos de la fortuna u oprimidos por la muchedumbre; pero al que, o por el trabajo y el infortunio o por la gloria y el vituperio de los hombres se da por perdido, a éste es su propia cobardía la que le vence: la muerte voluntaria no debe elegirse para huir de obrar, sino para alguna acción útil, pues es cosa vergonzosa que vivamos o muramos para nosotros solos, que es lo que tú aconsejas, queriendo que nos apresuremos a salir de la situación presente, sin hacer o proponer ninguna otra cosa que sea honesta o provechosa. Mas por lo que hace a mí, creo que tú y yo no debemos perder aun toda esperanza de salvación para la patria; y cuando llegue el caso de que esta esperanza nos abandone enteramente, siempre nos ha de ser fácil el morir, si así conviene.” A esto nada replicó Terición; pero a la primera oportunidad que tuvo de apartarse de Cleómenes se retiró por la ribera y se dio muerte.

XXXII.- Cleómenes, haciéndose al mar desde Egialia se dirigió al África, y acompañado por los oficiales del rey, pasó a Alejandría. Presentándose a éste, al principio no fue de él tratado sino con la común humanidad y benevolencia; pero luego que dio a conocer el temple de su ánimo, acreditándose de hombre de mucho asiento, y mostrando en el trato diario un carácter espartano y sencillo, con cierta gracia liberal e ingenua, sin mancillar en lo más mínimo su ilustro origen ni aparecer abatido por el rigor de la fortuna, tuvo ya en el corazón del rey mejor lugar que los que bajamente le lisonjeaban y adulaban; sintiendo éste pesar y vergüenza de haber mirado con abandono a un varón tan singular y haber dejado que fuera la presa de Antígono, que de resultas tanto había aumentado en gloria y en poder. Enmendando, pues, lo pasado con nuevas honras y agasajos, alentó a Cleómenes, anunciándole que con naves y dinero le volvería a la Grecia y lo restablecerla en el reino. Señalole, además, una pensión de veinticuatro talentos al año, con los que se mantenía a sí mismo y a sus amigos con parsimonia y frugalidad, invirtiendo la mayor parte en socorrer benigna y humanamente a los que de la Grecia se acogían al Egipto.

XXXIII.- Mas Tolomeo el Mayor murió antes de que tuviera cumplimiento la restitución de Cleómenes; y como al punto hubiese caído la corte en embriagueces, lascivias y todo género de disolución, fue consiguiente que se echara en olvido lo ofrecido a Cleómenes. Porque el rey mismo le habían traído a tal grado de corrupción con las mujerzuelas y el vino, que cuando más despierto estaba y más en su acuerdo,

se le iba el tiempo en celebrar misterios y en andar por el palacio con una campanilla convocando a ellos; y de las cosas de gobierno disponía a su arbitrio Agatoclea, que era su favorita, la madre de ésta y un rufián llamado Enantes. Sin embargo, al principio no se tuvo por del todo inútil a Cleómenes, porque como Tolomeo temiese a su hermano Magas, a causa de que por su madre tenía ascendiente sobre las tropas, se valió de Cleómenes, y le admitió a los consejos íntimos, con la idea de deshacerse del hermano; mas él solo, sin embargo de que todos los demás instaban sobre que se pusiese por obra, desaprobó tal intento, diciendo que si fuera posible debían darse al rey muchos hermanos para su seguridad, y para tener con quien repartir la muchedumbre de los negocios; y aunque Sosibio, que era el de más poder entre los amigos del rey, expuso que no podrían tener confianza en las tropas asalariadas mientras Magas viviese, les dijo Cleómenes que en este punto estuvieran porque había entre estas tropas más de tres mil peloponesianos que estaban a su devoción, y con sólo hacerles una seña se le presentarían armados, con la más pronta voluntad: manifestación que por entonces granjeó a Cleómenes opinión de afecto al rey y de no estar destituido de poder. Mas como luego la misma flojedad de Tolomeo acrecentase en él el miedo, y, según la costumbre de los que no se paran a considerar nada, tuviese por lo más seguro temer de todo y no fiarse de nadie, empezó entre los cortesanos a tener por temible a Cleómenes, a causa de su influjo con las tropas extranjeras, y ya muchos decían que a aquel león se le tenía entre las ovejas; y a la ver-

dad, como tal estaba en el palacio, mirando con entereza y haciéndose cargo de cuanto pasaba.

XXXIV.- Desmayó, pues, en la demanda de naves y tropas; mas habiendo sabido que había muerto Antígono, que los Aqueos estaban enredados en la guerra de Etolia y que los negocios pedían su presencia y le llamaban allá, estando el Peloponeso en el mayor tumulto y agitación, pidió que se le permitiera ir sólo con sus amigos: pero de nadie fue escuchado, porque el rey a nadie daba oídos, entretenido siempre con mujerzuelas, con los regocijos de Baco y con comilonas; el que lo dirigía y gobernaba todo, que era Sosibio, si detenía a Cleómenes contra su deseo, le miraba como desasosegado y temible, y en el caso de dejarle marchar, le infundía recelos un hombre osado y de grandes alientos que estaba muy hecho cargo de las dolencias de aquel reino. Porque ni aun las dádivas le dominaban, sino que, así como Apis, cuando parecía que nadaba en la abundancia y en el placer, le inquietaba el deseo de una vida según su genio, y de las carreras y juegos en toda libertad, viéndose claramente que le era insufrible el que le contuviera la mano del sacerdote; del mismo modo a Cleómenes ningún regalo le lisonjeaba, sino que, como a Aquiles,

> el fuerte corazón se lo angustiaba
> de verse allí encerrado; y de las lides
> en el deseo bullicioso ardía.

XXXV.- Cuando sus cosas se hallaban en este estado, llega a Alejandría Nicágoras de Mesena, hombre que aborrecía a Cleómenes, aunque aparentaba serle amigo; y es que le había vendido años pasados una buena posesión, y por penuria de dinero, a lo que entiendo, o quizá por falta de oportunidad con motivo de las continuadas guerras, no había aún recibido el precio. Viéndole, pues, entonces Cleómenes saltar en tierra desde la nave, porque casualmente se estaba paseando en el desembarcadero del puerto, le saludó con afecto, y le preguntó cuál era la causa que le conducía a Egipto. Correspondióle Nicágoras con afabilidad, contestándole que traía para el rey caballos hechos a la guerra; Cleómenes se echó a reír: “Y yo te aconsejaría- le dijo- que más bien le trajeras tañedoras de flautas o hermosos mocitos, porque éstas son ahora las cosas de más gusto para el rey” Rióse también Nicágoras por entonces; pero haciendo, al cabo de pocos días, conversación en el campo a Cleómenes, le rogó que le pagara el precio, diciendo que no le incomodaría a no haber sentido bastante pérdida en el despacho del cargamento; y respondiéndole Cleómenes no tener ningún sobrante de su asignación, incomodado Nicágoras, denunció a Sosibio el dicho de Cleómenes. Oyóle aquel con placer; pero deseoso de tener otra causa con que exasperar más el ánimo del rey, persuadió a Nicágoras que dejara escrita una carta contra Cleómenes, en la que dijese que éste tenía meditado, si alcanzaba que se le dieran naves y soldados, apoderarse de Cirene. Escribió Nicágoras la carta y se marchó, y Sosibio, a los cuatro días, se la leyó al rey, como que acababa de recibirla, con lo que le acaloró e irritó,

haciéndole determinar que se condujera a Cleómenes a un edificio grande, y acudiéndole allí con todo lo acostumbrado, se le privara de la salida.

XXXVI.- No dejaba esta disposición de afligir a Cleómenes; pero fue todavía mas triste la perspectiva que se le presentó para lo venidero con este desgraciado accidente. Tolomeo, hijo de Crisermo, que era amigo del rey, había hablado siempre a Cleómenes con cariño, y aun había entre ambos cierta amistad y franqueza. Éste, pues, a ruego de Cleómenes, vino a verle, y le trató también en afabilidad, removiendo toda sospecha y procurando excusar al Rey; pero al retirarse de aquel edificio no se fijó en que Cleómenes seguía acompañándole hasta la puerta, y reprendió ásperamente a los de la guardia de que custodiaban con poca elegancia y cuidado a una fiera que pedía otra vigilancia. Oyólo Cleómenes, y retirándose sin que Tolomeo le sintiese, lo participó a los amigos. Todos, pues, desecharon las esperanzas que antes habían tenido, y poseídos de ira, determinaron vengarse de la injusticia e insulto de Tolomeo y morir de un modo digno de Esparta, sin aguardar a ser degollados como víctimas engordadas; para el sacrificio: pues era cosa terrible que, habiendo Cleómenes desechado las proposiciones de paz hechas por Antígono, gran militar y hombre de valor, se estuviera ahora sentado esperando a que se hallara de vagar un rey ministro de Cibeles, y a que depusiera el tímpano y el tirso para degollarle.

XXXVII.- Tomada esta resolución, hizo la casualidad que Tolomeo había ido a Canopo, y con esta oportunidad hicieron correr la voz de que el rey le daba libertad. Además de esto, siendo costumbre recibida en el palacio que se enviase la comida y diferentes regalos a los que iban a ser sacados de la prisión, los amigos habían hecho estos preparativos para Cleómenes, y se los enviaron desde afuera del edificio, para engañar a los de la guardia, haciéndoles creer que era el rey el que los enviaba; para lo que sacrificó y les dio abundantemente parte, coronándose él de flores, y recostándose a comer con sus amigos. Dícese que puso en ejecución su designio más presto de lo que tenía pensado, por haber llegado a entender que un esclavo que estaba en el secreto había dormido fuera con una mujer, de la que estaba enamorado; y temeroso de que pudiera descubrirlo, siendo la hora del medio día, y habiéndose asegurado de que los guardias estaban durmiendo medio beodos, se puso la túnica, y desatando los lazos del hombro derecho, con la espada desnuda en la mano salió con los amigos, preparados de la misma manera, que en todos eran trece. De éstos, Hipotas, que era cojo, al primer ímpetu los acompañó con igual ardor; pero cuando advirtió que por él iban más despacio, les pidió que lo mataran y no malograron la empresa por esperar a un hombre inútil. Mas sucedió que atravesó por la puerta un alejandrino que llevaba un caballo; quitáronselo, y poniendo en él a Hipotas, dieron a correr por las calles, excitando a la muchedumbre a la libertad; pero, a lo que parece, para aquellos habitantes el último término de su valor era alabar y admirar la osadía de Cleómenes, no habiendo nadie

que la tuviera para seguirle y darle ayuda. A Telomeo, hijo de Crisermo, que salía de palacio, le acometieron tres al punto, y le dieron muerte, y corriendo contra ellos en su carro el otro Tolomeo, a cuyo cargo estaba la custodia de la ciudad, saliéndole al encuentro, dispersaron a sus esclavos y a los de su escolta, y a él, arrojándole del carro, le mataron. Dirigiéronse en seguida al alcázar, con el objeto de quebrantar la cárcel y ayudarse con la muchedumbre de los presos; pero la guardia se les había anticipado, y la tenía bien defendida; de manera que, frustrado Cleómenes en este intento, corría desatentado por la ciudad, sin que se le reuniera nadie, y antes huyendo todos y mostrando el mayor temor, paróse, pues, y diciendo a sus amigos: “Nada tiene de extraño que sean mandados por mujeres unos hombres que rehúsan la libertad”, los exhortó a todos a morir de un modo digno de él y de sus anteriores hazañas. Hipotas fue el primero que se hizo traspasar por uno de los más jóvenes; y en seguida cada uno de los demás se atravesó a sí mismo con su espada con la mayor serenidad e intrepidez, a excepción de Penteo, que había sido el primero que entró en Megalópolis cuando fue tomada. A éste, bellísimo de persona, de la mejor índole y disposición para la educación espartana, y que por estas prendas había sido el amado de Cleómenes, le dio orden de que cuando viera que él y los demás habían acabado entonces acabara consigo. Yacían todos por el suelo, y Penteo fue de uno en uno tentando con la espada, no fuera que alguno quedara vivo; y haciendo por fin con Cleómenes la prueba de punzarle en un pie, como observase en su rostro algún movimiento, le besó, se sentó a su lado, y, cuando ya expiró,

abrazó su cadáver, y en esta actitud se quitó a sí mismo la vida.

XXXVIII.- De este modo terminó sus días Cleómenes, habiendo reinado en Esparta diez y seis años y llegado a ser un varón tan eminente. Divulgada la noticia por toda la ciudad, Cratesiclea, no obstante ser de ánimo varonil, desfalleció con la grandeza de semejante calamidad, y abrazando a los hijos de Cleómenes, empezó a lamentarse y hacer grandes exclamaciones. El mayor de aquellos niños, desprendiéndose y saliendo de allí cuando nadie podía sospecharlo, se arrojó de cabeza desde el tejado, y aunque se hizo grandísimo daño, no murió del golpe, Y cuando le levantaron gritaba y se desesperaba porque le impedían el morir. Tolomeo, luego que se le dio cuenta, mandó que desollaran el cuerpo de Cleómenes y lo pusieran en una cruz, y que diesen muerte a los hijos, a la madre y a las mujeres que tenía consigo. Era una de éstas la mujer de Penteo, de hermosa y agraciada persona. Estaban recién casados, y en el primer ardor de sus amores les sobrevinieron estos infortunios. Quiso, pues, embarcarse desde el principio con Penteo, pero sus padres no la dejaron, teniéndola guardada por fuerza bajo llave; mas, al cabo de poco, habiendo podido proporcionarse un caballo y algún dinero, se escapó de noche, y sin detenerse caminó hasta Ténaro, y allí se embarcó en una nave que se dirigía a Egipto; conducida a la compañía de su marido, vivió con él en tierra extraña alegre y contenta. Entonces asistió a Cratesiclea, arrebatada por los soldados, la recogió el manto y la exhortó a tener buen ánimo, sin

embargo de que mostró no arredrarla la muerte, no pidiendo más que una sola cosa, que era morir antes que los niños. Llegadas al sitio en que los ministros acostumbraban hacer tales ejecuciones, primero dieron muerte a los niños a vista de Cratesiclea, y después a ésta misma, que en medio de tanta aflicción no pronunció más palabras que éstas: "¡Hijos míos, a dónde habéis venido!" La mujer de Penteo se ciñó el manto, y siendo alta y de fuerza, callando y con reposo prestó su asistencia a cada una de las que murieron, y cubrió sus cadáveres en la forma que pudo. Finalmente, muertas todas, cuidó de su propio adorno, se recogió la ropa, y no permitiendo que se acercase nadie ni la viese, sino el encargado de la ejecución, murió heroicamente, sin necesitar de nadie que cuidara de cubrirla y amortajarla después de su muerte. ¡Tan celosa fue de conservar, aun en este trance, la limpieza de su alma, y de guardar aquel pudor, que fue mientras vivió el antemural de su cuerpo!

XXXIX.- Lacedemonio, pues, habiendo puesto en contraposición y competencia en esta tragedia el valor de unas mujeres con el de los hombres, hizo ver que la virtud no puede ser nunca ofendida y agraviada por la fortuna. Al cabo de pocos días, los que guardaban el cuerpo de Cleómenes en cruz, vieron un dragón de bastante magnitud enroscado en su cabeza, y que le cubría el rostro en términos de no poder acercarse ninguna ave a comer sus carnes, de resulta de lo cual se apoderó del ánimo del rey cierta superstición y miedo, que dio ocasión a las mujeres para diferentes expiaciones, dándose a entender que habían muerto a

un hombre amado de los dioses y de una naturaleza superior; los de Alejandría dieron en concurrir a aquel lugar, invocando a Cleómenes como héroe e hijo de los dioses, hasta que otros tenidos por más inteligentes los retrajeron de esta opinión, contándoles que de los bueyes podridos nacen las abejas, de los caballos las avispas, de los asnos en igual forma los escarabajos, y que los cuerpos humanos, cuando el podre de la medula se espesa y toma consistencia, produce serpientes: lo que observado por los antiguos, miraron al dragón como el más amigo, y compañero de los héroes entre todos los animales.

TIBERIO

I.- Habiendo referido ya la primera historia, nos quedan que ver no menores infortunios en la pareja romana, contraponiendo las vidas de Tiberio y Gayo. Eran hijos de Tiberio Graco, que, con haber sido censor de los romanos, cónsul dos veces y habiendo obtenido dos triunfos, todavía fue mayor la dignidad que debió a su virtud. Fue, por tanto, merecedor de tomar en matrimonio a Cornelia, hija de Escipión, el que venció a Aníbal, después de la muerte de éste, aunque no había sido su amigo, sino más bien de otro partido en el gobierno. Dícese que cogió una vez una pareja de dragones sobre su lecho, y que, habiendo examinado los agoreros este portento, no dejaron que se diera muerte a los dos, ni que los dos quedaran, sino que se eligiera uno, en la inteligencia de que, si se mataba el macho, esto anunciaba la muerte a Tiberio, y si la hembra, a Cornelia; y, finalmente, que amando mucho Tiberio a su mujer, y juzgando que era más conveniente morir él el primero, por tener más edad, pues Cornelia era todavía joven, mató de las serpientes el macho y dejó la hembra; y después, al cabo de poco tiempo, murió, dejando doce hijos tenidos en Cornelia. Encargada

ésta de los hijos y de la casa, se mostró tan prudente, tan amante de sus hijos y tan magnánima, que entendieron todos no haber andado errado Tiberio en anteponer su muerte a la de semejante mujer, la cual no admitió el matrimonio del rey Tolomeo, que partía con ella la diadema y la pedía por mujer, y permaneciendo viuda, perdió todos los demás hijos, a excepción de una hija, que casó con Escipión el Menor, y los dos hijos Tiberio y Gayo, cuya vida escribimos; a los que dio tan esmerada crianza, que con ser, a confesión de todos, los de mejor índole entre los romanos, aun parece que se debió más su virtud a la educación que a la Naturaleza.

II.- Pues que en la semejanza de los Dióscuros, en sus imágenes pintadas o esculpidas se nota alguna diferencia que indica ora lo luchador, ora lo corredor de caballos, y de la misma manera en el grande aire que se dan estos jóvenes en el valor y modestia, en la liberalidad, en la elocuencia y en la elevación de ánimo, todavía salen y se notan en sus hechos y manera de gobiernos grandes desemejanzas; me parece que no será fuera de propósito que preceda su explicación. En primer lugar, en las facciones del rostro, en el mirar y en los movimientos, Tiberio era dulce y reposado, y Gayo fogoso y vehemente: tanto, que para hablar en público el uno permanecía sosegado en el mismo sitio, y el otro fue el primero de los Romanos que empezó a dar pasos en la tribuna y a desprenderse la toga del hombro, al modo que se refiere de Cleón el Ateniense haber sido el primero de aquellos oradores que se desprendía el manto y se golpeaba el muslo. En

segundo lugar, el estilo de Gayo era acalorado y cargado de afectos, con tendencia a lo terrible, y el de Tiberio más dulce y más propio para mover a la compasión. En la dicción, el de éste era puro y trabajado con estudio; el de Cayo, persuasivo y florido. Del mismo modo, en cuanto al orden de vida y a la mesa, Tiberio parco y sencillo, y Gayo, si se le comparaba con los demás, sobrio y austero; pero mirada la diferencia con el hermano, lujoso y delicado; así es que Druso le afeó el haber comprado unas mesas délficas de plata, que le costaron a razón de mil doscientas cincuenta dracmas la libra. En sus costumbres, con relación a la diferencia del estilo, el uno era afable y benigno y el otro pronto e iracundo: de manera que, hablando en público, se dejaba muchas veces arrebatar de la ira contra su mismo propósito, con lo que se levantaba la voz, prorrumpía en dicterios y desordenaba el discurso; y por lo tanto, para reparo de este acaloramiento, tenía cerca de sí a su esclavo Licinio, que no carecía de talento, el cual, puesto a su espalda con el instrumento que sirve para dar los tonos, cuando advertía que precipitaba y cortaba la pronunciación por el demasiado ardimiento, le daba un tono bajo y suave, y en oyéndole, inmediatamente volvía sobre sí, templaba el calor de los afectos, y bajaba la voz con la mayor docilidad.

III.- Estas eran las diferencias que entre ellos había; pero la fortaleza contra los enemigos, la justicia con los súbditos, la actividad en los cargos y la continencia en los placeres era en ambos una misma. En cuanto a la edad, Tiberio tenía nueve años más y esto hizo que ejerciesen autoridad en dis-

tintos tiempos, lo que no fue de pequeño perjuicio para sus empresas, por no haber florecido a un tiempo ni podido reunir sus fuerzas, que juntas las de ambos hubieran sido grandes e insuperables. Hablaremos, pues, separadamente de cada uno, y primero del de más edad.

IV.- Éste, pues, apenas salió de la puericia tuvo ya tanto nombre, que al punto se le reputó digno del sacerdocio llamado de los Augures, más bien por su virtud que por su ilustre origen. Manifestólo así Apio Claudio, varón consular y censorio, primero por su dignidad entre los senadores de Roma, y muy aventajado en prudencia a los de su edad, porque, comiendo juntos los agoreros, habló y saludó con singular cariño a Tiberio, y él mismo lo pidió para esposo de su hija; y habiéndole él otorgado con la mejor voluntad, hechos en esta forma los esponsales, al entrar Apio en su casa empezó desde la puerta a llamar a su mujer y a decirle en voz alta: "Antistia, he dado esposo a Claudia"; y admirada aquella: "¿Qué prisa o qué precipitación es esa- le respondió- como no sea Tiberio el marido que le has proporcionado?" Bien sé que algunos refieren esto al padre de los Gracos, Tiberio, y a Escipión el Africano, pero los más son de nuestro sentir, y Polibio dice que después de la muerte de Escipión el Africano sus deudos prefirieron entre todos a Tiberio para darle en matrimonio a Cornelia, significando con esto que el padre la había dejado sin desposar ni prometer. Militó el joven Tiberio en África con Escipión el Menor, que estaba casado con su hermana; y viviendo en una misma tienda con el general, al punto comprendió su ín-

dole, que daba grandes y continuos ejemplos de virtud, dignos de que todos los emulasen e imitasen. Bien presto, pues, se aventajó a todos los jóvenes en disciplina y en valor, y fue el primero que trepó al muro enemigo, como lo escribe Fanio, diciendo que él también subió con Tiberio y participó de aquel prez de valor. Así, mientras estuvo presente, tuvo el amor de los soldados, y después de haber partido del ejército fue muy sentida su ausencia.

V.- Nombrado cuestor después de aquella guerra, cúpole en suerte militar contra los de Numancia con el Cónsul Cayo Mancino, varón no vituperable, pero el general más desgraciado de todos los Romanos; por lo tanto, resplandeció más en acontecimientos tan extraños de fortuna y en semejantes adversidades no sólo la puntualidad y valor de Tiberio, sino lo que es de admirar, su veneración y respeto hacia el caudillo, cuando él mismo, oprimido de tantos males, hasta de que era general se había olvidado. Porque vencido en grandes y continuados combates, intentó retirarse de noche, abandonando el campamento; pero habiéndolo percibido los Numantinos, tomaron éste inmediatamente, cayeron sobre los fugitivos, dieron muerte a los que alcanzaron, y envolvieron por fin todo el ejército, impeliéndole hacia lugares ásperos, de los que no había salida; por lo que, desesperado Mancino de todo buen término, hizo publicar que trataría con ellos de conciertos de paz; pero respondieron que no se fiarían sino de sólo Tiberio, proponiendo que fuera éste el que se les enviara. Movíanse a ello ya por el mismo joven, a causa de la fama que de él había en el ejército, y ya también

acordándose de su padre Tiberio, que haciendo la guerra a los Españoles, y habiendo vencido a muchas gentes, asentó paz con los Numantinos, y confirmada por el pueblo, la guardó siempre con rectitud y justicia. Enviado, pues, Tiberio, entró con ellos en pláticas, y ora haciendo recibir unas condiciones, ora cediendo en otras, concluyó un tratado por el que salvó notoriamente a veinte mil ciudadanos Romanos, sin contar los esclavos ni la demás turba que no entra en formación.

VI.- Cuanto quedó en el campamento lo tomaron o destruyeron los Numantinos. Había entre estos despojos unas tablas pertenecientes a Tiberio, que contenían las cuentas de su cuestura, y que en gran manera deseaba recobrar, por lo cual, retirado ya el ejército, volvió a la ciudad con tres o cuatro de sus amigos. Llamando, pues, a los magistrados de los Numantinos, les rogó que le entregaran las tablas, para no dar a sus contrarios ocasión de calumniarle por no tener con qué defenderse acerca de su administración. Alegráronse los Numantinos con la feliz casualidad de poder servirle, y le rogaban que entrase en la población, y como se parase un poco para deliberar, acercándose a él, le cogían del brazo, repitiendo las instancias y suplicándole que no los mirara ya como enemigos, sino que como amigos se fiara y valiera de ellos. Resolvióse, por fin, a hacerlo así, deseoso de recobrar las tablas, y temeroso de que entendieran los Numantinos que tenía desconfianza; y entrando en la ciudad, le convidaron a comer, interponiendo toda especie de ruegos para que comiera alguna cosa sentado con ellos,

Restituyéronle después las tablas, y le propusieron que de lo demás del botín tomara lo que gustase; mas no tomó otra cosa que un poco de incienso, porque usaba de él para los sacrificios públicos, y con esto se retiró, saludándolos y despidiéndose con demostraciones de afecto.

VII.- Luego que volvió a Roma, aquel tratado se miró como ofensivo e ignominioso a la república, y fue por lo tanto puesto en examen y objeto de acusación; pero los deudos y amigos de los soldados, que eran una gran parte del pueblo, poniéndose alrededor de Tiberio, imputaron al general todo lo que el suceso había tenido de afrentoso, y atestiguaron que por él se habían salvado tantos ciudadanos. En tanto, los que atacaban el tratado decían que en aquel caso debían los Romanos imitar a sus antepasados; porque también éstos a los cónsules que se dieron por contentos con recibir libertad de los Samnites los arrojaron desnudos en manos de los enemigos, y a cuantos intervinieron y tuvieron parte en los tratados, como los cuestores y comandantes, igualmente los entregaron; haciendo que recayera sobre éstos el perjurio y el quebrantamiento de los pactos; pero aquí fue donde principalmente se vio el interés y amor con que el pueblo miraba a Tiberio; porque decretaron que el cónsul, desnudo y atado, fuese entregado a los Numantinos, y a todos los demás los trataron con indulgencia, a causa de Tiberio. Parece que contribuyó también a ello Escipión, que era entonces el principal y de mayor poder entre los Romanos; sin embargo, no faltaba quien le culpase de no haber salvado a Mancino ni procurado que se guardara a los Nu-

mantinos un tratado hecho por su deudo y amigo Tiberio. Bien es que esta acusación, a lo que parece, se debió en gran parte al amor propio de Tiberio, un poco ofendido, y a las conversaciones con que los amigos de éste y algunos sofistas le acaloraban; pero al cabo esta ligera desazón no tuvo consecuencia ninguna triste o desagradable. En lo que para mí no cabe duda es en que Tiberio no se habría visto en las adversidades que le sobrevinieron, si a sus operaciones de gobierno hubiera estado presente Escipión el Africano; pero ahora, cuando éste se hallaba ya en España, ocupado en la guerra de Numancia, fue cuando se dedicó a promover el establecimiento de nuevas leyes con la ocasión siguiente.

VIII.- Los Romanos de todas las tierras que por la guerra ocuparon a los enemigos comarcanos, vendieron una parte, y declarando pública la otra, la arrendaron a los ciudadanos pobres y menesterosos por una moderada pensión, que debían pagar al Erario. Empezaron los ricos a subir las pensiones; y como fuesen dejando sin tierras a los pobres, se promulgó una ley que no permitía cultivar más de quinientas yugadas de tierra. Por algún tiempo contuvo esta ley la codicia, y sirvió de amparo a los pobres para permanecer en sus arrendamientos y mantenerse en la suerte que cada uno tuvo desde el principio; pero más adelante los vecinos ricos empezaron a hacer que bajo nombres supuestos se les traspasaran los arriendos, y aun después lo ejecutaron abiertamente por sí mismos; con lo que, desposeídos los pobres, ni se prestaban de buena voluntad a servir en los ejércitos, ni cuidaban de la crianza de los hijos, y se estaba en riesgo de que

la Italia toda se quedara desierta de población libre y se llenara de calabozos de esclavos, como los de los bárbaros: porque con ellos labraban las tierras los ricos, excluidos los ciudadanos. Intentó poner en esto algún remedio Gayo Lelio, el amigo de Escipión, pero encontró grande oposición en los poderosos; y porque, temiendo una sedición, desistió de su empresa, mereció el sobrenombre de sabio o prudente, que es lo que significa a un mismo tiempo la voz *sapiens.* Mas nombrado Tiberio tribuno de la plebe, al punto tomó por su cuenta este negocio, incitado, según dicen los más, por el orador Diófanes y el filósofo Blosio. Era Diófanes un desterrado de Mitilena, y Blosio de allí mismo, natural de Cumas, en Italia; al cual, habiendo sido en Roma discípulo de Antípatro de Tarso, dedicó éste sus tratados de filosofía. Algunos dan también algo de culpa a su madre Cornelia, que les echaba en cara muchas veces el que los Romanos le decían siempre la suegra de Escipión, y nunca la madre de los Gracos. Mas otros dicen haber sido la causa un Espurio Postumio, de la misma edad de Tiberio y que competía con él en las defensas de las causas: porque como al volver del ejército lo encontrase muy adelantado en gloria y gozando de grande fama, quiso, a lo que parece, sobreponérsele, haciéndose autor de una providencia arriesgada y que ponía a todos en gran expectación; pero su hermano Gayo dijo en un escrito que, al hacer Tiberio su viaje a España por la Toscana, viendo la despoblación del país, y que los labradores y pastores eran esclavos advenedizos y bárbaros, entonces concibió ya la primera idea de una providencia que fue para ellos el manantial de infinitos males. Tuvo también gran

parte el pueblo mismo, acalorando y dando impulso a su ambición con excitarle por medio de carteles, que aparecían fijados en los pórticos, en las murallas y en los sepulcros, a que restituyera a los pobres las tierras del público.

IX.- Mas no dictó por sí solo la ley, sino que tomó consejo de los ciudadanos más distinguidos en autoridad y en virtud, entre ellos de Craso el Pontífice máximo, de Mucio Escévola el Jurisconsulto, que era cónsul en aquel año, y de Apio Claudio, su suegro. Parece además que no pudo haberse escrito una ley más benigna y humana contra semejante iniquidad y codicia; pues cuando parecía justo que los culpados pagaran la pena de la desobediencia, y sobre ella sufrieran la de perder las tierras que disfrutaban contra las leyes, sólo disponía que, percibiendo el precio de lo mismo que injustamente poseían, dieran entrada a los ciudadanos indigentes. Aunque el remedio era tan suave, el pueblo se daba por contento, y pasaba por lo sucedido como para en adelante no se le agraviara; pero los ricos y acumuladores de posesiones, mirando por codicia con encono a la ley, y por ira y tema a su autor, trataban de seducir al pueblo, haciéndole creer que Tiberio quería introducir el repartimiento de tierras con la mira de mudar el gobierno y de trastornarlo todo. Mas nada consiguieron; porque Tiberio, empleando su elocuencia en una causa la más honesta y justa, siendo así que era capaz de exornar otras menos recomendables, se mostró terrible e invicto cuando, rodeando el pueblo la tribuna, puesto en pie, dijo, hablando de los pobres: “Las fieras que discurren por los bosques de la Italia, tienen cada

una sus guaridas y sus cuevas; los que pelean y mueren por la Italia sólo participan del aire y de la luz, y de ninguna otra cosa más, sino que, sin techo y sin casas, andan errantes con sus hijos y sus mujeres; no dicen verdad sus caudillos cuando en las batallas exhortan a los soldados a combatir contra los enemigos por sus aras y sus sepulcros, porque de un gran numero de Romanos ninguno tiene ara, patria ni sepulcro de sus mayores; sino que por el regalo y la riqueza ajena pelean y mueren, y cuando se dice que son señores de toda la tierra, ni siquiera un terrón tienen propio".

X.- Estas expresiones, nacidas de un ánimo elevado y de un sentimiento verdadero, corrieron por el pueblo, y lo entusiasmaron y movieron de manera que no se atrevió a chistar ninguno de los contrarios. Dejándose, pues, de contradecir, acudieron a Marco Octavio, uno de los tribunos de la plebe, joven grave y modesto en sus costumbres, y amigo íntimo de Tiberio; así es que al principio, por respeto a él, había cedido; pero, por fin, siendo rogado e instado de muchos y de los más principales, como por fuerza se opuso a Tiberio y desechó la ley. Entre los tribunos prevalece el que se opone, porque nada hacen todos los demás con que uno solo repugne. Irritado con esto Tiberio, retiró aquella ley tan humana, y propuso otra más acepta a la muchedumbre y más dura contra los transgresores, mandándoles ya dejar las tierras que poseían contra las anteriores leyes. Eran, por tanto, continuas las contiendas que tenía con Octavio en la tribuna; en las que, sin embargo de que se contradecían con el mayor ardor y empeño, se refiere no haber dicho uno

contra otro expresión ninguna ofensiva ni haber prorrumpido en el calor de la ira en ninguna palabra que pudiera parecer menos decorosa; y es que, según parece, no sólo en los banquetes, sino también en las contiendas y en las rencillas, el estar dotados de buena índole y haber sido educados con esmero sirve siempre de freno y ornamento a la razón. Y aun habiendo advertido que Octavio era uno de los transgresores de la ley, por estar en posesión de muchas tierras del público, le rogaba Tiberio que desistiera del empeño, prometiendo pagarle el precio de ellas de su propio caudal, a pesar de que no era de los más floridos. No habiendo Octavio escuchado la proposición, mandó por un edicto que cesaran todas las demás magistraturas en sus funciones hasta que se votara la ley, y puso sellos en el templo de Saturno para que los cuestores ni introdujeran ni extrajeran nada, publicando penas contra los pretores que contraviniesen; de manera que todos concibieron miedo, y dieron de mano a sus respectivos negocios. Desde aquel punto los poseedores de tierras mudaron de vestiduras, y en actitud abatida y miserable se presentaron en la plaza; pero ocultamente armaban asechanzas a Tiberio, y aun habían llegado a tener pagados asesinos; tanto, que él, a ciencia de todos, llevaba siempre en la cinta un puñal de los usados por los piratas, al que llaman dolón.

XI.- Llegado el día, llamaba al pueblo para proceder la votación; pero los ricos habían quitado las urnas, y este incidente produjo un grandísimo alboroto. Podían Tiberio y su partido emplear la fuerza, y a ello se disponían; pero en

aquel momento Manlio y Fulvio, varones consulares, se dirigieron a Tiberio, y tomándole las manos, le rogaban con lágrimas que se contuviera. Reflexionando éste sobre las terribles consecuencias que ya preveía, y acatando además a tan autorizados varones, les preguntó qué querían hiciese; a lo que contestaron no creerse capaces de responder de pronto a semejante consulta, y que lo mejor sería poner la decisión en manos del Senado; y haciéndole sobre ello instancias, condescendió con su deseo. Mas como reunido el Senado nada adelantase, porque el mayor influjo era de los ricos, echó mano de un medio nada legal ni pacífico, cual fue el de privar del tribunado a Octavio, no encontrando otro para que la ley se pusiera a votación. Empezó para esto a interponer con él públicamente ruegos, hablándole en los términos más amistosos y humanos, y tomándole las manos, le suplicaba cediera en cuanto a la ley, y favoreciera al pueblo en una cosa tan justa y que sería ligera recompensa de grandes trabajos y peligros. Desechada por Octavio esta propuesta, ya hablándole en otro tono le repuso que, teniendo ambos una misma autoridad, y disintiendo sobre negocios de tan grande importancia, no habría cómo acabar su tiempo sin hacerse la guerra; que, por tanto, sólo veía un remedio a este mal, que era el de cesar uno de los dos en la magistratura, y propuso a Octavio que llamara al pueblo a votar acerca de él, pues por su parte descendería al punto, y quedaría reducido a la clase de particular, si así lo determinaban los ciudadanos. No conviniendo en ello Octavio, le dijo Tiberio que en tal caso estaba resuelto a llamar a votar acer-

ca de él, a no ser que, pensándolo mejor, mudara de dictamen.

XII.- Con esto, entonces disolvió la junta; pero reunido el pueblo al día siguiente, subiendo a la tribuna, intentó de nuevo persuadir a Octavio; mas hallándole irreducible, propuso ley para privarle del tribunado, y al punto hizo dar la voz de que los ciudadanos pasaran a votarla. Eran treinta y cinco las curias, y cuando habían votado diecisiete y no faltaba más que una para que Octavio quedara de particular, mandó suspender, y otra vez se puso a rogarle. Abrazóle a vista del pueblo e hizo otras demostraciones, instándole y suplicándole que ni a sí mismo se expusiera a aquel sonrojo, ni a él le pusiera en la precisión de haber de ser causa de una providencia tan dura y tan cruel. Dícese que estos ruegos y súplicas no los escuchó Octavio enteramente inmóvil y sereno, sino que se le llenaron los ojos de lágrimas y estuvo en silencio largo rato. Pero luego que miró a los ricos y a los poseedores de tierras que le tenían rodeado, es de creer que de vergüenza y temor a lo que éstos dirían se resolvió a todo trance, y dijo con entereza a Tiberio que hiciera lo que gustase. Sancionada de este modo la ley, mandó Tiberio a uno de sus libertos que echara a Octavio de la tribuna, porque se valía de sus libertos como de ministros, y esto hizo más digno de compasión el suceso de Octavio, al ver que se le echaba con ignominia. Mas el pueblo aún arremetió contra él, y acudiendo los ricos y conteniendo a éste, con gran dificultad se salvó Octavio, escabulléndose y huyendo de la muchedumbre; pero a un fiel esclavo suyo, que se le puso

delante como para defenderle, le sacaron los ojos, con gran pesar de Tiberio, que luego que tuvo noticia de lo que pasaba acudió al tumulto, corriendo con la mayor diligencia.

XIII.- De resultas de esto se sancionó también la otra ley sobre las tierras, y fueron elegidos tres ciudadanos para el discernimiento y el reparto: el mismo Tiberio Apio Claudio, su suegro, y Gayo Graco, su hermano, que no se hallaba presente, sino que militaba a las órdenes de Escipión contra Numancia. Ejecutadas estas cosas por Tiberio a todo su placer, sin que nadie se le opusiera, nombró además tribuno, no a una persona conocida, sino a un tal Mucio, que era su cliente; de lo que ofendidos los poderosos, y temiendo el poder que aquel iba adquiriendo, en el Senado le mortificaron y humillaron cuanto pudieron: pues que pidiendo, como era de costumbre, una tienda donde pudiera hacer el repartimiento de las tierras, no se la dieron, siendo así que se concedían a otros para objetos de menor entidad; y para expensas le señalaron por día nueve óbolos; siendo Publio Nasica quien promovía estas cosas, exponiéndose sin reserva a su enemistad, porque era el que más tierras poseía de las del público, y llevaba muy a mal que se le precisara a dejarlas. Con esto, el pueblo se encendía más, y habiendo muerto de repente un amigo de Tiberio, como en el cadáver se notasen ciertas señales reparables, empezaron a gritar que lo habían muerto con veneno, corrieron a su entierro, tomaron en hombros el féretro y no se apartaron mientras se le daba sepultura, no faltándoles razón para sospechar del veneno. Porque el cadáver se reventó, y arrojó gran cantidad de un

humor corrompido; tanto, que se apagó la hoguera; y formando otra, no quiso arder hasta que la mudaron a otro lugar; y aun allí tuvieron mucho que hacer para que en él prendiera el fuego. En vista de estas cosas, Tiberio irritaba más a la muchedumbre, pues se mudó las vestiduras, y presentando los hijos, pedía al pueblo que se encargara de ellos y de su madre, considerándose ya perdido.

XIV.- Había muerto el rey Átalo Filométor, y vino Eudemo de Pérgamo a traer el testamento, en el que estaba nombrado heredero el pueblo romano; y arengando al punto Tiberio a la muchedumbre, propuso una ley para que, llegado que fuera el gran caudal heredado, sirviese a los ciudadanos a quienes habían tocado tierras para adquirir los enseres y utensilios de la labor; y acerca de las ciudades que eran del reino de Átalo dijo que no debía el Senado tomar providencia alguna, sino que él manifestaría su modo de pensar al pueblo. Incomodó esto sobremanera al Senado, y levantándose Pompeyo, dijo que era vecino de Tiberio, y por esta razón sabía que Eudemo de Pérgamo le había entregado la diadema y la púrpura del rey, como teniendo por cierto que había de reinar en Roma; y Quinto Metelo le echó en cara que cuando su padre, siendo censor, volvía a casa después de cenar, los ciudadanos que le acompañaban apagaban las luces, para que no pareciera que se habían detenido en diversiones y francachelas más de lo regular, y a él por la noche le iban alumbrando los más atrevidos y más miserables de la plebe. También Tito Anio, hombre que no tenía opinión de probidad ni de prudencia, pero que ha-

blando en público pasaba por invencible en las preguntas y respuestas, desafió a Tiberio a que se defendiese de haber injuriado a su colega, siendo sacrosanto e inviolable por las leyes; y como se moviese grande alboroto, yéndose hacia él Tiberio, pedía auxilio al pueblo, diciendo que se le trajera para acusarlo. Anio, que en elocuencia y en autoridad se reconocía inferior, recurrió a su habilidad, y pidió a Tiberio que antes de hablar en su acusación le respondiera a una friolera. Convino en que preguntara, y quedando todos en silencio, dijo Anio: "Si queriendo tú afrentarme y deshonrarme me acogiere yo a alguno de tus colegas, y bajando éste a auxiliarme te enfadas tú de ello, pregunto: ¿le privarás del tribunado?" Se dice que a esta pregunta quedó tan cortado Tiberio, que con ser el más pronto que se conocía para hablar y el más atrevido y resuelto, enmudeció en aquella ocasión.

XV.- Disolvió, pues, entonces la junta, y habiendo entendido que de todas las disposiciones que a su propuesta se habían tomado la que peor impresión había hecho, no sólo en los poderosos, sino en la muchedumbre, era la relativa a Octavio- porque la grande y respetable autoridad de los tribunos, conservada ilesa hasta entonces, parecía que había sido hollada y escarnecida-, pronunció ante el pueblo un discurso, del que no deberá tenerse por inoportuno poner aquí algunos rasgos, para que se tenga idea de lo persuasivo y convincente de su dicción. Porque dijo: "Que un tribuno es sacrosanto e inviolable, a causa de que se consagra al pueblo y es del pueblo defensor; mas si cambiando de conducta

ofende al pueblo, disminuye su poder, y le priva de votar, él mismo es quien se despoja de su dignidad, no haciendo aquello para que fue elegido, pues si no, al tribuno que arruinara el Capitolio o incendiara el arsenal debería dejársele en paz; y eso que el que esto hace es tribuno, aunque malo; pero si disuelve el pueblo ya no es tribuno. ¿Y no sería cosa repugnante que el tribuno pueda prender al cónsul, y que el pueblo no pueda despojar de su autoridad al tribuno cuando abusa de ella contra el mismo de quien la recibió? Porque al cónsul y al tribuno igualmente los elige el pueblo. Pues la prerrogativa real, conteniendo en sí todo poder y toda autoridad, era, además, consagrada con las ceremonias más augustas, y parecía en cierta manera cosa divina; y, sin embargo, la ciudad expelió a Tarquinio por ser injusto, y por la maldad de uno solo fue disuelta aquella autoridad patria que había fundado a Roma. ¿Y qué cosa hay en Roma tan sagrada y venerable como las que llamamos las vírgenes encargadas de guardar el fuego incorruptible? Y si alguna de ellas yerra, es enterrada viva: porque impías contra los dioses, no guardan lo inviolable y sagrado que por respeto a los mismos dioses se les concede. No es, pues, conforme a justicia que el tribuno injusto contra el pueblo conserve la inviolabilidad que en favor del pueblo le es dada, porque él mismo destruye la autoridad que le hace poderoso. Y si tiene justamente su autoridad, porque la mayor parte de las curias le votaron, ¿no se le quitará con mayor justicia todavía si todas votan contra él? Nada hay más santo e inviolable que las ofrendas y voto de los dioses, y nadie disputa al pueblo la facultad de usar de ellos, de moverlos y trasladarlos como le

parece. Érale, pues, lícito trasladar al tribunado a otro, como una ofrenda; y prueba clara de no ser toda magistratura una cosa tan sagrada que no pueda quitarse, es que muchas veces los que las tienen hacen por sí renuncia y dimisión de ellas".

XVI.- Estos eran los principales capítulos de la defensa de Tiberio; mas como sus amigos fuesen sabedores de las amenazas y de la conjuración que estaba tramada, tenían por preciso que se pusiera a cubierto para en adelante con pedir otra vez el tribunado; él trató de cautivar más a la muchedumbre con otras leyes, quitando tiempo a los empeños de la milicia, concediendo apelación de los jueces al pueblo, uniendo con los que entonces asistían a los juicios, que eran del orden senatorio, un número igual del orden ecuestre, y coartando de todas maneras la autoridad del Senado, más por encono y enemiga que con miras de justicia y conveniencia. Al darse los votos advirtieron que vencían los contrarios, porque no había concurrido todo el pueblo; y volviéndose primero contra los colegas con injurias y denuestos, gastaron así el tiempo, y después disolvieron la junta, mandando que acudieran al día siguiente. Por lo que hace a Tiberio, bajó a la plaza, y mostrándose abatido, pedía con lágrimas amparo a los ciudadanos; después, diciendo temía que en aquella noche arrasaran los enemigos su casa y le matasen, de tal modo los inflamó, que muchos formaron como un campo alrededor de su casa y pasaron allí la noche haciéndole la guardia.

XVII.- A la mañana, muy temprano, vino con las aves que servían para los agüeros el que cuidaba de ellas, y les echó de comer; pero no salió más que una, por más que el pollero sacudió bien la jaula, y aun ésta no tocó la comida, sino que tendió el ala izquierda, alargó la pata y se volvió a la jaula; lo que le hizo a Tiberio acordarse de otra señal que había precedido. Tenía, en efecto, un casco que usaba para las batallas, graciosamente adornado y muy brillante, y habiéndose metido en él unas culebras, no se vio que habían puesto huevos y los habían sacado; y por esta razón causó mayor turbación a Tiberio lo ocurrido con las aves. Iba, sin embargo, a subir, sabiendo que era grande el concurso del pueblo al Capitolio, y al salir tropezó en el umbral, dándose tal golpe en el pie, que se le partió la uña del dedo grande y le salía la sangre por el zapato. Habían andado muy poco, cuando sobre un tejado se vieron a la izquierda unos cuervos riñendo; y pasando muchos, como era natural, junto a Tiberio, una piedra arrojada por uno de ellos cayó precisamente a sus pies; lo que hizo detener aun a los más osados de los que le acompañaban; pero llegando a este tiempo Blosio de Cumas, dijo que era grande vergüenza y miseria que Tiberio, hijo de Graco, nieto de Escipión, y el defensor del pueblo romano, por temor de un cuervo no acudiera adonde los ciudadanos lo llamaban, y que esto, que era vergonzoso, no lo harían pasar por burla los enemigos, sino que le pintarían al pueblo como un tirano que ya se daba grande importancia. Al mismo tiempo corrieron hacia Tiberio desde el Capitolio muchos de sus amigos, diciéndole que entrase, porque allí todo estaba como se pudiera desear. Y al princi-

pio todo le salió bien, pues apenas pareció le aclamaron con voces de amistad; cuando acabó de subir le recibieron con las mayores demostraciones, y, puestos alrededor de él, cuidaban de que no se le acercara ningún desconocido.

XVIII.- Habiendo empezado Mucio a llamar de nuevo las curias, no pudo conseguir que se hiciera nada con concierto, por el gran tumulto que movían los últimos, impelidos e impeliendo a los que venían de la otra parte y se metían entre ellas a viva fuerza. En esto Fulvio Flaco, del orden senatorio, poniéndose en sitio de donde fuera visto, como no pudiese hacerse oír, hizo señas con la mano de que tenía que decir una cosa aparte a Tiberio; y mandando éste a la muchedumbre que le hiciera paso, subió aquel con gran dificultad, y, puesto en su presencia, le anunció que, reunido el Senado, los ricos, no habiendo podido atraer a su partido al cónsul, habían resuelto por sí quitarle la vida, teniendo armados a muchos de sus esclavos y amigos para el efecto.

XIX.- Luego que Tiberio dio parte de este aviso a los que le rodeaban, se ciñeron éstos las togas, y rompiendo los astiles con que los ministros hacen apartar a la muchedumbre, tomaron los pedazos para defenderse con ellos de los que les acometieran. Pasmábanse los que se hallaban algo lejos de lo que sucedía, y preguntando acerca de ello, Tiberio llevó la mano a la cabeza, queriendo indicar por señas su peligro, pues que la voz no podía ser oída; pero los contrarios, al ver esta demostración, corrieron a anunciar al Senado que Tiberio pedía la diadema, de lo que era señal el

haberse tocado la cabeza. Alteráronse todos, y Nasica pedía al cónsul que mirara por la república y acabara con el tirano; mas como éste respondiese sencillamente que no era su ánimo emplear ninguna fuerza, ni quitar la vida a ningún ciudadano sin ser juzgado, y sólo si el pueblo diese algún decreto injusto, persuadido o violentado por Tiberio, no lo tendría por válido, levantóse entonces Nasica: "Pues que el cónsul- dijo- es traidor a la república, los que queráis venir en socorro de las leyes seguidme". Y al decir esto se echó el borde de la toga sobre la cabeza, y se dirigió corriendo al Capitolio. Recogiéronse también las togas con la mano los que iban en pos de él, y apartaban a los que encontraban al paso, no habiendo ninguno que se atreviera a detenerlos por su autoridad, sino que más bien huían y se pisaban unos a otros. Los que eran de su facción habían traído de casa palos y mazas, y ellos, echando mano de los fragmentos y los pies de las sillas curules, hechas pedazos por la muchedumbre al tiempo de huir, marcharon contra Tiberio, hiriendo a los que se le ponían delante; y éstos fueron los primeros que murieron. Tiberio dio a huir, y llegó uno a asirle de la ropa; dejó aquel la toga, y continuó huyendo en túnica, pero tropezó y cayó sobre algunos de los que murieron antes que él, y al levantarse, el primero que se sabe haberle herido en la cabeza con el pie de una silla fue Publio Satureyo, uno de sus colegas; y el segundo golpe se lo dio Lucio Rufo, que se jactaba de ello como de una grande hazaña. Al todo murieron más de trescientos golpeados con palos y piedras, y ninguno con hierro.

XX.- Ésta dicen haber sido desde la expulsión de los reyes la primera sedición que terminó en sangre y muerte de los ciudadanos. Las demás, que no habían sido pequeñas ni nacidas de pequeñas causas, las habían aplacado cediendo unos a otros, los poderosos por miedo a la muchedumbre y la plebe por reverencia al Senado. Entonces mismo parece que fácilmente habría cedido Tiberio tratado con blandura, y más fácilmente se habría rendido sin muertes ni heridas a los que se hubieran presentado en actitud de acometerle, no teniendo consigo arriba de tres mil hombres; pero es de creer que esta sedición se movió contra él más bien por encono y odio de los ricos que no por los motivos que se pretextaron; de lo que es grande indicio la afrenta e ignominia con que fue tratado su cadáver. Porque no le permitieron recogerlo al hermano, que lo pedía para enterrarlo de noche, sino que con todos los demás muertos lo arrojaron al río. Y aun no acabó aquí, sino que de sus amigos a unos los proscribieron y desterraron sin juzgarlos, y a otros los prendieron y les dieron muerte, entre los que pereció el orador Diófanes. A Gayo Vilio lo encerraron en una jaula, y echando en ella víboras y culebras, de este modo tan inhumano lo mataron. Blosio de Cumas fue presentado a los cónsules, y preguntado sobre los hechos ocurridos, dijo que todo lo había ejecutado de orden de Tiberio; y replicándole Nasica: "¿Y si Tiberio te hubiera mandado poner fuego al Capitolio?" Al principio no contestó sino que Tiberio no podía mandar semejante cosa; pero como muchos le repitiesen la pregunta: "Si lo hubiera mandado- dijo-, lo hubiera tenido por bien hecho, porque Tiberio no lo habría dispuesto sino

por ser útil al pueblo". Libróse entonces de esta manera, y marchando después al Asia, al lado de Aristonico, cuando las cosas de éste tuvieron mal término, se quitó la vida.

XXI.- El Senado, para sosegar al pueblo, como las circunstancias lo pedían, ya no hizo oposición ninguna al repartimiento de tierras, y antes propuso que se eligiera otro repartidor en lugar de Tiberio. Tomando, pues, las tablillas, eligieron a Publio Craso, pariente de Graco: porque su hija Licinia estaba casada con Gayo, y aunque Cornelio Nepote dice que la que casó con Gayo Graco no fue hija de Craso, sino de Bruto, el que triunfó de los Lusitanos, los más refieren lo que dejamos escrito. Estaba el pueblo irritado con la muerte de Tiberio, y se echaba bien de ver que esperaba oportunidad de vengarse, además de que ya empezaban a moverse causas a Nasica; temiendo, pues, el Senado por su persona, decretó, sin que hubiera objeto alguno, enviarlo al Asia. Porque los ciudadanos siempre que se encontraban con él no ocultaban su desagrado, y antes se lo mostraban a las claras, llamándole en voz alta, cuando la ocasión se les presentaba, malvado y tirano, manchado con la muerte de una persona inviolable y sagrada, y violador del más santo y venerable templo entre todos los de la ciudad. Hubo, pues, de salir Nasica de Italia, sin embargo de que debieran detenerle las ocupaciones religiosas más augustas, porque era a la sazón Pontífice máximo. Anduvo, por tanto, en países extraños, afligido y errante, y al cabo de no largo tiempo murió en Pérgamo. Y no es de maravillar que el pueblo aborreciese tanto a Nasica, cuando Escipión Africano, al que con justa

razón armaron los Romanos sobre todos los demás, estuvo en muy poco que perdiera esta benevolencia del pueblo, porque a la primera noticia que sobre Numancia se le dio de la muerte de Tiberio exclamó, con aquel verso de Homero:

¡Siempre así; quien tal haga, que tal pague!

Y preguntándole después en una junta pública Gayo y Fulvio qué le parecía de la muerte de Tiberio, dio una respuesta con la que significó no haber sido de su gusto los actos de aquel, de resulta de lo cual el pueblo le interrumpió en su discurso, cosa que nunca antes había ejecutado, y él prorrumpió también en expresiones ofensivas al pueblo. Pero de todo esto tratamos más detenidamente en la Vida de Escipión.

GAYO GRACO

I.- Gayo Graco, al principio, o por temor de los enemigos, o para excitar más odio contra ellos, se retiró de la plaza pública y permaneció sosegado en su casa, como quien, por hallarse entonces en estado de abatimiento, se proponía para en adelante vivir apartado de los negocios; tanto, que se esparcieron voces contra él de que censuraba y miraba mal la conducta pública del hermano, bien que era todavía demasiado joven, porque tenía nueve años menos que el hermano, y éste murió sin haber cumplido los treinta. Con el tiempo, aun en medio de su retiro, se echó de ver que en sus costumbres no propendía al ocio, al regalo, a la intemperancia ni a la codicia; y preparándose con la elocuencia como con alas voladoras para tomar parte en el gobierno, se advertía bien que no podría estarse quieto. Habló por la primera vez en defensa de uno de sus amigos llamado Vetio, contra quien se seguía causa; y como el público se hubiese entusiasmado y embriagado de placer al oírle, por haber dado muestras de ser los demás oradores unos muchachos comparados con él, los poderosos volvieron a concebir gran temor, y trataron con empeño entre sí de que Gayo no as-

cendiera al tribunado de la plebe. Ocurrió también que por el orden natural cupo a Gayo la suerte de ir a Cerdeña de cuestor con el cónsul Orestes, lo que fue muy del gusto de sus enemigos, y no desagradó al mismo Gayo; pues siendo de carácter guerrero, estando no menos ejercitado en la milicia que en la defensa de las causas, mirando con cierto horror el gobierno y la tribuna y no pudiendo negarse ni al pueblo ni a los amigos si le llamasen, tuvo por gran dicha este motivo de ausencia. Con todo, la opinión generalmente recibida es que fue un decidido demagogo, y más codicioso que el hermano de la gloria que resulta del aura popular; pero esto no es cierto, sino que hay pruebas de que fue arrastrado al gobierno más bien por necesidad que por voluntad y resolución propia; conforme a esto, refiere Cicerón el orador que, huyendo Gayo de toda magistratura, y estando resuelto a vivir en quietud y reposo, se le apareció entre sueños el hermano, y saludándole, le dijo: “¿Por qué causa o en qué te detienes, Gayo? No hay cómo evitarlo: una misma vida y una misma muerte, por defender los intereses del pueblo, nos tiene destinadas el hado”.

II.- Puesto Gayo en Cerdeña, dio pruebas de toda especie de virtud, aventajándose a todos los jóvenes en los combates contra los enemigos, en la justicia con los súbditos y en el amor y respeto al general; y en la prudencia, en la sencillez y en el amor al trabajo excedió aún a los más ancianos. Sobrevino en Cerdeña un invierno sumamente riguroso y enfermizo, y habiendo pedido el pretor a las ciudades vestuario para los soldados, acudieron a Roma a que se las

excusara. Accedió el Senado a su petición, y mandó que el pretor viera por otra parte el modo de remediar a los soldados; y como éste se hallase en el mayor apuro por lo que el soldado padecía, recorrió Gayo las ciudades e hizo que éstas enviaran por sí mismas vestuario y socorriesen a los Romanos. Venida a Roma la noticia de estos hechos, que parecían preludios de demagogia, el Senado se sobresaltó; y en primer lugar, habiendo llegado de África embajadores de parte del rey Micipsa, diciendo que éste, por consideración a Gayo Graco, había enviado trigo a Cerdeña a la orden del pretor, los oyeron con disgusto y los despacharon. Decretaron en segundo lugar que la tropa fuera relevada, pero que Orestes permaneciera, para que con esto se quedara también Gayo; mas éste, indignado con tales sucesos, se hizo al punto a la vela, y cuando menos se lo esperaba se apareció en Roma; de lo que le hicieron un crimen sus enemigos, y aun al pueblo mismo pareció cosa extraña que siendo cuestor hubiera vuelto antes que el general. Llegó a ponérsele sobre esto acusación ante los censores; pero habiendo pedido permiso para hablar, de tal manera mudó los ánimos de los oyentes, que salieron persuadidos de que él era el que había recibido muchos agravios. Porque dijo que había servido en la milicia doce años, cuando a los demás no se les precisaba a servir más de diez; que de cuestor había estado al lado del pretor tres años, cuando por la ley podía haber vuelto después de cumplido uno; que él sólo entre sus compañeros de armas había llevado la bolsa llena, y que los demás, después de haberse bebido el vino que condujeron, habían vuelto a Roma trayendo los cántaros llenos de plata y oro.

III.- Moviéronle después de esto otras causas y otros juicios, achacándole que había hecho a los aliados sublevarse, y había tenido parte en la conjuración de Fregelas; pero habiendo desvanecido toda sospecha y resultado inocente, se presentó al momento a pedir el tribunado. Hiciéronle oposición todos los principales, sin quedar uno; pero de la plebe fueron tantos los que de toda Italia concurrieron a la ciudad para asistir a los comicios, que para muchos faltó hospedaje; no cabiendo el concurso en el campo de Marte, venían voces de electores de los tejados y azoteas, a pesar de lo cual los ricos violentaron al pueblo y frustraron la esperanza de Gayo, hasta el punto de que, habiendo consentido ser nombrado el primero, no fue sino el cuarto. Mas, entrado en el ejercicio, al instante fue el primero de todos por su elocuencia, en que nadie le igualaba, y porque lo que había padecido le daba grande ocasión para explicarse con vehemencia, deplorando la pérdida del hermano. De aquí tomaba siempre motivo para manejar a su arbitrio el pueblo, recordando el suceso, y haciendo contraposición con la conducta de los antiguos Romanos: porque éstos hicieron guerra a los Faliscos por haber insultado a un tribuno de la plebe llamado Genucio, y condenaron a muerte a Gayo Veturio porque él solo no se levantó cuando un tribuno pasaba por la plaza; y "ante vuestros ojos- exclamó- acabaron éstos a palos a Tiberio, y por medio de la ciudad fue llevado muerto desde el Capitolio para arrojarlo al río; y de sus amigos, los que pudieron ser habidos fueron también muertos sin juicio antecedente; siendo así que tenéis ley por la que, si no

comparece el que es reo de causa capital, va por la mañana, al amanecer, a las puertas de su casa un trompetero, y le llama a son de trompeta, y sin preceder esta diligencia no pronuncian sentencia los jueces: ¡tan precavidos y solícitos eran acerca de los juicios!"

IV.- Con discursos como éste conmovía al pueblo, porque tenía buena voz y era vehemente en el decir. Propuso, pues, dos leyes, de las cuales era la una que si el pueblo privaba a un magistrado de su cargo, no pudiera después ser admitido a pedir otro, y la otra, que si algún magistrado proscribía y desterraba a un ciudadano sin juicio precedente, hubiera contra él acción ante el pueblo. De estas leyes la primera iba directamente a infamar a Octavio, aquel que a propuesta de Tiberio había perdido el tribunado de la plebe, y en la segunda estaba comprendido Popilio, porque siendo pretor había desterrado a los amigos de Tiberio. Popilio no quiso aguardar a la decisión de la causa, y abandonó la Italia; la otra ley la retiró Gayo, diciendo que hacía esta gracia a Octavio por su madre Cornelia, que se lo había rogado; y el pueblo lo celebró y vino en ello, dispensando a Cornelia este honor, no menos por sus hijos que por su padre, y erigió después a esta insigne mujer una estatua en bronce, con esta inscripción: "Cornelia, madre de los Gracos." Consérvase la memoria de algunas expresiones dichas por Gayo con elegancia, a estilo del foro, acerca de la misma, contra uno de sus enemigos: "¿Por qué tú- le dijo- te atreves a insultar a Cornelia, habiendo dado ésta a luz a Tiberio?" Y porque el ofensor era tachado de disoluto y muelle, "¿cómo te atreves- continuó- a compararte con Cornelia? ¿Has parido como

ella? Pues bien notorio es en Roma que más tiempo estuvo sin ser tocada de varón aquella, que tú siendo varón." ¡Tan picantes y agrias eran sus expresiones! Y de lo que dejó escrito pueden recogerse otras muchas por este mismo término.

V.- De las leyes que hizo en favor del pueblo y para disminuir la autoridad del Senado, una fue agraria, para distribuir por suerte tierras del público a los pobres; otra militar, por la que se mandaba que del erario se suministrara el vestuario, sin que por esto se descontara nada al soldado de su haber, y que no se reclutara para el servicio a los menores de diecisiete años; otra federal, que daba a los habitantes de la Italia igual voz y voto que a los ciudadanos; otra alimenticia, para dar a los pobres los víveres a precio cómodo, y otra, finalmente, judicial, que fue con la que principalmente quebrantó el poder de los senadores. Porque ellos solos juzgaban las causas, y por esta razón eran terribles a la plebe y a los caballeros; y Gayo añadió trescientos del orden ecuestre a los trescientos senadores, e hizo que los juicios fueran en unión y promiscuamente de seiscientos ciudadanos. Para hacer sancionar esta ley tomó con gran diligencia sus medidas; una de ellas fue el que, siendo antes costumbre que todos los oradores hablasen vueltos hacia el Senado y hacia el llamado comicio, entonces por la primera vez salió más afuera, perorando hacia la plaza; y en adelante lo hizo así siempre: causando con una pequeña inclinación y variación de postura una mudanza de grandísima consideración, como fue la de convertir en cierta manera el gobierno de aristocra-

cia en democracia, con dar a entender que los oradores debían poner la vista en el pueblo y no en el Senado.

VI.- No sólo sancionó el pueblo esta ley, sino que le dio a él mismo la facultad de elegir los jueces del orden ecuestre, con lo que vino a ejercer una especie de autoridad monárquica; tanto, que aun el Senado sufría el haber de tomar de él consejo, y siempre en sus dictámenes le proponía lo que le estaba mejor. Como fue aquella determinación tan justa y benéfica, acerca del trigo que envió de España el procónsul Fabio, porque persuadió al Senado que se vendiera el trigo y el precio se enviara a las ciudades, reconviniendo a Fabio de que hacía a los pueblos dura e insufrible la dominación romana, cosa que le adquirió en las provincias gran crédito y benevolencia. Propuso asimismo leyes para que se enviaran colonias, se hicieran caminos y se construyeran graneros. De todas estas obras se hizo él mismo presidente y administrador; y siendo tantas y tan grandes, de nada se cansaba; sino que con admirable presteza y trabajo las dio concluidas, como si atendiera a una sola; de manera que aun los que más le aborrecían y temían se mostraban pasmados de verle en todo tan eficaz y activo. El pueblo admiraba también el singular espectáculo que aquello ofrecía, al ver la gran muchedumbre que le seguía de operarios, de artistas, de legados, de magistrados, de soldados y de literatos, a todos los cuales se mostraba afable, guardando cierta entereza en la misma benignidad, y hablando a cada uno particularmente, según su clase; con lo que desacreditó a los calumniadores, que lo pintaban temible, fiero y violento. Era, por tanto, po-

pular, con más destreza todavía en el trato y en los hechos que en los discursos pronunciados en la tribuna.

VII.- Su principal cuidado lo puso en los caminos, atendiendo en su fábrica a la utilidad al mismo tiempo que a la comodidad y buena vista, porque eran muy rectos y atravesaban el terreno sin vueltas ni rodeos. El fundamento era de piedra labrada, que se unía y macizaba con guijo. Los barrancos y precipicios excavados por los arroyos se igualaban y juntaban a lo llano por medio de puentes; la altura era la misma por todo él de uno y otro lado, y éstos siempre paralelos, de manera que el todo de la obra hacía una vista uniforme y hermosa, Además de esto, todo el camino estaba medido, y al fin de cada milla- medida que viene a ser de ocho estadios poco menos- puso una columna de piedra que sirviera de señal a los viajeros. Fijó además otras piedras a los lados del camino, a corta distancia unas de otras, para que los que iban a caballo pudieran montar desde ellas, sin tener que aguardar a que hubiera quien les ayudase.

VIII.- Celebrándole mucho el pueblo por estas obras, y mostrándose muy dispuesto a darle pruebas de su benevolencia, dijo, arengándole en una de las juntas, tenía que pedirle una gracia, obtenida la cual la apreciaría sobre todo, y si no fuese atendido, no por eso se quejaría. Al oír esto creyeron que sería la petición del consulado, y todos esperaron que aspiraría a un tiempo al consulado y al tribunado de la plebe. Llegado el día de los comicios consulares, y estando todos pendientes, se presentó, trayendo de la mano al cam-

po de Marte a Gayo Fanio, y auxiliándole con sus amigos para que fuese elegido; lo que concilió a Fanio gran favor. Así es que fue nombrado cónsul, y Gayo, tribuno de la plebe por segunda vez, no por que hiciese gestiones o pidiese esta magistratura, sino únicamente a solicitud del pueblo. Observó que el Senado le era enteramente contrario, y que se había entibiado mucho la gratitud en Fanio: por lo que procuró captar a la muchedumbre con otras leyes, proponiendo que se enviaran colonias a Tarento y a Capua, y que se admitiera a los latinos a la participación de los derechos de ciudad. Temió con esto el Senado que se hiciese del todo invencible, y recurrió a un nuevo y desusado medio para apartar de él el amor de la muchedumbre, cual fue el de hacerse popular y favorable a ésta con exceso. Porque uno de los colegas de Gayo era Livio Druso, varón que ni en linaje ni en educación cedía a ninguno de los Romanos, y en elocuencia y en riqueza competía ya con los de más autoridad y poder, por estas mismas cualidades. Acuden, pues, a él los principales y le estimulan a que derribe de su favor a Gayo, y con su ayuda se vuelva contra él, no para chocar con la muchedumbre, sino para mandar a gusto de ésta, y favorecerla aun en cosas por las que sería honesto incurrir en su odio.

IX.- Prestó Livio para estos objetos al Senado la autoridad de su magistratura, y propuso leyes que no tenían nada ni de loables ni de útiles, con sola la mira de exceder a Gayo en favor y condescendencia para con la muchedumbre, contendiendo y compitiendo con él como los actores de una comedia, con lo cual el Senado no dejó duda de que no le

ofendían los proyectos de Gayo, sino que lo que quería era o quitarle de en medio o humillarle. Porque no proponiendo él más que dos colonias, y para ellas a los ciudadanos más bien vistos, decían, sin embargo, que aspiraba a seducir al pueblo; y al mismo tiempo sostenían a Livio cuando formaba doce colonias, enviando a cada una tres mil de los más infelices; desacreditaban a aquel porque distribuía las tierras a los pobres, imponiendo a cada uno una pensión para el erario, diciendo que lisonjeaba a la muchedumbre, y Livio, que hasta esta pensión quitaba a los agraciados, merecía su aprobación. Mas aquel, por dar a los latinos igual voz y voto, les era molesto, y cuando éste proponía que en el ejército no se pudiera castigar a ninguno de los latinos empleando las varas contra ellos, promovían esta ley. El mismo Livio protestaba siempre en sus discursos que hacía estas propuestas de acuerdo del Senado, que velaba por la muchedumbre, y esto fue lo único que hubo de bueno en todos sus actos. Porque el pueblo se mostró desde entonces menos irritado contra el Senado, y mirando antes éste con malos ojos y con odio a los principales y más señalados, disipó y suavizó Livio aquella enemiga y mala voluntad, haciendo entender que lo que él ejecutaba en favor y beneficio de la muchedumbre era todo por disposición de los senadores.

X.- Lo que inspiró al pueblo mayor confianza en el amor y justificación de Druso fue no haber propuesto nunca nada en su favor ni relativo a su persona: porque para las fundaciones de las colonias envió a otros, y nunca se acercó al manejo de los caudales, siendo así que Gayo se había encar-

gado de la mayor parte y de los más importantes entre estos negocios. Así, cuando proponiendo Rubrio, uno de sus colegas, que se estableciera colonia en Cartago, arrasada por Escipión, le tocó la suerte a Gayo, marchó éste al África para el establecimiento; y dando esto mayor proporción a Druso para adelantársele en su ausencia, se atrajo y ganó efectivamente al público, con especial por las sospechas que contra sí excitó Fulvio. Este Fulvio, amigo de Gayo y su colega para el repartimiento de tierras, era hombre turbulento, aborrecido notoriamente del Senado y sospechoso de todos los demás de que alborotaba a los confederados y de que en secreto solicitaba a la rebelión a los habitantes de Italia. A estas voces, que se esparcían sin prueba ni discernimiento, les conciliaba crédito el mismo Fulvio, por verse que sus designios no eran sanos ni pacíficos; y esto fue lo que principalmente perjudicó a Gayo, a quien alcanzó parte del odio contra aquel. Además, cuando se halló muerto a Escipión Africano, sin causa ninguna manifiesta, y pareció que en el cadáver se advertían señales de golpes y de violencia, como en la Vida de éste lo hemos escrito, si bien la mayor sospecha recayó sobre Fulvio, por ser su enemigo, y porque en aquel mismo día había insultado a Escipión en la tribuna, no dejó de haber contra Gayo algún recelo; y un crimen tan atroz, ejecutado en el varón más grande y eminente de los romanos, ni se puso en claro, ni sobre él se siguió causa, porque la muchedumbre se opuso y disolvió el juicio, temiendo por Gayo, no fuera que si se hacían pesquisas se le hallara implicado en la muerte. Mas esto había sucedido tiempo antes.

XI.- Estando Gayo entendiendo en el establecimiento de la colonia de Cartago, a la que dio el nombre de Junonia, se dice habérsele opuesto muchos estorbos de parte de los dioses. Porque arrebató el viento la primera enseña y por más que el alférez resistió con toda su fuerza, se hizo pedazos. Una ráfaga de viento esparció las víctimas que estaban puestas en el altar, y las arrojó sobre los términos de la delineación o demarcación que tenía hecha. Estos mismos términos o hitos, vinieron unos lobos, los desordenaron y se los llevaron lejos. A pesar de todo esto, disponiendo y arreglando las cosas en sólos setenta días, volvió a Roma, por saber que Druso traía apurado a Fulvio, y que sus negocios pedían se hallase presente. Porque Lucio Opimio, varón inclinado al gobierno de pocos, y de grande influjo en el Senado, aunque al principio sufrió repulsa pidiendo el consulado cuando Gayo protegió a Fanio y contribuyó al desaire de aquel; contando entonces con el favor de muchos, se tenía por cierto que saldría cónsul, y que siéndolo, tiraría a arruinar a Gayo, estando ya en cierta manera marchito su poder, y satisfecho el pueblo de disposiciones como las suyas, por ser muchos los que se habían dedicado a afectar popularidad y haberse mostrado condescendiente el Senado.

XII.- Vuelto, lo primero que hizo fue trasladar su habitación desde el palacio al barrio debajo de la plaza, como más plebeyo, por hacer la casualidad de que viviesen allí la mayor parte de los pobres e infelices. Después propuso las leyes que restaban para hacer que se votasen; pero habiendo con-

currido grande gentío de todas partes, movió el Senado al cónsul Fanio a que, fuera de los Romanos, hiciera salir a todos los demás. Como se echase, pues, acerca de esto un pregón extraño y nunca antes usado para que en aquellos días no se viera en Roma ninguno de los confederados y amigos, Gayo publicó en contra un edicto, en el que acusaba al cónsul y prometía proteger a los confederados si permaneciesen; pero no hubo tal protección, y antes, habiendo visto que a un huésped y amigo suyo lo llevaban preso los lictores de Fanio, pasó de largo, y no hizo nada en su defensa, bien fuese por temor de que se viera que le faltaba el poder, o bien porque no quisiese ser, como decía, quien diese a los enemigos la ocasión que buscaban de contender y venir a las manos. Ocurrió también el haberse puesto mal con sus colegas por esta causa. Iba a darse al pueblo en la plaza un espectáculo de gladiadores, y los más de los magistrados habían formado corredores alrededor para arrendarlos. Dioles orden Gayo de que los quitaran, para que los pobres pudieran ver desde aquellos mismos sitios de balde, y como no hiciesen caso, aguardó a la noche antes del espectáculo, y tomando consigo a los operarios que tenía a su disposición, echó abajo los corredores, y al día siguiente mostró al pueblo el sitio despejado; con lo cual, para con la muchedumbre bien se acreditó de hombre que tenía entereza, pero disgustó a sus colegas, que le tuvieron por temerario y violento. De resultas de esto parece que le quitaron el tercer tribunado, porque si bien tuvo muchos votos, los colegas hicieron injusta y malignamente la regulación y el anuncio, aunque esto quedó en duda. Lo cierto es que llevó muy mal el desaire, y a

los contrarios, que se le rieron, se dice haberles respondido, con más aires del que convenía, que reían con risa sardónica, por no saber cuán espesas tinieblas les había preparado con sus providencias.

XIII.- Lograron sus contrarios elegir cónsul a Opimio, y propusieron la abrogación de la mayor parte de sus leyes, alterando también lo que había dispuesto acerca de Cartago, con ánimo de irritarle y de que diera ocasión de justo enojo para acabar con él. Aguantó por algún tiempo, pero, instigándole los amigos, y sobre todo Fulvio, volvió a tratar de reunir a los que con él habían de hacer frente al cónsul. Dícese que para esto tomó parte la madre en la sedición, asalariando con reserva gentes de afuera, y enviándolas a Roma como segadores, sobre lo que escribió al hijo cartas con expresiones enigmáticas; pero otros dicen que todo esto se hizo con absoluta repugnancia de Cornelia. El día en que Opimio había de hacer abrogar las leyes, de una y otra parte ocuparon desde muy temprano el Capitolio. Había hecho sacrificio el cónsul, y llevando uno de sus lictores, llamado Quinto Antilio, las entrañas de las víctimas a otra parte, dijo a los que estaban con Fulvio: "Haced lugar a los buenos, malos ciudadanos." Algunos dicen que al mismo tiempo que pronunció esta expresión mostró el brazo desnudo de un modo que lo tomaron a insulto. Muere, pues, al punto Antilio en aquel sitio, herido con unos punzones largos, de los que se usaban para escribir, hechos exprofeso, según se decía, para aquel intento. Alborotóse la muchedumbre con aquella muerte; pero la situación de los caudillos fue muy

diferente, porque Gayo se irritó sobremanera, y trató mal a los de su partido por haber dado a sus enemigos la ocasión que hacía tiempo deseaban, y Opimio, tomando de aquí asidero, cobró osadía e inflamó al pueblo a la venganza.

XIV.- Sobrevino en esto una lluvia, y por entonces se separaron; pero a la mañana siguiente, convocando el cónsul el Senado, se puso dentro a dar audiencia; otros, colocando el cuerpo de Antilio desnudo sobre una camilla, lo llevaron de intento por la plaza a la curia con gritos y lloros, siendo de ello sabedor Opimio, aunque aparentaba maravillarse, en términos que los senadores salieron a ver lo que pasaba. Puesta la camilla en medio, algunos se lamentaban como en una grande y terrible calamidad; pero en los más no excitaba aquel alboroto más que odio y abominación contra unos cuantos oligarquistas, que habían sido los que habían dado muerte en el Capitolio a Tiberio Graco, siendo tribuno de la plebe, y habían arrojado al río su cadáver, cuando ahora el ministro Antilio, que quizá había sido muerto injustamente, pero no había dejado de dar gran motivo para aquel suceso, yacía expuesto en la plaza, y le hacía el duelo el Senado de los Romanos, lamentándose y presidiendo la pompa fúnebre de un miserable asalariado, con el objeto de acabar con los pocos defensores del pueblo que quedaban. Entrando otra vez después de esto en el Senado, encargaron por decreto al cónsul Opimio que salvara a la ciudad como pudiese y destruyera los tiranos. Previno éste a los senadores que tomaran las armas, y dio orden a los caballeros para que a la mañana temprano trajera cada uno dos esclavos armados. En tanto,

Fulvio se preparaba también por su parte y juntaba gente; pero Gayo, retirándose de la plaza, se paró ante la estatua de su padre, y habiendo estado largo rato con los ojos puestos en ella sin proferir ni una palabra, pasó de allí llorando y sollozando, A muchos de los que vieron este espectáculo les causó Gayo la mayor lástima, y culpándose a sí mismos de abandonar y hacer traición a un ciudadano como él, corrieron a su casa, y pasaron la noche ante su puerta, de muy distinta manera que los que custodiaban a Fulvio. Porque éstos la gastaron en vocerías y gritos desordenados, bebiendo y echando bravatas, siendo Fulvio el primero a embriagarse y a hacer y decir mil disparates, contra lo que exigía su edad, al mismo tiempo que los que acompañaban a Gayo, deplorando la común calamidad de la patria, y considerando lo que amenazaba, estuvieron en la mayor quietud, haciendo la guardia y descansando alternativamente.

XV.- Al amanecer les costó gran trabajo despertar a Fulvio, a quien todavía tenía dormido el vino, y armándose con los despojos que conservaba en casa, y eran los que había tomado cuando siendo cónsul venció a los galos, marcharon con grandes amenazas y alboroto a tomar el monte Aventino. Gayo no quiso armarse, sino que iba a salir en toga como si fuera a la plaza, sin llevar más que un puñalejo. Al salir se le echó a los pies su mujer en la misma puerta, y deteniendo con una mano a él y con otra al hijo: “No te envío, oh Gayo- exclamó-, a la tribuna, tribuno de la plebe o legislador como antes, ni tampoco a una guerra gloriosa, para que, aun cuando te sucediera una desgracia, me dejeras un

honroso duelo, sino que vas a ponerte en manos de los matadores de Tiberio: desarmado estás bien, para que en caso antes sufras males que los causes; pero vas a perecer sin ningún provecho para la república. Domina ya la maldad, y a los juicios sólo presiden la violencia y el yerro. Si tu hermano hubiera perecido en Numancia, nos habría sido entregado muerto, en virtud de un tratado; pero ahora acaso tendré yo también que hacer plegarias a algún río o al mar para que me digan dónde está detenido tu cuerpo; porque, ¿qué confianza hay que tener ni en las leyes ni en los dioses después de la muerte de Tiberio?" Mientras así se lamentaba Licinia, Gayo se desprendió suavemente de sus abrazos y marchó en silencio con sus amigos. Quiso aquella asirle de la ropa, pero cayó en el suelo, donde estuvo mucho tiempo sin sentido, hasta que, levantándola desmayada sus sirvientes, la condujeron a casa de Craso, su hermano.

XVI.- Fulvio, luego que estuvieron todos juntos, persuadido por Gayo, envió a la plaza al más joven de sus hijos con un caduceo, Era este mancebo de gracioso y bello aspecto, y entonces, presentándose con modestia y rubor, los ojos bañados en lágrimas, hizo proposiciones de paz al cónsul y al Senado. Los más de los que allí se hallaban oyeron con gusto hablar de conciertos; pero Opimio respondió que no pensaran mover al Senado por medio de mensajeros; sino que como ciudadanos sujetos a haber de dar descargas, bajaran ellos mismos a ser juzgados, entregando sus personas e implorando clemencia, y dio orden al joven de que bajo esta condición volviese, y no de otra manera. Por lo

que hace a Gayo, quería, según dicen, ir a hablar al Senado, pero no conviniendo en ello ninguno de los demás, volvió Fulvio a enviar a su hijo con las mismas proposiciones que antes; mas Opimio, apresurándose a venir a las manos, hizo al punto prender al mancebo, y poniéndolo en prisión, marchó contra Fulvio y los suyos con mucho infantería y ballesteros de Creta, los cuales, tirando contra ellos e hiriendo a muchos, los desordenaron. En este desorden Fulvio se refugió a un baño desierto y abandonado; pero hallado al cabo de poco, fue muerto con su hijo mayor. A Gayo nadie le vio tomar parte en la pelea, pues no sufriéndole el corazón ver lo que pasaba, se retiró al templo de Diana, donde, queriendo quitarse la vida, se lo estorbaron dos de sus más fieles amigos, Pomponio y Licinio, quienes hallándose presentes, le arrebataron de la mano el puñal y le exhortaron a que huyese. Dícese que, puesto allí de rodillas y tendiendo las manos a la diosa, le hizo la súplica de que nunca el pueblo romano por aquella ingratitud y traición dejara de ser esclavo. Porque se vio que la muchedumbre le abandonó, a causa de habérseles ofrecido por un pregón la impunidad.

XVII.- Entregóse Gayo a la fuga; y yendo en pos de él sus enemigos, le iban ya a los alcances junto al puente Sublicio: entonces dos de sus amigos le excitaron a que apresurase el paso, y ellos, en tanto, hicieron frente a los que le perseguían, y pelearon delante del puente, sin dejar pasar a ninguno, hasta que perecieron. Acompañaba a Gayo en su fuga un esclavo llamado Filócrates, y aunque todos, como en

una contienda, los animaban, ninguno se movió en su socorro, ni quiso llevarle un caballo, que era lo que pedía, porque tenía ya muy cerca de los que iban contra él. Con todo, se les adelantó un poco, y pudo refugiarse en el bosque sagrado de las Furias, y allí dio fin a su vida, quitándosela Filócrates, que después se mató a sí mismo. Según dicen algunos, aún los alcanzaron los enemigos con vida; pero el esclavo se abrazó con su señor, y ninguno pudo ofenderle hasta que acabó, traspasado de muchas heridas. Refiérese también que no fue Septimuleyo, amigo de Opimio, el que le cortó a Gayo la cabeza, sino que, habiéndosela cortado otro, se la arrebató al que quiera que fue, y la llevó para presentarla: porque al principio del combate se había echado un pregón ofreciendo a los que trajesen las cabezas de Gayo y Fulvio lo que pesasen de oro. Fue, pues, presentada a Opimio por Septimuleyo la de Gayo, clavada en una pica, y traído un peso, se halló que pesaba diecisiete libras y dos tercios; habiendo sido hasta en esto Septimuleyo hombre abominable y malvado, porque habiéndole sacado el cerebro, rellenó el hueco de plomo. Los que presentaron la cabeza de Fulvio, que eran de una clase oscura, no percibieron nada. Los cuerpos de éstos y de todos los demás muertos en aquella refriega, que llegaron a tres mil, fueron echados al río, y se vendieron sus haciendas para el erario. Prohibieron a las mujeres que hiciesen duelos, y a Licinia, la de Gayo, hasta la privaron de su dote; pero aún fue más duro y cruel lo que hicieron con el hijo menor de Fulvio, que no movió sus manos ni se halló entre los que combatieron, sino que, habiendo venido antes de la pelea sobre la fe de la tregua, y echándole mano, des-

pués le quitaron la vida. Sin embargo, aun más que esto y que todo ofendió a la muchedumbre el templo que enseguida erigió Opimio a la Concordia; porque parecía que se vanagloriaba y ensoberbecía, y aun en cierta manera triunfaba por tantas muertes de ciudadanos; así es que por la noche escribieron algunos debajo de la inscripción del templo estos versos:

La obra del furor desenfrenado
es la que labra a la Concordia templo.

XVIII.- Este fue el primero que usó en el consulado de la autoridad de dictador, y que condenó sin precedente juicio, con tres mil ciudadanos más, a Gayo Graco y a Fulvio Flaco; de los cuales éste era varón consular, y había obtenido el honor del triunfo, y aquel se aventajaba en virtud y en gloria a todos los de su edad. Opimio, además, no se abstuvo de latrocinios, sino que, enviado de embajador a Yugurta, rey de los Númidas, se dejó sobornar con dinero, y condenado por el ignominioso delito de corrupción, envejeció en la infamia, aborrecido y despreciado del pueblo, que por sus hechos cayó por lo pronto en el abatimiento y la degradación; mas no tardó en manifestar cuánto echaba de menos y deseaba a los Gracos. Porque levantándoles estatuas, las colocaron en un paraje público, y consagrando los lugares en que fallecieron, les ofrecían las primicias de los frutos que llevaba cada estación, y muchos les adoraban y les hacían sacrificios cada día, concurriendo a aquellos sitios como a los templos de los dioses.

XIX.- Dícese de Cornelia haber manifestado en muchas cosas, que llevaba con entereza y magnanimidad sus infortunios; y que acerca de la consagración de los lugares en que perecieron sus hijos, solía expresar que los muertos habían tenido dignos sepulcros. Su vida la pasó después en los campos llamados Misenos, sin alterar en nada el tenor acostumbrado de ella. Gustaba, en efecto, del trato de gentes, y por su inclinación a la hospitalidad, tenía buena mesa, frecuentando siempre su casa Griegos y literatos, y recibiendo dones de ella todos los reyes, y enviándoselos recíprocamente. Escuchábasela con gusto cuando a los concurrentes les explicaba la conducta y tenor de vida de su padre Escipión Africano, y se hacía admirar cuando sin llanto y sin lágrimas hablaba de sus hijos, y refería sus desventuras y sus hazañas, como si tratara de personas de otros tiempos, a los que le preguntaban. Por lo cual algunos creyeron que había perdido el juicio por la vejez o por la grandeza de sus males, y héchose insensata con tantas desgracias; siendo ellos los verdaderamente insensatos, por no advertir cuánto conduce para no dejarse vencer del dolor, sobre el buen carácter, el haber nacido y educádose convenientemente, y que si la fortuna mientras dura, hace muchas veces degenerar la virtud, en la caída no le quita el llevar los males con una resignación digna de elogio.

COMPARACIÓN DE AGIS Y CLEÓMENES Y DE TIBERIO Y GAYO GRACO

I.- Habiendo dado fin a la narración, nos resta sacar consecuencias de la contraposición de estas vidas. En cuanto a los Gracos, ni aun los que peor hablaron de ellos y se mostraron sus mayores enemigos se atrevieron a decir que no hubiesen nacido con la mejor índole para la virtud entre todos los Romanos, y que no se les hubiese dado una crianza y educación correspondiente. La índole de Agis y Cleómenes parece que era todavía más robusta y esforzada que la de aquellos, puesto que no habiendo recibido una esmerada educación, y habiéndose criado en unos hábitos y costumbres que largo tiempo antes habían viciado a los que les precedieran, ellos, sin embargo, se constituyeron en caudillos de sencillez y frugalidad. Mas: aquellos, cuando Roma estaba en el mayor esplendor de su dignidad, y era en ella grande la estimulación a las ilustres hazañas, se hubieran avergonzado de no admitir esta especie de sucesión de virtud patria y hereditaria, mientras que éstos, que habían nacido de padres avezados a lo contrario, y que encontraron su patria estragada y enferma, no por esto entorpecieron ni en lo más míni-

mo su inclinación a la virtud. En punto a desprendimiento y a integridad, es ciertamente grande en los Gracos el que en sus magistraturas y gobiernos se hubiesen conservado puros de adquisiciones injustas; pero Agis se hubiera dado por ofendido de que redujeran su alabanza a no haber tomado nada de lo ajeno, cuando había dado a los ciudadanos su propia hacienda, que sin contar las demás especies de riqueza, sólo en dinero montaba seiscientos talentos. ¡Hasta qué punto tendría por malo el adquirir por medios ilícitos quien graduaba de codicia el tener más que otro!

II.- En la decisión y atrevimiento para las innovaciones hubo grandísima diferencia: porque las medidas de gobierno de uno fueron construir caminos y fundar ciudades; y lo que pidió más arrojo en Tiberio fue el haber salvado los campos públicos, y en Gayo el haber alterado la forma de los juicios con aquellos trescientos del orden ecuestre que agregó a los senadores; pero la reforma de Agis y Cleómenes, para quienes el ir remediando y reparando los desórdenes por partes y poco a poco no era mas que cortar la cabeza de la hidra, según la sentencia de Platón, indujo en la administración de la república una mudanza capaz de hacer desaparecer de una vez todos los males, aunque quizá se dirá con más verdad que destruyendo una mudanza que había sido la causa de todos los males redujo y restituyó la república a su propia y primitiva forma. Podría también decirse que las novedades de los Gracos encontraron repugnancia en los Romanos de mayor autoridad y poder, mientras las intentadas por Agis y llevadas a efecto por Cleómenes tenían por fundamento el

ejemplo más recomendable y más insigne en las retras o leyes patrias sobre la sobriedad y la igualdad, aprobadas una por Licurgo y otras por Apolo; pero lo de mayor consideración es que Roma, con las disposiciones de aquellos nada adelantó en su grandeza sobre lo que ya tenía, siendo así que con las novedades introducidas por Cleómenes vio la Grecia al cabo de poco tiempo que Esparta dominó en el Peloponeso, y lidió con los que tenían entonces el mayor poder el más glorioso de todos los combates, que es el que se sostiene por la superioridad; cuyo fin era que, libre la Grecia de las armas de los Ilirios y Etolios, fuera otra vez regida por los Heraclidas.

III.- Parece asimismo que el modo de terminar la vida de unos y otros constituye otra diferencia en su virtud: porque aquellos, combatiendo con sus ciudadanos, y huyendo después, así es como perecieron; y de éstos, Agis por no causar la muerte de ninguno de los suyos, casi puede decirse que murió víctima voluntaria; y Cleómenes, viéndose maltratado e injuriado, intentó vengarse; pero habiéndole sido la suerte contraria, con la más loable resolución se quitó la vida. Examinando todavía las contraposiciones y diferencias, Agis en el orden militar no ejecutó hazaña ninguna, porque se lo impidió su temprana muerte; pero con las victorias de Cleómenes, que fueron muchas y gloriosas, pueden compararse la toma de las murallas en Cartago por Tiberio, que no dejó de ser acción insigne, y su tratado de Numancia, por el que salvó a veinte mil soldados romanos, que no tenían otro medio de salud. Gayo dio también, militando allí y en Cer-

deña, grandes muestras de valor, de manera que habrían podido compararse con los primeros generales romanos, si no hubieran sido arrebatados por una anticipada muerte.

IV.- En las cosas de gobierno Agis obró con flojedad, porque se dejó engañar de Agesilao, faltó a los ciudadanos en la promesa del repartimiento de las tierras, y, finalmente, se quedó corto no llevando a cabo la obra que había anunciado y que dio principio, por una irresolución disculpable en su edad. Cleómenes, por el contrario, emprendió con demasiada temeridad y violencia la mudanza del gobierno, dando muerte injusta a los Éforos, cuando podía haberlos reducido por las armas, o le era fácil desterrarlos, como fueron desterrados otros muchos de la ciudad. Porque el recurrir al hierro fuera de la última necesidad, no es ni de médicos ni de políticos, sino falta en unos y otros de destreza, y aun en éstos, además de injusticia, indica crueldad. Por lo que hace a los Gracos, ninguno de los dos dio principio a la matanza civil; y aun se dice de Gayo que ni después de haberse tirado dardos quiso defenderse; sino que, con ser de los más arriscados para los combates, permaneció inmoble en aquella sedición. Así es que salió de casa desarmado, y se retiró de los que combatían, viéndose claramente que puso más cuidado en no hacer mal ninguno que en no padecerle; por lo cual la fuga de ambos más bien se ha de tener por señal de prudencia que de cobardía, porque era preciso ceder a los que acometían o, para no padecer, usar de los medios de defensa.

V.- En Tiberio, el mayor yerro fue haber privado al colega del tribunado de la plebe y haber pedido después para sí el segundo. A Gayo se le atribuyó, tan falsa como injustamente, la muerte de Antilio, porque le mataron contra su voluntad y mostrando de ello gran pesar. Mas Cleómenes, aunque dejemos aparte las muertes de los Éforos, dio libertad a todos los esclavos, y reinó en la realidad solo, aunque en el nombre con otro, habiendo tomado por colega a su hermano Euclidas, y siendo ambos por tanto de una sola casa; y a Arquidamo, que era de la otra el que debía reinar, lo invitó a que volviera de Mesena; y muerto violentamente, como no persiguiese este delito, confirmó la sospecha que contra él se levantó. Pues en verdad que Licurgo, a quien afectaba imitar, voluntariamente cedió el reino a Carilao, hijo de su hermano, y temiendo que si por otra causa venía a morir aquel niño se pensara en culparle, peregrinó largo tiempo fuera sin querer volver, hasta que Carilao tuvo un hijo que le sucediera en el reino; mas a Licurgo ya se sabe que aun de los Griegos no puede comparársele ninguno. Por descontado, está demostrado que en los hechos del gobierno de Cleómenes las innovaciones e injusticias fueron mayores; los que reprenden las costumbres de unos y otros culpan desde luego a éste de tiránico y demasiado guerrero, y en los otros, aun los que más envidiosos se muestran, no censuran otra cosa que un exceso de ambición, viniendo a confesar que, arrojados fuera de su natural al encono y a la contienda con los que se les oponían, fueron como de un huracán impelidos a los extremos en sus medidas de gobierno. Porque ¿qué cosa más loable ni más justa que su primer

propósito, si los ricos no se hubieran empeñado, usando de violencia y de todo su poder, en desechar la ley propuesta, poniendo con esto a ambos en la precisión de combatir, al uno por considerarse en riesgo y al otro por vengar a su hermano, muerto sin causa y sin declaración precedente? De lo dicho colegirás tú por ti mismo la diferencia; pero si a pesar de esto es necesario pronunciar acerca de cada uno, tengo por cierto que Tiberio se aventajó a todos en virtud, que el que menos yerros cometió fue el joven Agis y que en osadía y arrojo Gayo fue muy inferior a Cleómenes.

DEMÓSTENES

I.- El que escribió ¡oh Socio! el elogio de Alcibíades, vencedor en Olimpia corriendo con los caballos, fuese Eurípides, como generalmente se cree, o fuese cualquier otro, dice que al hombre, para ser feliz, le ha de caber en suerte haber nacido en una ciudad ilustre; pero yo creo que para la verdadera felicidad, que principalmente consiste en las costumbres y en el propósito del ánimo, nada da ni quita haber nacido en una patria oscura e ignorada, o de una madre fea y pequeña. Porque sería cosa ridícula que hubiera quien pensase que Júlide, parte muy pequeña de una isla no grande como la de Ceo, y que Egina, de la que dijo un ateniense que debía quitarse como una legaña del Pireo, habían de haber llevado excelentes actores y poetas, y no habían de poder producir un hombre justo que se bastase a sí mismo, que tuviera juicio y fuera de un ánimo elevado. Porque lo natural es que las otras artes, que se alimentan con el trabajo y la fama, se marchiten en pueblos humildes y oscuros, y que la virtud, como planta fuerte y robusta, arraigue en todo terreno, si prende en una buena índole y en un ánimo inclinado al trabajo; de donde se sigue que si nosotros dejamos de

pensar y conducirnos como corresponde, esto deberá justamente atribuirse, no a la pequeñez de la patria, sino a nosotros mismos.

II.- Y al que se ha propuesto tejer una relación o historia, no de hechos comunes y familiares, sino peregrinos y recogidos en gran parte de una lectura varia, en realidad le conviene ante todas cosas una ciudad de fama, de exquisito gusto y muy poblada, para tener copia de toda suerte de libros y poder instruirse y preguntar sobre aquellas cosas que, habiéndose ocultado a la diligencia de los escritores, adquieren más fe conservadas en la memoria y la tradición, para no dar una obra que salga falta de muchas noticias, y menos de las necesarias. Mas yo, que habito en una ciudad corta, en la que tengo formado empeño de permanecer para que no se haga más pequeña, y que mientras estuve en Roma y discurrí por la Italia no tuve tiempo para ejercitarme en la lengua latina, por los negocios políticos y por la concurrencia de los que venían a tratar conmigo de filosofía, tarde ya y siendo muy adelantado en edad, me acerqué a tomar conocimiento de las letras romanas, en lo que me ha sucedido una cosa extraña, pero muy cierta: y es que no tanto he aprendido y conocido las cosas por las palabras cuanto, tomando conocimiento de las cosas, ellas me han conducido a saber las palabras. Y lo que es llegar a percibir la belleza y velocidad de la pronunciación latina, las metáforas de los nombres, la armonía y todo lo demás con lo que se engalana el discurso, téngolo por útil y agradable; pero el estudio y ejercitación en

este trabajo, como empresa difícil, sólo es para los que tienen ocio y tiempo que dedicar a tales primores.

III.- Por esta razón, escribiendo en este libro de las *Vidas Paralelas* las de Demóstenes y Cicerón, de sus hechos y del modo de conducirse en el gobierno, procuraremos colegir cuál era el carácter y disposición de cada uno, omitiendo el hacer cotejo de sus discursos, y manifestar cuál de los dos era más dulce o más primoroso en el decir, porque esto sería, como dijo Ion, la fuerza del delfín en tierra. Por ignorar esta máxima Cecilio, excesivo en todo, se metió sin reflexión a formar juicio entre Cicerón y Demóstenes; pero si a todos les fuera dado tener a la mano el *conócete a ti mismo*, no hubiera sido ésta tenida por una advertencia divina. Parece, pues, haber sido un mismo genio el que formó a Demóstenes y Cicerón, y acumuló en su naturaleza muchas semejanzas, como la ambición, el amor de la libertad cuando tomaron parte en el gobierno y la cobardía para los peligros y la guerra; con lo que mezcló también muchas cosas de las que son de fortuna; porque no creo que podrán encontrarse otros dos oradores que de oscuros y pequeños hubiesen llegado a ser grandes y poderosos, que hubiesen resistido a reyes y tiranos, que hubiesen perdido sus hijas, hubiesen sido arrojados de su patria y restituidos después con honor; que huyendo después hubieran sido alcanzados por los enemigos, y que en el mismo punto de expirar la libertad de sus conciudadanos hubiesen ellos perdido la vida; como que si a manera del de los artistas pudiera haber certamen entre la naturaleza la fortuna, sería muy difícil discernir si aquella

los había hecho más semejantes en las costumbres o ésta en los sucesos. Diremos, pues, primero del que precedió en tiempo.

IV.- Demóstenes, el padre de este otro Demóstenes, era uno de los buenos y honrados ciudadanos, según dice Teopompo. Llamábanle por sobrenombre *el Espadero*, a causa de tener un gran obrador y muchos esclavos inteligentes que trabajaban en este oficio. Lo que el orador Esquines dijo acerca de su madre, dándola por hija de un tal Filón, que por causa de traición había huido de la ciudad, y de una mujer peregrina y bárbara, no podemos decir si fue cierto, o si lo fingió e inventó para desacreditarle. Muerto el padre, quedó Demóstenes, a la edad de siete años, con un buen patrimonio, pues montaría el valor de toda su hacienda a poco menos de quince talentos; pero sus tutores le perjudicaron notablemente, apropiándose unas cosas y descuidando otras, en términos de no haber con qué pagar el salario a sus maestros. Por esta causa parece que careció de instrucción en aquellas disciplinas que convienen a un joven libre, y también por su delicadeza y mala constitución física; por lo cual, ni la madre le aplicaba al trabajo, ni le precisaban a él sus preceptores, habiendo sido desde el principio flaco y enfermizo; de aquí dicen que le vino también el injurioso apodo de *Bátalo*, que le impusieron los muchachos burlándose de su persona. Era Bátalo, según dicen unos, un flautista desacreditado por afeminación, contra el que hizo con este motivo una especie de entremés el cómico Antífanes; pero otros hacen memoria de un poeta Bátalo, que escribió

canciones lúbricas y báquicas. Parece también que en aquella época se daba en Atenas el nombre de Bátalo a una de las partes inhonestas del cuerpo, que no es decente nombrar. El apodo de Argas, pues se dice haber sido también éste uno de sus sobrenombres, parece que se le puso o por sus costumbres ásperas y desabridas, porque algunos poetas llaman Argas a la culebra, o por su modo de decir, que ofendía a los oídos, porque Argas era también el nombre de un poeta, autor de malos y desagradables versos. Mas de estas cosas dése aquí punto, como dice Platón.

V.- El haberse dedicado a la elocuencia se dice que tuvo este origen: Había de hablar el orador Calístrato en el Tribunal, en el juicio que se seguía sobre la ciudad de Oropo, y era grande la expectación en que todos estaban, ya a causa de la facundia del orador, que era el que entonces tenía mayor opinión, y ya también por el negocio mismo, que se había hecho muy célebre. Oyendo, pues, Demóstenes que varios maestros y preceptores tenían concertado entre sí asistir a este juicio, rogó a su preceptor y alcanzó de él que le llevase a oírlo. Tenía éste amistad con los porteros públicos del Tribunal, y por medio de éstos lo proporcionó un sitio en el que, sentado, pudiera oír cómodamente los discursos. Estuvo aquel día muy feliz Calístrato, y fue sumamente admirado, con lo que excitó en Demóstenes el deseo de gloria, por ver que eran muchos los que le acompañaban y le daban enhorabuenas; pero en el discurso, lo que más admiró fue una fuerza propia para allanarlo y vencerlo todo. Dando por tanto de mano a todas las demás enseñanzas y ocupaciones

juveniles, él mismo se ejercitaba por sí y trabajaba con empeño a fin de ser él también uno de los oradores. Aun tuvo con todo por maestro de elocuencia a Iseo, sin embargo de que entonces Isócrates tenía escuela, o porque, como dicen algunos, no pudiese pagar a Isócrates el salario prefijado, que era de diez minas, a causa de su orfandad, o, lo que es más probable, porque prefiriese para su intento la elocuencia de Iseo, como más propia para la acción y más acomodada a las tretas del foro. Mas Hermipo escribe haberse encontrado unos comentarios anónimos, en los que se decía que Demóstenes asistió a la escuela de Platón, lo que le fue utilísimo para la elocuencia, y cita además a Ctesibio, quien había dicho que, habiendo adquirido Demóstenes por medio de Calias Siracusano y algunos otros las lecciones de retórica de Isócrates y Alcidamante, las encomendó a la memoria.

VI.- Llegado a la mayor edad, empezó a litigar con sus tutores y a escribir alegatos contra ellos, porque encontraban continuamente tergiversaciones y medios dilatorios; así, a fuerza de ejercitarse, según Tucídides, sus cuidados terminaron felizmente, aunque no sin peligros ni trabajo; no pudo, sin embargo, arrancar a los tutores más que una parte muy pequeña de los bienes paternos. Mas ya que esto no, adquiriendo resolución y el conveniente hábito de hablar en público, y tomando gusto a las alabanzas que por estas contiendas se reciben y al influjo que proporcionan, se decidió a salir a la palestra y tomar parte en los negocios públicos; y a la manera que de Laomedonte de Orcómeno se dice que para curarse de una enfermedad del bazo dio en andar

mucho de orden de los médicos, y que con este penoso ejercicio adquirió tal robustez que concurrió a los certámenes gimnásticos y fue uno de los que más se distinguieron en la carrera, del mismo modo le sucedió a Demóstenes, que habiendo tenido que dedicarse a perorar en público para el recobro de su patrimonio, con esto adquirió soltura y facilidad para sobresalir ya, como los coronados en el circo, entre los ciudadanos que contendían en la tribuna. Al principio sufrió sus silbos, y que se riesen de la novedad que advertían en su estilo, que parecía confuso en los períodos y recargado excesivamente en las pruebas. Notábase además cierta falta de voz, torpeza en la lengua e interrupción en la respiración, la que turbaba el sentido de lo que se decía, por no cortarse bien los períodos. Finalmente, habiéndose retirado del foro por este desagradable ensayo, se andaba paseando por el Pireo, decaído ya de ánimo, cuando encontrándole Éunomo de Tría, que ya era muy anciano, le reprendió de que, teniendo un modo de decir muy semejante al de Pericles, se abandonase de aquella manera por cobardía y desidia, no sabiendo sostenerse con serenidad a vista de la muchedumbre, ni dando a su cuerpo el aire conveniente para aquella especie de contiendas, y antes dejando que todo se entorpeciera en el ocio.

VII.- En otra ocasión, en que no dio gusto, se dice que retirándose apesadumbrado y con la cabeza cubierta le fue siguiendo oportunamente el actor Sátiro, y entró con él en su casa. Quejósele amargamente Demóstenes de que con ser el que más trabajaba de los oradores, y con haber casi arrui-

nado en este ejercicio su constitución, veía que no daba gusto al pueblo; y hombres desarreglados, unos marineros ignorantes, eran escuchados, y de él no se hacía caso; a lo que le contestó Sátiro: "Tienes razón ¡oh Demóstenes!; pero yo remediaré fácilmente la causa, si quieres recitar de memoria alguna escena de Eurípides o Sófocles". Hízolo así Demóstenes, y repitiendo Sátiro la misma escena, de tal manera la adornó, pronunciándola con la acción y postura conveniente del cuerpo, que a Demóstenes le pareció ya enteramente otra. Viendo entonces cuánta es la gracia y belleza que la acción concilia a lo que se dice, se convenció de que el esmero en la composición es nada para quien se descuida de la pronunciación y acción conveniente. En consecuencia de esto hizo construir un estudio subterráneo, que aun se conserva, y bajando a él se ejercitaba en formar y variar tanto la acción como el tono de la voz; muchas veces pasó allí dos y tres meses continuos, no afeitándose mas que un solo lado de la cabeza para no poder salir, aunque quisiera, detenido de la vergüenza.

VIII.- No sólo esto, sino que de las salutaciones, de las conversaciones y de los negocios que le ocurrían fuera tomaba ocasión y argumento para aquella clase de ejercicio. Así, luego que habían pasado, bajaba a su estudio y exponía los hechos, y enseguida las defensas que podían tener. Además de esto, si había oído un discurso, procuraba retenerlo, ponía por orden los pensamientos y los períodos, y se entretenía en corregir y variar de mil maneras, así lo que otros le habían dicho como lo que él mismo había dicho a otros.

De donde nació la opinión de que no era naturalmente elocuente, sino que su habilidad y su fuerza se debían al trabajo; de lo cual parece que es también una convincente prueba el no haber oído nunca nadie a Demóstenes hablar extemporáneamente; y antes sucedió que estando sentado en las juntas, y siendo llamado del pueblo muchas veces por su nombre, no se presentó nunca si de antemano no estaba dispuesto y prevenido para hablar. Zaheríanle sobre esto muchos otros demagogos, y Piteas, satirizándole, le dijo que las pruebas de sus discursos olían mucho a la lámpara; mas a éste le volvió Demóstenes la burla con acrimonia diciéndole: “Pues a fe que la lámpara no sabe de mí y de ti las mismas cosas.” Con los demás no lo negaba, sino que reconocía francamente que no siempre decía lo que había escrito; pero sin escribir no hablaba nunca, porque decía que el estudiar para hablar en público acreditaba al hombre de popular, por ser esta preparación un principio de obsequio al pueblo, y que el no pensar cómo sentaría a la muchedumbre lo que se dijese, era de hombres oligárquicos que más atendían a la fuerza que a la persuasión. Dan también por prueba de su timidez para hablar de repente que Demades, viéndole turbado y aturdido muchas veces, se levantó y tomó la palabra para defender la misma causa; y él nunca hizo otro tanto con Demades.

IX.- ¿Pues cómo es, dirá alguno, que Esquines le tiene por admirable precisamente por su soltura en el decir? ¿Cómo es que a Pitón de Bizancio, que se había puesto a hablar con arrojo y con un torrente de palabras contra los

Atenienses, se levantó él sólo y le contradijo? ¿Cómo es que habiendo Lámaco Mirrineo escrito el elogio de los reyes Alejandro y Filipo, en el que decía mil cosas en descrédito de los Tebanos y Olintios, cuando lo estaba leyendo en los Juegos Olímpicos se levantó también, y expresando con relación de los hechos y con pruebas positivas los muchos bienes que los Tebanos y Calcidenses habían hecho a la Grecia, y por la inversa, de cuántos males habían sido causa los aduladores de los Macedonios, mudó de tal modo los ánimos de los oyentes que, temiendo aquel sofista por el alboroto que se había movido, tuvo que huir del concurso? Lo que parece es que creyó no convenirle algunas de las cualidades de Pericles; pero su coordinación del discurso, su acción y el no hablar de repente sobre todo asunto sin preparación, como que éstas eran las que le habían engrandecido, las imitó y copió en cuanto pudo, sin dejar por eso de aspirar a la gloria de hablar extemporáneamente si lo pedía un grave caso, ni tampoco poner muchas veces su talento y habilidad en manos de la fortuna. Porque en las oraciones que pronunció usó sin duda de más osadía y desenfado que en las escritas, si hemos de creer a Eratóstenes, a Demetrio de Falero y a los cómicos, de los cuales Eratóstenes dice que muchas veces en las oraciones se ponía como fuera de sí; y Demetrio, que pronunció poseído de entusiasmo aquel juramento en metro que dice:

Por la tierra, las fuentes, ríos, mares.

De los cómicos, uno le llama charlatán de pacotilla; y otro, motejándole de que usaba de antítesis, dice: "Del mismo modo la recobró que la cobró, porque fue muy del gusto de Demóstenes este modo de decir"; a no ser que Antífanes hubiese querido aludir a la oración sobre la isla de Haloneso, acerca de la que aconsejaba a los Atenienses, no que la cobraran, sino que la recobraran de Filipo.

X.- En cuanto a Demades, todos convienen en que, entregado a su genio, era invencible y que, hablando, de pronto confundía todo el cuidado y prevenciones de Demóstenes; y Aristón de Quío refiere el juicio de Teofrasto acerca de los oradores; porque preguntado qué le parecía Demóstenes, respondió: "Digno de la ciudad". "¿Y qué tal Demades?" "Por encima de la ciudad". El mismo filósofo refiere que Polieucto de Esfecia, uno de los que por entonces tenían parte en el gobierno de Atenas, le había manifestado que Demóstenes era perfectísimo orador, pero que la elocuencia de Foción tenía más nervio, porque en pocas palabras encerraba gran sentido; del mismo Demóstenes se cuenta que cuantas veces se levantaba Foción para contradecirle, vuelto a sus amigos solía decir: "Ya está ahí el hacha de mis discursos". Esto no se sabe si Demóstenes lo aplicaba a la elocuencia de aquel hombre ilustre o a su conducta y opinión, por estar persuadido de que una sola palabra, una seña de un hombre de probidad, tiene más fuerza que muchas y muy prolijas frases.

XI.- Para remediar los defectos corporales, empleó estos medios, según refiere Demetrio de Falero, que dice haber alcanzado oír a Demóstenes, cuando ya era anciano, que la torpeza y balbucencia de la lengua la venció y corrigió llevando guijas en la boca y pronunciando períodos al mismo tiempo; que en el campo ejercitaba la voz corriendo y subiendo a sitios elevados, hablando y pronunciando al mismo tiempo algún trozo de prosa o algunos versos con aliento cansado y, finalmente, que tenía en casa un grande espejo y que, puesto enfrente, recitaba, viéndose en él, sus discursos. Cuéntase que se le presentó un ciudadano pidiéndole su patrocinio y refiriéndole que le habían dado de golpes, y Demóstenes le replicó: "Me parece que no hay tal cosa, que no has sufrido nada de lo que dices"; y que levantando aquel la voz, y diciendo a gritos: "¿Conque yo nada he sufrido, Demóstenes?", le contestó entonces: "Sí; a fe mía, ahora oigo la voz de un hombre que ha sido agraviado y ofendido". ¡De tanto influjo le parecía, para conciliarse crédito, el tono y el gesto del que hablaba! Su acción era muy agradable a la muchedumbre; pero los inteligentes, y entre ellos Demetrio de Falero, la tenían por afeminada y poco decorosa; y Hermipo dice que, preguntado Esión por los oradores antiguos y los de su tiempo, respondió que oyéndolos cualquiera admiraría en la decencia y entereza con que hablaban al pueblo, pero que las oraciones de Demóstenes leídas se aventajaban mucho en primor y en energía. Ciertamente que de las oraciones suyas que nos han quedado escritas no habrá quien niegue que tienen mucho de amargo y de picante; y en las ocurrencias repentinas solía también emplear el chiste; por-

que diciéndole una vez Demades: "¿A mí Demóstenes? Esto es la puerca a Atenea", "Pues esa Atenea- le respondió- hace poco que en Coluto fue cogida en mal caso". A un ladrón llamado, por sobrenombre Broncíneo, que quiso morderle por sus trabajos y veladas nocturnas, "Ya sé- le dijo- que te incomodo con tener luz de noche; y vosotros ¡oh Atenienses! no os admiréis de que haya hurtos cuando los ladrones son de bronce y las paredes de barro". Mas acerca de estas cosas, aunque tenemos más que decir, dejémoslo en tal punto, porque es justo que examinemos ya, sobre sus hechos y sobre su conducta en el gobierno, cuál fue su carácter y cuáles sus costumbres.

XII.- Sus primeros pasos en los negocios públicos los dio durante la guerra de Focis, como lo dice él mismo y se puede colegir de sus oraciones filípicas; pues aunque algunos son posteriores a los sucesos de esta guerra, las más antiguas tocaron en ellos. Lo cierto es que la oración relativa a la acusación de Midias la ordenó y dispuso cuando tenía treinta y dos años, y no gozaba todavía ni de poder ni de opinión en el gobierno; por lo mismo, temeroso del éxito, a lo que yo entiendo, transigió por dinero en aquella persecución:

Porque no era de ánimo benigno,
ni de condición blanda y mesurada,

sino ardiente y violento en sus venganzas; pero viendo que no era empresa ligera y fácil oprimir a un hombre atrincherado con riqueza y con amigos, cedió a los que por él inter-

cedieron, pues las tres mil dracmas por sí mismas no parece que hubieran sido suficientes a embotar la cólera de Demóstenes si hubiera tenido esperanza de quedar superior. Mas tomando para las cosas de gobierno la ocasión más bella que podía ofrecerse, como era la de defender la causa de los griegos contra Filipo, y contendiendo en ella dignamente, al punto adquirió fama, y se hizo espectable por sus oraciones y su noble libertad, hasta el punto de ser admirado en la Grecia, obsequiado por el gran rey y tenido en consideración por Filipo sobre todos los demás que hablaban al pueblo, reconociendo hasta sus contrarios que tenían que lidiar con un hombre de grande opinión, como acusándole lo expresaron Esquines e Hiperides.

XIII.- No alcanzo, por tanto, a comprender cómo pudo decir Teopompo que era naturalmente inconstante y que ni en cuanto a los negocios ni en cuanto a las personas podía permanecer largo tiempo en un mismo propósito; porque antes parece que aquel partido y aquel empeño que desde el principio tomó y adoptó en el gobierno, aquel mismo conservó hasta el fin, no sólo sin hacer mudanza en él en toda su vida, sino aun exponiendo la vida por no mudar. Pues no fue como Demades, que para excusarse de su mudanza en punto a gobierno usó de la expresión de que para sí mismo bien había dicho muchas veces cosas contrarias, pero para la república nunca, o como Melanopo, que estando en oposición con Calístrato, ganado por éste muchas veces con dinero para que mudase, solía decir al pueblo: “Calístrato bien es mi enemigo, pero triunfe la utilidad de la República”; o co-

mo Nicodemo de Mesena, que al principio se puso de parte de Casandro, y trabajando después en favor de Demetrio, expresó que no decía cosas contrarias, puesto que siempre era conveniente ceder a los que más pueden. Mas de Demóstenes no podemos hablar de esta manera, sino que en el partido a que aplicó su voz o su acción, como si para el gobierno se le hubiera dado una clave fija, en aquel se mantuvo, guardando siempre en los negocios un solo tono; y el filósofo Panecio dice que, según están escritas las más de sus oraciones, para él lo honesto es a todo preferible por sí mismo: como la de la corona, la contra Aristócrates, la de las inmunidades y las filípicas, en todas las cuales no inclina a los ciudadanos a lo deleitable, o a lo fácil, o a lo útil, sino que muchas veces persuade que deben ponerse la seguridad y la salvación en segundo lugar después de lo honesto y de lo honroso; de manera que si en los asuntos que trató, al amor de la gloria y a la nobleza de los pensamientos hubiera unido el valor militar y de haber en todo obrado limpiamente, habría sido digno de que en el número de oradores se le colocara, no al lado de Merocles, Polieucto e Hiperides, sino más arriba con Cimón, Tucídides y Pericles.

XIV.- De los de su tiempo Foción, aunque no era del partido que se llevaba los aplausos, y antes parecía que *macedonizaba*, sin embargo, por su valor y su justificación no fue reputado inferior a Efialtes, a Aristides y a Cimón. Mas Demóstenes, no siendo de fiar en las armas, como dice Demetrio, ni bastante seguro en punto a recibir, pues aunque no se dejó cautivar con el oro de Filipo y de Macedonia, con el

de Susa y Ecbátana se dejó domeñar y rendir, si pudo celebrar dignamente las virtudes de los hombres grandes que le precedieron, no le fue dado imitarlas; mas con todo a los oradores de su tiempo, si sacamos a Foción de esta cuenta, aun en la conducta les hizo ventaja. Parece que fue asimismo el que habló al pueblo con más libertad, resistiendo a sus deseos e increpando sus desaciertos, como de sus mismas oraciones se deduce; Teopompo refiere que encargándole un día los Atenienses una acusación, y alborotándose contra él porque no la admitía, se levantó y les dijo: “Por consejero, ¡oh Atenienses!, me tendréis, aunque no queráis; pero por calumniador no, aunque os empeñéis en ello”. No dejó de ser bien aristocrático lo que ejecutó con Antifón, que, habiendo sido absuelto por la junta pública, le echó mano y lo llevó ante el consejo del Areópago, y no dándosele nada de desagradar al pueblo, convenció a aquel de que había prometido a Filipo incendiar los arsenales; y el Areópago hizo que fuera condenado a muerte. Acusó igualmente a la sacerdotisa Teoris, entre otros crímenes, de que enseñaba a los esclavos los modos de engañar, y habiendo pedido la pena capital, se le impuso.

XV.- Dícese que la oración contra el general Timoteo, que sirvió a Apolodoro para hacer que aquel fuera condenado como deudor a la república, fue escrita para éste por Demóstenes, del mismo modo que las oraciones contra Formión y Estéfano; lo que le fue justamente censurado; porque también Formión contendió contra Apolodoro con una oración de Demóstenes; lo que es como si en una tien-

da de espadero se vendieran puñales a los dos contrarios. De las oraciones sobre negocios públicos, las que son contra Androción, Timócrates y Aristócrates las escribió para otros, no habiéndose acercado todavía al gobierno, pues se conjetura que tendría veintisiete o veintiocho años cuando las compuso. La oración contra Aristogitón la pronunció él mismo, y también la de las inmunidades por el hijo de Cabrias Ctesipo, como lo dice él mismo; a lo que algunos añaden que fue con el objeto de enlazarse en matrimonio con la madre de aquel joven; sin embargo, no se casó con ella, sino con una mujer de Samo, según dice Demetrio Magnesio en su *Tratado de los sinónimos*. La de la falsa alegación contra Esquines no se sabe si se pronunció, y eso que Idomeneo asegura que Esquines fue absuelto por solos treinta votos más; parece no obstante, que esto no es verdad si hemos de tomar argumento de las oraciones de uno y otro sobre la corona, porque ninguno de los dos habla clara y abiertamente de aquel juicio como se hubiese llevado hasta sentencia; mas estos otros podrán decirlo mejor.

XVI.- La idea de Demóstenes en el gobierno era bien manifiesta; pues que aun durante la paz nada dejaba por reprender de lo que ejecutaba el Macedonio, sino que a cada cosa alborotaba a los Atenienses, inflamándolos contra él. Por lo mismo era persona de quien se hablaba mucho en la corte de Filipo, y cuando fue a Macedonia de embajador, aunque en décimo lugar, si bien Filipo escuchó a todos, a su discurso respondió con particular cuidado: mas, sin embargo, en los demás honores y obsequios ya no se portó del

mismo modo con Demóstenes, sino que agasajó con mayor esmero a Esquines y Filócrates, de resulta de lo cual, alabando esto a Filipo de elocuente en el decir, de gallardo en su presencia y también de buen bebedor, no pudo contenerse, e irritado les volvió las palabras al cuerpo, diciendo que lo primero era de un sofista, lo segundo de una mujer, lo tercero de una esponja, y que en todo ello nada había que fuera propio del elogio de un rey.

XVII.- Luego que todo propendió a la guerra, por no poder Filipo tener reposo y por haber sido los Atenienses incitados de Demóstenes, lo primero que éste hizo fue moverlos a invadir la Eubea, esclavizada por los tiranos a Filipo, y pasando efectivamente a la isla en virtud de decreto que él escribió, arrojaron a los Macedonios. En segundo lugar, dio auxilio a los Bizantinos y Perintios, a quienes el Macedonio hacía la guerra, persuadiendo al pueblo a que, dejando a un lado la enemistad y el acordarse de las ofensas de unos y otros durante la guerra social, les enviara tropas; con las que se salvaron. Pasando después de embajador, habló a todos los griegos Y, fuera de unos pocos, los acaloró y levantó contra Filipo de manera que llegaron a juntarse quince mil infantes y dos mil caballos, además de la gente de las ciudades, y se recogió copiosamente caudal y sueldos para los estipendiarios. En esta ocasión dice Teofrasto haber pedido los aliados que se fijaran los tributos, y haber respondido el demagogo Cróbilo que la guerra no se mantiene con lo tasado. Puesta en expectación la Grecia para lo futuro, y formando Liga por naciones y ciudades los Eubeos, Aqueos,

Corintios, Megarenses, Leucadios y Corcirenses, le quedó a Demóstenes el mayor empeño, que fue el de atraer a la alianza a los Tebanos, habitantes de un país confinante con el Ática, fuertes con tropas ejercitadas, y los más acreditados entonces por las armas entre todos los Griegos; no era fácil atraer a una mudanza a los Tebanos, ganados por Filipo con beneficios muy recientes durante la guerra de Focea, mayormente cuando las rencillas de las ciudades se encrespaban diariamente de una y otra parte con frecuentes encuentros a causa de la vecindad.

XVIII.- Con todo, cuando, engreído Filipo con las ventajas conseguidas en Anfisa, cayó repentinamente sobre Elatea e invadió la Fócide, sobrecogidos los Atenienses, y no atreviéndose nadie a subir a la tribuna, ni sabiendo qué pensamiento útil podrían proponer en medio de tanta incertidumbre y silencio, presentóse solo Demóstenes, aconsejando que se ganara a los Tebanos, y alentando e incitando al pueblo con esperanzas, como lo tenía de costumbre, fue con otro enviado de embajador a Tebas. Envió también Filipo para contrarrestar a éstos, como dice Marsias, a Amintas y Clearco, macedonios; a Dáoco, tésalo, y a Trasideo, de Elea. Qué era lo que convenía no dejó de entrar en los cálculos de los Tebanos, y antes cada uno tenía bien a la vista los horrores de la guerra, estando todavía frescas las heridas de la de Fócide; pero la elocuencia del orador, encendiendo sus ánimos, como dice Teopompo, y acalorando su ambición, hizo sombra a todos los demás objetos, de manera que les quitó delante de los ojos el miedo, su interés

y su gratitud, entusiasmadas con el discurso de Demóstenes por sólo lo honesto. Pareció tan grande y tan admirable el efecto producido por su elocuencia, que Filipo envió inmediatamente heraldos a solicitar la paz; la Grecia toda se puso erguida en expectación de lo que iba a suceder; se ofrecieron a disposición de Demóstenes, para obrar según mandase, no sólo los generales, sino hasta los Beotarcas; y éste fue el que dirigió todas las juntas públicas, no menos las de los Tebanos que las de los Atenienses, amado y respetado de unos y otros, no sin razón ni sobre su mérito, como observa Teopompo, sino con sobrada justicia.

XIX.- Mas un hado superior en aquella agitación de los negocios, y en el momento en que al parecer iba a llevar a su colmo la libertad de la Grecia, se opuso a todo lo hecho, y dio muchas señales de la futura adversidad. Entre ellas, la Pita reveló diferentes vaticinios, y se comenzaba a cantar un oráculo antiguo de las sibilas:

¡Oh si la fiera lid del Termodonte
a manera de águila pudiese
mirar de lejos puesto allá en las nubes!
Llora el vencido, el vencedor perece.

Dícese que el Termodonte es un riachuelo de Queronea, nuestra patria, que entra en el Cefiso; pero nosotros ahora no conocemos ningún arroyo que se llame de este modo, y sólo inferimos que el que se llama Hemón se decía entonces Termodonte, y es el que corre junto al templo de Heracles,

donde tuvieron su campo los Griegos, conjeturando que después de la batalla, por haberse llenado el río de sangre y de cadáveres, mudó éste su nombre en el que ahora tiene, aunque Duris dice que no era el río que se llamaba Termodonte, sino que armando los soldados una tienda y cavando con este objeto, encontraron una estatua pequeña de mármol con unas letras en que se significaba ser de Termodonte, que tenía en el regazo una amazona herida; acerca de lo cual añade se cantaba otro oráculo que decía:

Aguarda, ¡oh ave negra!, la batalla
que ha de tener de Termodonte nombre,
y allí de carne humana tendrás copia.

XX.- Mas el determinar y asegurar qué es lo que hubo en esto, es difícil. De Demóstenes se dice que, confiado en las armas de los Griegos, y deslumbrado con las fuerzas y el ardor de tantos soldados que provocaban a los enemigos, ni permitió que se atendiera a los oráculos, ni que se diera oídos a los vaticinios, sino que sospechó que la Pitia *filipizaba*, y se recordó a los tebanos el nombre de Epaminondas, y a los Atenienses el de Pericles, los cuales, teniendo todas estas cosas por pretextos del miedo, sin hacer cuenta de ellas se decidían por lo que convenía. Hasta aquí compareció como un hombre eminente, pero en la batalla no hizo ninguna acción distinguida y que conformara con sus palabras, sino que, abandonando el puesto, dio a huir ignominiosamente, arrojando las armas sin avergonzarse, como dijo Piteas, de la inscripción que con letras de oro tenía grabada en el escudo:

"A la buena fortuna". Por lo pronto, Filipo, haciendo burla con el desmedido gozo después de la victoria, en un banquete que tuvo entre los cadáveres, en medio de los brindis cantó el principio del decreto de Demóstenes, llevando el compás con los pies y las manos:

Demóstenes Peaniense esto escribía;

pero luego que estuvo sereno la grandeza del combate que había tenido que lidiar se pasmó de la fuerza y poder de la elocuencia de un orador que en la parte muy pequeña de un día le obligó a poner en riesgo su imperio y su persona. Llegó la fama de su nombre hasta el rey de los Persas, el cual envió órdenes a los sátrapas para que dieran dinero a Demóstenes y le obsequiaran sobre todos los Griegos, como a un hombre que en las revueltas de la Grecia podía distraer y contener al rey de Macedonia. Estas órdenes las vio más adelante Alejandro, habiendo encontrado en Sardes las cartas de Demóstenes y los asientos de los generales del rey, por los que se descubrían las sumas de dinero que se le habían dado.

XXI.- Después de esta derrota de los Griegos, volviéronse contra Demóstenes los oradores que no eran de su partido, le citaron a dar cuentas y le formaron causa; pero el pueblo, no sólo lo dio por libre de todo, sino que continuó honrándole y confiándole otra vez, por su celo, los negocios de gobierno; tanto, que habiéndose traído de Queronea los huesos y dádoseles sepultura, le encargó que pronunciara el

elogio de los muertos no llevando con abatimiento ni apocadamente, lo sucedido, como lo escribe y celebra Teopompo, sino manifestando en el mismo hecho de honrar y apreciar tanto al consejero que no estaba pesaroso de sus dictámenes. Pronunció, pues, Demóstenes el discurso; pero en los decretos escribió, no su nombre, sino los de varios de sus amigos, no esperando buen agüero de su genio y de su fortuna hasta que otra vez cobró ánimo con la muerte de Filipo, que falleció no habiendo sobrevivido largo tiempo a la victoria de Queronea; esto parece que era lo que profetizaba el oráculo en el último de los versos:

Llora el vencido, el vencedor perece.

XXII.- Supo Demóstenes con anticipación la muerte de Filipo, y para preparar a los Atenienses a tener confianza de mejorar de suerte, se presentó alegre en el consejo, significando haber tenido un sueño que le hacía pronosticar a los Atenienses sucesos muy prósperos; y de allí apoco parecieron los que traían la noticia de la muerte de Filipo. Sacrificaron, pues, inmediatamente por la buena nueva y decretaron coronas a Pausanias. Presentóse asimismo Demóstenes coronado con un rico manto, a pesar de que no hacía más que siete días que había muerto su hija, como lo dice Esquines para motejarle con este motivo y censurarle de desnaturalizado, acreditándose en esto él mismo de poco generoso y de abatido espíritu, pues que tenía el llanto y el lamento por señales de un ánimo benigno y piadoso, y desaprobaba en otros el que llevasen los infortunios con ente-

reza y resignación. Por tanto yo, así como no diré que hubiese sido bien hecho tomar coronas y sacrificar por la muerte de un rey que después de haberlos vencido los trató con tanta mansedumbre y humanidad, porque, sobre ser repugnante, manifiesta cierta vileza haberle acatado vivo y haberle hecho ciudadano, y después, cuando fue muerto por mano de otro, no llevar moderadamente la alegría, sino saltar y hacer extremos de gozo, insultando a un difunto, como por una hazaña que se debiera a su valor, alabo y aplaudo en Demóstenes el que, dejando a las mujeres las desgracias, domésticas, las lágrimas y los lloros, hubiese hecho lo que creyó conveniente a la ciudad. Porque, en mi concepto, es de un ánimo verdaderamente social y esforzado, atendiendo siempre al bien, común y subordinando los intereses y sucesos particulares a los públicos, el saber guardar en todo la dignidad y el decoro, aun mejor que los que hacen en los teatros los papeles de reyes y tiranos, ya que éstos no lloran y ríen como quieren, sino como lo pide el paso y conviene al asunto. Fuera de esto, si se tiene por un deber el no abandonar y dejar sin consuelo al que gime en el infortunio, sino más bien usar de palabras que le conforten y llamar su atención a asuntos más lisonjeros, a manera de lo que hacen los facultativos con los que tienen mal de ojos, a quienes mandan que aparten la vista de los objetos resplandecientes y que reverberan la luz y la vuelvan a los que tienen color verde y opaco, ¿cómo podrá curar mejor el ciudadano su consuelo que haciendo mezcla, cuando la patria está en prosperidad, de los sucesos públicos y domésticos, para que con los que son felices y de mayor poder se borren los in-

faustos? Hame movido a decir estas cosas al ver que Esquines en su oración procura quebrantar y afeminar los ánimos, inclinándolos fuera de propósito a la compasión.

XXIII.- Las ciudades, inflamadas otra vez por Demóstenes, se sublevaron; los Tebanos acometieron a la guarnición con muerte de muchos, siendo Demóstenes quien les proporcionó las armas, y los Atenienses se preparaban para hacer la guerra con ellos. Ocupó con este objeto la tribuna Demóstenes y escribió a los generales del rey en Asia para suscitar allí guerra a Alejandro, a quien trataba de muchacho y de atolondrado. Mas cuando, dejando arregladas las cosas de su reino, invadió en persona con grandes fuerzas la Beocia, se cortó ya toda aquella arrogancia de los Atenienses, y el mismo Demóstenes se quedó parado; con lo que los Tebanos, abandonados cobardemente de ellos, pelearon solos y perdieron su ciudad. Movióse con esto grande alboroto en Atenas, y se resolvió enviar a Demóstenes. Nombrado, pues, embajador con otros cerca de Alejandro, como temiese su enojo, retrocedió desde el Citerón, desertando de la embajada. Entonces Alejandro reclamó de los Atenienses que le enviaran diez de los demagogos, según Idomeneo y Duris, u ocho, según los mas acreditados escritores de aquel tiempo, y fueron Demóstenes, Polieucto, Efialtes, Licurgo, Merocles, Damón, Calístenes y Caridemo. Con esta ocasión refirió Demóstenes la fábula de las ovejas que entregaron los perros a los lobos, atribuyéndose a sí mismo y a los otros demagogos ser los perros que defendían al pueblo, y viniendo a llamar lobo a Alejandro de Macedonia. “Vemos- aña-

dió- que los mercaderes, cuando presentan muestra del trigo en una escudilla, en aquellos pocos granos venden muchas fanegas, y vosotros no advertís que en nosotros sois entregados todos"; siendo Aristobulo de Casandrea el que refirió estas particularidades. Conferencióse sobre este asunto, y hallándose en gran perplejidad los Atenienses, tomó Demades de los reclamados cinco talentos, y se ofreció a ir en embajada y pedir al rey por ellos, bien fuera porque confiase en su amistad, o bien porque esperase encontrarle ya como generoso león, harto y satisfecho de matanza. Persuadióle, en efecto, Demades, recabando el perdón de aquellos, y reconcilió con él a la ciudad.

XXIV.- Retirado que se hubo Alejandro, los otros se levantaron de ánimo, y Demóstenes quedó humillado y abatido. Después, cuando el espartano Agis hizo algunas novedades y mudanzas, dio él también algún paso, pero al punto cayó por no haber podido mover a los Atenienses, y también por haber muerto Agis y haber sufrido descalabros los Lacedemonios. Tratóse en este tiempo la causa sobre la corona contra Ctesifonte, intentada siendo arconte Querondas, poco antes de la batalla de Queronea, pero se juzgó diez años después siéndolo Aristofonte, y se hizo célebre más que ninguna otra de las causas públicas, ya por la fama de los oradores y ya también por la rectitud de los jueces, los cuales no hicieron el sacrificio de su voto contra Demóstenes a los enemigos de éste, que eran los que entonces tenían el mayor poder en la ciudad por ser del partido macedonio, sino que le absolvieron con tanta ventaja, que no tuvo Esquines en su

favor ni la quinta parte de los votos; así es que al instante se salió de la ciudad, y pasó su vida en Rodas y en la Jonia, teniendo escuela de elocuencia.

XXV.- De allí a poco vino del Asia a Atenas Hárpalo, huyendo de Alejandro, ya porque realmente sus negocios se hallaban en mal estado a causa de su disipación y ya también por temer a éste, que se había hecho terrible a sus amigos. Acogiéndose, pues, al pueblo de Atenas, y poniéndose en sus manos con sus naves y sus bienes, al punto los demás oradores, puestos los ojos en la riqueza, estuvieron de su parte, y persuadían a los Atenienses que le admitieran y salvaran a un refugiado; Demóstenes al principio aconsejaba que se hiciera salir a Hárpalo, y se guardaran de precipitar a la ciudad en la guerra por un motivo no necesario e injusto, y al cabo de pocos días, habiéndose hecho el registro de los bienes que traía, viéndole Hárpalo prendado de una copa de las del rey y que examinaba su hechura y su forma, le dijo que la sopesara y viera el peso que tenía de oro. Admiróse Demóstenes de lo doble que era, y preguntando cuánto pesaba, sonriéndose Hárpalo: “Para ti- le dijo- llevará veinte talentos”; y apenas se hizo de noche le envió la copa con los veinte talentos. Fue Hárpalo muy perspicaz en descubrir en él su ánimo codicioso del oro por su semblante, por la viveza de sus ojos y por el modo de dirigir sus miradas. No pudo, pues, Demóstenes resistir a esta tentación; así, como plaza que admite guarnición, se rindió a Hárpalo, y al día siguiente, arropándose muy bien el cuello con lana y con vendas, se presentó así en la junta pública. Decíanle que se

levantara y hablase, y él por señas daba a entender que tenía cortada la voz; pero algunos burlones decían con malignidad que aquella noche había sido acometido, no de angina, sino de argentina, el orador. Por fin vino a informarse todo el pueblo del regalo, y queriendo él defenderse y persuadirle, no le dio lugar, moviendo grande gritería y alboroto, mas, sin embargo, en medio de aquella bulla se levantó uno y dijo con mucho desenfado: "¿Cómo es esto, oh Atenienses? ¿No oiréis al que tiene la copa?". Echaron entonces de la ciudad a Hárpalo, y temiendo no se les pidiera cuenta de las alhajas usurpadas por los oradores, hicieron por la ciudad una rigurosa cala y cata, registrando todas las casas, a excepción de la de Calicles hijo de Arrénides. Sólo a la de éste no permitieron que se llegara, por estar recién casado y hallarse ya dentro la esposa, como dice Teopompo.

XXVI.- Cediendo Demóstenes al torrente, escribió un decreto para que el Consejo del Areópago examinara este negocio, y los que le pareciera que habían delinquido sufrieran la pena. Condenado de los primeros por el Consejo, se presentó en el Tribunal; pero siendo la multa que se le impuso de cincuenta talentos, se le llevó a la cárcel, de la que de vergüenza, por lo feo de la causa, y también por enfermedad corporal que le hacía imposible sufrir el encierro, se dice haberse fugado sin sentirlo o advertirlo unos, y ayudando otros a que no se sintiese. Cuéntase que cuando todavía estaba a corta distancia de la ciudad notó que le seguían algunos ciudadanos del partido contrario, y quiso ocultarse; mas aquellos, llamándole por su nombre y llegándose cerca,

le rogaron recibiera para el viaje las cantidades que le llevaban, pues para esto las habían tomado en casa, y éste era el motivo de haberle seguido; al mismo tiempo le exhortaron a tener buen ánimo y a no abatirse por lo sucedido, con lo cual todavía crecieron más los lamentos de Demóstenes, y prorrumpió en esta expresión: “¿Cómo no lo he de llevar con pesadumbre, dejando una ciudad donde los enemigos son tales cuales no suelen ser en otras los amigos?” Mostró en este destierro un ánimo apocado; deteniéndose lo más del tiempo en Egina y Trecene, y mirando al Ática con lágrimas en los ojos, se refiere haber proferido voces indecorosas y poco conformes a los elevados sentimientos que había manifestado en el gobierno; pues se dice que al perder de vista a la ciudad, tendiendo las manos hacia el alcázar, exclamó: “Reina, y señora de Atenas, ¿por qué te complaces en tres terribles fieras: la lechuza, el dragón y el pueblo?”; y que a los jóvenes que iban a verle y permanecían algún tiempo con él los retraía de tomar parte en el gobierno, diciéndoles que si al principio se le hubieran mostrado dos caminos, el uno que condujese a la tribuna y a la junta pública, y el otro opuesto a la sepultura, sabiendo ya los males que acompañan al gobierno, los temores, las envidias, las calumnias y las rencillas, sin detenerse se habría arrojado a la que más presto le condujese a la muerte.

XXVII.- Cuando aún se hallaba en este destierro que hemos dicho, murió Alejandro y se trató de sublevar de nuevo a los Griegos, mostrándose Leóstenes hombre esforzado, y encerrando a Antípatro en Lamia, ante la que co-

rrió un muro; pero Piteas el orador y Calimedonte de Cárabis, huyendo de Atenas, abrazaron el partido de Antípatro, y corriendo las ciudades con los amigos y embajadores de éste, impedían a los Griegos el rebelarse y dejarse seducir por los Atenienses. Demóstenes, incorporándose por sí mismo con los embajadores de Atenas, se esforzaba y trabajaba con ellos para que las ciudades se arrojaran sobre los Macedonios y los echaran de la Grecia; y en Arcadia dice Filarco que riñeron y se denostaron Piteas y Demóstenes, hablando en la junta pública el uno por los Macedonios y el otro por los Griegos. Cuéntase haber dicho en esta ocasión Piteas que así como cuando vemos que se lleva leche de burra a una casa al instante pensamos que precisamente hay alguna enfermedad, del mismo modo no puede menos de estar doliente una ciudad adonde llega una embajada de los Atenienses; y que Demóstenes convirtió la comparación, diciendo que la leche de burra se da para la salud, y también los Atenienses buscan con sus Embajadas salvar a los enfermos, lo que fue tan del gusto del pueblo de Atenas, que decretó la vuelta de Demóstenes. Escribió el decreto Damón Peaniense, sobrino de Demóstenes, y se le envió una galera a Egina. Desembarcó en el Pireo, y no quedó ni arconte, ni sacerdote, ni nadie que no saliese a recibirle, sino que acudieron todos, y les dieron las mayores muestras de aprecio, diciendo Demetrio de Magnesia, que entonces tendió al cielo las manos y se dio el parabién de aquel dichoso día, por cuanto su vuelta era más lisonjera que la de Alcibíades, recibiéndole los ciudadanos por movimiento propio, y no violentados de él. Tenía, sin embargo, sobre sí la pena pecuniaria, porque no había fa-

cultad para remitir una condenación; y lo que hicieron fue eludir la ley, pues siendo costumbre en el sacrificio de Zeus Salvador dar una cantidad a los que componían y adornaban el altar, le dieron este encargo a Demóstenes, graduándole por él cincuenta talentos, que era el importe de la multa.

XXVIII.- Mas no gozó por largo tiempo de esta vuelta a la patria, sino que, traídas al más infeliz estado las cosas de la Grecia, en el mes llamado Metagitnión fue la batalla de Cranón, en el de Boedromión se puso guarnición en Muniquia, y en el de Pianepsión murió Demóstenes de esta manera. Apenas se tuvo noticia de que Antípatro y Crátero se acercaban a Atenas, Demóstenes y los de su partido se salieron de la ciudad, y el pueblo los condenó a muerte, siendo Demades quien escribió el decreto. Esparciéronse por diferentes partes, y Antípatro envió gente que los prendiese, de la que era caudillo Arquias, llamado Cazafugitivos. Era éste natural de Turio, y se decía que por algún tiempo había representado tragedias, añadiéndose que Polo de Egina, muy superior a todos en el arte, había sido su discípulo. Hermipo pone a Arquias en la lista de los discípulos del orador Lácrito, y Demetrio dice que acudió también a la escuela de Anaxímenes. Arquias, pues, al orador Hiperides, a Aristonico de Maratón y a Himereo, hermano de Demetrio de Falera, que en Egina se habían refugiado al templo de Éaco, los sacó de allí y los envió a Cleonas a disposición de Antípatro, y allí se les quitó la vida, diciéndose que además a Hiperides le arrancaron la lengua.

XXIX.- En cuanto a Demóstenes, sabedor Arquias de que se hallaba en la isla de Calauria, refugiado en el templo de Posidón, se embarcó en un transporte con algunos Tracios de los de la guardia, y llegado allá le persuadía a que saliera del asilo y se fuera con él a la presencia de Antípatro, de quien no tenía que temer ningún duro tratamiento. Hacía la casualidad que Demóstenes había tenido entre sueños aquella misma noche una visión extraña, porque le parecía que estaba compitiendo con Arquias en la representación de una tragedia, y que, sin embargo de hacerlo bien y haber ganado el auditorio, por falta del aparato y coro convenientes, era vencido. Hablábale Arquias con la mayor humanidad, y él, volviéndose a mirarlo sentado como estaba: "Ni antes ¡oh Arquias!- le dijo- me moviste con la representación, ni ahora tampoco me moverás con las promesas". Y como irritado Arquias empezase a hacerle amenazas, "Ahora hablas- le repuso- desde el trípode macedónico; lo de antes era representado; aguardarás un poco mientras escribo algunas letras a los de casa". Dicho esto, se entró más adentro, y tomando un cuadernito como si fuera a escribir, se llevó a la boca la caña y la mordió, según lo tenía de costumbre mientras pensaba y escribía; estuvo así algún tiempo, y cubriéndose después la cabeza la reclinó. Con este motivo los guardias que estaban a la puerta se burlaban de él, creyendo que tenía miedo, y le trataban de afeminado y cobarde; pero Arquias, llegándose a él, le instaba a que se levantase, y le repetía las mismas expresiones de antes, queriendo hacerle entender que podía tenerse por reconciliado con Antípatro. Conociendo ya entonces Demóstenes que el veneno había pene-

trado bien dentro y hacía su efecto, se descubrió, y fijando la vista en Arquias, “Ya podrás apresurarte- le dijo- a representar el papel que hace Creonte en la tragedia, arrojando este cuerpo insepulto; yo- continuó- ¡oh venerable Posidón! salgo todavía con vida de tu templo; pero de Antípatro y los Macedonios ni siquiera éste ha quedado puro y sin ser atropellado”. Y al decir estas palabras pidió que le sostuvieran, convulso ya y sin poder tenerse; tanto, que al mover el pie para pasar del ara, cayó en el suelo y, lanzando un sollozo, espiró.

XXX.- Aristón dice que tomó el veneno de la caña, como hemos sentado; pero un tal Papo, cuya historia copió Hermipo, escribe que el caer junto al ara, en el cuaderno se encontró escrito este principio de una carta: “Demóstenes a Antípatro”, y nada más; y que maravillándose todos de una muerte tan súbita, habían referido los Tracios que estaban a la puerta que tomando el veneno de un trapo, lo puso en la mano, lo acercó a la boca y lo tragó, creyendo ellos que era oro lo que había tragado, y la sirviente que le asistía, preguntada por Arquias, respondió que hacía tiempo llevaba Demóstenes consigo aquel atado como un amuleto o preservativo. Mas el mismo Eratóstenes dice que tenía guardado el veneno en una cajita que servía de guarnición a un brazalete de que usaba. No hay necesidad de seguir las demás variaciones que se hallan en los autores que han escrito de él, que son muchos, y sólo se advertirá que Demócares, deudo de Demóstenes, es de sentir que éste no murió de veneno, sino que por amor y providencia de los dioses fue

arrebatado a la crueldad de los Macedonios con una muerte repentina y exenta de dolores. Murió el día 16 del mes Pianepsión, que es el más lúgubre de los de la fiesta de Méter, en el que las mujeres ayunan en honor de la diosa sin salir de su templo. Túvole al cabo de poco tiempo el pueblo de Atenas en el honor debido, erigiéndole una estatua de bronce y decretando que al de más edad de su familia se le mantuviese a expensas públicas en el Pritaneo, e hizo grabar en el pedestal de la estatua aquella inscripción tan sabida:

Si hubiera en ti, Demóstenes, podido
el valor competir con el ingenio,
no habría el Macedón mandado en Grecia.

porque los que dicen que el mismo Demóstenes la compuso en Calauria, cuando iba a tomar el veneno, deliran completamente.

XXXI.- Poco antes de haber ido yo a Atenas se dice haber sucedido este caso. Un soldado a quien se hizo proceso por su comandante, siendo llamado a juicio, puso todo el dinero que llevaba en las manos de la estatua, que tenía los dedos juntos unos con otros, y al lado de la cual estaba plantado un plátano muy alto. Cayeron de él muchas hojas, o porque el viento casualmente las derribara, o porque el mismo que puso el dinero lo ocultara con ellas; ello es que así estuvo, escondido el dinero por largo tiempo. Cuando, volviendo el soldado, lo encontró y corrió la voz de este suceso, muchos ingenios tomaron de aquí argumento para de-

fender a Demóstenes de la nota de soborno, y compitieron entre sí escribiendo epigramas. A Demades, que no gozó largo tiempo de su brillante gloria, la venganza debida a Demóstenes lo llevó a Macedonia a ser justamente castigado por aquellos mismos a quienes había adulado vilmente, pues si ya antes les era odioso, entonces le encontraron envuelto en un reato, del que no había cómo librarse. Porque perdió unas cartas por las que instaba a Perdicas a que invadiese la Macedonia y salvara a los Griegos, colgados- decía- de un hilo podrido y viejo, queriendo significar a Antípatro. Estándole acusando de este crimen Dinarco de Corinto, se irritó Casandro de tal manera, que le mató a un hijo en sus propios brazos, y en seguida dio orden de que también le quitaran la vida, demostrando con estos grandes infortunios que las primeras víctimas de la infame venta de los traidores son ellos mismos, lo que no había querido creer, anunciándoselo Demóstenes muchas veces. Aquí tienes ¡oh Sosio! la vida de Demóstenes, tomada de lo que hemos leído o de lo que ha llegado a nuestros oídos.

CICERÓN

I.- Dícese de la madre de Cicerón, Helvia, haber sido de buena familia y de recomendable conducta; pero en cuanto al padre todo es extremos: porque unos dicen que nació y se crió en un lavadero, y otros refieren el origen de su linaje a Tulio Acio, que reinó gloriosamente sobre los Volscos. El primero de la familia que se llamó Cicerón parece que fue persona digna de memoria, y que por esta razón sus descendientes, no sólo no dejaron este sobrenombre, sino que más bien se mostraron ufanos con él, sin embargo de que para muchos era objeto de sarcasmos; porque los latinos al garbanzo le llaman *Cicer*, y aquel tuvo en la punta de la nariz una verruga aplastada, a manera de garbanzo, que fue de donde tomó la denominación, y de este Cicerón cuya vida escribimos ha quedado memoria de que proponiéndole sus amigos, luego que se presentó a pedir magistraturas y tomó parte en el gobierno, que se quitara y mudara aquel nombre, les respondió con jactancia que él se esforzaría a hacer más ilustre el nombre de Cicerón que los Escauros y Cátulos. Siendo cuestor en Sicilia, hizo a los dioses una ofrenda de plata, en la que inscribió sus dos primeros nombres, Marco

y Tulio, y en lugar del tercero dispuso por una especie de juego que el artífice grabara al lado de las letras un garbanzo. Y esto es lo que hay escrito acerca del nombre.

II.- Dicen que nació Cicerón, habiéndole dado a luz su madre sin trabajo y sin dolores, el día 3 de enero, en el que ahora los magistrados hacen plegarias y sacrificios por el emperador. Parece que su nodriza tuvo una visión, en la que se le anunció que criaba un gran bien para todos los romanos. Esto, que comúnmente debe ser tenido por delirio y por quimera, hizo ver Cicerón bien pronto que había sido una verdadera profecía: porque llegado a la edad en que se empieza a aprender, sobresalió ya por su ingenio, y adquirió nombre y fama entre sus iguales, tanto, que los padres de éstos iban a las escuelas deseosos de conocer de vista a Cicerón, y hacían conversación de su admirable prontitud y capacidad para las letras; y los menos ilustrados reprendían con enfado a sus hijos, viendo que en los paseos llevaban por honor a Cicerón en medio. No obstante tener un talento amante de las artes y las ciencias, cual lo deseaba Platón, propio para abrazar toda doctrina y no reprobar ninguna especie de erudición, se precipitó con mayor ansia a la poesía; y se ha conservado un poemita de cuando era muchacho, titulado *Poncio Glauco*, hecho en versos tetrámetros. Adelantando en tiempo, y dedicándose con más ardor a esta clase de estudios, fue ya tenido, no sólo por el mejor orador, sino también por el mejor poeta de los romanos. Su gloria y su fama en la elocuencia permanece hasta hoy, a pesar de las grandes mudanzas que ha sufrido el lenguaje; pero la fama

poética, habiendo sobrevenido después muchos y grandes ingenios, ha quedado del todo olvidada y oscurecida.

III.- Cuando hubo ya salido de las ocupaciones pueriles, acudió a la escuela de Filón, que era de la secta de los académicos, aquel a quien entre los discípulos de Clitómaco admiraban más los romanos por su elocuencia y apreciaban más por sus costumbres. Al mismo tiempo frecuentaba la casa de Mucio, uno de los principales del gobierno y del Senado, con quien hacía grandes adelantamientos en la ciencia de las leyes; y asimismo se aplicó a la milicia bajo Sila, durante la Guerra Mársica. Después, viendo que la república, de sedición en sedición, caminaba a precipitarse en la insoportable dominación de uno solo, consagró de nuevo su vida al estudio y a la meditación, conferenciando con los griegos eruditos y cultivando las ciencias, hasta que, habiendo vencido Sila, pareció que la república tomaba alguna consistencia. En este tiempo Crisógono, liberto de Sila, habiendo denunciado los bienes de uno que decía haber perdido la vida en la proscripción, los compró él mismo en dos mil dracmas. Roscio, hijo y heredero del que se decía proscrito, se mostró ofendido e hizo ver que aquellos bienes valían doscientos cincuenta talentos, de lo que, incomodado Sila, movió a Roscio causa de parricidio por medio de Crisógono; y como nadie quisiese defenderle, huyendo todos de ello por temor de la venganza de Sila, en este abandono acudió aquel joven a Cicerón. Estimulaban a éste sus amigos, diciéndole que con dificultad se le presentaría nunca otra ocasión más bella ni más propia para ganar fama; movido de

lo cual admitió la defensa, y habiendo salido con su intento, fue admirado de todos; pero por temor de Sila hizo viaje a la Grecia, esparciendo la voz de que lo hacía para procurar la salud, pues en realidad era delgado y de pocas carnes y tenía un estómago débil que no admitía sino poca y tenue comida, y aun esto muy a deshora. La voz era fuerte y de buen temple, pero jura y no hecha, y como su modo de decir era vehemente y apasionado, subiendo siempre de tono la voz, se temía que peligrase su salud.

IV.- Llegado a Atenas, se aplicó a oír a Antíoco Ascalonita, seducido de la facundia y gracia de sus discursos, sin embargo de que no aprobaba las novedades que introducía en los dogmas de la secta: porque ya Antíoco se había separado de la que se llamaba academia nueva, y había desertado de la escuela de Carnéades, o cediendo a la evidencia y a los sentidos, o prefiriendo, como dicen algunos, por cierta ambición, y por indisposición con los discípulos de Clitómaco y de Filón, a todas las demás la doctrina estoica. Mas Cicerón se mantuvo siempre en aquellos principios, y a ellos dio su atención, teniendo meditado, si le era preciso dejar del todo los negocios públicos, convertir a estos estudios su vida desde el foro y la curia, para pasarla sosegadamente entregado a la filosofía. Llególe en esto la noticia de haber muerto Sila, y como su cuerpo, fortificado con el ejercicio, hubiese adquirido bastante robustez, y la voz se hubiese formado del todo, resultando ser llena, dulce al oído y proporcionada a la constitución de su cuerpo, llamado por una parte y rogado desde Roma por sus amigos, y exhortado

por otra de Antíoco a que se entregase a los negocios públicos, volvió otra vez a cultivar la oratoria como un instrumento que había de poner en ejercicio para adelantar en la carrera política, trabajando discursos y consultando los oradores más acreditados. Con este objeto navegó al Asia y a Rodas, y de los oradores de Asia oyó a Jenocles de Adramito, a Dionisio de Magnesia y a Menipo de Caria, y en Rodas al orador Apolonio Molón, y al filósofo Posidonio. Dícese que Apolonio, no sabiendo la lengua latina, pidió a Cicerón que declamara en griego, y que éste tuvo en ello gusto, juzgándolo más conducente para la corrección. Después de haber así declamado, todos se quedaron asombrados y compitieron en las alabanzas; sólo Apolonio se estuvo inmóvil oyéndole, y después que hubo concluido, permaneció en su asiento, pensativo, por largo rato; y como Cicerón se manifestase resentido, “A ti ¡oh Cicerón!- le dijo- te admiro y te alabo, pero duélome de la suerte de la Grecia, al ver que los únicos bienes y ornamentos que nos habían quedado, la ilustración y la elocuencia, son también por ti ahora trasladados a Roma”.

V.- Decidiéndose, pues, a tomar parte en el gobierno, lleno de lisonjeras esperanzas, un oráculo, sin embargo, contenía y moderaba aquel ímpetu, pues habiendo preguntado en Delfos al Dios cómo adquiriría grande fama, le había aconsejado la Pitia que tomara su propia naturaleza por regulador de su conducta, y no la opinión del vulgo. Así al principio procedía con gran precaución, y no daba sino, pasos muy lentos hacia las magistraturas, y aun por esto

mismo no hacían caso de él, y le motejaban con aquellos apodos vulgares tan comunes en Roma: Griego y Ocioso. Mas siendo él amante de gloria por carácter, y continuas las excitaciones de su padre y sus amigos, se dedicó al fin a la defensa de las causas, en la que no por grados llegó a la primacía, sino que desde luego resplandeció con brillante gloria y se aventajó mucho a todos los que con él contendían en el foro. Dícese que, estando en la parte de la elocución no menos sujeto a defectos que Demóstenes, puso mucho atención en observar al cómico Roscio y al trágico Esopo. De éste se cuenta que, representando en el teatro a Atreo cuando deliberaba sobre vengarse de Tiestes, como pasase casualmente uno de los sirvientes en el momento en que se hallaba fuera de sí con la violencia de los afectos, le dio un golpe con el cetro y le quitó la vida; no fue poca la fuerza que de la representación y la acción teatral tomó para persuadir la elocuencia de Cicerón, como que de los oradores que hacían consistir el primor de ésta en vocear mucho solía decir con chiste que por flaqueza montaban en los gritos como los cojos en un caballo. Su facilidad y gracia para esta clase de agudezas y donaires bien parecía propia del foro y sazonada; pero usando de ella con demasiada frecuencia, sobre ofender a no pocos, le atrajo la nota de maligno.

VI.- Nombrósele cuestor en tiempo de carestía; y habiéndole cabido en suerte la Sicilia, al principio se hizo molesto a aquellos naturales por verse precisado a enviar trigo a Roma; pero después, habiendo experimentado su celo, su justificación y su genio apacible, le respetaron sobre todos

los magistrados que habían conocido. Sucedió en aquella sazón que a muchos de los jóvenes más principales y de las primeras familias se les hizo cargo de insubordinación y falta de valor en la guerra, y habiendo sido remitidos al Tribunal del pretor de la Sicilia, Cicerón defendió enérgicamente su causa y los sacó libres. Venia muy engreído con esto a Roma, y dice él mismo que le sucedió una cosa graciosa y muy para reír, porque habiéndose encontrado en la Campania con un ciudadano de los más principales, a quien tenía por amigo, le preguntó qué se decía entre los Romanos de sus hechos y cómo se pensaba acerca de ellos, pareciéndole que toda la ciudad había de estar llena de su nombre y de la gloria de sus hazañas; y aquel le respondió fríamente: "¿Pues dónde has estado este tiempo, Cicerón?" Y añade que entonces decayó enteramente su ánimo, viendo que, habiéndose perdido en la ciudad como en un piélago inmenso la conversación que de él se hubiese hecho, nada había ejecutado que para la gloria hubiese tenido mérito, y habiendo entrado consigo en cuentas, rebajó mucho de su ambición, considerando que el trabajar por la gloria era obra infinita y en la que no se hallaba término. Mas, sin embargo, el alegrarse con extremo de que lo alabasen y ser muy sensible a la gloria lo conservó hasta el fin, y muchas veces fue un estorbo para sus más rectas determinaciones.

VII.- Mas, al fin, entregado al gobierno con demasiado empeño, tenía por cosa muy censurable que los artesanos, que sólo emplean instrumentos y materiales inanimados, no ignoren ni el nombre, ni el país, ni el uso de cada uno; y el

político, que para todos los negocios públicos tiene que valerse de hombres, proceda con desidia y descuido en cuanto a conocer los ciudadanos. Por tanto, no sólo se acostumbró a conservar sus nombres en la memoria, sino que sabía en qué calle habitaba cada uno de los principales, qué posesiones tenía, qué amigos eran para él los de mayor influjo y quiénes eran sus vecinos; y por cualquiera parte que Cicerón caminara de la Italia podía sin detenerse expresar y señalar las tierras y las casas de campo de sus amigos. Siendo su hacienda no muy cuantiosa, aunque la suficiente y proporcionada a sus gastos, causaba admiración que no recibiese ni salario ni dones por las defensas, lo que aun se hizo más notable cuando se encargó de la acusación de Verres. Había sido éste pretor de la Sicilia, donde cometió mil excesos, y persiguiéndole los sicilianos, Cicerón hizo que se le condenara, no con hablar, sino en cierta manera por no haber hablado; porque estando los pretores de parte de Verres, y prolongando la causa con estudiadas dilaciones hasta el último día, como estuviese bien claro que esto no podía bastar para los discursos y el juicio no llegaría a su término, levantándose Cicerón, expresó que no había necesidad de que se hablase y, presentando los testigos y examinándolos, concluyó con decir que los jueces pronunciaran sentencia. Con todo, en el discurso de esta causa se cuentan muchos y muy graciosos chistes suyos. Porque los Romanos llaman *Verres* al puerco no castrado; y habiendo querido un liberto llamado Cecilio, sospechoso de judaizar, excluir a los sicilianos y ser él quien acusara a Verres, le dijo Cicerón: “¿Qué tiene que ver el judío con el puerco?” Tenía Verres un hijo ya

mocito, de quien se decía que no hacía el más liberal uso de su belleza; y motejando Verres a Cicerón de afeminado, “a los hijos- le repuso- no se les reprende sino de puertas adentro”. El orador Hortensio no se atrevió a tomar la defensa de la causa de Verres, pero le patrocinó al tiempo de la tasación, por lo que recibió en precio una esfinge de marfil, y habiéndole echado Cicerón alguna indirecta, como le respondiese que no sabía desatar enigmas, le repuso éste con presteza: “Pues la esfinge tienes en casa.”

VIII.- Habiendo sido de este modo condenado Verres, tasó Cicerón la multa que había de sufrir en setecientas cincuenta mil dracmas; quisieron culparle presto de que por dinero había rebajado la estimación, mas ello es que los sicilianos le quedaron tan agradecidos, que cuando fue edil trajeron en su obsequio muchas cosas de la isla y se las presentaron; pero de ninguna se aprovechó, y sólo se valió del afecto de aquellos isleños para que tuviera el pueblo los frutos a un precio más cómodo. Poseía una tierra bastante extensa en Arpino, y junto a Nápoles y junto a Pompeya tenía otros dos campos no muy grandes; la dote de su mujer Terencia era de ciento veinte mil dracmas, y tuvo una herencia que le produjo unas noventa mil. Pues atenido a solos estos bienes, lo pasó liberal y sobriamente con los literatos griegos y romanos que tenía siempre consigo; muy rara vez se ponía a la mesa antes de haber caído el sol, no tanto por sus ocupaciones como por la enfermedad de estómago que padecía. Por lo tocante al cuidado de su cuerpo, en todo lo demás era nimiamente delicado y puntual; tanto, que en las

fricciones y los paseos no excedía del número prefijado. Atendiendo de este modo a conservar y recrear su constitución, se mantuvo sano y en disposición de poder llevar tantas fatigas y trabajos. En cuanto a casa, la paterna la cedió a su hermano, y él habitaba junto al Palacio para que no sintieran los que le visitaban la mortificación que habrían de sentir si fueran de más lejos, y le visitaban diariamente tantos a lo menos como a Craso por su riqueza y a Pompeyo por su gran poder en los ejércitos, que eran los dos personajes más admirados y de mayor autoridad entre los Romanos, y aun Pompeyo mismo cultivaba la amistad de Cicerón, cuyo consejo y auxilio en los asuntos de gobierno le sirvieron mucho para el acrecentamiento de su poder y su gloria.

IX.- Pidieron al mismo tiempo que él la Pretura muchos y muy distinguidos ciudadanos, entre los que fue, sin embargo, elegido el primero de todos, y los juicios parece que los despachó íntegra y rectamente. Refiérese que juzgado por él en causa de malversación Licinio Macro, varón por sí mismo de gran poder en la ciudad, y sostenido además por la protección de Craso, confiando demasiado en el favor de éste y en los pasos que se habían dado, se marchó a casa cuando todavía los jueces estaban dando los votos, e hizo que inmediatamente le cortaran el cabello; se vistió de blanco, como si ya hubiera vencido en el juicio, y se dirigía otra vez al Tribunal; y que habiéndole encontrado Craso en el atrio, y anunciándole que había sido condenado por todos los votos, se volvió adentro, se puso en cama y murió, suceso que concilió a Cicerón la opinión de que había dirigido con celo

el Tribunal. Sucedió que Vatinio, hombre áspero, acostumbrado a no tratar con el mayor respeto a los magistrados en sus discursos, y que tenía el cuello plagado dé lamparones, pedía una cosa a Cicerón, y como no la concediese, sino que se parase a pensar por algún tiempo, le dijo aquel que si él fuera pretor no tardaría tanto en decidir; a lo que Cicerón contestó con viveza: "Es que yo no tengo tanto cuello." Cuando no le quedaban más que dos o tres días de magistratura le presentó uno a Manilio, a quien acusaba de malversación; y es de advertir que este Manilio gozaba del aprecio y favor del pueblo por creerse que en él se hacía tiro a Pompeyo, de quien era amigo. Pedía término, y Cicerón no le concedió más que el día, siguiente, lo que llevó a mal el pueblo, porque acostumbraban los pretores a conceder diez días cuando menos a los que sufrían un juicio. Citábanle, pues, para ante el pueblo los tribunos de la plebe, haciéndole reconvenciones y acusándole; pero habiendo pedido que se le oyese, dijo: "Que habiendo tratado siempre a los reos con toda la equidad y humanidad que las leyes permitían, le había parecido muy duro no tratar del mismo modo a Manilio, y no quedándole ya más que un solo día de pretor, aquel era el que de intento le había dado por término; porque remitir el juicio a otro magistrado entendía que no era de quien deseaba favorecer." Produjeron estas palabras una gran mudanza en el pueblo; así es que, celebrándole con los mayores elogios, le rogaron que se encargara de la defensa de Manilio. Prestóse a ello de buena voluntad en consideración también a Pompeyo, ausente, y habiendo tomado el negocio desde su

principio, habló con energía contra los fautores de la oligarquía y enemigos por envidia de Pompeyo.

X.- A pesar de esto, para el Consulado fue generalmente protegido de todos, no menos de la facción del Senado que de la muchedumbre, poniéndose de su parte unos y otros con este motivo. Verificada la mudanza que Sila introdujo en el gobierno, aunque al principio se tuvo por repugnante, entonces ya parecía haber tomado cierta estabilidad, con la que el pueblo comenzaba a hallarse bien por el hábito y la costumbre; pero no faltaban genios turbulentos que trataban de mover y trastornar el estado presente, no con la mira de mejorarlo, sino con la de saciar sus pasiones, valiéndose de la ocasión de estar todavía Pompeyo ocupado en la guerra contra los reyes del Ponto y la Armenia y de no existir en Roma fuerzas de alguna consideración. Tenían éstos por corifeo a Lucio Catilina, hombre osado, resuelto y de sagaz y astuto ingenio, el cual, además de otros muchos y muy graves crímenes, era inculpado entonces de vivir incestuosamente con su hija, de haber dado muerte a un hermano y de que, por temor de que sobre este hecho atroz se le formara causa, había alcanzado de Sila que lo incluyera en las listas de los proscritos a muerte, como si todavía viviese. Tomando, pues, a éste por caudillo toda la gente perdida, se dieron mutuamente muchas seguridades, siendo una de ellas la de haber sacrificado un hombre y haber comido de su carne. Sedujo además Catilina a una gran parte de la juventud, proporcionando a cada uno placeres, comilonas y trato con mujerzuelas y suministrando el caudal para todos estos

desórdenes Estaba fuera de esto dispuesta a sublevarse toda la Toscana y la mayor parte de la Galia llamada Cisalpina. La misma Roma estaba muy próxima a alterarse por la desigualdad de las fortunas, pues los más nobles y principales habían desperdiciado las suyas en teatros, banquetes, competencias de mando y obras suntuosas, y la riqueza había ido a parar en la gente más baja y ruin de la ciudad; de manera que se necesitaba de muy poco esfuerzo y le era muy fácil a cualquier atrevido hacer caer un gobierno que de suyo era débil y caedizo.

XI.- Mas para partir Catilina de un principio seguro, pedía el Consulado y se lisonjeaba de que saldría cónsul con Gayo Antonio, hombre que por sí no era propio para estar al frente de nada, ni bueno ni malo; pero que daría peso al poder ajeno. Previéndolo así la mayor parte de los honestos y buenos ciudadanos, movieron a Cicerón a que se presentara competidor, y siendo muy bien recibido del pueblo, quedó desairado Catilina, y fueron elegidos Cicerón y Gayo Antonio, a pesar que de todos los candidatos sólo Cicerón era hijo de padre que pertenecía al orden ecuestre y no al senatorio.

XII.- Aunque todavía eran entonces ignorados de la muchedumbre los intentos de Catilina, no faltaron, sin embargo, grandes altercados y contiendas desde el principio del consulado de Cicerón. De una parte, los que por las leyes de Sila no podían ejercer autoridad, que no eran pocos ni carecían de influjo, al pedir las magistraturas hablaban al pueblo,

acusando la tiranía de Sila, en gran parte con verdad y justicia, y querían hacer en el gobierno mudanzas que ni eran convenientes ni la sazón oportuna. De otra, los tribunos de la plebe proponían leyes análogas y por el mismo término, para crear decenviros con plena autoridad, haciéndolos árbitros en toda la Italia, toda la Siria y cuanto recientemente había sido adquirido por Pompeyo, para vender los terrenos públicos, juzgar libremente y sin sujeción, restituir los desterrados, fundar colonias, tomar caudales del Tesoro público y reclutar y mantener tropas en el número que necesitasen; por lo cual algunos de los principales ciudadanos se adherían a la ley, y el primero entre ellos Antonio, el colega de Cicerón, por esperar que había de ser uno de los diez. Parecía además que, sabedor de las novedades meditadas por Catilina, no le desagradaban por sus muchas deudas, que era lo que principalmente hacía temer a los amantes del bien; y esto fue lo primero que acudió a remediar Cicerón. Porque a aquel le decretaron en la distribución de las provincias la Macedonia, y habiendo adjudicado a Cicerón la Galia, la renunció; con este favor se atrajo a Antonio para que, como actor asalariado, hiciera el segundo papel en la salvación de la patria. Cuando ya éste quedó así sujeto y dócil, cobrando Cicerón mayores bríos, se opuso de frente a los innovadores; e impugnando, y en cierta manera acusando en el Senado la ley, de tal modo aterró a los que querían hacerla pasar, que no se atrevieron a contradecirle. Hicieron nueva tentativa, y como, yendo prevenidos, citasen a los cónsules ante el pueblo, no por eso se acobardó Cicerón, sino que ordenó que le siguiese el Senado, y presentándose en la junta públi-

ca, además de conseguir que se desechara la ley, hizo que los tribunos desistieran de otros planes. ¡De tal modo los confundió con su discurso!

XXIII.- Porque Cicerón fue el que hizo ver a los Romanos cuánto es el placer que la elocuencia concilia a lo que es honesto, que lo justo es invencible, si se sabe decir, y que el que gobierna con celo en las obras debe siempre preferir lo honesto a lo agradable, y en las palabras quitar de lo útil y provechoso lo que pueda ofender. Otra prueba de su gracia y poder en el decir es lo que sucedió siendo cónsul, con motivo de la ley de espectáculos; porque antes los del orden ecuestre estaban en los teatros confundidos con la muchedumbre, sentándose con ésta donde cada uno podía, y el primero que por honor separó a los caballeros de los demás ciudadanos fue el pretor Marco Otón, asignándoles lugar determinado y distinguido, que es el que todavía conservan. Túvolo el pueblo a desprecio, y al presentarse Otón en el teatro, empezó por insulto a silbarle, y los caballeros le recibieron con grande aplauso y palmadas. Continuó el pueblo en los silbidos, y éstos otra vez en los aplausos, de lo cual se siguió volverse unos contra otros, diciéndose injurias y denuestos, siendo suma la confusión y alboroto que se movió en el teatro. Compareció Cicerón luego que lo supo, y como habiendo llamado al pueblo al templo de Belona, le hubiese increpado el hecho y exhortádole a la obediencia, cuando otra vez se restituyeron al teatro aplaudieron mucho a Otón y compitieron con los caballeros en darle muestras de honor y de aprecio.

XIV.- La sedición de Catilina, que al principio había sido contenida y acobardada, cobró de nuevo ánimo, reuniéndose los conjurados y exhortándose a tomar con viveza la empresa antes que llegara Pompeyo, de quien ya se decía que volvía con el ejército. Inflamaban principalmente a Catilina los soldados viejos del tiempo de Sila, que andaban fugitivos por toda la Italia, y esparcidos el mayor número de ellos y los más belicosos por las ciudades de Toscana, no soñaban en otra cosa que en volver a los robos y saqueos. Estos, pues, teniendo por caudillo a Manlio, que había sido uno de los que con más gloria habían militado bajo las órdenes de Sila, se unieron a la conjuración de Catilina y se presentaron en Roma a ayudarle en los comicios consulares. Porque pedía otra vez el Consulado, teniendo resuelto dar muerte a Cicerón en medio del tumulto de los comicios. Parecía que hasta los dioses anunciaban de antemano lo que iba a suceder con terremotos, truenos y fantasmas. Las denuncias de los hombres bien eran ciertas; pero todavía no podían darse a luz contra un hombre tan ilustre y poderoso como Catilina. Por tanto, dilatando Cicerón el día de los comicios, llamó a Catilina al Senado y le preguntó acerca de las voces que corrían. Éste, que juzgaba ser muchos en el Senado los que estaban por las novedades, poniéndose a mirar a los conjurados, dio tranquilamente a Cicerón esta respuesta: “¿Se podrá tener por cosa muy extraña, habiendo dos cuerpos, de los cuales el uno está flaco y moribundo, pero tiene cabeza, y el otro es fuerte y robusto, mas carece de ella, el que yo le ponga cabeza a éste?” Quería designar

con estas expresiones enigmáticas al Senado y al pueblo, por lo que entró Cicerón en mayores recelos, y vistiéndose una coraza, todos los principales de la ciudad y muchos de los jóvenes le acompañaron desde su casa al campo de Marte. Llevaba de intento descubierta un poco la coraza, habiendo desatado la túnica por los hombros, a fin de dar a entender a los que le viesen el peligro. Indignados con esto, se le pusieron alrededor, y, por fin, hecha la votación, excluyeron por segunda vez a Catilina y designaron cónsules a Silano y Murena.

XV.- De allí a poco, dispuestos ya a reunirse con Catilina los de la Toscana, y no estando lejos el día señalado para dar el golpe, vinieron a casa de Cicerón, a la media noche, los primeros y más autorizados entre los ciudadanos: Marco Craso, Marco Marcelo y Escipión Metelo. Llamaron a la puerta, y haciendo venir al portero, le mandaron que despertara a Cicerón y le enterara de su venida, la cual tuvo este motivo. Estando Craso cenando, le entregó su portero unas cartas traídas para un hombre desconocido, y dirigidas a varios, y entre ellas una anónima al mismo Craso. Levó esta sola, y como viese que lo que anunciaba era que habían de hacerse muchas muertes por Catilina, exhortándole a que saliera de la ciudad, ya no abrió las otras, sino que al punto se fue en busca de Cicerón, asustado de anuncio tan terrible, y también para disculparse a causa de la amistad que tenía con Catilina. Habiendo meditado Cicerón sobre lo que debería hacerse, al amanecer congregó el Senado, y llevando consigo todas las cartas, las entregó a las personas que de-

signaban los sobrescritos, mandando que las leyeran en voz alta. Todas se reducían a anunciar el peligro y las asechanzas de una misma manera; y con aviso que dio Quinto Arrio, que había sido pretor, de que en la Toscana se había reclutado gente, y noticia que se tuvo de que Manlio andaba inquieto por aquellas ciudades, dando a entender que esperaba grandes novedades de Roma, tomó el Senado la determinación de encomendar la república al cuidado de los cónsules, para que vieran y escogitaran los medios de salvarla; determinación que no tomaba el Senado muchas veces, sino sólo cuando amenazaba algún grave mal.

XVI.- Conferida a Cicerón esta autoridad, los negocios de afuera los confió a Quinto Metelo, tomando él a su cargo el cuidado de la ciudad, para lo que andaba siempre guardado de tanta gente armada, que cuando bajaba a la plaza ocupaban la mayor parte de ella los que le iban acompañando. Catilina, no pudiendo sufrir tanta dilación, determinó pasar al ejército que tenía reunido Manlio, dejando orden a Marcio y a Cetego de que por la mañana temprano se fueran armados con espadas a casa de Cicerón como para saludarle, y arrojándose sobre él le quitaran la vida. Dio aviso a Cicerón de este intento Fulvia, una de las más ilustres matronas, yendo a su casa por la noche y previniéndole que se guardara de Cetego. Presentáronse aquellos al amanecer, y no habiéndoles dejado entrar, se enfadaron y empezaron a gritar delante de la puerta, con lo que se hicieron más sospechosos. Cicerón salió entonces de casa y convocó al Senado para el templo de Júpiter Ordenador, al que los Romanos llaman *Estator*, construido al principio de la Vía Sacra, como se va al

Palacio. Pareció allí Catilina entre los demás como para justificarse, pero ninguno de los senadores quiso tomar asiento con él, sino que se mudaron de aquel escaño; habiendo empezado a hablar le interrumpieron, hasta que, levantándose Cicerón, le mandó salir de la ciudad, porque no usando el cónsul más que de palabras, y empleando él las armas, debían tener las murallas de por medio. Salió, pues, Catilina inmediatamente con trescientos hombres armados, haciéndose preceder de las fasces y las hachas, y llevando insignias enhiestas, como si ejerciera mando supremo, y se fue en busca de Manlio. Llegó a juntar unos veinte mil hombres, y recorrió las ciudades, seduciéndolas y excitándolas a la rebelión, por lo que, siendo ya cierta e indispensable la guerra, se dio orden a Antonio de que marchara a reducirle.

XVII- A los que habían quedado en la ciudad de los corrompidos por Catilina los reunió y alentó Cornelio Léntulo, llamado por apodo *Sura*, hombre principal en linaje, pero disoluto y desarreglado y expelido antes del Senado por su mala conducta; entonces era otra vez pretor, como se acostumbra hacer con los que quieren recobrar la dignidad senatorial. Dícese que el apodo de Sura se le impuso con este motivo: en el tiempo de Sila era cuestor, y perdió y disipó crecidas sumas de los fondos públicos, y como irritado Sila le pidiese cuentas en el Senado, presentóse con altanería y desvergüenza y dijo que no estaba para dar cuentas; que lo que haría sería presentar la pierna, como lo ejecutan los muchachos cuando hacen faltas jugando a la pelota. De aquí le vino el llamarse Sura, porque los Romanos le dicen Sura a la

pierna. Seguíasele otra vez una causa, y habiendo sobornado a alguno de los jueces, como saliese absuelto por solos los dos votos más, dijo que había sido perdido lo que había gastado en uno de los jueces, porque a él le habría bastado ser absuelto por uno más. Siendo él tal por su carácter, después de seducido por Catilina, acabaron de trastornarle con vanas esperanzas agoreros y embelecadores mentirosos, cantándole versos y oráculos forjados, como si fueran de las sibilas, en los que se decía estar dispuesto por los hados que hubiera en Roma tres Cornelios monarcas, habiéndose ya cumplido en dos el oráculo, en Cina y en Sila, y que ahora al tercer Cornelio que restaba venía su buen Genio, trayéndole la monarquía; por tanto, que debía apercibirse a recibirla y no malograr la ocasión con dilaciones como Catilina.

XVIII.- No era, por tanto, cosa de poca monta o que no hubiera de hacer ruido lo que meditaba Léntulo, pues que su resolución era acabar con todo el Senado y de los demás ciudadanos con cuantos pudiera, poniendo después fuego a la ciudad, sin reservar ninguna otra persona que los hijos de Pompeyo, de los que se apoderarían, teniéndolos y guardándolos bajo sus órdenes, como rehenes para transigir con Pompeyo, porque ya se hablaba mucho y con bastante fundamento de que volvía del ejército grande. Habíase señalado para la ejecución una de las noches de los Saturnales, y acopiando espadas, estopa y azufre, lo habían llevado todo a casa de Cetego, y allí lo tenían reservado. Estaban además prontos cien hombres, y partiendo en otros tantos distritos a Roma, a cada uno le habían asignado por suerte el suyo,

para que, siendo muchos a dar fuego, en breve tiempo ardiera por todas partes la ciudad. Estaban otros encargados de tapar y obstruir las cañerías y de dar muerte a los aguadores. Mientras se formaban estos proyectos se hallaban en Roma dos embajadores de los Alóbroges, gente entonces muy castigada y que sufría muy mal el yugo. Pensando, pues, Cetego que éstos podrían serle muy útiles para alborotar y sublevar la Galia, los hicieron de la conjuración dándoles cartas para aquel Senado y para Catilina: las del Senado ofreciendo a aquel pueblo la libertad, y las de Catilina exhortándole a que diera libertad a los esclavos y viniera sobre Roma. Enviaron con ellos a Catilina un tal Tito de Cretona para que llevara las cartas. Unos hombres como éstos, inconsiderados, y que todas sus determinaciones las tomaban cargados de vino y a presencia de mujerzuelas, las habían con Cicerón, hombre sobrio, de gran juicio y que por la ciudad tenía muchos espías para observar lo que pasaba y venir a referírselo. Fuera de esto, como hablase reservadamente con muchos de los que parecían tener parte en la conjuración, y se fiase de ellos, tuvo conocimiento de las proposiciones hechas a aquellos extranjeros, y estando en acecho una noche, prendió al Crotoniata y ocupó las cartas, auxiliandole encubiertamente los Alóbroges.

XIX.- A la mañana siguiente congregó el Senado en el templo de la Concordia, donde se leyeron las cartas y se examinó a los denunciadores; a lo que añadió Junio Silano que había quien oyó de boca de Cetego que habían de morir tres cónsules y cuatro pretores, refiriendo esto mismo y

otras particularidades Pisón, varón consular. Envióse asimismo a la casa de Cetego a Gayo Sulpicio, uno de los pretores, y encontró en ella muchos dardos y armas de toda especie, y muchas espadas y sables, todos recién afilados. Finalmente, habiendo decretado el Senado la impunidad al Crotoniata si declaraba, denunciado y convencido Léntulo, renunció la magistratura, porque se hallaba de pretor, y despojándose en el Senado mismo de la toga pretexta, tomó el vestido conveniente a su situación. Así éste como los que estaban con él fueron entregados a los pretores para que sin prisiones los tuvieran en custodia. Era la hora de ponerse el sol, y estando en expectación numeroso pueblo, salió Cicerón, y dando cuenta a los ciudadanos de lo ocurrido, acompañado de gran gentío, se entró en la casa de un vecino y amigo, porque la suya la ocupaban las mujeres, celebrando con orgías y ritos arcanos a la diosa que los Romanos llaman Bona y los griegos *Muliebre.* Sacrifícasele cada año en la casa del cónsul por su mujer o su madre con asistencia de las vírgenes vestales. Entrando, pues, Cicerón en la casa acompañado solamente de unos cuantos, se puso a pensar qué haría de aquellos hombres, porque la pena última correspondiente a tan graves crímenes se le resistía, y no se determinaba a imponerla por la bondad de su carácter, y también porque no pareciese que se dejaba arrebatar demasiado de su poder y usaba de sumo rigor con unos hombres de las primeras familias y que tenían en la ciudad amigos poderosos. Mas, por otra parte, si los trataba con blandura temía el peligro que de ellos le amenazaba, pues que no se darían por contentos si les imponía alguna pena, aunque no fuera la de

muerte, sino que se arrojarían a todo, reforzada su perversidad antigua con el nuevo encono, y además él mismo se acreditaría de cobarde y flojo, cuando ya no tenía opinión de muy resuelto.

XX.- Mientras Cicerón se hallaba combatido con estas dudas las mujeres en el sacrificio que hacían observaron un portento, porque el ara, cuando parecía que el fuego estaba ya apagado, de la ceniza y de algunas cortezas quemadas levantó mucha y muy clara llama; las demás se mostraron asustadas, pero las sagradas vírgenes dijeron a Terencia, mujer de Cicerón, que fuera cuanto antes en busca de su marido y le exhortara a poner por obra lo que tenía meditado en bien de la patria, pues la diosa había dado aquella gran luz en salud y gloria del mismo. Terencia, que por otra parte no era encogida ni cobarde por carácter, sino mujer ambiciosa, y que, como dice el mismo Cicerón, más bien tomaba parte en los cuidados políticos del marido que la daba a éste en los negocios domésticos, marchó al punto a darle parte de lo sucedido, y lo incitó contra los conspiradores, ejecutando lo mismo Quinto, su hermano, y de los amigos que tenía con motivo de su estudio en la filosofía, Publio Nigidio, de cuyo consejo se valía principalmente en los asuntos políticos de importancia. Tratándose, pues, al día siguiente en el Senado del castigo de los conjurados, Silano, que fue el primero a quien se preguntó su dictamen, dijo: “que traídos a la cárcel deberían sufrir la última pena” y todos seguidamente se adhirieron a él, hasta Gayo César, el que fue dictador después de estos sucesos. Era todavía joven y estaba

dando los primeros pasos para su acrecentamiento, mas en su conducta pública y en sus esperanzas ya marchaba por aquella senda por la que convirtió el gobierno de la república en monarquía. Ninguna sospecha tenían contra él los demás, y aunque a Cicerón no le faltaban motivos para ella, no había dado asidero para que se le hiciera cargo, diciendo algunos que estando muy cerca de caer en la red se había escapado de ella; pero otros son de sentir que con conocimiento se desentendió Cicerón de la denuncia que contra él tenía por miedo de su poder y el de sus amigos, pues era cosa averiguada que más bien se llevaría César tras sí a los otros para salud que éstos a César para castigo.

XXI.- Llegada, pues, su vez de votar, levantándose, expresó que no se debía quitar la vida a los culpados, sino confiscar sus bienes, y llevándolos a las ciudades de Italia que a Cicerón le pareciese, tenerlos en prisión hasta que se hubiese acabado con Catilina. A este dictamen, benigno en sí y esforzado por un hombre elocuente, le dio mayor valor Cicerón, porque, levantándose, se propuso hacer de los dos uno, tomando parte del primero, y conviniendo en parte con César; y como todos sus amigos creyesen que a Cicerón le convenía más adoptar el dictamen de César, porque habría menos motivo de queja contra él no quitando la vida a los reos, prefirieron esta segunda sentencia: tanto, que reformó también su voto Silano, y lo explicó diciendo que por última pena no había querido entender la de muerte, puesto que para un senador romano lo era la cárcel. Dada por César esta sentencia, el primero que la contradijo fue Lutacio Cá-

tulo, y después, tomando la palabra Catón, como recriminase con vehemencia a César por las sospechas que contra él había, excitó de tal modo la indignación del Senado, que condenaron a los culpables a muerte. En cuanto a la confiscación de los bienes, se opuso César, diciendo no ser puesto en razón, pues que se había desechado la parte benigna de su dictamen, que quisieran aplicar la de mayor rigor. Eran no obstante muchos los que en esto insistían, por lo que hizo llamar a los tribunos de la plebe, y como éstos no se prestasen a sostenerle, cedió Cicerón, y por sí mismo quitó la parte de la confiscación de los bienes.

XXII.- Partió, pues, con el Senado en busca de los detenidos, que no estaban en una misma parte todos, sino que de los pretores uno custodiaba a uno y otro a otro. Léntulo fue el primero a quien trajeron del Palacio por la Vía Sacra y por medio de la plaza, cercado y custodiado por los primeros ciudadanos, estando el pueblo asombrado de lo que, veía y presenciándolo en silencio; los jóvenes principalmente, como si se les iniciara en los misterios patrios de la potestad aristocrática, lo estaban mirando con miedo y con terror. Luego que hubieron pasado de la plaza y llegado a la cárcel, hizo entrega Cicerón de Léntulo al carcelero, y le mandó darle muerte; enseguida de éste a Cetego, y del mismo modo, trayendo a los demás, se les quitó la vida. Observando que todavía se hallaban reunidos en la plaza muchos de los conjurados, ignorantes de lo que pasaba, y esperando la noche para extraer a los detenidos, que todavía creían vivos y con bastante poder, les dirigió la palabra en voz alta, dicién-

doles: "Vivieron"; porque los Romanos, para no usar de una voz que tienen a mal agüero, significan de este modo el haber muerto. Declinaba ya la tarde, y por la plaza subió a su casa, acompañándole los ciudadanos, no ya en silencio ni guardando orden, sino recibiéndole con voces y señales de aplauso los que se hallaban al paso y dándole los nombres de salvador y fundador de la patria. Ilumináronse las calles, y los que estaban en las puertas sacaban faroles y antorchas. Las mujeres desde lo alto se mostraban por respeto y por deseo de ver al cónsul, que subía con el brillante acompañamiento de los principales ciudadanos, muchos de los cuales, habiendo acabado peligrosas guerras, entrado en triunfo y ganado para la república gran parte de la tierra y del mar, iban confesando de unos a otros que a muchos de sus generales y caudillos era deudor el pueblo romano de riqueza, de despojos y de poder, pero de seguridad y salvación sólo a Cicerón, que lo había sacado de tan grave peligro; no estando lo maravilloso en haber atajado tan criminales proyectos, sino en haber apagado la mayor conjuración que jamás hubiese habido con tan poca sangre y sin alboroto ni tumulto. Porque la mayor parte de los que habían ido a reunirse con Catilina, apenas supieron lo ocurrido con Léntulo y Cetego lo abandonaron y huyeron, y combatiendo contra Antonio con los que le habían quedado, él y el ejército fueron deshechos.

XXIII.- No obstante esto, no dejaba de haber algunos que se preparaban a molestar a Cicerón de obra y de palabra por los pasados sucesos al frente de los cuales estaban los

que habían de entrar en las magistraturas: César, que iba a ser pretor, y Metelo y Bestia, tribunos de la plebe. Posesionáronse éstos en sus cargos cuando todavía Cicerón había de ejercer el Consulado por algunos días, y no le dejaron arengar al pueblo, sino que, poniendo sillas en la tribuna, no le dieron lugar, ni se lo permitieron, como no fuera solamente para renunciar y abjurar el Consulado si quería, bajándose luego. Presentóse, pues, como para renunciar, y prestándole todos silencio hizo no el juramento patrio y acostumbrado en tales casos, sino otro particular y nuevo: que juraba haber salvado la patria y afirmado la república; y este mismo juramento hizo con él todo el pueblo. Irritados más con esto César y los tribunos, pensaron cómo suscitar nuevos disgustos a Cicerón, para lo cual dieron una ley llamando a Pompeyo con su ejército, a fin de destruir, decían, la dominación de Cicerón, pero era para éste y para toda la república de grandísima utilidad el que se hallase de tribuno de la plebe Catón, para contrarrestar los intentos de aquellos con igual autoridad y con mayor reputación, pues fácilmente los desbarató, y en sus discursos al pueblo ensalzó de tal modo el consulado de Cicerón, que se le decretaron los mayores honores que nunca se habían concedido y se le llamó públicamente padre de la patria, siendo él el primero a quien parece haberse dispensado este honor por haberle así apellidado Catón ante el pueblo.

XXIV.- Grande fue entonces su poder en la ciudad; mas sin embargo se atrajo la envidia de muchos, no por ningún hecho malo, sino causando cierto disgusto e incomodidad

con estar siempre alabándose y ensalzándose a sí mismo: porque no se entraba en el Senado, en la junta pública, en los tribunales, sin oír continuamente hablar de Catilina y de Léntulo. Sus mismos libros y todos sus escritos están llenos de elogios propios, así es que aun su misma dicción, que era dulcísima y tenía mucha gracia, la hizo odiosa y pesada a los oyentes, por ir siempre acompañada de este fastidio como de un resabio inevitable. Mas, sin embargo de estar sujeta a esta desmedida ambición, vivió libre de envidiar a nadie, acreditándose del menos envidioso con tributar elogios a todos los hombres grandes que le habían precedido, y a los de su edad, como se ve por sus escritos; conservándose la memoria de muchos, como, por ejemplo, decía de Aristóteles que era un río con raudales de oro; de los *Diálogos* de Platón, que si Zeus usara de la palabra hablaría de aquella manera, y a Teofrasto solía llamarle sus delicias. Preguntado cuál de las oraciones de Demóstenes le parecía la mejor, respondió que la más larga. No obstante, algunos de los que afectan demostenizar le achacan de haber dicho en carta a uno de sus amigos que alguna vez dormitó Demóstenes, y no se acuerdan de los continuos y grandes elogios que hace de este hombre insigne y de que a las más estudiadas y más vehementes de sus oraciones, que son las que dijo contra Antonio, las intituló filípicas. De los hombres que en su tiempo tuvieron fama, o por la elocuencia o por la sabiduría, no hubo ninguno al que no hubiese hecho más ilustre hablando o escribiendo con sinceridad de cada uno. Para Cratipo el Peripatético alcanzó que se le hiciera ciudadano romano, siendo ya dictador César, y obtuvo para el mismo

que el Areópago decretara y le rogara permaneciese en Atenas para formar la juventud, siendo el ornamento de aquella ciudad. Existen cartas de Cicerón a Herodes, y otras a su propio hijo, encargándoles cultivaran la filosofía con Cratipo. Noticioso de que el orador Gorgias inclinaba a este joven a los placeres y a las comilonas, le previno que se separara de su trato. Esta carta, primera de las griegas, y la segunda a Pélope de Bizancio, parece haber sido las únicas que se escribieron con enfado: en cuanto a Gorgias con razón, culpándole de ser vicioso y disipado, como parece haberlo sido, pero en cuanto a Pélope, con pequeñez de ánimo y con ambición pueril, quejándose de que no hubiera puesto bastante diligencia para que los bizantinos le decretaran ciertos honores.

XXV.- De todo esto era causa su vanidad, y también de que, acalorado en el decir, se olvidara a veces del decoro. Porque defendió en una ocasión a Munacio, y como éste, después de absuelto, persiguiese a un amigo de Cicerón llamado Sabino, se dejó arrebatar de la cólera hasta el punto de decir: “¿La absolución de aquella causa ¡oh Munacio! la conseguiste tú por ti, o porque yo cubrí de sombras la luz ante los jueces?” Elogiando a Marco Craso en la tribuna con grande aplauso del pueblo, al cabo de algunos días le maltrató en el mismo sitio; y como aquel dijese: “¿Pues no me alabaste poco ha?” “Sí- repuso-; pero fue para ejercitar la elocuencia en una mala causa”. Dijo Craso en una ocasión que en Roma ninguno de los Crasos había alargado su vida más allá de los sesenta años; y como después lo negase con

esta expresión: "Yo no sé en qué pude pensar cuando tal dije". "Sabías- él replicó- que los romanos lo oían con gusto, y quisiste hacerte popular". Dijo también Craso que le gustaban los estoicos por ser una de sus opiniones que el hombre sabio y bueno era rico: y "Mira no sea- le replicó- porque dicen que todo es del sabio", aludiendo a la opinión que de avaro tenía Craso. Parecíase uno de los hijos de éste a un tal Axio, y por esta, causa corrían rumores contrarios a la madre de trato de Axio, y como aquel joven hubiese recibido aplausos hablando en el Senado, preguntado Cicerón qué le parecía, respondió en griego, (que puede ser digno de Craso, o el Axio de Craso.)

XXVI.- A pesar de esto, cuando Craso partió para la Siria, queriendo más tener a Cicerón por amigo que por enemigo, le habló con afecto, y le manifestó deseo de cenar un día con él, en lo que Cicerón significó tener mucho placer. De allí a pocos días le hablaron algunos amigos acerca de Vatinio, insinuándole que deseaba ponerse bien con él y entrar en su amistad, porque era enemigo; a lo que les contestó: "Pues ¡qué! ¿quiere también Vatinio venir a cenar a mi casa?" Esta era la disposición de su ánimo respecto de Craso. Tenía Vatinio lamparones en el cuello, y como hablase en una causa, le llamó orador hinchado. Oyó que había muerto, y sabiendo después de cierto que vivía, "Mala muerte le de Dios- dijo- al que tan mal ha mentido". Había decretado César repartir tierras de la Campania a los soldados, lo que era en el Senado muy desagradable a muchos; y

Lucio Gelio, ya muy anciano, exclamó que eso no sería viviendo él; a lo que dijo Cicerón: “Esperemos, pues, porque el término que pide Gelio no puede ir largo”. Había un tal Octavio, de quien se susurraba que era de África, y hablando Cicerón en causa contra él, como dijese que no le oía, “Pues a fe- le replicó- que tienes agujereadas las orejas”. Diciéndole Metelo Nepote que más eran los que había perdido dando testimonio contra ellos que los que había salvado con sus defensas, “Confieso- le contestó- que en mí hay más crédito y fe que elocuencia”. Era infamado cierto joven de haber dado veneno a su padre en un pastel, y como se jactase de que había de llenar a Cicerón de desvergüenzas, “Más quiero eso de ti- respondió- que tus pasteles”. Tomóle Plubio Sextio con otros por defensor en una causa, y como él se lo quisiese hablar todo, sin dar lugar a nadie viendo que iba a ser absuelto, porque ya se había empezado a votar, “Aprovéchate hoy del tiempo- le dijo- ¡oh Sextio!, porque mañana ya serás un particular”. Había un Publio Cota que quería pasar por jurisconsulto siendo necio y sin talento; llamóle por testigo para una causa, y como respondiese que nada sabia, “¿Crees acaso- le dijo- que se te pregunta de leyes?” En una disputa con Metelo Nepote le preguntó éste muchas veces: “¿Quién es tu padre, Cicerón?” Y él, por fin, le dijo: “Esta respuesta te la ha hecho a ti más dificultosa tu madre”; porque parecía haber sido un poco desenvuelta la madre de Nepote, así como él era inconstante, pues renunciando repentinamente el tribunado de la plebe, hizo viaje por mar en busca de Pompeyo, y después se volvió de un modo más extraño todavía. Hizo con magnificencia el entierro de su

preceptor Filagro, y puso sobre su sepulcro un cuervo de piedra, sobre lo que le dijo Cicerón que había andado muy cuerdo, pues más le había enseñado a volar que a decir. Marco Apio dijo en el exordio de una causa que su amigo le había pedido que pusiera en ella cuidado, facundia y fe, a lo que le dijo Cicerón: "¿Y eres un hombre tan de corazón de hierro que no has de haber hecho nada de lo que te ha pedido tu amigo?".

XXVII.- El usar en las causas de estos dichos mordaces y picantes contra los enemigos y contrarios, pasa por parte de la oratoria; pero el ofender a cuantos se le presentaban por parecer chistoso, le hizo odioso a muchos. A Marco Aquilio, que tenía dos yernos desterrados, le llamaba Adrasto. Siendo censor Lucio Cota, que era notado de gustar demasiado del vino, pedía Cicerón el Consulado, y habiéndole dado sed en la plaza, como se le pusiesen alrededor los amigos mientras bebía, "Tenéis razón en temer- les dijo-, no sea que el censor se vuelva contra mí si ve que bebo agua". Encontrándose con Voconio, que iba acompañando tres hijas muy feas, le aplicó este verso:

Contrario tuvo a Febo éste al ser padre.

Había contra Marco Gelio la opinión de que no era hijo de padres libres, y como en el Senado se esforzase a leer con una voz muy alta y muy clara, "No os admiréis- dijo-, porque es de los que pregonan". Cuando Fausto, hijo de Sila el tirano, que proscribió a muchos a muerte, oprimido de sus deudas por haber malgastado su hacienda, publicó la lista de

sus bienes, “Más me gusta esta lista- dijo Cicerón- que las de su padre”.

XXVIII.- Con estas cosas era molesto a muchos, y a este tiempo Clodio y su facción se declararon sus enemigos con este motivo. Era Clodio de una de las primeras familias, en los años joven y en el ánimo osado y temerario. Teniendo amores con Pompeya, mujer de César, se introdujo ocultamente en su casa disfrazándose con el vestido y demás adornos de una cantatriz. Celebraban las mujeres aquella fiesta y sacrificio arcano, nunca visto de los hombres en casa de César, y no podía ser admitido ningún varón; pero siendo todavía Clodio mocito, pues aun no tenía barba, esperó que podría quedar desconocido llegando con las mujeres hasta donde estaba Pompeya; mas habiendo entrado de noche en una casa grande, se perdió en los corredores, y habiéndole visto andar desatentado una sirvienta de Aurelia, madre de César, le preguntó su nombre. Precisado a hablar y diciendo que buscaba a Abra, criada de Pompeya, conociendo aquella que la voz no era femenil, gritó y empezó a llamar a las mujeres. Cerraron éstas las puertas y, registrándolo todo, encontraron a Clodio que se había guarecido en el cuarto de la criada, con quien había entrado. Hízose público el suceso; César repudió a Pompeya, y a Clodio se le formó causa de impiedad.

XXIX.- Cicerón era amigo suyo, y en las diligencias relativas a la conjuración de Catilina se había hallado éste a su lado y le había prestado auxilio; pero haciendo consistir toda

su defensa contra la acusación de aquel crimen en no haberse hallado en Roma al tiempo en que se decía cometido, sino ocupado fuera de la ciudad en unas posesiones distantes, dio Cicerón testimonio contra él, diciendo que había estado a buscarle en su casa y le había hablado de ciertos negocios, como era la verdad. Mas con todo no parecía que había declarado en esta forma precisamente por amor a la verdad, sino por ponerse en buen lugar con su mujer Terencia, a causa de que miraba ésta en aversión a Clodio por Clodia, su hermana, de la que se decía aspiraba a casarse con Cicerón, dando pasos para ello por medio de un cierto Tulo, que era de los amigos más estimados de Cicerón; y yendo continuamente a casa de Clodia, y obsequiándole ésta, como no viviese lejos, dio a Terencia motivos de sospecha, y siendo ésta de genio fuerte y dominando a Cicerón, lo preciso a ponerse en oposición con Clodio y a atestiguar contra él. Declararon además contra Clodio muchos de los primeros y mejores ciudadanos, deponiendo de sus perjurios, de sus suplantaciones de testamentos, de sus sobornos y de sus adulterios. Luculo produjo unas esclavas como testigos de que Clodio había tenido trato inhonesto con la más joven de sus hermanas mientras estaba enlazada con el mismo Luculo, y corría muy valida la opinión de que le tenía con las otras dos hermanas, de las cuales Terencia estaba casada con Marcio Rex, y Clodia con Metelo Céler. Dábanle a ésta el sobrenombre de *Cuadrantaria,* porque uno de sus amantes, habiendo puesto en un bolsillo unas piezas de bronce, se las envió queriendo hacerlas pasar por plata; y a la moneda más pequeña de bronce la llamaban cuadrante; y por esta her-

mana era por la que más se hablaba de Clodio. Mas, a pesar de todo esto, el pueblo se puso entonces de parte de Clodio y contra los testigos y acusadores; por lo cual, entrando en temor los jueces, pusieron guardias, y la mayor parte echaron las tablas con las letras borradas y confusas. Sin embargo, apreció que eran más los que absolvían; y se dijo también que había intervenido soborno; así es que Cátulo, acercándose a los jueves, "Vosotros- les dijo- con verdad habéis pedido la guardia para vuestra seguridad, no fuera que alguno os quitara el dinero". Cicerón, diciéndole Clodio que su testimonio no había merecido fe a los jueces, "Antes- le respondió- a mí me han creído veinticinco de ellos, porque éstos han sido los que te han condenado; y a ti no te han creído treinta, porque no te han absuelto hasta que han recibido el dinero". César, llamado como testigo, no declaró contra Clodio ni dijo que su mujer fuese culpada de adulterio, sino que la había repudiado porque el matrimonio de César debía estar puro, no sólo de la menor acción fea, sino hasta de las sospechas.

XXX.- Habiendo salido Clodio de aquel peligro elegido tribuno de la plebe, al punto la tomó con Cicerón, excitando y moviendo todos los negocios y todos los hombres contra él y procurando ganarse a la muchedumbre con leyes populares; y a uno y otro cónsul les decretó grandes provincias: a Pisón la Macedonia, y a Gabinio la Siria. A muchos de escasa fortuna los asoció a sus miras, y tenía siempre a su lado esclavos armados. De los tres que gozaban del mayor poder entonces en Roma, como Craso estuviese en oposición con

Cicerón y le hiciese la guerra, Pompeyo quisiese estar bien con ambos y César hubiese de partir a la Galia con ejército, Cicerón se bajó a éste, sin embargo de que en vez de ser su amigo le era sospechoso desde los sucesos de Catilina, y le rogó que le llevase delegado a la provincia. Concedióselo César, y Clodio, viendo que Cicerón iba a ponerse fuera de su tribunado, fingió que estaba dispuesto a hacer amistades, y valiéndose de los medios de echar la culpa a Terencia de lo pasado, de hablar siempre de él, de saludarle con afabilidad, como pudiera hacerlo quien no lo aborreciera ni estuviera indispuesto con él, quejándose solamente con palabras benignas y amistosas; así logró quitarle enteramente el miedo, hasta el punto de desistir de su pretensión con César y volver al manejo de los negocios públicos; de lo que, resentido César, dio ánimo a Clodio y apartó a Pompeyo enteramente de Cicerón; y aun declaró con juramento ante el pueblo parecerle que no se había dado justa y legalmente la muerte a Léntulo y Cetego, no habiendo sido antes juzgados, pues éste era el cargo y ésta la acusación que a Cicerón se hacía. Constituido, pues, reo y perseguido como tal, mudó el vestido, y dejando crecer el cabello, rodaba por la ciudad implorando la clemencia del pueblo. Mas por doquiera se le aparecía en todas las calles Clodio, llevando consigo hombres desvergonzados y atrevidos, que insultando a Cicerón descaradamente por la situación y traje en que se veía, y tirándole en muchas ocasiones lodo y piedras, se empeñaban en interrumpir y estorbar sus súplicas.

XXXI.- No obstante estos esfuerzos de Clodio, casi todo el orden ecuestre mudó también de vestido, y hasta veinte mil jóvenes le seguían, dejándose crecer el cabello, y acompañándole en sus ruegos. Congregado después el Senado con el objeto de hacer decretar que se mudaran los vestidos al modo que en un duelo público, como lo repugnasen los cónsules y Clodio corriese con hombres armados a la curia, se salieron de ella muchos de los senadores rasgando sus ropas y mostrándose indignados. Cuando se vio que aquel triste aspecto no excitó ni la compasión ni la vergüenza, y que era preciso, o que Cicerón se fuera desterrado, o que contendiera con las armas con Clodio, recurrió aquel a implorar el auxilio de Pompeyo, que de intento se había retirado, yéndose a la posesión que tenía junto al Monte Albano. Para esto envió primero a su yerno Pisón, a fin de que intercediese con él, y después subió el mismo Cicerón. Cuando lo supo Pompeyo no pudo sufrir que se le presentara, poseído de una gran vergüenza, al considerar que Cicerón había sostenido en la república por él grandes contiendas y le había servido en muchos negocios; pero siendo yerno de César, por complacer a éste se desentendió del debido agradecimiento, y saliéndose por otra puerta, evitó la visita. Cicerón, abandonado por él de esta manera, y careciendo de protección, acudió a los cónsules, de los cuales Gabino siempre se le mostró desafecto; pero Pisón le hizo mejor recibimiento, exhortándole a salir de Roma para librarse de la violencia y poder de Clodio, y a llevar resignadamente la mudanza de los tiempos, para poder ser otra vez el salvador de la patria, puesta por inclinación a él en tales turbaciones e

inquietudes. Oída por Cicerón esta respuesta, conferenció sobre lo hacedero con sus amigos. Luculo era de dictamen que no se moviera, porque vencería; pero otros le aconsejaban la fuga, en el concepto de que bien presto el pueblo lo echaría menos, luego que no pudiera aguantar las locuras y furores de Clodio. Este fue el partido que adoptó Cicerón, y subiendo al Capitolio la estatua de Minerva que tenía trabajada en casa mucho tiempo había, y a la que daba su gran veneración, la consagró a la diosa con esta inscripción: "A Minerva, protectora de Roma". Valióse de algunos de sus amigos para que le acompañaran, y a la media noche salió de la ciudad, haciendo su viaje a pie por la Lucania con deseo de verse en la Sicilia.

XXXII.- Cuando ya se supo de cierto que había huido, Clodio hizo dar contra él decreto de destierro y promulgar edicto por el que se le vedaba el agua y el fuego, y se mandaba que nadie le recibiera bajo techado a quinientas millas de Italia. A muchos no les servía de detención este edicto para dar muestras de respeto a Cicerón, para obsequiarle y para acompañarle; pero en Hiponio, ciudad de la Lucania, que ahora se llama Vibón, el siciliano Vibio, que había disfrutado en muchas cosas de la amistad de Cicerón y en el consulado de éste había sido nombrado prefecto de artesanos, no le admitió en su casa, y sólo le indicó una posesión, a la que podía acogerse; y Gayo Virgilio, pretor de la Sicilia, a quien Cicerón había hecho también grandes favores, le escribió que no tocara en aquella isla. Desconcertado en sus planes con estos desengaños, se dirigió a Brindis, y pasando

de allí con viento favorable a Dirraquio, como durante el día soplase viento contrario de mar, regresó al punto y otra vez volvió a dar la vela. Se dice que en esta travesía, cuando ya estaba para saltar en tierra, hubo a un tiempo terremoto y retirada de las aguas del mar, sobre lo que pronosticaron los agoreros que no sería largo su destierro, porque aquellas eran señales de mudanza. Visitábanle muchos por afecto, y las ciudades griegas competían unas con otras en Demostraciones; pero a pesar de eso siempre estaba desconsolado y triste, teniendo, como los enamorados, puestos los ojos en Italia, y mostrándose demasiado abatido y con apocado ánimo en aquel infortunio, cosa que nadie habría esperado de un hombre de su instrucción y doctrina, que muchas veces rogaba a sus amigos no le llamaran orador, sino filósofo, porque la filosofía la había elegido por ocupación, y la oratoria no la empleaba sino como un instrumento útil en el gobierno. Decía asimismo que la gloria era propia para borrar en el alma, como si fuera una tintura, todo buen discurso, inoculando en los que mandan todas las pasiones de la muchedumbre con la conversación y el trato, a no estar el hombre muy sobre sí, para que cuando se entrega a los negocios tome, sí, parte en éstos, pero no en las pasiones y afectos que van con los negocios.

XXXIII.- Clodio, luego que alejó a Cicerón, quemó sus quintas y su casa, edificando en el sitio el templo de la Libertad. Quiso vender asimismo su hacienda, haciéndola pregonar todos los días, porque nadie se presentaba a hacer postura. Terrible con estos hechos a los del Senado, y asisti-

do del favor del pueblo, ya ensayado por él a la insolencia y al desenfreno, asestó sus tiros contra Pompeyo, empezando por desacreditar algunas de las disposiciones tomadas por él en el ejército. Perdió con esto de su opinión, y ya se reprendía a sí mismo de haber abandonado a Cicerón; por lo que arrepentido trabajaba por todos los medios en procurar su vuelta por si y por sus amigos. Oponíase Clodio, y el Senado decretó que no se daría curso a ningún negocio público ni se aprobaría nada mientras no se acordase la vuelta de Cicerón. En el consulado de Léntulo tomó tal incremento la sedición, que los tribunos de la plebe fueron heridos en la plaza, y Quinto, el hermano de Cicerón, quedó tendido entre los cadáveres por muerto. Empezó ya con esto a desengañarse el pueblo, y siendo el tribuno Annio Milón el primero que se atrevió a llevar al tribunal a Clodio por causa de violencia pública, muchos acudieron a ponerse al lado de Pompeyo, así de la plebe como de las ciudades comarcanas. Presentóse con éstos, y arrojando a Clodio de la plaza, dispuso que pasaran a votar los ciudadanos, y se dice que nunca se vio una votación del pueblo tan uniforme. Yendo el Senado a competencia con el pueblo, decretó que se dieran las gracias a todas las ciudades que habían obsequiado a Cicerón durante su destierro, y que sus quintas y su casa, arrasadas por Clodio, fueran de nuevo levantadas a expensas del Erario. Volvió Cicerón a los diez y seis meses de destierro, y fue tanto el goce de las ciudades, y tal el ansia y esmero que en recibirle ponían los habitantes, que aun anduvo corto el mismo Cicerón cuando dijo que, tomándolo en hombros la Italia, lo había traído a Roma. El mismo Craso, que había sido ene-

migo de Cicerón antes del destierro, salió también entonces a recibirle y se reconcilió con él, en obsequio, decía, de su hijo Publio, que era uno de los admiradores de Cicerón.

XXXIV.- Había aún corrido poco tiempo, y valiéndose de que Clodio se hallaba fuera de la ciudad, subió Cicerón con algún acompañamiento al Capitolio, y echó por el suelo e hizo pedazos las tablas tribunicias, que eran los registros de las operaciones de los tribunos. Increpóle sobre esto Clodio, y respondiéndole Cicerón que había sido contra ley el que de los patricios hubiera pasado el tribunado de la plebe y que, por tanto, no debía tener valor nada de lo hecho por él; se ofendió de esta respuesta Catón y la contradijo, no porque se pusiese de parte de Clodio o dejase de estar mal con sus tropelías, sino por parecerle duro y violento que el Senado decretase la abrogación de tantas y tales determinaciones y decretos, entre los que se contaba el encargo que el mismo Catón había desempeñado en Chipre y Bizancio. Desde entonces conservó con él Cicerón cierta indisposición, la cual, sin embargo, no pasó nunca a hecho ninguno público ni a otra cosa que a tratarse con cierta tibieza.

XXXV.- Sucedió después que Milón mató a Clodio, y siguiéndosele causa de homicidio, nombró por su defensor a Cicerón. El Senado, por temor de que, puesto en riesgo un hombre ilustre y altivo como Milón, se moviera algún alboroto en la ciudad, permitió a Pompeyo que presidiera éste y otros juicios, procurando tranquilidad al pueblo y seguridad a los jueces. Guarneció éste antes del día la plaza y todas sus

avenidas con soldados, y Milón, recelando que Cicerón, turbado con aquel nunca usado espectáculo, podría estar menos feliz en su discurso, le persuadió que, haciéndose llevar a la plaza en litera, esperara allí tranquilamente hasta que se hubiesen reunido los jueces y se llenase la audiencia. Mas él, a lo que parece, no sólo no era muy osado entre las armas, sino que hablaba siempre en público con miedo, y con dificultad se vio libre de la agitación y el temblor, hasta que a fuerza de esta clase de contiendas su elocuencia adquirió firmeza y asiento. Aun así, defendiendo a Licinio Murena, acusado por Catón, con el empeño de exceder a Hortensio, que había sido muy aplaudido, no descansó un momento en toda la noche, y quebrantado con el demasiado estudio y la falta de sueño, fue tenido por inferior a aquel. Entonces, pues, saliendo de la litera para la causa de Milón, al ver a Pompeyo sentado en el Tribunal como en un ejército, y toda la plaza alrededor llena de resplandecientes armas, se asustó sobremanera, y con gran trabajo pudo empezar a hablar, temblándole todo el cuerpo y con la voz entrecortada, siendo así que el mismo Milón asistió al juicio con arrogancia y serenidad, sin haber querido dejarse crecer el cabello ni tomar el vestido de duelo; lo que parece no haber sido la menor causa de que se le condenase. Mas en esta ocasión antes se acreditó Cicerón de buen amigo que de tímido y cobarde.

XXXVI.- Hízosele del número de aquellos sacerdotes que los romanos llaman augures en lugar de Craso el joven, después de haber éste fallecido a manos de los Partos. To-

cándole después por suerte en la distribución de las provincias la Cilicia, con un ejército de doce mil infantes y dos mil y seiscientos caballos, se embarcó para pasar a ella, llevando también el encargo de reducir la Capadocia a la sumisión y obediencia del rey Ariobarzanes. Compuso y arregló estos negocios a satisfacción de todos, sin necesidad de recurrir a las armas, y viendo a los de Cilicia inquietos y desasosegados con el descalabro experimentado por los romanos en la guerra de los Partos y con las novedades de la Siria, los trajo al orden con usar de blandura en su mando. No recibió dones algunos aún de los mismos reyes, y quitó aquellos convites que eran de estilo en las provincias. A los que le honraban y favorecían los obsequiaba teniéndolos a su mesa y dándoles de comer, no con lujo, pero tampoco con escasez y mezquindad. Su casa no tenía portero, ni nadie le vio tampoco sentado, sino que desde muy temprano, en pie o paseándose delante de su cuarto, recibía a los que iban a visitarle. Dícese que no castigó a ninguno ignominiosamente con las varas, ni le rasgó la ropa, ni por enfado le dijo una mala palabra o le impuso multa que pudiera injuriarle. Encontró que gran parte de los caudales públicos habían sido usurpados, y poniendo en ellos orden, hizo que las ciudades floreciesen, sin que por eso los que tenían que pagar fuesen vejados ni molestados, ni dejasen de conservar su estimación. También tuvo que hacer la guerra, derrotando unos aduares de ladrones que tenían sus guaridas en el Monte Amano, con cuyo motivo fue de los soldados saludado emperador. Pidióle a esta sazón el orador Celio que le enviara leopardos de Cilicia para cierto espectáculo; y él, aludiendo con alguna jactancia a

los hechos de esta guerra, le escribió que ya no quedaba ninguno en la Cilicia, porque habían huido a la Caria incomodados de que a ellos solos se les hiciera la guerra cuando todo lo demás estaba en paz. Al retirarse de la provincia pasó algún tiempo en Rodas, y también con gran placer se detuvo en Atenas por el deseo de sus antiguos estudios. Trató, pues, a los hombres más célebres, de aquel tiempo por su sabiduría, saludó a sus amigos y conocidos y, admirado de la Grecia, según su sobresaliente mérito, volvió a Roma a tiempo que las agitaciones de la república, como tumor próximo a reventar, estaban a punto de romper en la guerra civil.

XXXVII.- Habiéndosele decretado el triunfo, dijo en el Senado que le sería muy dulce seguir a César en la pompa después de hechas las paces, y en particular daba consejos a César escribiéndole continuamente, e interponía ruegos con Pompeyo, procurando templar y apaciguar a uno y a otro. Mas cuando ya llegó el caso del rompimiento, y viniendo César contra Roma Pompeyo no lo aguardó, sino que abandonó la ciudad, y con él muchos y muy principales ciudadanos, no habiéndose decidido Cicerón a esta fuga, se creyó que abrazaba el partido de César. Y no tiene duda que estuvo batallando consigo y meditando mucho sobre a cuál de los dos se inclinaría; porque escribe en sus cartas: “¿A qué lado me volveré cuando Pompeyo tiene para la guerra el motivo más glorioso y honesto, pero César se ha de conducir mejor en esta terrible crisis y ha de saber hacer más por su salud y por la de sus amigos? De manera que sé de quién

he de huir, mas no a quién me estará mejor el acogerme. Escribióle en esto Trebacio, uno de los amigos de César, diciéndole que, según el dictamen de éste, debía ser de su partido y entrar a la parte en sus esperanzas; pero que si por la vejez no quería correr peligro, podía retirarse a la Grecia, y allí esperar tranquilamente los sucesos, apartándose de ambos; y picado de que el mismo César no le hubiese escrito, respondió enfadado que no haría nada que no correspondiese a su anterior conducta pública. Esto es lo que se lee en sus cartas.

XXXVIII.- Así, cuando César marchó a España, él al punto se embarcó para ir en busca de Pompeyo, y fue de todos muy bien recibido, sino solamente de Catón, quien le hizo graves reconvenciones por haberse adherido al partido de Pompeyo; porque decía que al mismo Catón no le habría estado bien el abandonar el partido que eligió desde el principio; pero que Cicerón podía haber sido más útil a la patria y a los amigos si, permaneciendo en Roma, hubiera tirado a sacar partido de los sucesos, y no que ahora, neciamente y sin ninguna necesidad, se había hecho enemigo de César y se había venido a meter en medio de tan gran peligro. Estas observaciones hicieron a Cicerón mudar de modo de pensar, y también el no haberle empleado Pompeyo en nada de importancia; pero de esto último él tenía la culpa con no negar que estaba arrepentido, con desacreditar las disposiciones de Pompeyo, con vituperar en las conversaciones todos sus proyectos y con no poderse contener de chistes y burlas pesadas contra los mismos que participaban de su

suerte; pues andando él siempre triste y con ceño por el campamento, quería hacer reír a los que no estaban para ello. Pero será mejor referir aquí algunos de aquellos inoportunos chistes. Presentó Domicio para que fuese admitido entre los jefes a uno que era militar, y diciendo para recomendarle que era hombre de arreglada conducta y muy prudente, "¿Pues por qué no le guardas- le repuso- para tutor de tus hijos?". Celebrando algunos a Teófanes de Lesbos, que era en el ejército prefecto de los artesanos, por haber dado excelentes consuelos a los rodios en ocasión de haber perdido su armada, "¿De qué nos sirve- dijo Cicerón- tener un prefecto griego?". Llevaba regularmente César lo mejor en los encuentros, y en cierta manera los tenía cercados, y diciendo Léntulo tener noticia de que los amigos de César andaban cabizbajos, "Eso es decir- respondió Cicerón- que están mal con César". Acababa de llegar de Italia un tal Marcio, y como dijese que la opinión que se tenía en Roma era que Pompeyo estaba cercado, "¿Conque has hecho tu viaje- le repuso- para asegurarte por tus ojos de si es cierto?". Diciendo después de la derrota Nonio que debían tener buena esperanza, porque en el campamento de Pompeyo habían quedado siete águilas, "Eso sería muy bueno- le replicó Cicerón- si hiciéramos la guerra a los grajos". Apoyándose Labieno en ciertos oráculos para sostener que Pompeyo sería vencedor, "Sí- le respondió-, con esa estratagema acabamos de perder el campamento".

XXXIX.- Dada la batalla de Farsalo, en la que no se halló por estar enfermo, y habiendo huido Pompeyo, Catón,

que había reunido en Dirraquio bastantes fuerzas de tierra y una grande armada, deseaba que Cicerón tomara el mando, a causa de corresponderle por la ley, estando adornado de la dignidad consular; pero repugnándolo éste, y huyendo enteramente de continuar la guerra, estuvo en muy poco que no se le quitara la vida, llamándole traidor Pompeyo el joven y sus amigos, y desenvainando resueltos las espadas, a no haber sido porque Catón se puso de por medio y le sacó del campamento. Arribó a Brindis, y allí se detuvo esperando a César, que tardó en llegar a Italia por haberle llamado los negocios al Asia y al Egipto. Cuando supo que había desembarcado en Tarento, y que desde allí se dirigía por tierra a Brindis, le salió al encuentro, no sin alguna esperanza, aunque avergonzado de tener que ir a mirar la cara de un enemigo victorioso a presencia de muchos; pero no le fue necesario decir o hacer cosa que no le estuviese bien; porque César, luego que vio que, adelantándose a los demás, iba a recibirle, se apeó, le abrazó y caminó hablando con él solo algunos estadios. Desde entonces siempre le tuvo consideración y lo trató con aprecio; tanto, que en el libro que escribió contra el elogio que de Catón había formado Cicerón, le celebró este mismo opúsculo y tributó alabanzas a su vida, que dijo tenía gran semejanza con las de Pericles y Terámenes. Intitulóse el escrito de Cicerón *Catón, y Anticatón* el de César. Refiérese que siendo acusado Quinto Ligario por haber sido uno de los enemigos de César, y defendiéndole Cicerón, dijo César a sus amigos: “¿Qué inconveniente hay en oír al cabo de tanto tiempo a Cicerón, cuando su cliente está ya juzgado tan de antemano por malo y por enemigo?”.

Mas, sin embargo, Cicerón desde que empezó a hablar movió extraordinariamente su ánimo, y hermana, habiéndose dirigido con aquel joven a Cicerón, de excitar las pasiones y en la gracia de la elocución, observaron todos que César mudó muchas veces de color, y que se hallaba combatido de diferentes afectos. Finalmente, cuando el orador llegó a tratar de la batalla de Farsalia, su agitación fue violenta, hasta temblarle todo el cuerpo y caérsele algunos memoriales de la mano; de modo que, vencido de la elocuencia, absolvió a Ligario de la causa.

XL.- Desde aquella época, habiendo el gobierno degenerado en monarquía, retiróse de los negocios públicos y se dedicó a la filosofía con los jóvenes que quisieron cultivarla; que siendo de los más ilustres y principales, por su trato con ellos volvió a tener en la ciudad el mayor influjo. Habíase aplicado a escribir y a traducir diálogos filosóficos, trasladando a la lengua latina los nombres usados en la dialéctica y la física; porque se dice haber sido el primero que introdujo los nombres de *fantasía, sincatátesis, época, catalepsis,* y además *átomo, ámeres y quenon,* a lo menos el que más los dio a conocer a los Romanos, usando de metáforas y de otras expresiones acomodadas con singular industria y diligencia. Divertíase con poner a veces en ejercicio la gran facilidad que tenía en hacer versos, pues se dice que cuando le daba esta humorada hacía en una noche quinientos. Habiendo pasado la mayor parte de este tiempo en su quinta Tusculana, escribió a sus amigos que hacía la vida de Laertes, o por juego y chiste, como lo acostumbraba, o por prurito de am-

bición de mando, no llevando bien el retiro. Rara vez venía a la ciudad como no fuese para visitar a César, y entonces era el primero que suscribía a los honores que se le decretaban y que decía alguna cosa nueva en elogio de su persona y de sus hechos, como fue la relativa a las estatuas de Pompeyo, que César mandó levantar y colocar, habiendo sido antes derribadas; porque dijo Cicerón que César, con este acto de humanidad, levantaba las estatuas de Pompeyo para afirmar más las suyas.

XLI.- Tenía pensado, según se dice, escribir la historia romana, entretejiendo con ella gran parte de la griega y recogiendo todas las fábulas y relaciones que corrían; pero vinieron a impedírselo negocios y sucesos públicos y privados, de los cuales la mayor parte parece que se los atrajo por su gusto. Porque, en primer lugar, repudió a su mujer Terencia por no haber hecho cuenta de él durante la guerra, hasta el punto de haberle dejado marchar sin nada de lo que necesitaba para el viaje, y por no haberle dado muestras ningunas de aprecio y amor cuando regresó a Italia; pues habiéndose detenido mucho tiempo en Brindis no pasó a verle, y a la hija, cuando fue, no le dio para un camino tan largo las prevenciones y acompañamiento que eran correspondientes a una joven de su calidad, y sin embargo le dejó la casa vacía y desprovista de todo, sobre haber contraído muchas y grandes deudas, porque éstas fueron las causas más honestas que se pretextaron para este divorcio. Negábalas Terencia, y el mismo Cicerón fue quien mejor hizo su apología, casándose de allí a poco con una doncella, según Terencia lo hizo co-

rrer, prendado de su figura; pero según escribió Tirón, liberto de Cicerón, por mira de mejorar su casa y pagar sus deudas. Porque aquella joven era muy rica, y Cicerón, que tenía su herencia en fideicomiso, por este medio la conservó en su poder. Como debiese, pues, grandes sumas, sus amigos y deudos le indujeron a que en una edad ya impropia se casara con aquella mocita y se librara de los acreedores echando mano de sus bienes; pero Antonio, haciendo mención de este casamiento en sus oraciones contra las Filípicas, dice que echó de su lado a una mujer en cuya compañía se había hecho viejo, motejándole con gracia que había sido un hombre que se había estado metido en casa ocioso y sin hacer el servicio militar. Después de este casamiento, a poco tiempo de él, se le murió de sobreparto la hija casada con Léntulo, con quien se había enlazado después de la muerte de Pisón, su primer marido. Acudieron de todas partes los filósofos a dar consuelo a Cicerón, tan sentido por la muerte de la hija, que repudió a su nueva esposa por parecerle que se había alegrado de la muerte de Tulia.

XLII.- Éstos fueron los sucesos domésticos de Cicerón, el cual ninguna parte tuvo en la conjuración para la muerte de César, no obstante ser uno de los mayores amigos de Bruto, hacérsele insoportable el estado en que habían venido a parar las cosas y parecer que deseaba el restablecimiento de la república como el que más; y es que los conjurados habían temido a su carácter falto de valor, y a aquel desgraciado tiempo en que aun los más firmes y mejor constituidos habían perdido la resolución y osadía. Ejecutado aquel

hecho por Bruto y Casio, como los amigos de César se tumultuasen y volviese a renacer el miedo de que la ciudad cayese otra vez en la guerra civil, Antonio, que era cónsul, congregó el Senado y habló brevemente de concordia; pero Cicerón, extendiéndose más acerca de lo que las circunstancias exigían, persuadió al Senado a que, imitando lo que en caso igual se había hecho en Atenas, publicase una amnistía con motivo de lo ocurrido con César, y a Casio y Bruto les asignara provincias. Mas esto no sirvió de nada, porque el pueblo, que ya por sí mismo se había movido a compasión cuando vio que pasaba por la plaza el cadáver y Antonio le mostró la túnica de César llena de sangre y acribillada a puñaladas, furioso y ciego de ira, en la misma plaza anduvo buscando a los matadores, y con tizones encendidos corrieron muchos a las casas de éstos para darles fuego; y aunque de este peligro se salvaron con guardarse y precaverse, temiendo otros muchos no menores que él, tuvieron que abandonar la ciudad.

XLIII.- Esto dio osadía a Antonio, y si a todos infundió temor, pareciéndoles que usurparía una autoridad monárquica, mucho mayor se le causó a Cicerón: porque viendo que el poder de éste en la república había adquirido fuerza, y sabiendo que era del partido de Bruto, abiertamente se mostraba incomodado con su presencia, además de que siempre estaban recelosos el uno del otro por la desemejanza de su conducta y por sus antiguas disensiones. Temeroso, pues, Cicerón, intentó primero pasar delegado con Dolabela a la Siria; pero habiéndole rogado los que después de Antonio

iban a ser cónsules, Hircio y Pansa, varones de probidad y amantes de Cicerón, que no los abandonase, pues le ofrecían oprimir a Antonio si él se quedaba, no creyéndolos del todo, ni tampoco dejándolos de creer, no hizo ya cuenta de Dolabela, y diciendo a Hircio que se iba a pasar el estío en Atenas y que cuando hubiesen entrado en su cargo volvería, sin más autorización se dispuso para aquel viaje. Hubo detenciones en la navegación, y llegando desde Roma nuevos rumores cada día a medida de su deseo: que en Antonio se notaba grande mudanza, que todo lo hacía y disponía por medio del Senado y que no faltaba otra cosa que su presencia para que los negocios se pusieran en el mejor orden, reprendiéndose a sí mismo de sus recelos y temores, regresó otra vez a Roma, y lo que es por lo pronto no le salieron vanas sus esperanzas, porque fue tanto el gentío que con el gozo y deseo salió a recibirle, que casi se consumió todo el día a la puerta en abrazos y salutaciones. Mas al día siguiente, congregando Antonio el Senado y pasándole aviso no concurrió, sino que se quedó en cama, excusándose con que estaba fatigado del viaje; pero, a lo que parece, lo que verdaderamente lo detenía era el temor de alguna asechanza, por cierta indicación y sospecha que se le había dado en el camino. Antonio se mostró muy ofendido de esta calumnia, e iba a enviar soldados con orden de que lo trajeran o le quemaran la casa; pero instándole y rogándole muchos, se convino en que sólo se le tomaran prendas. De allí en adelante se pasaban de largo cuando se encontraban, sin decirse nada el uno al otro, y estaban en mutuas sospechas; hasta que, habiendo llegado de Apolonia César el joven, admitió la herencia del otro Cé-

sar, y por dos mil quinientas miriadas que Antonio tenía en su poder de los bienes de éste, se indispuso con él.

XLIV.- En consecuencia de esto, Filipo, que estaba casado con la madre del nuevo César, y Marcelo con la hermana, habiéndose dirigido con aquel joven a Cicerón, se convinieron en que se prestarían mutuamente, Cicerón a éste en el Senado y ante el pueblo el poder que nace de la elocuencia y la política, y éste a Cicerón la seguridad que dan las riquezas y las armas: pues ya tenía aquel joven a sus órdenes no pocos de los que habían hecho la guerra con César, además de que se tiene por cierto haber entrado Cicerón con un vivo deseo en la amistad de César. Porque, según parece, en vida todavía de Pompeyo y Julio César se le figuró en sueños a Cicerón que llamaba al Capitolio a algunos hijos de los senadores, con el objeto de que Júpiter designara a uno de ellos por caudillo de Roma, que los ciudadanos estaban en grande expectación alrededor del templo y aquellos niños en toga pretexta sentados a la puerta. Abrióse ésta repentinamente, y los niños se fueron levantando de uno en uno y dieron la vuelta alrededor de la estatua del dios, que los estuvo mirando atentamente y los despidió descontentos; mas luego que éste se le acercó, alargó la diestra y dijo: “Romanos, éste dará fin a la guerra civil siendo vuestro caudillo”. Habiendo, pues, tenido Cicerón este ensueño, se dice que retuvo y conservó viva la imagen del niño, aunque no sabía quién era; pero habiendo bajado al día siguiente al campo de Marte cuando los jóvenes volvían de ejercitarse, éste fue el primero que vio cual en el sueño se había ofreci-

do a su imaginación, y admirado le preguntó quiénes eran sus padres. Era su padre Octavio, uno de los más ilustres, y su madre Acia, sobrina de César; por lo que no teniendo éste hijos, le dejó por su testamento su hacienda y su casa. Desde entonces dicen que Cicerón veía con gusto a este niño y le mostraba afecto, y él correspondía a sus demostraciones, porque hacía también la casualidad que había nacido el año en que Cicerón fue cónsul.

XLV.- Éstas eran las causas que públicamente se daban; pero al principio el odio a Antonio, y después su carácter, que no podía resistir a la ambición, fueron los verdaderos motivos que le unieron a César, creyendo que ganaba para la república el poder de éste, pues se le prestaba tan dócil y sumiso que le llamaba padre. Disgustaba esto de tal manera a Bruto, que en sus cartas a Ático se queja agriamente de Cicerón a causa de que, adulando a César por miedo de Antonio, era claro que en vez de procurar libertad para la patria, sólo buscaba para sí un señor más benigno y humano. Mas a pesar de esto, Bruto se llevó consigo al hijo de Cicerón, que se hallaba en Atenas oyendo las lecciones de los filósofos, y dándole mando le confió algunos encargos que desempeñó con el mejor éxito. Llegó entonces a lo sumo en Roma el poder de Cicerón, y viniendo al cabo de cuanto se propuso, oprimió a Antonio y le obligó a salir de la ciudad, enviando a los dos cónsules Hircio y Pansa a hacerle la guerra, y obteniendo del Senado que decretara a César las fasces y todo el aparato imperatorio, como que combatía por la patria. Mas como, vencido Antonio y

muertos en la guerra ambos cónsules, todo el poder se acumulase en César, temiendo el Senado a un joven a quien tan decididamente favorecía la fortuna, trató de apartar de él las tropas con honores y con dádivas, y debilitar así su poder, bajo el pretexto de que la república no necesitaba de defensores una vez qué Antonio había huido. Temió con esto César, y envió quien rogara y persuadiera a Cicerón que procurara para ambos juntos el consulado, y dispusiera de todo como le pareciese, apoderándose de la autoridad y tomando bajo su dirección a aquel joven que sólo apetecía adquirir algún nombre y gloria. Confesó el mismo César que, temiendo verse arruinado, y considerándose en peligro de que le dejaran solo, echó mano en tal apuro de la ambición de Cicerón, moviéndole a que pidiera el consulado en el concepto de que él le daría todo favor y auxilio.

XLVI.- Enloquecido entonces y sacado de tino Cicerón, un anciano por aquel mozo, y engañado para que le ayudara en los comicios y le pusiera bien con el Senado, desde luego incurrió en la reprensión de sus amigos, y al poco tiempo conoció él mismo que se había perdido y había hecho traición a la libertad de la patria: porque luego que aquel joven vio tan acreditado su poder y se posesionó del consulado, al punto dio de mano a Cicerón, y hecho amigo de Antonio y Lépido, juntando en uno el poder de los tres, partió con ellos la autoridad como pudiera haber partido una posesión. Proscribieron de muerte sobre doscientos ciudadanos, siendo la proscripción de Cicerón la que produjo entre ellos los mayores altercados, por cuanto Antonio no se daba a parti-

do si no moría el primero, Lépido se adhería a Antonio y César se oponía a ambos. Tuvieron ellos solos sobre esto juntas reservadas cerca de Bolonia por tres días, reuniéndose en un sitio próximo al campamento, cercado del río. Dícese que habiéndose César mantenido firme en la lid por Cicerón los dos primeros días, cedió por fin al tercero, abandonándole traidoramente. La composición y compensación fue de esta manera: César hizo el sacrificio de Cicerón, Lépido el de su hermano Paulo, y Antonio el de Lucio César, que era tío suyo de parte de madre. Hasta este punto la ira y el furor los hizo perder la razón, no dejando duda de que el hombre es la más cruel de todas las fieras, cuando a las pasiones se une el poder.

XLVII.- Mientras esto pasaba, Cicerón residía en sus campos de Túsculo, teniendo en su compañía a su hermano. Luego que supieron las proscripciones, determinaron trasladarse a Ástur, posesión litoral del mismo Cicerón y desde allí pasar a la Macedonia a ponerse al lado de bruto, porque las voces que corrían eran de que se hallaba con fuerzas superiores. Caminaban en literas muy abatidos con la pesadumbre; y parándose en el camino, puestas las literas una en par de la otra, se lamentaban juntos de su suerte. El más desalentado era Quinto, a quien afligía además la idea de la falta de recursos, porque no había tenido tiempo para tomar nada en casa, y aun Cicerón era bien poco lo que consigo llevaba. Parecióle, pues, que sería lo mejor apresurar Cicerón su fuga, y que Quinto se volviese para proveerse en casa de lo necesario. Así se determinó, y abrazándose uno a otro,

entre sollozos y lamentos se despidieron. Quinto, denunciado vilmente de allí a pocos días por sus esclavos a los matadores, recibió de éstos la muerte, y con él su hijo. Cicerón, conducido a Ástur, y encontrando. allí un barco, subió en él al punto y a vela navegó hasta Circeyos. Allí, queriendo los pilotos hacerse otra vez al mar, o por temor de la navegación, o por no haber perdido enteramente la confianza en César, saltó en tierra y anduvo por ella cien estadios, encaminándose a Roma; pero con nuevas dudas mudó de propósito y se dirigió otra vez hacia el mar. Cogióle la noche, y la pasó en las mayores dudas y aflicciones, sin saber qué partido tomar; tanto, que llegó a resolver introducirse secretamente en casa de César, y dándose a sí mismo muerte ante el ara, concitar contra él la ira de los dioses; pero le retrajo de esta idea el temor de los tormentos si por accidente le echasen mano. Ocurriéronle otros muchos pensamientos, mudando de dictamen a cada punto, y por fin volvió a ponerse en manos de sus esclavos para que por mar le llevasen a Cayeta, donde tenía posesiones y un asilo excelente en el estío, cuando los vientos etesios soplan dulcemente, habiendo en aquel mismo sitio un templete de Apolo sobre el mar. Levantáronse de éste muchos cuervos, que graznando se dirigieron al barco de Cicerón cuando le impelían a tierra con los remos; y colocándose en la antena de una y otra parte, unos graznaban y otros picoteaban los cabos de las maromas: señal que a todos pareció funesta. Saltó, pues, en tierra Cicerón, y marchando a la quinta se acostó para descansar. Muchos de los cuervos se posaron en la ventana graznando desconcertadamente, y uno de ellos, bajándose al

lecho donde Cicerón reposaba con la cabeza cubierta, le destapó la cara, retirando suavemente la ropa con el pico. Los esclavos que esto vieron tuvieron a menos el ser tranquilos espectadores de la muerte de su señor, y que una fiera le diera auxilio y cuidara de él cuando injustamente era maltratado, y ellos no hiciesen nada para salvarle, por lo que ya rogándole, y ya poniéndole por fuerza en la litera, volvieron a conducirle hacia el mar.

XLVIII.- Llegaron en esto los matadores, que eran el centurión Herenio y el tribuno Popilio, a quien había defendido Cicerón en causa de parricidio trayendo consigo algunos satélites. Como hubiesen encontrado cerradas las puertas, las quebrantaron, y no encontrando a Cicerón, ni dándoles noticia ninguna de él los que allí habían quedado, se refiere que un mozuelo, educado por Cicerón en las letras y ciencias liberales, y que era liberto de su hermano Quinto, llamado Filólogo, dijo al tribuno que la litera marchaba por las calles sombreadas con árboles hacia el mar, con lo que el tribuno dio a correr a tomar la salida; pero sintiendo a este tiempo Cicerón que Herenio se acercaba corriendo por el camino que llevaba, mandó a los esclavos que parasen allí la litera. Entonces, llevándose, como lo tenía de costumbre, la mano izquierda a la barba, miró de hito en hito a los matadores, teniendo el cabello crecido y desgreñado, y muy demudado el semblante con la demasiada agitación y angustia, de manera que los más se cubrieron el rostro al ir Herenio a darle el golpe fatal, y se le dio habiendo alargado el mismo Cicerón el cuello desde la litera. Tenía entonces la edad de

sesenta y cuatro años. Cortóle por orden de Antonio la cabeza y las manos con que había escrito las Filipicas: porque Cicerón intituló Filípicas las oraciones que escribió contra Antonio, y hasta el día de hoy aquellas oraciones conservan este nombre.

XLIX.- Cuando estos miembros fueron traídos a Roma, se hallaba Antonio celebrando los comicios consulares, y al oír la relación y verlos, exclamó: "¡Ahora, que no haya más proscripciones!" Y la cabeza y las manos las hizo poner sobre lo que formaba barandilla en la tribuna. Espectáculo terrible para los Romanos, en el que no tanto era el rostro de Cicerón lo que veían como la imagen del ánimo de Antonio; el cual tuvo, sin embargo, en estos sucesos un sentimiento laudable, que fue el de haber hecho entrega del liberto Filólogo a Pomponia, mujer de Quinto. Ésta, luego que le tuvo en su poder, además de otros castigos con que lo atormentó, le fue cortando poco a poco las carnes, las asó y se las hizo comer: porque así es como lo refieren algunos historiadores, aunque el liberto del mismo Cicerón Tirón, ni memoria siquiera hace de la traición de Filólogo. Se me ha asegurado que algún tiempo después, entrando César en la habitación de uno de sus nietos, lo encontró con un libro de Cicerón en la mano, y que asustado trató de ocultarle debajo de la ropa; que advertido esto por César, lo tomó, y habiendo leído en pie una gran parte de él, se lo devolvió a aquel joven diciéndole: "Varón docto, hijo mío, varón docto y muy amante de su patria". Poco más adelante venció César a Antonio, y siendo cónsul nombró por su colega al hijo de

Cicerón, en cuyo consulado hizo el Senado quitar las estatuas de Antonio, anuló todos los honores que se le habían concedido y decretó que en adelante ninguno de la familia de los Antonios pudiera tener el nombre de Marco. Por este medió parece que una superior providencia reservó para la casa de Cicerón el fin del castigo de Antonio,

COMPARACIÓN DE DEMÓSTENES Y CICERÓN

I.- Acerca de Demóstenes y Cicerón, lo que dejamos escrito es cuanto ha llegado a nuestro conocimiento que sea digno de memoria, y aunque no es nuestro ánimo entrar en la comparación de la facultad del decir del uno y del otro, nos parece no debe pasarse en silencio que Demóstenes, cuanto talento tuvo, recibido de la naturaleza y acrecentado con el ejercicio, todo lo empleó en la oratoria, llegando a exceder en energía y vehemencia a todos los que compitieron con él en la tribuna y en el foro; en gravedad y decoro, a los que cultivaron el género demostrativo, y en diligencia y arte, a todos los sofistas. Mas Cicerón, hombre muy instruido, y que a fuerza de estudio sobresalió en toda clase de estilos, no sólo nos ha dejado muchos tratados filosóficos al modo de la escuela académica, sino que aun en las oraciones escritas para las causas y las contiendas del foro se ve claro su deseo de ostentar erudición. Pueden también deducirse las costumbres de uno y otro de sus mismas oraciones, pues Demóstenes, aspirando a la vehemencia y a la gravedad, fuera de toda brillantez y lejos de chistes, no olía al aceite, como le motejó Piteas, sino que de lo que daba indicio era de

beber mucha agua, de poner sumo trabajo y de austeridad y acrimonia en su conducta; y Cicerón, inclinado a ser gracioso y decidor hasta hacerse juglar, usando muchas veces de ironía en los negocios que pedían diligencia y estudio, y empleando en las causas los chistes, sin atender a otra cosa que a sacar partido de ellos, solía desentenderse del decoro: como en la defensa de Celio, en la que dijo: "no ser extraño que entre tanta opulencia y lujo se entregara a los placeres, porque no participar de lo que se tiene a la mano es una locura, especialmente cuando filósofos muy afamados ponen la felicidad en el placer". Dícese que acusando Catón a Murena, le defendió Cicerón siendo cónsul, que por mortificar a Catón satirizó largamente la secta estoica, a causa de sus proposiciones sentenciosas, llamadas paradojas, causando esto gran risa en el auditorio y aun en los jueces, y que Catón, sonriéndose, dijo sin alterarse a los circunstantes: "¡Qué ridículo cónsul tenemos, ciudadanos!" Parece que Cicerón era naturalmente formado para las burlas y los chistes, y que su semblante mismo era festivo y risueño; mientras en el de Demóstenes estaba pintada siempre la severidad y la meditación, a las que, entregado una vez, no le fue ya dado mudar; por lo que sus enemigos, como dice él mismo, le llamaban molesto e intratable.

II.- También se ve en sus escritos que el uno no tocaba en las alabanzas propias sino con tiento y sin fastidio, y sólo cuando podía convenir para otro fin importante, siendo fuera de este caso reservado y modesto; pero el desmedido

amor propio de Cicerón de hablar siempre de sí mismo descubre una insaciable ansia de gloria, como cuando dijo:

Cedan las armas a la docta toga,
y el laurel triunfal a la elocuencia.

Finalmente, no sólo celebra sus propios hechos, sino aun las oraciones que ha pronunciado o escrito, como si su objeto fuese competir juvenilmente con los oradores Isócrates y Anaxímenes, y no atraer y dirigir al pueblo romano:

Grave y altivo poderoso en armas,
y a sus contrarios iracundo y fiero.

Es verdad que en los que han de gobernar se necesita la elocuencia; pero deleitarse en ella y saborear la gloria que procura no es de ánimos elevados y grandes. En esta parte se condujo con más decoro y dignidad Demóstenes, quien decía que su habilidad no era más que una práctica, pendiente aún de la benevolencia de los oyentes, y que tenía por iliberales y humildes, como lo son en efecto, a los que en ella se vanaglorian.

III.- La habilidad para hablar en público e influir por este medio en el gobierno fue igual en ambos, hasta el extremo de acudir a valerse de ellos los que eran árbitros en las armas y en los ejércitos: como de Demóstenes, Cares, Diopites y Leóstenes, y de Cicerón, Pompeyo y César Octavio, como éste lo reconoció en sus comentarios a Agripa y Mecenas.

Por lo que hace a lo que más descubre y saca a la luz la índole y las costumbres de cada uno, que es la autoridad y el marido, porque pone en movimiento todas las pasiones y da ocasión a que se manifiesten todos los vicios, a Demóstenes no le cupo nada de esto, ni tuvo en qué dar muestra de sí, no habiendo obtenido cargo ninguno de algún viso, pues ni siquiera fue uno de los caudillos del ejército que él mismo hizo levantar contra Filipo. Mas Cicerón fue de cuestor a la Sicilia y de procónsul a la Capadocia; y en un tiempo en que la codicia andaba desmandada y estaba admitido que los que iban de generales y caudillos, ya que el hurtar fuera mal visto, se ejercitasen en saquear, no vituperando por tanto al que tomasen, sino mereciendo gracias el que lo ejecutaba con moderación, dio ilustres pruebas de su desinterés y desprendimiento, y también de su mansedumbre y probidad. En Roma mismo, siendo cónsul en el nombre, pero ejerciendo en la realidad autoridad de emperador y dictador con motivo de la conjuración de Catilina, hizo verdadera la profecía de Platón de que tendrían las ciudades tregua en sus males cuando por una feliz casualidad un grande poder y una consumada prudencia concurriesen en uno con la justicia. La fama culpa a Demóstenes de haber hecho venal la elocuencia, escribiendo secretamente oraciones para Formión y Apoloro en negocio en que eran contrarios, y le desacredita por haber percibido dinero del rey y por haber sido condenado a causa de lo ocurrido con Hárpalo. Cuando quisiéramos decir que todo esto fue inventado por los que escribieron contra él, que no fueron pocos, todavía no tendríamos medio ninguno para hacer creer que no había visto

con ojos codiciosos los presentes que por obsequio y honor le hacían los reyes, ni esto era tampoco de esperar de quien daba a logro sobre el comercio marítimo; pero en cuanto a Cicerón, ya tenemos dicho que, habiéndole hecho ofertas y ruegos para que recibiese presentes los sicilianos cuando fue edil, el rey de Capadocia cuando estuvo de procónsul y sus amigos al salir a su destierro, los resistió y repugnó en todas estas ocasiones.

IV.- De los destierros, el del uno fue ignominioso, teniendo que ausentarse por usurpación de caudales, y el del otro fue muy honroso, habiéndosele atraído por haber cortado los vuelos a hombres malvados, peste de su patria; así, del uno nadie hizo memoria después de su partida, y por el otro mudó el Senado de vestido, hizo duelo público y resolvió que no se diese cuenta de negocio ninguno hasta haberse decretado la vuelta de Cicerón. Mas, por otra parte, éste en el destierro nada hizo, pasándolo tranquilamente en Macedonia; pero para Demóstenes el destierro vino a hacerse una de las más ilustres épocas de su carrera política; porque trabajando en unión con los griegos, como hemos dicho, y haciendo despedir a los legados de los macedonios, recorrió las ciudades mostrándose en un infortunio igual mejor ciudadano que Temístocles y Alcibíades. Restituido que fue, volvió a su antiguo empeño, y perseveró haciendo la guerra a Antípatro y los macedonios. Mas a Cicerón le echó en cara Lelio en el Senado que, pretendiendo César se le permitiese contra ley pedir el consulado, cuando todavía no tenía barba, se estuvo sentado sin hablar palabra; y Bruto le escribió incre-

pándole de que había fomentado y criado una tiranía mayor y más pesada que la que ellos habían destruido.

V.- Últimamente, en cuanto a la muerte, bien era de compadecer un hombre anciano, llevado a causa de su cobardía de acá para allá por sus esclavos, a efecto de esconderse y huir de una muerte que por la naturaleza no podía menos de amenazarle de cerca, y muerto al cabo lastimosamente a manos de asesinos; pero en el otro, aunque se hubiese abatido un poco al ruego, siempre es laudable la prevención y conservación del veneno, y más laudable el uso; porque no prestándole asilo el dios, como quien se acoge a mejor ara, se sustrajo a sí mismo de las armas y las manos de los satélites, burlándose de la crueldad de Antípatro.